Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

BR 600 .H63 1946
Howard, George Parkinson,
1882-
Libertad religiosa en la
America Latina?

BW4473
.R38H84

¿Libertad religiosa en la América Latina?

Hecho el depósito
que marca la ley.

(Printed in Argentine)
IMPRESO EN LA ARGENTINA

JORGE P. HOWARD

¿LIBERTAD RELIGIOSA *en la* AMERICA LATINA?

(Tercera Edición)

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 29 1984
THEOLOGICAL SEMINARY

Editorial "La Aurora"
Corrientes 728 - Buenos Aires

Casa Unida de Publicaciones
Apartado 97 bis - México, D.F.

POR QUE HE ESCRITO ESTE LIBRO

En junio de 1942 llegué a los Estados Unidos de Norte América invitado por diversos centros culturales, organizaciones e iglesias para dar conferencias sobre la América Latina. Inmediatamente de empezar a cumplir el extenso programa que se me había preparado, me encontré frente al problema de la intensa campaña que realizaba la iglesia católica en los Estados Unidos en contra de la obra de las iglesias evangélicas o protestantes en la América Latina. Me hallé en una situación un tanto difícil: conocía la tradicional tolerancia del pueblo norteamericano y el respeto que ese pueblo guarda para todas las expresiones de fe religiosa, y no quería yo chocar con esa actitud tan generosa. Además, por naturaleza y educación me repugna la controversia religiosa. No he tenido nunca la costumbre de atacar a los católicos romanos. Me había formado en una escuela de amplia tolerancia. Quise esquivar el problema, pero fué vano intento. El público norteamericano estaba vivamente interesado en el asunto y me obligó por medio de sus insistentes preguntas a encarar el problema. Arreciaban en las revistas católicas de los Estados Unidos los ataques a la obra misionera protestante. En sermones y conferencias los oradores católicos arremetían contra el protestantismo sin consideración ni moderación. Me hallé frente a una campaña tan descarada y de tan mala fe, que no fué posible pasarla por alto. Aparecían

en la prensa acusaciones y declaraciones tan descomedidas que resultaban ser no sólo falsas, sino insultantes para la fe evangélica que profeso.

Era evidente que se iniciaba una campaña mundial tendiente a hacer triunfar en el período de la post-guerra el plan de auspiciar la más completa libertad de cultos doquiera estuviese en minoría el catolicismo, pero en cambio, asegurar el monopolio para esa iglesia en aquellos lugares donde tuviera el poder para suprimir la rivalidad de otras comuniones religiosas. La guerra que ha sido desatada contra las misiones protestantes en la América Latina es evidentemente el primer movimiento estratégico hacia la realización de aquel plan. Los evangélicos en la América Latina, que en un 90 % son nacionales de los diversos países hispanoamericanos, son las primeras víctimas de la invectiva y tergiversación católicas.

¿Qué es lo que alega la prensa católica en los Estados Unidos en contra de la obra evangélica en la América Latina? Que la presencia de pastores y maestros protestantes despierta un profundo resentimiento en los pueblos de nuestra América. Que la obra religiosa protestante es el mayor obstáculo para la realización de la política de "buen vecino". Que los pueblos de la América hispana son un 99 % católicos y que el proselitismo protestante no hace más que destruir la fe de aquellos que escuchan su prédica.

¿Sería verdad todo esto? Soy argentino de nacimiento y durante treinta y cinco años consagrados a la extensión del cristianismo, he vivido en diversas repúblicas sudamericanas. En todo ese tiempo yo no había visto señales de semejante resentimiento o antagonismo. En ciertos círculos, claro está, se suele vilipendiar al protestantismo, acusándolo de ser agente de ciertos imperialismos. Aquellos que quisieran ver un retorno a la situación religiosa y al feudalismo de la época colonial, re-

niegan del protestantismo. Aquellos que temen al pueblo y, aun más, a las formas democráticas de vida, siempre serán enemigos del protestantismo.

Pensaba, sin embargo, que quizás yo me hubiera equivocado y que, en realidad, estaba viviendo engañado. ¿Sería verdad que la vasta mayoría de los pueblos sudamericanos odiaban al protestantismo? ¿Cómo podría cerciorarme de los verdaderos sentimientos que se abrigaban hacia los evangélicos? Había una sola manera de descubrir la realidad de estos sentimientos: regresaría a los países de mi América; me dirigiría con todo candor a las personas influyentes en la vida moral, social y política y trataría de requerir la opinión de ellos acerca del asunto. A los escritores, educadores y miembros de la banca y del comercio, les preguntaría: ¿Qué piensa usted de los protestantes? ¿Somos un obstáculo para las buenas relaciones entre las dos Américas? ¿Cree usted que la obra docente y religiosa de los evangélicos debe ser suprimida? ¿Considera usted que sería benéfico para la América del Sud cerrar las fronteras a toda otra fe religiosa que no sea la católica romana?

Pensé que sería interesante entrevistarme con aquel comerciante en La Paz, Bolivia, que una vez, sin conocerme ni saber quién era yo, me relató una experiencia que acababa de tener. Dos indios se habían presentado en el negocio para hacer compras. Habían venido de una remota colonia en el altiplano. Uno compró una máquina de coser y el otro varias piezas de género.

—Estaban limpios y no masticaban coca, me decía el comerciante. Tenían dinero con qué pagar sus compras. Iban a establecer un pequeño negocio en la colonia donde vivían. Antes habían sido socios en una venta de coca. Pero se habían convertido al evangelio en una misión protestante, habían suprimido sus vicios y hecho los consiguientes ahorros con que ahora

inauguraban un pequeño negocio. ¡Parece imposible! No creía yo que fuera posible obrar semejante transformación en nuestros indios.

¿Sería posible que este comerciante se sintiera agraviado u ofendido por la presencia de misioneros protestantes que realizaban obra de tan indiscutible beneficio para Bolivia?

Pensé que sería interesante preguntar al gobierno boliviano por qué distinguió con la más alta condecoración al médico misionero evangélico, doctor Francisco D. Beck, y al gobierno brasileño por qué concedió en el año 1943 al doctor H. C. Tucker, representante de la Sociedad Bíblica y misionero protestante durante cincuenta y seis años en el Brasil, la honrosísima condecoración *o commenda da ordem do Cruzeiro do Sul.* La misma distinción que le fué concedida también al doctor Benjamín H. Hunnicutt, rector del colegio evangélico Mackenzie College, de San Pablo. Mientras que en Habana, Cuba, en 1943, los misioneros doctores Bardwell y Neblett fueron declarados "hijos adoptivos" de Cuba en reconocimiento de la actividad religiosa que habían desempeñado durante largos años.

En vista de todo esto emprendí el viaje de regreso a la América del Sud en setiembre de 1943. Me detuve en Chile, Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia, Perú, Colombia y México. La mayor parte de las personas con quienes celebré entrevistas eran católicas. Varios de estos países experimentaban a la sazón una grave tensión política o social. Las fuerzas reaccionarias dominaban en algunos de ellos. Mis amigos me decían: No pudo usted haber venido en un momento más inoportuno. No es fácil decir hoy con franqueza lo que se piensa. Las personas con quienes usted piensa entrevistarse le expresarán sus opiniones en privado, pero no querrán que usted haga públicas y notorias esas opiniones.

Sin embargo, fué notable no sólo la cordialidad con que se me recibió y la buena voluntad con que se respondió a mis preguntas, sino también la valentía con que se expusieron convicciones que despiertan enérgica oposición en ciertos círculos políticos y religiosos de nuestra América.

He aquí, pues, en estas páginas, los resultados de mi arriesgada empresa. He aquí algunas de las opiniones y testimonios que pude recoger. Se necesitaría más de un tomo para consignarlas todas. He aquí revelado el hecho indiscutible de que a la obra evangélica en nuestra América no le falta apoyo y que cuenta con la buena voluntad de muchos amigos. Las personas con quienes me entrevisté abrigaban convicciones tan firmes acerca de la importancia de la libertad religiosa, que con el mayor énfasis autorizaron la publicación de sus ideas.

¿Qué valor podría tener una compilación de opiniones tal como la que se ha realizado en este libro? El que quisiera conocer lo que se piensa del protestantismo en la América Latina, hallará, sin duda, un vasto campo de opinión del cual se podrían seleccionar sólo los datos o los hechos que favorecieran la tesis, cualquiera que fuese, que cada cual sostuviera. Hay 120.000.000 de habitantes en las repúblicas iberoamericanas, y ese sólo hecho proporciona amplio lugar para la expresión de una considerable variedad de sentimientos sobre cualquier asunto que se investigara. Sin embargo, grave error sería el llegar a la conclusión de que las personas cuyas opiniones honran las páginas de este libro, no representan la opinión de un importante sector de los pueblos latinoamericanos que ha de influir mucho en el futuro de esos pueblos.

Para conseguir estas opiniones no se echó mano de ninguna influencia política o social. El modesto investigador de este asunto no gozaba de ningún prestigio especial. Los conceptos que en este libro se consignan fueron formulados de tan buena

gana y con tanta espontaneidad, que considero que constituyen una consoladora revelación de las reservas de fuerzas morales con que cuenta nuestra América y que sólo esperan la oportunidad para poner a estos pueblos a la altura de liberalismo y progreso que sus fundadores soñaron. En nuestra América hispana seguimos contando con hombres que conservan aún el valor de pensar y opinar libremente.

Buenos Aires, enero de 1945.

JORGE P. HOWARD

I

LA IGLESIA CATOLICA CREA UN PROBLEMA

La campaña de la jerarquía católica romana en los Estados Unidos en contra de la obra evangélica en la América Latina culminó con el manifiesto que con el título "Victoria y Paz" fué dado en noviembre de 1942 por los obispos reunidos en Washington y que dice, en parte:

"Enviamos nuestros cordiales saludos a nuestros hermanos obispos de la América Latina. Nos hemos sentido consolados por hechos recientes que constituyen una sincera promesa de una mejor comprensión por nuestro país de los pueblos de México, Centro y Sud América.

"Los ciudadanos de esos países están unidos a nosotros por los más estrechos vínculos de la religión. No son solamente vecinos nuestros; son hermanos que profesan la misma fe que nosotros. Todo esfuerzo que se realice para quitarles la religión católica o ridiculizarla, produce hondo resentimiento de parte de esos pueblos como también de parte de los católicos americanos. Resultan ser esos esfuerzos un factor de estorbo en nuestras relaciones internacionales.

"Las tradiciones, el espíritu, el origen y la cultura de estos países son católicos. Nosotros, obispos, anhelamos favorecer todo digno esfuerzo que pudiera fortalecer nuestras amistosas relaciones con las repúblicas de este continente.

"Expresamos la esperanza de que los errores del pasado que fueron una ofensa para la dignidad de nuestros hermanos del sud, para su cultura y su religión, no hayan de repetirse. Un fuerte lazo que una en verdadera amistad todos los países del hemisferio occidental, ejercería una potente influencia sobre el destrozado mundo de la postguerra."

Por medio de *The Catholic Digest*, *Extension* y *America* se ha llevado a cabo una activa campaña con el fin de predisponer el ánimo del pueblo norteamericano en contra de la idea de las misiones evangélicas en la América Latina. Así es que la iglesia católica romana ha salido a la palestra en forma agresiva con el fin de privar a las iglesias evangélicas del derecho de propagar su fe en las repúblicas iberoamericanas.

En síntesis el argumento es como sigue: la América Latina es totalmente católica; y la actividad de los protestantes en esos pueblos es una obra de pura destrucción; la presencia de misioneros es un obstáculo para la política de buena vecindad; y esos elementos constituyen la principal razón de la antipatía que los sudamericanos sienten hacia los americanos del norte. En un editorial especialmente violento la revista diocesana de Chicago, *Extension*, dice: —"No puede concederse libertad religiosa allí donde una malévola interferencia con las creencias de los pueblos católicos no tenga freno ni coto."

Estas son graves acusaciones. De ser ciertas, nadie podría tener mayor interés en reconocerlas y corregirlas, que los misioneros protestantes. El protestantismo no reclama para sí la calidad de "infalibilidad" y, por consiguiente, no necesita salvar su dignidad defendiendo sus errores. Puede reconocer sus errores y enmendar su proceder. Pero ¿sería justo dirigir nuestra atención crítica sólo sobre el protestantismo en la América Latina sin considerar si los representantes del catolicismo romano no han cometido también errores?

En muchas ocasiones el clero y la prensa católica en los Estados Unidos se han expresado con áspera franqueza. Goza la iglesia romana en los países protestantes de libertad sin límites aun para expresarse en forma hiriente y hasta grosera, en contra de la mayoría evangélica.

Por ejemplo, en un discurso pronunciado ante la asamblea de las Hijas Católicas de América, celebrada en la ciudad de Washington en el mes de julio de 1943, Mons. Juan P. Treacy dijo:

"Las iglesias protestantes americanas exportaron misioneros a la América Latina con el propósito de convertir a los nativos que son un 100 por ciento católicos, sea que practiquen o no su religión. Esos pueblos desean la única fe verdadera y si no, no quieren ninguna. Los Estados Unidos tienen poca o quizás ninguna fe y en cambio unas 200 así llamadas religiones. Naturalmente esos pueblos se ofenden por la presencia de los colonizadores del norte."

Por lo menos esta manera de hablar tiene el mérito de ser clara. Sabemos cuál es la posición de Mons. Treacy. Pero no podemos creer que, cuando dice que los Estados Unidos tienen poca o quizás ninguna fe... y que para la "exportación" sólo tienen 200 así llamadas religiones, esté hablando en nombre de lo más representativo de la iglesia romana en los Estados Unidos. Es indudable, sin embargo, que representa a una parte del clero norteamericano que acostumbra echar mano de los medios más agresivos y que actualmente goza de cierto prestigio político ante el gobierno de Washington. No se nos acuse de ser también fanáticos o intolerantes si creemos que es necesario responder a esta hiriente verbosidad.

La iglesia católica romana tiene el derecho de creer que nadie se salva fuera de su comunión. Los protestantes concedemos a los católicos el derecho de propaganda. Pero cuando

los católicos piden que el gobierno de los Estados Unidos niegue el permiso de viaje a los misioneros protestantes para que vayan a la América Latina, entonces echan mano de un recurso persecutorio. ¿Aprobará el pueblo de los Estados Unidos que su departamento de estado decida si los pastores y educadores evangélicos han de ir o no a la América Latina en cumplimiento del mandato que Cristo mismo les diera de ir por todo el mundo a predicar el evangelio?

Los representantes y misioneros que la iglesia católica en los Estados Unidos envía a la América Latina viajan sin dificultad, mientras que a los enviados y representantes evangélicos con frecuencia se les dificulta la obtención del pasaporte necesario para viajar. La necesidad de fiscalizar y limitar los viajes en tiempo de guerra no es la razón por que el departamento de estado hace distinciones en perjuicio de los enviados protestantes. Esa necesidad de restricción en los viajes es reconocida por las autoridades de las misiones evangélicas, las cuales han procedido con toda parquedad en la solicitación de permisos de viaje.

Tampoco tienen los gobiernos de las repúblicas sudamericanas culpa de la discriminación que se hace en contra de los ciudadanos estadounidenses cuando viajan en cumplimiento de su alta misión espiritual. Con excepción de dos o tres países en que gobiernos militares se mantienen en el poder con el apoyo del clero católico, no existen más restricciones para el ingreso a las naciones iberoamericanas que las que son naturales en tiempos de guerra. Es evidente que el departamento de estado de los Estados Unidos cree que el mejor medio de aproximación a los pueblos de nuestro continente es el que ofrece el catolicismo romano. Parece que, cada vez más, se requiere que los embajadores y agentes consulares sean católicos o que, por lo menos, simpaticen con la política del Vaticano. Uno de los más distinguidos agregados culturales que fué enviado a cierta

república sudamericana, figura descollante de la vida científica en los Estados Unidos, fué recibido por el embajador con quien debía servir, él mismo una persona notoriamente indiferente en materia de religión, con este desaire: "Quiero que usted sepa que yo me opuse a su nombramiento porque usted no es católico."

El departamento de estado, especialmente en la actual situación de guerra, tiene pleno derecho de averiguar si los ciudadanos estadounidenses que desean viajar al extranjero, van con propósitos subversivos o con fines reñidos con la moral. Pero es difícil comprender con qué derecho se apropia la prerrogativa de investigar la filiación religiosa del ciudadano que solicita su pasaporte. Y es difícil no simpatizar con los protestantes cuando ellos piden que la misión altruísta y cristiana que anhelan cumplir sea puesta, por lo menos, sobre el mismo pie de respeto que las empresas comerciales que envían sus representantes a la América Latina. Estos representantes del profundo sentimiento religioso de los norteamericanos no piden favores ni privilegios. Hubieran podido aspirar a alguna especial consideración en vista de la misión desinteresada que cumplen. Pero las iglesias evangélicas se han cuidado siempre de pedir favores o protección a los gobiernos. Sólo piden que la empresa cristiana a la cual se han dedicado con verdadero amor, sea considerada tan legítima como la exportación de tabacos, whisky o automóviles americanos, y tan importante como el envío de médicos e higienistas misioneros bajo la Fundación Rockefeller, o misioneros financistas bajo el doctor Kemmerer, o ingenieros misioneros para la organización de la industria del acero en el Brasil.

Los latinoamericanos que llegan a los Estados Unidos son puestos bajo el cuidado de representantes de la iglesia católica. En mis entrevistas con sudamericanos que habían visitado a los

Estados Unidos, en su mayoría como huéspedes del gobierno de aquel país, pude palpar la perplejidad y, en algunos casos, el resentimiento que había creado en la mente de estos distinguidos visitantes la política seguida por el departamento de estado.

El rector de la universidad nacional de San Pablo, Brasil, doctor Jorge Americano, comentaba esta extraña tendencia del departamento de estado. Es católico romano, distinguido educador y uno de los más destacados abogados del Brasil.

"Noté algo curioso", me dijo, "cuando fuí a los Estados Unidos recientemente con mi familia. Todas las personas con quienes tuve alguna relación oficial eran americanos católicos."

"¿Cree usted que eso sea necesario o conveniente?" le pregunté.

"De ninguna manera", contestó. "Una persona verdaderamente educada puede entenderse con católicos o protestantes. Un brasileño culto al ser objeto de alguna cortés atención, jamás soñaría en preguntar si la persona que le distinguía en esa forma era católica o protestante. En el trato con otros lo importante es la urbanidad, la cortesía y la caballerosidad."

El doctor Gil Salguero, del Uruguay, fué invitado oficialmente a visitar los Estados Unidos en gira de conferencias culturales. No es católico y, sin embargo, fué enviado, por quienes tuvieron a su cargo la confección de su programa, exclusivamente a colegios católicos. Un ex ministro de instrucción pública del Uruguay, a quien no nombraré, fué invitado por el gobierno de los Estados Unidos, en 1943, a visitar ese país. Al conversar con él me dijo:

"En ocasión de mi primer domingo en Washington, pregunté cómo podría aprovechar mejor ese día. En el departamento de estado me dieron la dirección de una conocida iglesia católica romana. Y yo, que no me dejaría ver entrando en una iglesia en el Uruguay, fuí a misa. Me impresionó la cantidad

de gente que llenaba el templo. En realidad, me impresionó la multitud de fieles que acude a los templos en los Estados Unidos. Noté que todos parecían creer que porque éramos oriundos de la América Latina debíamos ser católicos. Cinco destacados representantes del periodismo uruguayo fueron invitados a los Estados Unidos. Sólo uno era católico, el representante de *El Bien Público.* En una recepción que en mi honor me diera una organización Panamericana de San Francisco, de las quince personas presentes seis eran sacerdotes catolicorromanos."

Es lástima que los católicos liberales de los Estados Unidos, como también los representantes del gobierno de aquel país, no se hayan dado cuenta de la repugnancia con que los sudamericanos, no sólo los liberales, sino en muchísimos casos los mismos católicos, contemplan esta política de segregación religiosa o de puerta cerrada para nuestro continente. Estos pueblos vivieron durante largos siglos en un continente cerrado y aislado del resto del mundo. Uno de los impulsos iniciales que dió fuerza a la lucha por la independencia fué la irresistible voluntad de estar en libre contacto con el resto del mundo. Los sudamericanos conocen los efectos de esa "protección" con que se les quiere defender del contacto con ideas y fuerzas que se suponen peligrosas. La reacción en contra de esta política de paternal defensa les ha colocado en el extremo opuesto de un apasionado culto a la libertad. Que no lo olviden nuestros hermanos del norte.

De ahí que haya surgido en la América hispana el anticlericalismo. Este término no significa nada en los Estados Unidos, donde recién ahora se empieza a conocer el clericalismo. En aquel país los ministros de la religión, como es característica de las iglesias de la Reforma, cumplen su elevada función ante el altar de la iglesia. El clericalismo aparece cuando el sacerdote utiliza su función espiritual en aras de los intereses materiales

de la iglesia. Bien saben los sudamericanos, y aun los sudamericanos católicos, lo que ha sufrido la iglesia en sus intereses morales y espirituales por esta secularización de su influencia. En un ejemplar de *El Espectador* de Bogotá, Colombia, fechado el 18 de octubre de 1933, aparece una interesante correspondencia sobre el problema religioso. En cierto párrafo dice el doctor Armando Solano:

"... concibo, admito, celebro y amo la existencia y la expresión de la religiosidad, como algo íntimo y callado, que sea consuelo y estímulo; arranque y elevación... pero la religión regimentada, combativa y vindicativa, me horroriza y me repele... Pienso que la adhesión popular a un credo no sólo puede disminuir por virtud de propagandas antirreligiosas, que no son de mi gusto, sino también por los excesos de celo y por las actitudes antinacionales o impolíticas de los ministros del culto. Distingo perentoriamente en mi conciencia la religión del clero que la sirve y que en ocasiones la sirve muy mal. Con perfecta buena fe, con íntima sinceridad, creo, por tal motivo, que se puede ser católico y anticlerical."

A su regreso de los Estados Unidos en 1941, Manuel Seoane, director de la revista *Ercilla* de Santiago de Chile, consignó en un libro, *El gran vecino* [1] sus impresiones de aquel país. Seoane es peruano y por causa de sus convicciones liberales vive expatriado. Es católico romano y tiene una hermana que es monja en una escuela católica de los Estados Unidos. En su libro comenta el hecho de que en el vapor que lo condujo a los Estados Unidos regresaban a su patria varios misioneros protestantes que habían ido a la América Latina "a predicar su religión en un ambiente estrecho y hostil".

"Ahora", dice, "los pastores protestantes viajan de regreso. Y los sacerdotes católicos van a América del Sur por docenas y

[1] Edit. Orbe, Santiago, Chile, 1943.

docenas. Es la nueva política de apoyarse en la Iglesia Católica para tratar a determinados países indoamericanos. El catolicismo constituye en Estados Unidos una fuerza sólida y homogénea. Roosevelt tuvo que ceder a su poderosa influencia cuando la guerra civil española. Representa muchas vinculaciones y muchos votos. Ahora, la acción exterior sobre nuestro continente tira sus lazos empleando misioneros papales . . . en el mismo *Aconcagua* parten a Ecuador, Perú y Chile veinte jóvenes curas católicos de la Orden de Maryknoll y contingentes de igual número serán enviados cada mes."

En la entrevista que el señor Seoane tuvo la gentileza de concederme, hizo resaltar las sospechas que inspira en la América del Sud "la política religiosa dirigida" del departamento de estado. En un artículo firmado dice este conocido escritor peruano:

"Ahora ocurre que una "política religiosa dirigida" exige que la abundosa emigración de funcionarios norteamericanos de todos los oficios y pelajes reúna el preferente requisito previo de su condición católica.

"Los latinoamericanos somos suspicaces. Y nos damos a pensar por qué un país predominantemente protestante nos envía delegaciones predominantemente católicas. ¿Por qué esconde su protestantismo? Esta manía ha llegado a dificultar el viaje de pastores protestantes. Y esto es grave. Entre nosotros la libertad de cultos está consagrada por las constituciones, y nos desagrada pensar que exista cualquier inquisición que instalada en una sección de pasaportes controle nuestro hospedaje. Queremos que vengan los mejores norteamericanos, sean católicos o protestantes, a condición de ser auténticos buenos vecinos, deseosos de un progresivo entendimiento y amistad entre ambas porciones del Continente de Colón.

"El reciente movimiento obrero, poderosamente organizado, tiene también una viva sensibilidad al respecto. De ahí que causara sensación cuando los delegados obreros norteamericanos,

enviados al último Congreso de la Confederación Obrera de Chile —que controla 500.000 sindicados— dieran su última conferencia en una pequeña y desconocida sociedad obrera católica, controlada por las peores fuerzas de la reacción política, y afirmaran allí que «los obreros católicos deben aprestarse a tomar la dirección del movimiento obrero.» Esta proclama llenó de alarma y desconfianza a los dirigentes comunistas y socialistas de la Confederación chilena que nunca aceptarían darle carácter religioso a su organización."

Estuve literalmente a los pies de una de las sobresalientes intelectualidades del Perú, cuyo nombre, por obvias razones, omito. Vive hoy alejado de la vida política y social, pero no olvidado por el pueblo peruano que recuerda su actuación diplomática y admira su genio literario.

"¿Será católico el actual embajador americano?", me preguntó. Eso fué en 1943. Le contesté que no lo era.

"Pues, favorece todo lo que es católico romano", me replicó. "La mayor parte de los estudiantes que consiguen becas para estudiar en los Estados Unidos son católicos. Lo mismo sucede con los profesores que se envían desde el Perú. Muchos de ellos son de tendencia fascista, y han vuelto de los Estados Unidos con esa tendencia francamente robustecida. Les he oído decir: La democracia es un mito en los Estados Unidos. Ahí existe la misma distinción de razas que practican los fascistas. Otros han regresado diciendo: Si las democracias ganan la actual guerra el imperialismo yanki será más peligroso que nunca, pues los Estados Unidos saldrán de la guerra convertidos en un irresistible poder militar.

"No hablan así los liberales", continúa diciendo mi personaje. "Los conservadores, en cambio, se quejan de que los Estados Unidos intervienen en todo. Distribuyen el papel para periódicos; son los proveedores de muchas cosas que necesita-

---

[2] Véase esta declaración completa en el Apéndice B.

mos; hasta nos han ayudado a excluir del Perú ciertos libros peligrosos, dicen los conservadores católicos. Muchos de los conservadores que colaboran con la oficina del coordinador de asuntos americanos aprovechan esta relación para mantenerse en una posición política dominante."

Uno de los hombres más dinámicos y progresistas de la Argentina es el profesor Américo Ghioldi. Escritor y director de *La Vanguardia*, el profesor Ghioldi ha sido también miembro de la cámara de diputados y se lo reconoce como una importante autoridad en aspectos de la pedagogía moderna. En el año 1942 fué enviado por su gobierno a los Estados Unidos para estudiar algunos problemas relacionados con la enseñanza en las escuelas públicas.

"A muchos sudamericanos", me dijo el Prof. Ghioldi en la entrevista que me concedió, "nos alarma la actitud de los Estados Unidos consistente en reforzar el poderío político de la iglesia católica en Sud América, sobre todo en aquellos países en los que aquella iglesia adhiere a los gobiernos autocráticos, porque en definitiva el resultado mensurable es un refuerzo para las dictaduras criollas del continente.

"No tengo hostilidad hacia el catolicismo. Pero es necesario subrayar que en América Latina predomina el clero educado en la tradición hispánica y romana cuyo espíritu difiere tan fundamentalmente del catolicismo militante de otras partes.

"La opinión pública norteamericana debe comprender que la buena vecindad significa concretamente que la Carta del Atlántico debe tener vigencia también en estas partes del mundo, donde mucho se habla oficialmente de democracia y libertad, pero los pueblos viven sojuzgados."

Una de las interesantes entrevistas celebradas en el Uruguay fué la que me proporcionó el doctor Hugo Fernández Artucio. Profesor universitario, miembro de la legislatura uruguaya, el doctor Fernández Artucio se distinguió en 1940 con su obra

La organización secreta nazi en la América Latina escrita en inglés y publicada en los Estados Unidos en 1942 [3]. Invitado a visitar los Estados Unidos, fué recibido como huésped de honor por el gobierno de aquel país. En la declaración firmada que me diera este destacado uruguayo, dice:

"La intolerancia católica reflejada en la política exterior de los Estados Unidos es tomada en este país por las personas de espíritu liberal como un peligroso síntoma de inclinación de los Estados Unidos. Hay, pues, en los sectores liberales de la opinión pública uruguaya un sentido de resentimiento por estos insólitos aspectos de la política americana. El problema es mundial. El Mariscal Petain, influenciado por los peores elementos católicos de Francia, repudia los principios democráticos de la revolución francesa. El Almirante Leahey y luego el señor Murphy, parecían acomodarse muy fácilmente a esta actitud que significaba a la vez un repudio del "Bill of Rights" de la república americana. Esta política antiamericana que los representantes de los Estados Unidos contemplaban con indiferencia, si no con aprobación, afecta los fundamentos morales de las relaciones interamericanas. La influencia del embajador Hayes (católico) en España se ha inclinado siempre en el sentido de favorecer el totalitarismo de Franco. El representante especial ante el Vaticano, señor Taylor, se cree ha contribuído a determinar toda la política a seguirse en el norte de Africa y en Italia. Ejemplos similares podrían citarse respecto de Checoeslovaquia, Hungría, etc.

"He vivido dos años en los Estados Unidos y quiero entrañablemente a ese pueblo. La base de la democracia en ese país es la pequeña comunidad de tradición puritana. Hay evidentemente una revolución clerical en marcha para destruir lo que hasta ahora se había ganado en favor de la democracia. Esto es particularmente grave en los Estados Unidos. He oído

[3] Una traducción al castellano fué publicada en México por la Unión Distribuidora de Ediciones.

quejas de que las personas que el Gobierno de los Estados Unidos envía a estas repúblicas son, con harta frecuencia, católicas y favorecen en todo lo que es católico, realizando así obra sectaria y creando de nuevo entre nosotros un problema que habíamos pensado resuelto para siempre por lo que concierne al Uruguay cuando menos."

Otro aspecto hay de este asunto que no parecen haber percibido los católicos romanos en los Estados Unidos ni los representantes del departamento de estado de Washington. Parecen creer que, con la eliminación de los misioneros o pastores de origen estadounidense, se fortalecerían las relaciones de buena vecindad entre las dos Américas. Pero aun realizándose esta eliminación quedarían muchos misioneros evangélicos británicos, alemanes, holandeses, noruegos, armenios y franceses. Por lo menos el 40 por ciento de los misioneros protestantes en América Latina son de origen europeo. Con ellos nada podría hacer el departamento de estado de los Estados Unidos. Según una lista oficial de actividades religiosas en Argentina, Uruguay y Paraguay, el total de misioneros protestantes extranjeros (británicos, norteamericanos, escandinavos, etc.), no llega a 350, de los cuales menos de la mitad son de origen norteamericano y en este número se incluyen las esposas de los maestros o pastores casados. ¿Será ésta la temible "invasión protestante" contra la cual protesta tan desaforadamente la iglesia católica? ¡Ciento cuarenta misioneros inclusive las amas de casa que acompañan a sus esposos . . . , ¡y eso para una extensa área que abarca las repúblicas del Uruguay y la Argentina!

Además, ¿quedaría la iglesia católica romana desembarazada de toda rivalidad u oposición religiosa, en el caso de que los misioneros extranjeros regresaran a sus respectivas patrias? En manera alguna. El protestantismo en la América Latina no es una minoría exótica; ha llegado a ser un movimiento netamente

nacional. Los evangélicos son hijos de América Latina. Más del 90 % de su feligresía está constituída por hombres y mujeres nacidos en esta tierra americana, a cuyo suelo están enraizados por la sangre y la tradición hogareña y patriótica; y a cuya historia están entroncados como fuerza propulsora de una cultura integral basada en el evangelio de Cristo. En Chile el grupo evangélico más numeroso es el de los pentecostales que ahora cuentan con 30.000 personas inscriptas en sus registros de feligreses. Entre ellos no hay ni un solo misionero extranjero ni reciben un céntimo de apoyo financiero del exterior. Sus pastores son todos chilenos. En el Uruguay y la Argentina las iglesias metodistas tienen como cuerpo directivo a lo que se llama "la Conferencia Anual del Río de la Plata". Forman parte de este cuerpo unos setenta y seis pastores y laicos nacionales y sólo cuatro misioneros extranjeros. ¿Qué ventaja habría en la expulsión del país de esos cuatro misioneros? ¿Acaso la obra metodista desaparecería? En el Uruguay las heroicas y robustas iglesias Valdenses son completamente autónomas y no tienen ningún misionero extranjero. Lo mismo se puede decir del grupo evangélico que en el Perú se denomina "la Iglesia Evangélica Peruana". En el Brasil existen dos grupos de iglesias completamente independientes y autónomas: la Congregacional y la Presbiteriana Independiente. También puede decirse del metodismo en el Brasil que es independiente y autónomo. Elige sus propios obispos y determina él mismo su programa y actividades.

Es también importante recordar que el misionero extranjero ejerce, dentro del protestantismo latinoamericano, con raras excepciones, una influencia moderadora en toda relación que se tenga con la iglesia católica romana. El retiro del misionero extranjero dejaría sin freno los sentimientos, frecuentemente apasionados, de elementos españoles, italianos y nacionales que

en un tiempo estuvieron dentro del redil católico romano y que conservan de esa experiencia amargas memorias que sólo sirven de acicate para una abundante invectiva.

Un folleto anticatólico redactado en términos violentos y que circulaba en Colombia había levantado, como era natural, una enérgica protesta de parte de las autoridades católicas. Averiguando el origen del folleto se supo que su autor era un ex cura español. Ningún grupo de responsabilidad entre los evangélicos jamás había repartido el referido escrito y en una asamblea de varias agrupaciones protestantes fué severamente repudiado y condenado.

Durante la celebración de un congreso eucarístico en Calí, Colombia, se protestó enérgicamente contra un protestante que repartía folletos en contra de la eucaristía romana. Averiguado el asunto se supo que el folleto había sido impreso y repartido por su autor que era colombiano. El misionero norteamericano le había suplicado que no molestara a los católicos en el ejercicio de sus derechos. Pero el hombre no se dejó disuadir. ¿Qué se hará con lo que podríamos llamar la oposición nativa o de elementos nacionales al catolicismo? La eliminación de los misioneros norteamericanos, educados en un ambiente como es el de Gran Bretaña y los Estados Unidos, que algunos considerarían de excesiva tolerancia, dejaría sin vallas ni influencia moderadora un torrente de oposición controversista que sólo podría contribuir a amargar las relaciones entre protestantes y católicos en América Latina.

Los pueblos de América deberían sentir honda preocupación por el problema de la libertad religiosa, por los alcances que sin duda ha de tener en la época de postguerra cualquier principio que fuese aceptado ahora. Etiopía no era un país católico romano, y, sin embargo, cuando fué conquistado por Italia se convirtió en patrimonio misionero de esa iglesia. Varios

misioneros evangélicos escandinavos fueron expulsados del país. Igual trato recibieron los maestros evangélicos de la iglesia presbiteriana que por medio de escuelas y hospitales habían estado rindiendo un servicio altruísta durante muchos años. El general Franco ha aniquilado al protestantismo en España, y el Vaticano lo aclama como "salvador del cristianismo".

El alcance de este problema rebasa los límites de una simple riña entre iglesias. Se juegan en este asunto caros principios. Los amantes de la libertad no pueden callar. Los americanos queremos libertad en todas partes del mundo para toda persona que adore a Dios según su propia conciencia. Esta es la libertad para la cual los fundadores de la gran república del norte llegaron al nuevo mundo. Construyeron con tanto acierto que el concepto de libertad que abrigaban fué ampliándose hasta que no sólo reclamaban libertad para ellos, sino que la ofrecían a otros. Triste sería si, en este día en que se hace la guerra para defender "las cuatro libertades", renunciáramos esta más profunda libertad, la religiosa, sin la cual las otras no quedarían en pie.

El trágico momento histórico por que pasa la humanidad reclama la más completa unidad de miras entre los pueblos del mundo amantes de la libertad. Este no es el momento para sacar provecho sectario a costa de la unidad. La democracia por la cual luchan los hombres libres del mundo no debe ser saboteada en favor de ningún grupo u organización en particular.

Comentando el pacto de Moscú los obispos católicos de los Estados Unidos han lanzado en reciente carta pastoral la prevención de que "la libertad religiosa tal como la entendemos en los Estados Unidos no existe en Rusia". Verdad. Pero también es verdad que la libertad religiosa tal como se entiende en la América del Norte no existe en ningún país predominante-

mente católico romano: España, Portugal, Italia, Polonia y el Perú. Los obispos católicos y la prensa católica hacen bien en exigir el máximo de libertad religiosa en el mundo de postguerra. Es de esperar que estarán de acuerdo en que lo que con tanta justicia piden para sí, debe hacerse extensivo a los países católicos.

En el fondo de este asunto de las misiones protestantes en países sedicientes "católicos", está el problema mucho más fundamental de la naturaleza de la libertad religiosa. En un mundo tal como el que aspiran a construir los hombres libres ¿debería aceptarse como principio que la religión que esté en mayoría en cada región debe "congelarse" y quedar establecida para siempre como religión dominante? Política tal no puede ser defendida. La misma iglesia católica no la acepta, porque, mientras propugna la política de puertas cerradas para la América Latina, España e Italia, no quiere que se establezca un sagrado monopolio para el hinduísmo en la India, para el budismo en la China, o para el protestantismo en Inglaterra y los Estados Unidos.

Uno de los buenos resultados de la actual controversia es que nos está obligado a examinar de nuevo lo que significa la libertad religiosa. Dedicaremos a ello el próximo capítulo.

II

LA CUESTION DE LA LIBERTAD RELIGIOSA

En un folleto sobre "las cuatro libertades", publicado por un organismo del gobierno de los Estados Unidos, se dice lo siguiente, en la sección sobre "Libertad religiosa":

"La garantía democrática de la libertad de culto no pertenece al orden de las concesiones, sino al de los reconocimientos. Es el reconocimiento por el estado, de que el espíritu se cierne en regiones infinitas que están muy por encima de la de los recaudadores de impuestos. Fué Tomás Paine, uno de los grandes voceros de la libertad en América, quien señaló la circunstancia de que un gobierno no tiene más autoridad para conceder al hombre libertad para adorar a Dios, que la que tendría para conceder a Dios libertad para aceptar dicha adoración."

Esta es precisamente la posición protestante.

En vista de la significación de toda esta cuestión, fué muy oportuna la contestación del Concilio Federal de Iglesias [4] al pronunciamiento de la jerarquía católica romana contra las misiones protestantes en la América Latina:

---

[4] Véase la declaración titulada *Our Heritage of Freedom* (Nuestra herencia de libertad), emitida en su reunión anual realizada en Cleveland, Ohio, en diciembre de 1942.

"Deploramos la pretensión de la jerarquía católica romana, de circunscribir la libertad religiosa de los cristianos protestantes para la proclamación de su fe, a la vez que, por implicación, se reservan para sí el derecho a la proclamación universal de la suya propia. No podemos imaginar un proceder más indicado para proyectar en el Nuevo Mundo la funesta intolerancia que tan trágicas consecuencias está produciendo en la vida contemporánea de España."

No podría hallarse una presentación más satisfactoria de la teoría protestante de la libertad religiosa, que la publicada en marzo de 1944 por el Comité Conjunto de Libertad Religiosa del Concilio Federal de Iglesias Protestantes en los Estados Unidos:

"Reconocemos la dignidad de la persona humana creada a la imagen de Dios. Recomendamos, pues, que los derechos cívicos que derivan de esa dignidad figuren debidamente en cualquier convenio o arreglo que nuestro país (los EE. UU.), celebre con otros países para la consecución del orden en el mundo, y que sean mantenidos estos derechos en los tratados que se formalicen y en las funciones y responsabilidades que sean asignadas a las organizaciones internacionales. Los estados deben asegurar que sus ciudadanos estén libres de toda coacción y discriminación en materia de religión. Este y todo otro derecho inherente a la dignidad del hombre deben ser adecuadamente protegidos porque, de ser vulnerados, toda otra libertad queda en peligro.

"El derecho individual de libertad religiosa se reconocerá donde quiera, siempre que no interfiera con las medidas de seguridad y orden públicos; y será garantizado contra toda disposición legal y todo procedimiento administrativo que tendieren a imponerle taxativas políticas, económicas o sociales por motivos de religión.

"Toda interpretación de la libertad religiosa debe incluir el derecho de rendir culto a Dios según la conciencia individual,

el de criar a los hijos en la fe de sus padres, y el del individuo a cambiar de religión, así como también la libertad de predicar, educar, imprimir y hacer propaganda misionera, y la de asociación con otras personas y la de adquirir y poseer bienes raíces para estos fines.

"En salvaguardia del orden público y para fomentar el bienestar del pueblo, tanto el estado, al reconocer la libertad religiosa como el pueblo al disfrutar de este derecho que se le reconoce, deben cumplir con obligaciones recíprocas. El estado debe proteger a todos los grupos, tanto a las minorías como a las mayorías, contra cualquier limitación de derechos legales por motivos religiosos. El pueblo, a su vez, debe ejercer sus derechos con todo sentido de responsabilidad y en actitud de respeto de los derechos de los demás."

Un artículo sobre el concepto católico romano de la libertad religiosa escrito por el padre W. Eugenio Shiels, codirector de *America*, un periódico jesuíta norteamericano, parece coincidir con la posición protestante sobre la libertad religiosa:

"Cada hombre tiene derecho natural (y no concedido por un permiso del gobierno) de seguir a su conciencia, es decir, servir a Dios como él alcance a ver que Dios desea ser servido. Debe tratar de encontrar la verdadera religión. Debe seguir la luz como Dios se la da para ver. Tiene el deber y el derecho de actuar así. Debe seguir a su conciencia, ya fuere correcta o erróneamente, aunque ciertamente, si ve que está en el error, se halla obligado a buscar el camino que lo lleve del error a la verdad. Este derecho de seguir la voz de la conciencia origina el deber de hacer exactamente lo mismo. Es por eso que tenemos el derecho de estar en condición de cumplir con el deber.

"La religión incluye tres actos esenciales: creencia, adoración y conducta moral de acuerdo con el credo y la adoración. Y el mínimum irreductible de protección para esta libertad requiere que un hombre tenga el derecho de guardar sus creencias, ejecutar sus actos de adoración y cumplir el código

moral dado por su Creador. Todo cuanto fuera menos que esto significa tiranía absoluta y no puede ser tolerado por un tratado de paz mundial. Ningún gobierno debe tener en esta materia derecho para decir a otro que se ocupe de sus propios asuntos, dejándole resolver esta cuestión a su propio criterio porque no dispone sencillamente de un justo poder que le permita negar este mínimum a un ser humano.

"En principio, la libertad religiosa es una cosa, y la actividad religiosa es otra. Cada estado debe preservar la verdadera religión; no obstante lo cual, cada estado debe respetar el derecho de la libertad religiosa. Pero no cada estado debe permitir las más amplias actividades religiosas.

"Supongamos que algún país que tiene un cuadro religioso uniforme, admite inmigrantes de otra religión. ¿Acaso debe dar a este grupo de inmigrantes los más amplios privilegios para propagación de su culto? No, a menos que este grupo pueda demostrar, a satisfacción del estado, poseer un especial mandato Divino para seguir con sus actividades." [5]

El empleo del término "la verdadera religión" suscita inmediatamente sospechas. ¿Quién ha de decidir cuál es la verdadera religión? Para la iglesia católica romana, "la verdadera religión" no significa la religión que la conciencia del individuo, ayudada por las Sagradas Escrituras y guiada por el Espíritu Santo, acepta. Significa la religión católica romana. Y en cuanto al último párrafo, ¿cómo podría demostrar un grupo cualquiera la posesión de un "especial mandato divino" en forma que fuera aceptable a un estado dominado por una jerarquía que restringe en tal forma su definición de la libertad religiosa? Bajo tal teoría de la libertad religiosa ningún grupo minoritario puede esperar jamás disfrutar "los más amplios privilegios para la propagación de su culto".

---

[5] *America,* enero 23, 1943.

La aplicación de esta teoría de limitación forzosa de la actividad religiosa de las minorías en países en los que casi todos profesan la misma religión, habría impedido la entrada de misioneros cristianos en todos los países no cristianos, y la del catolicismo romano en los Estados Unidos.

Un escritor católico francés, Louis Veuillot, ha sintetizado la actitud oficial de la iglesia respecto a los derechos de las minorías, en estas palabras: "Cuando estamos en minoría, reclamamos libertad religiosa en nombre de vuestros principios (protestantes). Cuando estamos en mayoría, la negamos en nombre de los nuestros." [6]

León XIII, en su encíclica *Sobre la constitución cristiana de los estados*, señala las "deficiencias" de algunas democracias. Enumera entre sus fallas (1) "el no hacer pública confesión de fe, y de la fe verdadera" (2); el hecho de que "a la religión católica se le reconozca una posición social solamente igual" a la de otras; y (3) el mal de conceder libertad de palabra y de publicación. Monseñor Juan A. Ryan, director del departamento de acción social de la National Catholic Welfare Conference, en su obra *Catholic Principles of Politics* (1940), refiriéndose a esta encíclica y defendiendo la conveniencia de limitar la libertad de los no católicos en los países católicos, dice: "Los defensores superficiales de la libertad religiosa se apresurarán a denunciar indignados las anteriores proposiciones como la esencia de la intolerancia. Y son intolerantes, mas no por ello irrazonables. El error no tiene los mismos derechos que la verdad. Desde que la profesión y práctica del error son contrarias al bienestar humano, ¿cómo puede el error tener derechos? ¿Cómo puede justificarse la voluntaria tolerancia del error?" Pero, ¿consi-

[6] Citado en un artículo sobre "La interpretación romanista de la libertad", por A. Stewart McNairn, en *World Dominion and the World Today*. Londres, julio-agosto, 1943.

deraría el pueblo americano como democrático a un régimen en el cual no se tolerase nada de lo que la jerarquía católica romana llama error?

La reacción natural ante todo esto es la convicción de que la iglesia católica romana no interpreta la libertad religiosa como la entiende el mundo democrático.

¿Persistirá la iglesia católica romana en su intento de eliminar la minoría protestante de la América Latina, a pesar de que millones de hombres están luchando por las "cuatro libertades", una de las cuales es la libertad de religión, no como la define Monseñor Ryan y la jerarquía católica romana, sino como la entienden comúnmente los ciudadanos americanos? Somos contrarios a la dictadura religiosa para este o cualquier otro continente. En las cosas del espíritu, como en las cosas materiales, el principio del monopolio ha tenido y seguirá teniendo los más funestos resultados. Las iglesias cristianas están llamadas a estrechar sus filas y unir sus fuerzas para la reconstrucción de postguerra. Pero es obvio que no será posible rehabilitar el siglo XX con ideas del siglo XIII.

Un editorial publicado en el número de mayo de 1944, del Boletín del Concilio Federal de Iglesias, que representa a veinticinco denominaciones protestantes en los Estados Unidos, acepta el principio de que los representantes del gobierno de los Estados Unidos, en sus relaciones con otros países, debieran presentarse como fieles exponentes de ciertos ideales que han sido, desde el principio, parte de la vida misma de los Estados Unidos. "Se presentarán", dice, "muchas ocasiones durante los próximos años, en que el pueblo de nuestras iglesias tendrá que recordar al gobierno (de los EE. UU.) la necesidad de justificar, hasta donde sea posible, nuestra política nacional (con respecto a la libertad religiosa) en nuestras relaciones con otras naciones. Reconocemos que nuestro gobierno no puede imponer a otros

países la política americana; pero creemos que nuestra influencia nacional en la comunidad mundial debiera contribuir a fortalecer las fuerzas de la democracia, que exige el reconocimiento de los derechos y obligaciones de la libertad religiosa".

Cuando la jerarquía católica romana del Perú, procediendo por sorpresa a último momento, casi logró impedir la realización del Congreso Latinoamericano de Juventud Evangélica, en la capital de aquel país, en 1942, al cual concurrieron delegados de todos los países latinoamericanos así como de los Estados Unidos, se apeló a los embajadores de Argentina, Uruguay, México, Chile y Bolivia para que interpusiesen amistosamente su influencia para que pudiera reunirse esa conferencia puramente religiosa, cuyos delegados estaban ya en viaje. Esos distinguidos caballeros latinoamericanos demostraron la mejor buena voluntad para prestar toda la ayuda posible. Pero algunos de nosotros descubrimos con vergüenza la arraigada convicción de los miembros del comité de jóvenes peruanos organizador de la reunión, en el sentido de que sería inútil solicitar ayuda o consejo en la emergencia a los representantes diplomáticos de los Estados Unidos.

Un obispo protestante solicitó autorización en agosto de 1943 para entrar en cierto país sudamericano con el objeto de visitar las iglesias y escuelas de su denominación. Le fué negada la entrada por el Ministro de Relaciones Exteriores, persona reconocidamente fanática y antidemocrática. Sucedió empero que el obispo era sudamericano, ciudadano uruguayo. Y cuando el embajador del Uruguay, que no es protestante, tuvo conocimiento del incidente, inmediatamente se entrevistó con el ministro.

"Excelencia", le dijo, "he venido a averiguar por qué se ha negado la entrada a este ciudadano uruguayo".

"Es protestante, y no queremos que esa gente entre en nuestro país", fué la respuesta.

"Yo no sé nada de eso", replicó el embajador. "Es un ciudadano de mi país, donde es tenido en alta estima. ¿Por qué no puede entrar?"

El obispo pudo entrar, pero éste y otros hechos anticonstitucionales del pequeño grupo reaccionario representado por aquel ministro, repercutieron finalmente en el congreso del país. Le recordaron al ministro que la constitución de su país garantizaba la libertad religiosa y que ni él ni nadie tenía derecho de prohibir a nadie la entrada al país por motivos religiosos. Desde entonces se han enviado instrucciones a todos los agentes consulares de dicho país en el sentido de que por ningún concepto debe rehusarse la visación de pasaportes por motivos religiosos.

Todas las veinte repúblicas latinoamericanas tienen en su constitución una cláusula garantizando la libertad religiosa. Once de las veinte tienen separación de la iglesia y el estado. Los pueblos sudamericanos están orgullosos de este liberalismo y se sienten molestos por las maquinaciones de las minorías reaccionarias que, en algunas de las repúblicas, están tratando de hacer girar al revés las ruedas del progreso.

Y si por motivos circunstanciales los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña silencian su testimonio en favor de un derecho que está enraizado en su vida nacional, otras voces se levantarán, y se están levantando ya, que no podrán ser acalladas por ningún dictador ni por ninguna realista política de apaciguamiento.

Una de esas voces es la de Gabriela Mistral, la poetisa chilena, amada y honrada en toda la América Latina. La alta estima en que el gobierno y el pueblo chileno la tienen se materializó en su nombramiento como Cónsul General chilena, sin designación fija. En tal carácter ella viaja de país en país, como emba-

jadora de las cosas del espíritu. Es católica romana, y sobre la cuestión de la libertad religiosa me dió la siguiente declaración:

"La libertad de credos es una de las honras republicanas de la América del Sur. Las leyes que la defienden son garantía en primer lugar de los católicos, luego de los protestantes y después de griegos y ortodoxos, de judíos, etc. Remecer esta plataforma de bronce, que es la libertad de culto, lograda después de una dura forja, o mutilarla en sus raíces adventicias me parece una aventura y tengo miedo siempre de las aventuras en los pueblos nuevos. Ellas desatan primero la fantasía, después las pasiones y los malos instintos finalmente.

"Como es natural, yo tengo muy presente la categoría del catolicismo en la América Ibera. Sin duda alguna el rango de la Iglesia es el mayor en la plana de nuestras instituciones morales; aún en las estadísticas brutas la cifra de su anchura es aplastante y a su lado las otras son cañas flacas o arbolillos de dos años. Muy señoras y dueñas, es decir, muy bien asentadas en sus anchos territorios morales, los catolicismos del Sur, el chileno entre los primeros, se dieron el lujo de la *generosidad* —que siempre es una especie de elegancia, y aceptó convivir con los demás credos y aun con las sectas. Las leyes de separación, aceptadas por la *sagesse* de un Príncipe de la Iglesia y de la inteligencia chilenas, Monseñor Errázuriz, no significan la entrega ni el alquiler de la conciencia católica al Estado. Algunos creemos que significa lo contrario de eso: una cierta liberación para su mayor holgura. Casi todos los Estados ahogan las personas espirituales y las empequeñecen con una protección que suele aparecer como "toma y daca".

"Por otra parte, y volviendo a su pregunta, pudiese resultarnos un presente griego esa proposición de que nos sean sacrificados el protestantismo centro y sudamericano. Desde luego, tal cosa no ha sido solicitada, que yo sepa, por sus beneficiarios, los católicos ibero-americanos.

"Supongamos que la eliminación de las obras sociales y de las misiones protestantes se hiciese rápida o paulatinamente. Me temo que poco a poco se crearía un clima de resentimiento y a la postre de odio hacia el Catolicismo.

"Me asombra un poco y me da algún miedo esta perspectiva de una dominación católica a base de eliminaciones o de restricciones reteñidas de privilegio. Los credos, lo mismo que los regímenes poderosos, no necesitan del privilegio y si lo buscan o lo aceptan, caen en una gran tentación". [7]

"¿Qué otras razones daría usted para justificar la continuación de la obra protestante en la América hispana?", fué una de mis preguntas finales a Gabriela Mistral.

"La razón primaria que debí decir antes es de que esas actividades caen dentro de lo que la Sociedad de las Naciones llamaba "derechos de las minorías". Un buen censo de los protestantes establecidos en nuestros pueblos saldría bastante subido. Suprimirles o debilitarles sus instituciones sería de una ilegalidad odiosa. Su disgusto iría subiendo a irritación y después a estallido. *Es muy cierto que sólo la libertad sosiega, desaltera, aplaca.*

"Debemos darnos cuenta, nosotros, los católicos iberos, de que las colonias anglo-sajonas y americanas necesitan de sus templos, de su culto y de su prensa tanto como del perímetro de suelo en que levantan sus casas, sus fábricas y sus campos de juego. Ellos consumen por igual los alimentos de nuestro suelo y la doctrina que les llega en libros religiosos y en la boca de sus misioneros. Este consumo espiritual suele parecerme más imperioso en ellos que en nosotros: no he visto a mis gentes viajar con su Evangelio en el equipaje mínimo del avión; a los vuestros sí los he visto... La vida del americano en estos pueblos, para ser dichosa, precisa ser completa y ningún cristiano da por cabal una vida en la cual se desnutra lentamente de la

sal de la propia ciencia. Tengan, pues, ustedes su ración de adoctrinamiento como la tienen de maíz y piñas criollas." [8]

El Dr. Alberto Casal Castel es un conocido educacionista argentino, inspector de enseñanza secundaria. Es un católico militante, y el único laico que escribe sobre asuntos religiosos para la prensa argentina. Entre otras preguntas, le hice la siguiente: "Como argentino y católico ¿qué importancia da usted a la tolerancia en materia de religión?

"He nacido en un país que profesa la libertad de cultos, porque es un país inmigratorista. Me he nutrido de las ideas liberales que con Juan Bautista Alberdi pasaron a los capítulos de nuestra constitución política, para "llamar a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino". En consecuencia no puedo estar sino en favor de la tolerancia religiosa. Por otra parte necesitamos un hombre organizado moralmente por un cierto tipo de fe y con una moral que tenga en ella sus fuentes. Esto es para mí mucho más importante que cualquier otra consecuencia y, desde luego, al injerto aluvional de individuos sin creencia ninguna, porque ellos no nos ofrecen garantía ninguna de moralidad.

"¿Consiste la libertad religiosa sólo en libertad de culto a Dios según la conciencia del individuo o incluye también el derecho de propaganda en favor del credo que profesa el que así rinde culto a Dios?", le pregunté.

"La libertad debe entenderse de la manera más amplia, como autonomía de la conciencia y como derecho de difusión de las confesiones. Pero dicho de un modo claro lo que acabo de decir, conviene agregar que la libertad no es un accidente en la vida del cristiano; es una condición esencial, *sine qua non*, del cristianismo. Sin ella no existe posibilidad alguna de poder vivir nuestra doctrina, de entenderla siquiera. Y puesto que sostengo que la libertad es fundamental, quiero decir también, que lo es,

---

[7-8] Véase la declaración completa en el Apéndice H.

aún para los que no estén dentro de una forma especial de culto. No podemos prohibir a los otros, lo que no deseamos que se nos prohiba. En el reconocimiento de la libertad ajena, latamente comprendida, radica el respeto que deseamos para nuestra propia libertad." [9]

En su carta, al enviarme sus respuestas, el Dr. Casal Castel dice:

"Pertenezco a la fraternidad mundial cristiana. Y le agradezco la oportunidad que me ha conferido para llevar a los EE. UU. estas ideas mías, que tienden a la efectiva aproximación y al buen entendimiento entre los hombres que profesan una fe —necesaria para el mundo de hoy; más útil aún para el confuso mundo de mañana". [10]

El Prof. Américo Ghioldi, el educacionista argentino, legislador de su país, a quien he citado ya en el primer capítulo, dijo lo que sigue sobre libertad religiosa:

"Como argentino puedo contestar la cuestión que se me plantea recurriendo a la experiencia histórica de mi país. Cuando en 1853 se reunió la Asamblea Constituyente a fin de dictar la constitución que nos rige, se promovió una cuestión fundamental, a saber si debía sancionarse una carta fundamental con la finalidad de asegurar, mantener y perpetuar la uniformidad espiritual de la población, aunque el país quedara cuantitativamente empequeñecido, o si se debía luchar contra la pobreza, el atraso y la anarquía, adoptando una política de puertas abiertas que permitiera el acceso de hombres, cosas e ideas. Y la constitución se sancionó bajo la más amplia y noble de las invocaciones: "asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino".

"Al amparo de esta filosofía y de esta política llegaron al país hombres de todas las nacionalidades y de todos los credos

---

9-10 Véase esta declaración completa en el Apéndice D.

para quienes se sancionó una política liberal, fundada en la libertad religiosa y en los sentimientos de tolerancia y bien entendida convivencia civil.

"Desde muy antes los argentinos hemos comprendido cuanto significaba para nuestro progreso material y mental la libertad religiosa. Ya la carta de mayo de 1825 fundó el gran principio de nuestra evolución histórica. Y en el tratado de amistad con Gran Bretaña, de esos mismos años, se reconoció la libertad religiosa para los ingleses.

"Para los argentinos entonces, la libertad religiosa es un pensamiento vivo de nuestra historia, y la expresión de una necesidad fundamental de nuestro desarrollo integral. Es, en síntesis, un bien histórico y un bien de civilización".

Juan B. Alberdi, sobre cuyos principios se redactó la carta magna de la República Argentina, abogaba por un continente libre de barreras y expresó la opinión de la mayoría de los grandes dirigentes del movimiento de la independencia en la América del Sur cuando dijo en sus *Bases:*

"Si queréis pobladores morales y religiosos, no fomentéis el ateísmo. Si queréis familias que formen las costumbres privadas, respetad su altar a cada creencia. La América española reducida al catolicismo con exclusión de otro culto, representa un solitario y silencioso convento de monjes. El dilema es fatal: o católica exclusivamente y despoblada; o poblada y próspera, y *tolerante en materia religiosa.* Llamar la raza anglosajona y las poblaciones de Alemania, de Suecia y de Suiza, y negarles el ejercicio de su culto, es lo mismo que no llamarlas, sino por ceremonia, por hipocresía de liberalismo.

"Esto es verdadero a la letra: excluir los cultos disidentes de la América del Sur, es excluir a los ingleses, a los alemanes, a los suizos, a los norteamericanos, que no son católicos; es decir, a los pobladores de que más necesita este continente. Traerlos sin su culto es traerlos sin el agente que les hace ser lo que son; a que vivan sin religión, a que se hagan ateos...

"Querer el fomento de la moral en los usos de la vida, y perseguir iglesias que enseñan la doctrina de Jesucristo, ¿es cosa que tenga sentido común?"

Esta pregunta que el gran Alberdi hizo hace décadas, es pertinente en nuestros días. ¿Es prudente que la Iglesia Católica Romana continúe en su actitud de intransigencia hacia las comuniones religiosas que tienen en común con ella los principios fundamentales del cristianismo?

¿Habrá que librar de nuevo la batalla por la libertad religiosa? La América Latina es solamente un sector de un grave problema que es mundial. Es una "cabeza de puente" de suma importancia en la ofensiva de los enemigos de la verdadera democracia en el mundo entero. La cuestión ha de ser afrontada no solamente allí, sino también en los Estados Unidos y Canadá. Si se pierde la batalla en estos dos baluartes mayores de la democracia, la causa de la democracia en otras partes del mundo lo pasará mal.

Se está intentando un esfuerzo, dirigido desde los Estados Unidos, para estimular y movilizar las fuerzas que en la América Latina han estado siempre contra la libertad y la democracia. La lucha por la libertad religiosa en la América hispana comenzó durante las guerras de independencia, a principios del siglo XVIII; y continúa todavía, a pesar de que la libertad religiosa está inscripta en las constituciones de todas las repúblicas. Esta libertad suprema es la llave del arco de todas las aspiraciones democráticas de las naciones del sur. Cualquier entrometimiento con ella debilitará toda la estructura de su vida nacional.

Entiéndase bien que no estamos abogando por la tolerancia religiosa. Lo que queremos es *libertad religiosa.* Los católicos romanos gozan de libertad, no de tolerancia, en los Estados Unidos de América, donde son una minoría. Este es el concepto tradicionalmente americano de los derechos de una minoría re-

ligiosa. Los protestantes no quieren existir en la América Latina, ni en ninguna otra parte, por favor de la iglesia romana.

A continuación discutiremos el derecho de la iglesia católica romana a reclamar la América del Sur como su propio feudo privado, averiguando hasta qué punto los latinoamericanos adhieren a la fe que esa iglesia representa.

III

¿HASTA DONDE ES CATOLICA LA AMERICA DEL SUR?

Los católicos romanos se quejan de que los protestantes hacen prosélitos en la América del Sur. ¿Y qué hay con eso? Lo mismo hace la iglesia católica romana en los Estados Unidos. Se jacta de ganar convertidos entre los protestantes, y tiene organizaciones especialmente dedicadas a ese propósito. Evidentemente la actitud católica romana responde al viejo dicho: "Yo puedo, pero tú no debes." En realidad, el propósito primordial de las misiones protestantes no es hacer prosélitos. El cuento de los misioneros que zalamerean a los fieles católicos para conseguir que deserten de su iglesia, es enteramente falso.

Los católicos alegan, en apoyo de su protesta, que la América del Sur es predominantemente católica. La iglesia católica romana llegó a ella con los conquistadores y ha estado allí desde entonces. ¿Qué necesidad hay, pues, de otra religión?, arguyen. ¿Creen, por ventura, los protestantes, que los católicos no son cristianos? Y si no, ¿por qué confunden a la gente de América Latina trayéndoles una fe cristiana rival de la suya?

Esto plantea la cuestión de si realmente la América Latina es predominantemente católica. A lo cual respondemos, sin vacilar, que no. Por las razones siguientes:

1. Gran parte de los estudiantes y las clases preparadas, así como de la clase media que está surgiendo en la América Latina, no han sido ganados para el cristianismo. Son personas tradicionalmente indiferentes y aun hostiles a la religión. Ser religiosos o concurrir a la iglesia es aun un signo de inferioridad para muchos de los intelectuales. Han roto los grillos de una religión obscurantista llena de superstición y todavía no se les ha enseñado que se puede ser cristiano y conservar el decoro intelectual. Will Durant señaló en cierta ocasión que "el fracaso de la Reforma en conquistar a Francia no ha dejado para los franceses otra posibilidad que aceptar la infalibilidad o la infidelidad." Los sudamericanos que visitan los Estados Unidos señalan la naturalidad con que la religión interviene en tantos aspectos de la vida norteamericana. Se sorprenden de oír orar en asambleas públicas. En su correspondencia a uno de los principales diarios de Buenos Aires, un periodista argentino que recientemente visitó los Estados Unidos, se maravillaba porque el presidente de una de las grandes universidades norteamericanas hubiera hecho una oración de gracias en un banquete que congregó a un grupo de educadores de renombre internacional.

Tan radical ha sido la reacción de los centros universitarios latinoamericanos contra todo lo religioso o que tuviera alguna relación con la iglesia, que se ha abolido toda forma de vestimente académica. Hay que ir a países protestantes para encontrar en uso la toga y el birrete.

El Dr. Ricardo Rojas, en su libro *El Cristo invisible*, contrasta la que él califica de "incomprensible y absurda" vida material de los Estados Unidos, con el fondo religioso, edificado sobre la tradición bíblica, de aquel país. "En Estados Unidos, la tradición bíblica forma, como en Inglaterra, el fondo de su cultura y de su moral. Se la descubre en el pensamiento de sus grandes hombres... Wilson antes de ir a la guerra, fué a orar

en la tumba de Washington... El sentido cristiano de la vida fué en Wilson profundo, y él mismo nos lo ha explicado en el opúsculo intitulado *Ser humano*, que es el evangelio de un estadista moderno... los conductores sudamericanos no suelen hablar como aquel ciudadano que en su país fué rector de la universidad y presidente de la república... Aquí no se oyen voces como la suya, y el pueblo yace en un nuevo paganismo: el alcohol y la superstición para los indígenas de tierra adentro, el lucro y el lujo para la gente de los puertos. Las iglesias de esta otra América, entre tanto, permanecen ajenas a las necesidades espirituales de nuestra época y nuestros pueblos".

Este distinguido escritor e historiador, posiblemente el más destacado entre los polígrafos argentinos, señala la peligrosa indiferencia hacia la religión que prima entre sus compatriotas. Su libro mencionado es uno de los pocos aparecidos en la América del Sur, escritos por algún laico, sobre el problema religioso, asunto que se considera indigno de preocupar a los laicos inteligentes. Este libro único es una serie de diálogos entre un obispo y su huésped, un laico. El prelado ha hecho la observación de que la tradición cristiana está aún viva en todos los pueblos ibéricos del Nuevo Mundo, a lo cual el Dr. Rojas contesta, por boca del huésped: "La tradición católica, como forma externa, sin duda alguna; pero no así el sentimiento cristiano como una inspiración de la vida." Más adelante afirma: "Yo no me refiero a los indiferentes o los tibios, sino al común de los fieles y a los intelectuales emancipados cuando afirmo que en la Argentina nunca hubo una verdadera inquietud mental por el problema religioso, lo cual es grave para una cultura naciente, porque la trascendencia metafísica da un ámbito y una densidad a las ideas, sin contar con que eso podría dar un contenido moral a la política."

"El argentino inteligente", dice Hubert Herring, en *Good Neighbors,*[11] deja para las mujeres y los niños el ir a misa; su esposa contribuirá puntualmente a las obras de caridad que todas las buenas mujeres realizan, y él aparecerá en las ocasiones adecuadas, para hacer los gestos que dicta la costumbre. Pero los dirigentes de la vida comercial, profesional e intelectual de la Argentina ya no toman en serio las pretensiones de la iglesia."

El Dr. Juan B. Terán, que fuera rector de la Universidad Nacional de Tucumán, en la Argentina, y católico militante, dijo:

"¿Qué raro, entonces, que podamos decir que hasta hoy insiste en la sentimentalidad hispanoamericana algo del fetiquismo, de la falta de espiritualismo, del apego a la exteriorización ritual, de las creencias groseramente demoníacas que la cristianización superficial de la conquista no extirpó?

"...En cuanto a las clases elevadas de la sociedad, dan la impresión de que los hombres se mantienen extraños a toda preocupación religiosa, reputándola "asunto de mujeres". En el mejor de los casos le otorgan una "neutralidad benévola". No son ateos, —que serlo es en cierto modo signo de meditación del problema religioso—, sino indiferentes y epicúreos."[12]

2. La ignorancia religiosa está muy extendida entre los "peones" y la clase rural de la América del Sur. Entre esas gentes olvidadas, el cristianismo se ha convertido en algo casi irreconocible, bajo un cúmulo de supersticiones y prácticas paganas.

"¿Es Chile un país católico?"[13] pregunta el Padre Alberto Hurtado Cruchaga, de la Sociedad de Jesús, en un libro recientemente publicado con licencia eclesiástica. El Padre Hurtado es consejero nacional de la juventud de la Acción Católica, en

---

[11] Yale University Press, 1941.
[12] *La salud de la América española*, pág. 68; Cabaut, París, 1926.
[13] *¿Es Chile un país católico?* Edic. Splendor, Santiago, Chile, 1942.

Chile. Y en repuesta a la pregunta formulada en su libro, obra notable por la forma en que encara los problemas del catolicismo chileno, dice:

"Creen algunos que la fe persevera en la casi totalidad de los chilenos. Los resultados que arrojan las encuestas y estadísticas nos obligan, sin embargo, a pensar de otra manera. Es verdad que hay aún en la mayoría de nuestro pueblo un fondo de religiosidad que se manifiesta por el bautismo de los niños, por las imágenes que se conservan en las casas, y por algunas prácticas, muchas de ellas más supersticiosas que religiosas. La vida cristiana, empero, se va debilitando casi hasta desaparecer en algunas regiones." [14]

Cita el Padre Hurtado una carta pastoral del episcopado chileno, de noviembre de 1939, en la cual los obispos afirman, como un cálculo optimista, que apenas el diez por ciento de la población de Chile asiste a misa los domingos y días festivos. [15] Se lamenta de que el cincuenta por ciento de los matrimonios no sean bendecidos por la iglesia, y agrega:

"Luego... más de la mitad de la población es nacida ilegítima en el sentido cristiano. El porcentaje es aterrador.

"Por otra parte, un fondo de fe subsiste en nuestro pueblo. Tienen virtudes típicamente cristianas y hay un deseo de no alejarse de la Iglesia. Aun hoy, el 89,2 % bautizan a sus hijos lo que indica que la gran mayoría de la población guarda una vinculación cristiana. Claro está que el significado profundo del bautismo no lo comprenden: algunos bautizan a sus hijos por seguir una tradición; otros porque hay que ponerles un nombre, porque no tengan mal de ojo... los menos, por hacer de ellos hijos de Dios. Como decía un celoso cura párroco, muerto a consecuencia del terremoto de 1938: "En Chile hay tres sacramentos, bautismo, confirmación y *procesión*"... Atribuye nues-

[14] *Ibid.*, pág. 79.
[15] *Ibid.*, pág. 80.

tro pueblo al culto de los santos y a las vistosas procesiones, muy dignas de respeto, pero que no deben tener la primacía en la vida cristiana, más importancia que a la recepción del cuerpo de Cristo y al perdón de sus culpas." [16]

"Carlos Chaplin es más conocido actualmente en la América del Sur, que Jesucristo", dijo recientemente un distinguido escritor latinoamericano. "Veinte años de cinematógrafo han conseguido que el cómico sea mejor conocido por los sudamericanos que lo que ha llegado a serlo Cristo después de cuatro siglos de catolicismo romano."

Los métodos que emplea el catolicismo romano en su trato con las masas no son adecuados para llevar a los hombres "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo." Esa iglesia sostiene una doble doctrina de salvación: una para los santos y otra para el hombre común. Su ideal superior de la salvación y los métodos preferidos para obtenerla se aplican en las órdenes monásticas, que fueron fundadas por almas que tomaron el evangelio cristiano con toda seriedad y celo. Para las masas existe un sistema de vigilancia inquisitorial, el confesonario, el miedo al infierno y la esperanza del cielo, un hábil plan de penitencias e indulgencias —un maravilloso sistema para conseguir la conformidad externa; pero carece de medios adecuados para elevar a las masas por sobre el plano de la irresponsabilidad infantil e investirlas de la dignidad y la libertad que proceden de la auto dirección responsable.

3. Las nuevas clases industriales en Argentina, Chile y Uruguay se han apartado de la iglesia, a la cual han encontrado con tanta frecuencia de parte de los privilegiados. Sólo una iglesia organizada democráticamente podrá reconquistar para el cristianismo a las clases trabajadoras.

---

[16] *Ibid.*, pág 81.

4. Hay en la América Latina alrededor de quince millones de indios que esperan ser cristianizados. El catolicismo entre los indios es mucho más un barniz transparente que cubre sus primitivas prácticas y actitudes, que un plasma sanguíneo regenerador para sus almas.

Esta opinión es apoyada por uno de los más reflexivos escritores de la Argentina, Don Julio Navarro Monzó, quien, al fallecer recientemente ocupaba un alto puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en el cuerpo de redacción de *La Nación* de Buenos Aires. Siempre le interesó especialmente el problema religioso, y aunque de tendencias liberales, la iglesia católica romana lo consideró hasta el fin como suyo. En un folleto en que trata de los conceptos de Cristo que se tienen en la América Latina, dice, refiriéndose a la expresión de la fe religiosa de los indios de la América del Sur:

"Hace años, en las montañas del Perú y en una pobre aldea de indios, me detuve a considerar un monumento semejante a tantos otros que, por millares, se encuentran en todos los países de habla española. Era una gran cruz de piedra en la cual se hallaba toscamente esculpida la figura de Jesús. Al pie de ella había algunas flores y una vasija de barro conteniendo una ofrenda de licor que los indios depositaban allí como expresión de su religiosidad.

"La ofrenda tenía mucho de pagano, como aquellas libaciones que, en el cuarto siglo, la madre de San Agustín hacía sobre la tumba de los mártires —según el propio hijo nos cuenta en el libro VI de sus Confesiones. Pero si, a pesar de la práctica de esos ritos paganos, Mónica pudo ser una gran cristiana y hasta una santa, ¿por qué no habría un fondo de auténtico cristianismo en esas ofrendas que los indios peruanos ofrecían al Cristo crucificado?

"Días después, en Lima, comentaba el tema con algunos amigos peruanos, todos ellos intelectuales, todos ellos educados

en el catolicismo y más o menos oficialmente adheridos a él, y con un artista español, católico fervoroso, pero gran conocedor de las cosas del Perú. "Al fin y al cabo, les decía, a falta de un conocimiento directo de los Evangelios, que ni llega a sus manos ni ellos serían capaces de leer, puesto que son analfabetos, esas cruces desparramadas por las sierras peruanas prestan un verdadero servicio a los indígenas. Les recuerdan la tragedia del Calvario; les dicen que hace diecinueve siglos Jesús murió por amor a los hombres; les dan alguna idea, por borrosa que ésta sea, de un hecho fundamental en la historia de la humanidad".

"Con gran sorpresa de mi parte, fué el artista español quien me contradijo, con la aquiescencia de todos los demás interlocutores. "Está Ud. equivocado", me dijo; "esas cruces no recuerdan nada semejante a los indios. Los primeros misioneros que vinieron a este continente destruyeron sencillamente los ídolos que los indios adoraban y les dijeron que, en lugar de ellos, debían adorar esas cruces. Más o menos pasivamente, los indios aceptaron ese hecho y siguen ofreciendo a las cruces las mismas cosas que antes ofrecían a Pacha-Mama, a Pacha-Khamac, a Wira Cocha, con el mismo objeto y por las mismas razones que antes lo hacían: para pedir a las fuerzas desconocidas y sobrenaturales que los protejan en los peligros, que no se enojen con ellos, que les concedan prosperidad o, cuando menos, que los dejen en paz. Eso es todo. Del cristianismo los indios saben hoy tanto como sabían sus antepasados antes que los españoles llegaran a estas tierras".

"Mi contrincante tenía razón y, cuando se trata de hacer un análisis serio de los conceptos que acerca del cristianismo se tienen en la América Latina, hay que partir de esta base. Para la inmensa mayoría de los habitantes de estos pueblos que se extienden desde Méjico hasta Tierra del Fuego, aun cuando no todos sean indios, el Cristo no es otra cosa sino lo que es para los indígenas del Perú: un ídolo, un objeto de ciega y temerosa adoración al cual se piden favores a cambio de ofrendas. Del

Carpintero, del hombre de Nazaret, sólo se tiene una vaga idea. De sus enseñanzas, ninguna.

"Esto lo pude observar, por esos mismos días en los cuales conversaba con los referidos amigos, asistiendo en Lima a la famosa procesión de la no menos famosa imagen del Señor de los Milagros, una estatua de Jesús por la cual los limeños tienen especial veneración y a la cual piden toda clase de favores: curación de enfermedades, éxito en los negocios, suerte en la lotería, felicidad en el amor.

"Igual ocurre en España o Portugal, cuando en Sevilla sacan a la calle la estatua del Señor Jesús del Gran Poder, o en Lisboa la Imagen del Señor de los Pasos, dolorosamente cargadas con la cruz, camino del Calvario. Millares de personas, tanto hombres como mujeres, pero más mujeres que hombres, salen a acompañar esas efigies. Con cirios encendidos en las manos, pasando las cuentas de sus rosarios, hacen guardia de honor a esas figuras pintadas y vestidas, que en su realismo les causan verdaderamente una impresión de espanto. Esas figuras, empero, les recuerdan tan poco la figura central de los Evangelios que una señorita española, a quien yo intentaba una vez explicar lo que Jesús había enseñado, me interrumpió para decirme: —"¡Cómo! ¿Entonces, cuando Jesús estuvo en el mundo, ya había gente? ¿No fué entonces Jesús quien hizo el mundo?"

"Para la mayoría de los habitantes de estos pueblos, la palabra Dios representa exclusivamente un valor religioso, totalmente desprovisto de contenido ideológico. Es algo misterioso que se teme y, por lo tanto, se venera. Es algo que no se define o, a lo sumo, se define con el concepto de que es el creador de todas las cosas, como un fabricante que hizo el mundo de la misma manera que un relojero hace un reloj...

"Para la gran mayoría, dentro de esa mayoría inmensa, para la casi totalidad de los componentes de las poblaciones rurales de la Península Ibérica y de las naciones de la América Latina, ese Cristo, que se confunde en sus mentes con Dios, es sencillamente la imagen que desde la infancia se acostumbraron a vene-

rar en tal o cual iglesia. Esa imagen es para ellos lo que para los paganos era el *deus autochtonus*, la divinidad local, protectora de la ciudad o de la tribu. En lugar de la imagen del Señor de los Milagros, del Señor Jesús del Gran Poder, o de cualquier otro Jesús con cualquier otra advocación ese ídolo puede ser el de la Virgen del Pilar o de la Virgen de Guadalupe, que el resultado será siempre el mismo. Alrededor de esa divinidad local se concentrarán todos sus sentimientos religiosos.

"Recuerdo un caso que me fué contado, y que reputo perfectamente verídico, de un aldeano español cuya religiosidad se desmoronó porque, visitando por primera vez una ciudad, vió expuesta en la vidriera de una tienda una imagen semejante a la del santo patrono que se veneraba en su pueblo. Primero se quedó perplejo de que su santo, en lugar de estar en la iglesia de su aldea, estuviera allí. Luego, al saber que tales imágenes se fabricaban por millares, dejó no sólo de venerar a ese santo, hecho por manos de hombres, sino de creer en cualquier clase de religión.

"No teniendo la menor idea del Cristo histórico, del Jesús de los Evangelios, de la misión que el Carpintero de Nazaret representó en la historia del pueblo judío y luego, por medio de Pablo, en la del mundo greco-romano, es claro que esa inmensa mayoría conoce todavía menos la Cristología del Nuevo Testamento. En realidad la ignora en absoluto y, al hacer esta afirmación, no hay que referirse ya a la inmensa mayoría de las gentes de habla española o portuguesa, sino a su totalidad, incluyendo a los mismos intelectuales que, en el mejor de los casos, después de haber leído a Renán, leen ahora a Barbusse. Una docena, o dos, de estudiosos que no se hallen en este caso, en este gran conglomerado de veinte y tantas naciones de habla ibérica, son como una gota de agua en el océano." [17]

---

[17] "Los conceptos que de Cristo tiene la América Latina." Reproducido de *La Reforma*, Imprenta Kidd, Buenos Aires, 1930.

5. En 1884 y 1894 se sancionaron leyes en Costa Rica prohibiendo el establecimiento de órdenes monásticas y comunidades religiosas. Sólo hace poco (en 1943) se levantó esa prohibición. ¿Hasta dónde es católico romano un país que durante tantos años ha excluído cuidadosamente de su seno a todas las órdenes religiosas? La orden de los jesuítas ha sido expulsada repetidas veces de varios de los países latinoamericanos, lo mismo que de España. La Argentina tiene una ley que prohibe las procesiones religiosas callejeras. En el mismo país los sacerdotes están privados de derechos civiles y no pueden votar en las elecciones. ¿Qué solidez puede tener el catolicismo de países que han privado a la Iglesia de todo contralor sobre la realización de la ceremonia matrimonial, declarándola primordialmente un contrato civil? En la mayoría de los países latinoamericanos el matrimonio no es legal a no ser que sea celebrado por un juez de paz. Después de la ceremonia civil los contrayentes pueden pedir la bendición de la iglesia, si quieren; pero el cura o sacerdote que osara celebrar un matrimonio religioso antes de la ceremonia civil, se haría pasible de una multa. En consecuencia, habría que oponer una serie de consideraciones a la pretensión de que las repúblicas sudamericanas son sólidamente católicas.

6. Si la América Latina no es un campo legítimo para la acción misionera, ¿por qué la misma iglesia católica romana envía misioneros, en número cada vez mayor, a ese campo?

La indiscutible necesidad de misioneros en la América del Sud fué señalada en 1942 por un laico católico romano, el ex presidente de la Cámara de Diputados de Bélgica, M. Frans Van Cauwelaert, quien manifestó con notable franqueza sus impresiones sobre las condiciones religiosas de la América Latina. Dice que le invadió un sentimiento de asombro ante la grandeza y el esplendor de la obra realizada por la iglesia católica romana

en los primeros años de su establecimiento en la América Latina. Pero también se sintió desalentado ante el estado de abandono en que halló esa obra y la decadencia de la vida religiosa que revela ese abandono.

"Los conventos están o abandonados u ocupados solamente por unos cuantos frailes", dice el señor Van Cauwelaert, "demasiado pocos para asegurar una vida normal; las iglesias, en general, presentan una terrible pobreza. Este deplorable estado es menos visible en las ciudades importantes donde las grandes iglesias han conservado a menudo las apariencias externas de su pasada grandeza, o han continuado siendo escenarios de una actividad sacerdotal que puede dar una impresión ilusoria del estado de la iglesia en general; pero tan pronto como uno se aventura hacia las poblaciones del interior, tropieza por todas partes con las señales indiscutibles de una gran decadencia...

"Por consiguiente, he sacado de todos los países de la América Latina, y muy especialmente de aquellos en que el elemento nativo mantiene su predominio, la convicción de que esta buena tierra católica, dejada en barbecho, está esperando solamente un buen número de buenos labradores para producir nuevamente para la Iglesia una abundante y consoladora cosecha...

"Faltan obreros, y sólo será posible reclutarlos en número que pueda considerarse suficiente, si las tierras católicas en que hay todavía abundantes vocaciones las comparten generosamente con la católica América Latina.

"No es difícil imaginar lo que serán la instrucción religiosa y el estado moral de las masas en tales condiciones. La verdadera piedad ha sido desplazada o desfigurada por prácticas supersticiosas y los instintos incontrolados vuelven por sus fueros. No tengo suficiente información acerca de las causas que han producido tan lamentable reversión, pero mi contacto con la América Latina ha dejado en mi ánimo una simpatía tan profunda por esas multitudes abandonadas que no puedo rehuir la obligación de recomendarlas en modo muy especial a la soli-

daridad de los católicos y al celo de nuestras grandes órdenes religiosas...

"En esto también la Europa católica puede ayudar. Ella debe hacer oír la voz de su experiencia: y no me cabe duda de que será escuchada con simpatía. Pero debe, sobre todo, enviar a la América Latina los "buenos labradores" —sacerdotes, monjes y religiosas— que, por el ejemplo de sus vidas, por su fructífera acción social y por la pureza de su doctrina demuestren a todos que el Evangelio de Cristo es realmente buenas nuevas." [18]

En Chile hay un sacerdote por cada 3000 habitantes. En México y el Perú, uno por cada 6000. En Argentina y Brasil, uno por cada 9000, y en Guatemala sólo un sacerdote por cada 25.000 habitantes. Compárense estas cifras con el caso de los Estados Unidos, donde hay un sacerdote por cada 3.700 habitantes (de la población total), y el de Inglaterra, donde hay un sacerdote por cada 400 católicos o uno por cada 7000 habitantes. Estas cifras revelan el hecho interesante de que en los países protestantes los católicos están mejor provistos de sacerdotes que en los países presuntamente católicos de la América del Sur.

Comparando Buenos Aires con Filadelfia, dos ciudades de casi el mismo tamaño, hallamos que la protestante Filadelfia tiene 150 parroquias católicas romanas, mientras la católica Buenos Aires sólo tiene 84 parroquias y 113 iglesias, y esto para una ciudad de dos millones y medio de habitantes.

Los mismos latinoamericanos reconocen el atraso espiritual de sus pueblos. El brillante escritor y periodista Manuel Seoane, a quien ya he citado, [19] cuando se le preguntó hasta dónde es católica romana la América Latina, contestó:

---

[18] "Catholicism in Latin America, Its Passing Weakness and Abiding Strength", en *The Tablet*, Londres, 29 de agosto de 1942, pág. 102.

[19] Véase la declaración completa en el Apéndice A.

"He vivido más de veinte años en Perú, diez en Argentina, seis en Chile y breves lapsos en Uruguay, Bolivia, Paraguay, Colombia, Panamá, Ecuador, Brasil y Cuba. Puedo afirmar que, con la honrosa excepción de su minoría auténticamente católica, la mayoría de los católicos latinoamericanos tienden a sobreponer el aspecto paramental del culto al íntimo mensaje religioso... Esta característica se acentúa entre los millones de indígenas... A su vez millones de mestizos de las provincias latinoamericanas, donde la Iglesia Católica actuó sin contrapeso durante siglos, han caído en formas religiosas anquilosadas por la rutina, desprovistas del viviente contenido doctrinario que es raíz y razón de ser del catolicismo verdadero.

"Creo que debo decir estas verdades en mi condición de católico. Como yo, hay muchos millones de hombres y mujeres católicos, preocupados del problema... Así se explica que mis más íntimas vocaciones encontraran satisfacción al conocer de cerca algunos aspectos del catolicismo norteamericano. Desde luego me impresionaron profundamente los conceptos pedagógicos modernos de las monjas del Sagrado Corazón... En su convento de Grand Coteau (Louisiana)[20] pasé unos maravillosos días de paz, alojado en "pieza para huéspedes", único varón en una vasta área exclusivamente poblada por mujeres. Este hecho es sencillamente inconcebible en América Latina."

El Dr. Ossorio y Gallardo fué enviado a la Argentina como embajador por el gobierno de la República Española. Renunció cuando Franco asumió el poder. Distinguido abogado y hombre de letras, fué presidente durante varios años de la Asociación del Foro Español, ha representado a España como embajador en Francia y Bélgica, y fué por un tiempo gobernador civil de la provincia de Barcelona. Es autor de varios libros, entre ellos, *El mundo que yo quiero*, y el más reciente, *Los fundamentos de la democracia cristiana*, publicado hace poco en Buenos Ai-

[20] Una hermana del señor Seoane es monja en esa escuela.

res, donde continúa residiendo. Es un católico romano sincero; de ahí la significación de su opinión.

"¿Qué piensa usted del catolicismo romano en España y la Argentina?", le pregunté.

"Tendré que expresarme con cierta amplitud", me respondió. "Pero debo empezar diciéndole que en ninguna respuesta mía habrá nada que a la teología se refiera. Yo no soy teólogo ni sé nada sobre la materia. Respeto íntegramente el dogma católico con independencia de preocupaciones personales. Soy un apasionado enamorado de la moral de Cristo. No me atrevo nunca a meterme en cuestiones dogmáticas, para las cuales mi preparación no es suficiente. Acato las opiniones de la Iglesia católica y procuro circunscribir la expresión de la mía a aquellos puntos que se me presentan con diáfana claridad y que iluminan por entero mi conciencia. Téngase todo esto presente para comprender la situación de mi ánimo y para explicarse el por qué suelo tratar estas cuestiones desde puntos de vista sociales, que son los que puedo reputar más a mi alcance.

"En el pueblo español, la situación de los católicos es ésta:

"Una pequeña minoría mística, iluminada, convencida, profesa el catolicismo con absoluta limpieza, con fe ciega y merece el más entero respeto, porque sean o no sean las gentes de claro entendimiento, son, sin duda alguna, sanas de corazón; otra parte más grande ama y sigue las doctrinas de Cristo sin pensar para nada en el catolicismo ni en el Evangelio, pues lo que la seduce es la maravillosa norma moral que viene del Calvario; otra parte mucho más grande es la de los vividores de la religión, que la invocan y dicen servirla, para proteger sus intereses, su vanidad y sus comodidades; y la inmensa mayoría del pueblo español, particularmente en las clases humildes, que es totalmente indiferente, no quiere tener nada que ver con Dios ni con sus creaciones y no profesa ninguna religión positiva. Esto parecerá un poco duro, pero recuerde Vd. que son sabios prelados y sacerdotes los que han hablado de la apostasía de las masas. Luego

las masas son apóstatas según esa definición. Esto es una realidad y de ella hay un ejemplo recientísimo. Los llamados católicos son los que hicieron la guerra de España. Se titulan patriotas y hacen invadir su país por ejércitos extranjeros. Se apellidan creyentes de la ley de Dios y fusilan fríamente a sus hermanos durante cinco años después de la victoria, encerrando en cárceles a otros cientos de miles. Se denominan continuadores de la Historia de España y todo lo que hacen es la más viva contradicción de las honradas tradiciones españolas. El clero ha prodigado ataques contra el régimen legítimo del país, si se exceptúan los curas vascos, el Cardenal Vidal y Barraquer, el Obispo Mujica, algunos sacerdotes aislados y los cincuenta y tantos que se hicieron retratar presos en la cárcel de Carmona, rodeando al seglar Julián Besteiro, socialista incrédulo pero lleno de bondades y virtudes.

"Siendo así las cosas, reconocerá Ud. que en España el catolicismo está atravesando una fuerte crisis cuyo resultado nadie puede predecir. Si los católicos fueran humildes, virtuosos, pobres, justicieros y contribuyeran con un inteligente esfuerzo a la reforma social, en España el catolicismo alcanzaría una culminación gloriosa. Como son todo lo contrario, el catolicismo español está hoy caído y pulverizado.

"En cuanto al catolicismo en la Argentina, no tengo elementos bastantes para juzgarle y además mi situación de huésped agradecidísimo a una benévola acogida, me dificulta un tanto la expresión. Pero temo que aquí las cosas sean bastante parecidas a España. El hecho de que todos los fascistas de por acá sean católicos y persigan la libertad y la democracia, ya nos indica claramente que son más bien defensores de un interés que prosélitos de un dogma. Añada Ud. a esto la riqueza desconcertante del culto, los tesoros de las imágenes, el boato de los Obispos, vestidos con oro, terciopelo, seda, zafiros, amatistas y brillantes, el lujo de que se rodean, la gran acogida que a la religión prestan los ricos y comprenderá el desvío de las masas trabajadoras y menesterosas. Conste que no atribuyo esos defec-

tos únicamente a España y la Argentina sino a todos los demás países en que los católicos actúan de la misma manera. En una palabra, si el catolicismo vuelve a Cristo, plenamente a Cristo, alcanzará una revivificación gloriosa, pero si persiste en apartarse de Cristo, quedará condenado a la ruina." [21]

Es un lugar común decir que el Uruguay es el país más liberal y más adelantado en el sentido social, de la América Latina. Allí hay absoluta separación de la iglesia y el estado, sin el más mínimo gesto amistoso ocasional por parte del gobierno, tal como sería la celebración de un *Te Deum* en la catedral en días de fiesta patria o la ubicación de algún representante de la jerarquía junto al presidente de la república en grupos fotográficos de acontecimientos públicos, cosa que a menudo sucede aun en países en que hay separación de la iglesia y el estado. En el Uruguay el divorcio es absoluto.

En 1937 se concedió el voto a las mujeres en las elecciones nacionales. Se creyó que ello acrecentaría la influencia política de la iglesia católica romana. Pero resultó lo contrario. Las mujeres uruguayas han dado su voto a los partidos de izquierda, o por lo menos liberales. La *Unión Cívica* es el partido católico; solía tener dos representantes en la legislatura; ahora tiene uno solo. En las últimas elecciones presidenciales, en noviembre de 1942, de un total de 574.703 votos emitidos, el partido católico obtuvo sólo 24.433. Resultaron electas dos mujeres: una por la lista fuertemente *battlista* (liberal) y la otra por la lista comunista. El partido católico no tiene representación femenina.

Una delegación de pastores representando a las iglesias evangélicas en el Uruguay, entregó una Biblia al señor presidente de la república, doctor Juan José de Amézaga, el día 26 de julio de 1943. La delegación fué amablemente recibida por

---

[21] Véase la declaración completa en el Apéndice G.

el señor presidente, quien agradeció el obsequio que en nombre de las iglesias evangélicas le fué ofrecido, y lo hizo con las siguientes palabras:

"Agradezco el obsequio de esta Biblia... lo considero el más valioso de todos... me complace mucho vuestra visita. Representáis una religión, dos de cuyos postulados principales son la probidad y la piedad. Fácil es ver cuánta falta hacen en el mundo estos ideales en el día de hoy. Son la base de una civilización y más aún, no puede haber civilización sin ser cristiana...

"Yo no profeso ninguna religión, pero me doy cuenta de los valores religiosos y los aprecio... En mis recuerdos de los días cuando era estudiante, se destaca la figura austera, enérgica, bondadosa y animadora de uno de mis maestros. Lo recuerdo con infinita simpatía, porque era limpio en su conducta y porque vivía en la práctica de la religión que profesaba. Me refiero al doctor Justo Cubiló, mi profesor de jurisprudencia, que enseñaba a los jóvenes no sólo derecho en las aulas de la universidad, sino la Biblia en la iglesia evangélica que entonces estaba en la calle Treinta y Tres.

"Al evocar la figura del doctor Cubiló, viene a mi mente otro alto y digno exponente de la religión evangélica, un hombre a quien considero un verdadero pastor, no sólo de su iglesia, sino de todos los orientales. Me refiero al pastor Daniel Armand Ugon.

"Os prometo aplicar a mi gestión como gobernante esos principios cristianos de la probidad y la piedad... jamás haré nada que esté en oposición a esos postulados del cristianismo."

El Dr. Cubiló, a quien se refirió el presidente, fué durante muchos años miembro de la Suprema Corte del Uruguay, y durante todos esos años dirigió una clase bíblica en una escuela dominical metodista. El pastor Armand Ugon, de las colonias

valdenses del Uruguay, fué el fundador de una de las primeras escuelas secundarias del país.

Es significativo que el jefe del poder ejecutivo de un país sudamericano haya podido declarar, sin que ello vaya en su descrédito, que no profesa religión alguna. Difícilmente podríamos imaginar al primer ministro de Inglaterra, o al presidente de los Estados Unidos, o al rey de Noruega, haciendo públicamente tal declaración, aun cuando fuera cierto. Evidentemente la religión no ocupa en la América del Sud la posición vertebral que ocupa en la vida de los países protestantes.

Existen factores históricos que han contribuído al empobrecimiento de la vida religiosa de los pueblos de la América Latina. Enumeremos algunos de ellos.

En los primeros años del período colonial hubo en la iglesia católica romana hombres piadosos apasionados por el bienestar de los indios. Hubo sacerdotes consagrados cuyo ardor misionero los llevó a atravesar las vastas y silenciosas selvas tropicales y las imponentes cumbres de las cordilleras. Hacia esos santos mensajeros de la cruz, la América del Sur tiene una inmensa deuda de gratitud. Después de todo, ellos nos dieron lo mejor de nuestra cultura; ellos brillaron como luces en medio de un ambiente muy obscuro; ellos sembraron la semilla de la verdadera espiritualidad en el corazón de un continente hirviente de codicia y ambición y desgarrado por las rivalidades; ellos exigían a sus conversos más que una sumisión formal a la iglesia; querían algo más vital que la simple obediencia absoluta a la iglesias —eran verdaderos misioneros, auténticos sucesores de los apóstoles.

Pero eran una minoría. La iglesia se convirtió en un poderoso instrumento político. Vastas extensiones de tierra y enormes riquezas pasaron a sus manos. Ya en los primeros tiempos de la colonia se oían quejas por la excesiva acumulación de ri-

quezas materiales en manos del clero. La Inquisición estaba alerta —la "Gestapo" original, como la llama John Gunther— y cada movimiento de la mente y el espíritu en dirección hacia una mayor libertad o una nueva verdad era inmediatamente sofocado. Estos son hechos históricos y constituyen parte del bagaje con que la América Latina comenzó su carrera.

Se pueden alegar algunas circunstancias atenuantes como causa de este trágico fracaso espiritual. Primero, el Vaticano no era responsable por el gobierno de la iglesia en la América Latina durante el período colonial. Cuando fué descubierto el Nuevo Mundo, el papado dió toda la América española a la corona de España, y el Brasil a Portugal. La corona dirigía todos los asuntos eclesiásticos. Cuando debía ser llenado algún alto cargo, el monarca presentaba sus candidatos y el Vaticano tenía que elegir entre ellos sus obispos y arzobispos. En esto consiste el derecho de patronato, que subsiste hasta hoy en la mayoría de los países sudamericanos. Los reyes españoles dictaron leyes sabias y formularon estatutos generosos, en realidad, algunos de los más generosos que jamás hayan sido concebidos para el bien de los indios. Pero la distancia de España a las colonias era grande, y los representantes del rey no siempre eran honrados; de modo que el cumplimiento de tales leyes era muy deficiente. Y si tal cosa sucedía en los asuntos relacionados más íntimamente con los intereses del gobierno, es de imaginar cuánto mayor sería la falla cuando se trataba de cuestiones religiosas.

Segundo, la iglesia tenía un monopolio completo de la situación religiosa. En las cosas del espíritu lo mismo que en las cosas materiales, como hemos de insistir en más de una ocasión, el principio del monopolio ha tenido y seguirá teniendo los más funestos resultados. En su aislamiento la iglesia se echó a perder. Durante esos primeros siglos el cristianismo de la América Lati-

na no entró en contacto con las corrientes de despertamiento religioso que estaban dando nueva vida a la iglesia en Francia, Gran Bretaña, Alemania y otros países del norte de Europa. Aun la irritación de una pequeña minoría protestante hubiera ayudado a la enriquecida y poderosa iglesia del período colonial a ser una iglesia mejor. ¿Recordáis el pasaje de *Las llaves del reino*, de A. J. Cronin, en que se relata la prolongada escapatoria de Francisco, estudiante de un seminario en España? El Padre McNabb reconoce que tiene un carácter raro. "Es un completo individualista."

"El individualismo es una cualidad peligrosa para un teólogo", replicó cáusticamente el Padre Tarrant. "Nos dió la Reforma."

"Y la Reforma nos dió una iglesia católica mejor", contesta el Padre McNabb.

No es exagerado, pues, decir que la América Latina sigue siendo terreno apto para las misiones. También es un campo necesitado en lo que concierne a la salud y la asistencia médica. El primer laboratorio médico que se organizara en las Américas fué establecido en el Brasil. Pero el Dr. Carlos Morrow Wilson, en *Ambassadors in White*,[22] hace notar que la América hispana es todavía devastada por enfermedades infecciosas, y los gérmenes patógenos no quieren saber nada de líneas de fronteras. "La solidaridad del hemisferio no puede ser edificada sobre una sociedad de enfermos", dice, y luego aboga porque los Estados Unidos gasten trescientos cincuenta millones de dólares para ayudar a los latinoamericanos a resolver sus problemas sanitarios.

La salud espiritual de la América hispana necesita también auxilio. Estamos convencidos de que la solidaridad del hemisferio no puede ser edificada sobre una sociedad *moralmente* en-

---

[22] Págs. 21, 25. Holt, 1942.

ferma. En ninguna parte el cristianismo está tan desprovisto de contenido o de verdadera vida espiritual como en la América Latina. Hay una enorme diferencia entre la iglesia católica latinoamericana y el catolicismo romano del norte de Europa o de la América del Norte.

Nunca tuvo el cristianismo una oportunidad misionera tan espléndida como la que se le ofreció a la iglesia católica romana en el período de la conquista y la colonización de las Indias, como se llamaba entonces a la América Latina. El campo estaba libre, el apoyo de las autoridades civiles era completo, no había otra iglesia rival, no había oposición. Sin embargo, después de cuatro siglos de posesión indiscutida, todavía está por hacerse la cristianización del continente. Por consiguiente, no es exagerado afirmar que la América Latina es el más elocuente fracaso del cristianismo.

Si el catolicismo romano es tan importante y extenso en la América Latina como lo pretende la jerarquía, ¿por qué es que para todos los pueblos latinoamericanos, desde el Río Grande hasta el estrecho de Magallanes, hay sólo dos representantes en el colegio de cardenales? De los cincuenta cardenales existentes, treinta son italianos; cuatro, franceses; dos, españoles; dos, alemanes; uno, canadiense; uno, irlandés; uno, argentino, etc. Para los veinte países latinoamericanos, casi la misma consideración que para la pequeña Irlanda; dos cardenales, mientras el Canadá y los Estados Unidos, protestantes, tienen tres cardenales entre los dos.

La América Latina es un campo que ha sido muy descuidado por la misma Iglesia católica romana. Parecería haber sido olvidada por el Vaticano hasta que los protestantes la descubrieron. No hay duda que el Vaticano está preocupado por la condición espiritual de la América hispana, y se están haciendo intensos esfuerzos para corregir el atraso religioso de países tan

brillantes y progresistas en otros sentidos. Ahora se están enviando misioneros católicos de los Estados Unidos a la América Latina. La reciente invitación de la National Catholic Charities a representantes de las repúblicas sudamericanas para "adiestramiento en servicio" en los Estados Unidos, tiende a modernizar la anticuada iglesia hispanoamericana. Y sólo el pánico puede explicar la súbita violencia con que la jerarquía ha atacado a las misiones protestantes en esas repúblicas del sur.

Los protestantes norteamericanos no pretenden ser superiores a sus amigos latinoamericanos. Simplemente quieren reconocer la riqueza de su herencia cristiana compartiéndola con sus vecinos. Reconocen la verdad de la declaración del gran filósofo cristiano de España, Don Miguel de Unamuno, quien dijo a un educador uruguayo: "Vuestro problema en la América Latina es el de fertilizar el suelo espiritual. Bajo la nieve pueden crecer flores, pero nunca en la arena. La vida en vuestra América necesita ser enriquecida con humus espiritual."

IV

LA ACCION CATOLICA DECLARA LA GUERRA

Hay guerra en Europa y en el Pacífico, pero también la hay en la América Latina. Se está librando con ensañamiento y alevosía desde los púlpitos y las cátedras, y por medio de pastorales, folletos y la radio. De un lado están las fuerzas y las ideas que van cambiando radicalmente el mundo: el cine, el liberalismo político, el control de los nacimientos, el sufragio femenino, la educación popular, el socialismo, el espiritismo, la teosofía y finalmente el protestantismo. Estas son algunas de las fuerzas que están haciendo temblar al mundo cómodo y seguro en que vive cierta minoría rodeada de fueros y privilegios. Y esa minoría, ¿quiénes la constituyen?: la aristocracia, los terratenientes, las "primeras" familias y la jerarquía religiosa que odian y temen estas influencias y fuerzas que vienen con el nuevo mundo que se está formando. Culpan a los Estados Unidos de ser el origen principal de todo este "modernismo", de todas estas innovaciones. "Es la influencia yanqui la que nos está arruinando", dicen.

El señor Harold Callender, escribió en el *New York Times:*[23] después de un extenso viaje por la América del Sur:

---

[23] 3 de agosto de 1941.

"La suspicacia y desconfianza con que los católicos miran a los Estados Unidos son tan profundas y tan generalizadas en círculos influyentes que constituyen en casi todos los países sudamericanos un serio obstáculo a la comprensión panamericana y, por consiguiente, a cualquier esfuerzo de defensa colectiva."

¿Habría alguien tan ingenuo que creyese que con el retiro del continente sudamericano de unos cuantos centenares de misioneros americanos las relaciones entre las dos Américas quedarían hechas de miel? No creemos que los pueblos de nuestra América sean tan simples que crean tal cosa. Bien saben que existe dentro del catolicismo en estas tierras una fuerte influencia falangista. El movimiento de hispanidad recibe un cordial apoyo de una parte del clero. La vasta mayoría de los miembros de las órdenes monásticas en estas repúblicas son de origen español e italiano. De los 1615 sacerdotes católicos que hay en Chile, 700 son extranjeros. Tengo a la vista el informe de la comisión enviada por el general Franco al Perú en ocasión de las festividades conmemorativas de Pizarro. Al regresar a España la comisión informó que el Perú conservaba gran afecto hacia España, pero que la mayor lealtad hacia la madre patria estaba en los conventos y monasterios "todos los cuales ostentaban fotografías del General Franco". En el monasterio dominico de Lima, dice el informe "los religiosos nos recibieron con el himno de la Falange".

Claro que todos estos elementos son antiyanquis. No temen tanto la influencia *anticatólica* de los Estados Unidos como la influencia total de la gran república del norte: es miedo al espíritu americano, espíritu de juventud y modernidad, espíritu de libertad. Es antipatía por la educación popular y la democracia lo que constituye la dinámica de la acción católica en la América Latina contra los Estados Unidos. El choque de las

ideas distintas es la condición misma del progreso. El conocido escritor español Salvador de Madariaga, en una reciente charla trasmitida por radio desde Londres, refiriéndose a la libertad humana, dijo que Dios mismo le ha dado al hombre su libertad. "Pero", pregunta Madariaga, "¿para qué es libre el hombre? ¿Para seguir o proclamar errores? Ciertamente. Que sólo en la medida en que el error pueda expresarse libremente podrá se objeto de los ataques de una crítica igualmente libre... La libertad de pensamiento es una garantía de paz social."

La nueva ley de imprenta que la iglesia católica del Perú ha arrancado al gobierno establece en su artículo 45º que "todo el que ofenda a la religión católica o a la moral... por medio de los métodos enumerados en el artículo 41º sufrirá la pena de prisión de dos días a dos años y una multa equivalente a la renta que haya recibido durante el período de dos hasta sesenta días." El artículo 41º castiga esas ofensas o ataques al catolicismo cuando se realizan por medio de la hoja impresa, conferencias, discursos, etc.

Pero ¿por qué necesita la religión católica ser "defendida" por los gobiernos contra otras religiones o ideas que le quieran hacer la competencia? Cristo ha dicho que contra la verdadera iglesia "las puertas del infierno no prevalecerán". ¿O es que los jefes del catolicismo no están seguros de tener bajo su dirección a la "única verdadera y santa iglesia?"

La iglesia no necesita de prerrogativas de este tipo para su acción apostólica y para llevar la palabra evangélica a todos los hombres. Lo único que debiera exigir es libertad para su actividad. Por decreto policial recientemente fué prohibida en Río Cuarto, provincia de Córdoba, República Argentina, la libertad de cultos para el Ejército de Salvación. El Dr. Díaz Cisneros, interventor de esa provincia y orgullo de los argenti-

nos que amamos la libertad, destituyó al jefe de policía que había usurpado el derecho de interpretar con criterio tan clerical la constitución argentina. Al restablecer la libertad de cultos dijo:

"En cuanto a la libertad de culto... corresponde señalar que es amplia, dentro del artículo constitucional, que no puede ser menoscabada so color de que su ejercicio público pudiera, como consecuencia, ofender a la religión católica —que el estado sostiene— no sólo porque esta última no ha menester de defensa forzada, pues triunfa por el solo esplendor de sus virtudes y a pesar de los ataques que se le dirijan —como triunfó el cristianismo iluminando a la humanidad en los siglos dolorosos de la persecución y del martirio— sino también porque la plenitud de aquella libertad está incluída en tratados internacionales que comprometen la fe de la Nación."

La reciente y muy extensa pastoral de los obispos argentinos (26 de enero de 1945) después de reseñar los argumentos en favor del monopolio del cristianismo por la iglesia de Roma, pasa a ocuparse exclusivamente de lo que llama el peligro de las actividades del protestantismo. Menciona específicamente el Ejército de Salvación y las Asociaciones Cristianas de Jóvenes. La energía con que se expresan los obispos en contra de los evangélicos no la tuvieron para desautorizar a los "nacionalistas" negadores de la libertad; ni una palabra de condenación para el jefe de policía que en Río Cuarto prohibió actos religiosos que no fuesen católicos; ninguna condena para las persecuciones ni las matanzas ni las violaciones del derecho al libre pensamiento. Parecería que los obispos juzgaran los gobiernos según los favores que éstos conceden a la iglesia. Puede un gobierno violar la Constitución, robar, perseguir y poblar campos de concentración con millares de ciudadanos: lo importante es respetar el catolicismo. En ningún país de la América Latina, algunos de

los cuales sufren bajo el yugo de crueles tiranías, ha tenido la jerarquía católica romana una sola palabra de repudio para las dictaduras las que, como bien acaba de declarar el nuevo presidente del Ecuador, doctor Velasco Ibarra: "corrompen a los pueblos, acostumbrándolos a ser manipulados dócilmente por un amo protector".

En un editorial del mes de noviembre de 1943 de *El Pueblo*, principal órgano de prensa del catolicismo argentino, se indica cuáles han de ser los principios que deben inspirar a la Acción Católica, no sólo en la Argentina sino en toda la América Latina. Recalca que la unidad religiosa tiene que ser la base de la unidad nacional. "Esto nos obliga a combatir abiertamente contra los enemigos de esta unidad", dice el autor. Estos enemigos son el protestantismo: que es el primero de los enemigos que amenazan "nuestra ancestral unidad católica romana"; otro enemigo es la masonería. No debe haber ninguna "mal aconsejada tolerancia". No debemos ser tolerantes, dice, con aquellos que sólo quieren quebrantar nuestra unidad religiosa y dividirnos.

A Jesús no se le ocurrió mejor defensa para su propia doctrina que el entregarse en holocausto a la humanidad, consumando el sacrificio en la Cruz del Calvario. Y a Pedro, que pretendió defenderlo, desenvainando una espada, ordenóle categóricamente: "Vuelve tu espada a su vaina"...

El protestantismo no teme la competencia. Así como la verdad científica no necesita de ninguna protección legal, la verdad religiosa no tiene necesidad de ninguna defensa secular. La religión que sea verdadera sabrá resistir impávida el ataque del ateísmo, de la incredulidad, o la oposición de alguna fe rival. Si el catolicismo romano logra ejercer una influencia moral y espiritual más vital que el protestantismo y consigue así atraer nuevamente a los pueblos de América hacia la fe católica, enhorabuena. Pero no hemos de callar si tratara de alcanzar esa

ascendencia por medio de la ayuda secular de los gobiernos. Los triunfos espirituales se alcanzan con medios persuasivos y no con métodos coercitivos. Si los sacerdotes y religiosos católicos ostentan una vida más ejemplar que la de los pastores y misioneros protestantes, y consiguen esgrimir argumentos más eficaces que éstos en favor de sus dogmas, les corresponderá en buena ley la victoria. El que tiene un diamante genuino y está cierto de ello, no se asusta si se quiere hacer la prueba, o con el fuego, o con el martillo, porque sabe que el diamante resistirá al fuego y al martillo, y con ello se demostrará que tiene un verdadero diamante. Como dijera Mariano Moreno, "la verdad como la virtud tienen en sí mismas su más incontestable apología."

La esencia del movimiento de hispanidad, que ha ejercido tan funesta influencia en la Acción Católica de estos pueblos, jamás se vió tan claramente como en la circular redactada en octubre de 1943 por el entonces director general de educación de la provincia argentina de Tucumán. Esta comunicación consigna instrucciones para la celebración de clases alusivas al descubrimiento de América y fué enviada a todas las escuelas públicas. Entre otras declaraciones inauditas, dice:

"América nació bajo el estandarte de España que le dió su religión, su lengua y su raza. Así llegó Europa, y donde no penetraron esas tres esencias, no llegó el espíritu europeo continental católico y latino.

"Antes del descubrimiento, América no era América sino un continente ignorado habitado por razas indígenas, bárbaras e idolátricas. Estaba fuera de la historia, de la cultura y sobre todo del gran hecho de la Redención.

"Los descubridores hicieron que América se incorporase a la historia universal, a la cultura europea continental que es la cultura creadora de las mayores obras espirituales o sea la continuación de la cultura grecolatina, y abrieron el camino a la

Cruz, con lo cual el nuevo mundo fué redimido y puesto bajo el signo de la Catolicidad...

"Por consiguiente, América debe realizar su destino, en primer lugar dentro de la Catolicidad, con que España la bautizara al descubrirla y civilizarla. Todo lo que está fuera de la Catolicidad no es americano. El protestantismo que es la antítesis del catolicismo no es americano...

"América debe continuar acrecentando su cultura, y como no hay otra cultura que nos sea vitalmente accesible que la europea (pues España nos unió al continente europeo), ya no puede desligarse tampoco de ella, y en ella debe de ver los principios de la ciencia y de las artes. Fuera de Europa, no hay salvación para nuestra cultura."

Unos días después (23 de octubre de 1943) *La Prensa* de Buenos Aires comentaba editorialmente este "extraño documento", como le llama, "donde se sostiene anacronismos inconciliables con el estado ya universal de la conciencia pública. Proclámase en él como finalidad orientadora de la enseñanza, la necesidad de inculcar en las inteligencias infantiles la idea de que América *debe realizar su destino dentro de la catolicidad,* que todo lo que está fuera de ella no es americano y que el protestantismo por consecuencia no lo es tampoco."

Significa esta rara tesis, dice *La Prensa,* la renovación de la intolerancia y de las cuestiones religiosas. "¿Se ignora acaso que la cultura europea reprueba desde hace mucho tiempo semejantes conclusiones? Y, por encima de todo, ¿se desconoce que la Constitución argentina, exponente brillante de esa cultura arraigada, por suerte, en la República, también las reprueba al declarar que todos los habitantes de la Nación gozan —entre otros— del derecho a profesar libremente su culto?

"Desde la primera asamblea constituyente —la de 1813— ya se define el rumbo de nuestra política, según los dictados del mismo pensamiento, pues en el proyecto de ley suprema, pre-

parado por una comisión interna especialmente designada al efecto, se establecía el principio de referencia...

"Entre los millones de hombres que se incorporaron al país desde entonces y que han enriquecido su patrimonio demográfico hasta elevar cincuenta veces la escasísima expresión de 1810, vinieron de todos los orígenes religiosos, y su presencia, así como la de los descendientes que continúan fieles a las creencias de sus antepasados sin mengua del común patriotismo, desautoriza suficientemente la afirmación de que sólo es americano lo que es católico.

"Todo lo que es amor por la libertad, el derecho y la justicia, es americano, y repudia los exclusivismos por razón de las ideas o de los credos.

"Es lamentable que en esferas gubernativas, así se trate, como en este caso, de una repartición provincial, encuentrén eco extravíos de agresividad reversiva."

En México también la acción católica busca por todos los medios dificultar la solución de los complicados problemas sociales y económicos que la revolución heredó. Tanto la Unión Nacional sinarquista como también el partido de Acción Nacional han dejado trascender su carácter clerical. Uno de los más altos funcionarios de la iglesia católica ha dicho que, después de la actual guerra la iglesia se propone dirigir los movimientos sociales de México. Se está haciendo una intensa campaña en contra de la separación de la iglesia del estado. Se prohiben las procesiones religiosas, pero mientras estuve recientemente en la ciudad de México el clero organizó una procesión obrera hasta el santuario de la Virgen de Guadalupe. Era interesante ver cómo, aprovechando la tolerancia del gobierno del señor Avila Camacho, la iglesia violaba la Constitución y las leyes del país. No dejó de llamarnos la atención el hecho de que los seis sacerdotes que celebraron las misas en ocasión de esa proce-

sión eran todos jesuítas. Se prohiben las órdenes religiosas y, sin embargo, abundan los conventos y las escuelas religiosas.

La Universidad Obrera de México está realizando una importante obra de educación en favor de las clases proletarias. Dirige esa fecunda obra el conocido y prestigioso dirigente del movimiento obrero mexicano doctor Alejandro Carrillo. Le pregunté en qué sentido podría considerarse México un país católico.

"La mayor parte de nuestro pueblo", me contestó, "tiene un catolicismo *sui generis*. Un católico ortodoxo de Europa o los Estados Unidos apenas reconocería a su propio culto en las prácticas y supersticiones de nuestro pueblo. Suprímanse las fiestas religiosas con sus bailes y abundancia de bebidas embriagantes, y la base principal de la religiosidad de nuestro pueblo habría desaparecido. Todos nacimos bajo la señal del catolicismo. Pero muy pocos cumplen sus preceptos. Una aldea, llevando en andas a su santo, hace la guerra a otro pueblecillo que, a su vez sale a lidiar con su santo protector a la cabeza."

Hizo notar el doctor Carrillo que la historia de México ha sido una continua lucha contra la iglesia, pero no contra el sentimiento religioso del pueblo.

"Es falso decir que es por espíritu de persecución y oposición a la religión que la Constitución Nacional prohibe a la iglesia poseer bienes raíces. A la iglesia se le prohibe tener propiedades porque la historia prueba que cuando la iglesia católica romana era el más grande terrateniente, su riqueza era la de "una mano muerta" y la vida económica del país iba siendo estrangulada. Las procesiones organizadas en México por el clero no son procesiones religiosas, sino manifestaciones políticas que el partido conservador y reaccionario aprovecha para obstaculizar la obra progresista del gobierno.

"El clero trabaja actualmente por ganar a los militares", terminó diciendo el señor Carrillo. "Hay un colegio militar

particular cerca de la capital en que se preparan oficiales. Hemos descubierto que el director es un jesuíta. Pero el gobierno se da cuenta de todas estas maquinaciones y no se dejará sorprender por ninguna eventualidad."

En ningún país del mundo existen más trabas para la libertad religiosa que en Perú. No se publica en la ciudad de Lima un solo diario liberal. Los gobiernos militares o dictatoriales siempre han contado con el apoyo de la iglesia católica. La ley de imprenta a que hemos hecho referencia es interpretada frecuentemente en forma que se prohibe la circulación o venta de los evangelios.

Cuando se recuerda la larga y triste historia de persecución religiosa que el Perú nos proporciona, cobra doble valor el coraje de aquellos senadores, y más tarde los miembros de la cámara de representantes, que en octubre de 1943 protestaron en ambas cámaras contra la persecución de los protestantes. He aquí sus palabras:

"Señor Presidente: En sesión de 27 de agosto de 1940, el Senado acordó se oficiara al señor Ministro de Gobierno, pidiéndole sancionara a las autoridades subalternas de policía que habían abusado con los misioneros evangelistas y que otorgara a éstos, todas las garantías que les acuerdan la Constitución y las leyes. Desde aquella fecha, estos hechos se han repetido y se repiten con clamorosa frecuencia, situación que nos obliga a intervenir nuevamente, no en defensa de determinado credo religioso, sino en defensa de los principios elementales de libertad de expresión y de conciencia...

"En el semanario *Verdades* del 18 de setiembre último, en un artículo intitulado "Nuestra Ley de Imprenta", puede leerse lo que sigue: "Ya se ha iniciado, al amparo de nuestra Ley de Imprenta, la Cruzada Eucarística en Defensa de la Fe, primero haciendo callar a los herejes en el Parque de la Reserva con la intervención de la Policía y después con la resuelta actitud de

un grupo de jóvenes entusiastas de la Cruzada Eucarística que se dedica a esta simpática tarea: localizar a los protestantes, sorprenderlos violando la ley y hacerlos callar o dispersarlos". Se nos ha informado que en el mes de febrero de 1941, el Ministerio de Relaciones Exteriores desatendió una solicitud de permiso para la reunión, en Lima, de un Congreso Panamericano de la Juventud Evangélica y que esa reunión a la que concurrieron 48 delegados de todos los países de América tuvo que llevarse a efecto sin el permiso correspondiente, vale decir, clandestinamente. Se nos ha informado también, que nuestros representantes consulares se niegan a visar los pasaportes de los pastores evangelistas que pretenden venir al Perú. No podemos creer que en momentos como el presente, en que millones de hombres sacrifican su vida en el campo de batalla en defensa de la libertad y de la democracia, en la que se han emitido declaraciones como las del Atlántico, a la que se adhirió nuestro gobierno y que proclama la igualdad y la libertad de conciencia, y en que estamos empeñados en la gran tarea de unirnos material y espiritualmente para soportar las desastrosas consecuencias que la guerra trae consigo, sea propicio para incitar abiertamente a una lucha religiosa, para negar a nacionales o extranjeros los más elementales derechos humanos ni para exponernos a las severas y justificadas críticas que han aparecido en algunos órganos de la prensa de los países hermanos.

"Y no se diga que la obra evangelista sea disociadora o ingrata para el país. Ha sido y es, por el contrario beneficiosa. En la sierra, especialmente en el departamento de Puno, son numerosos los indígenas a quienes las misiones evangélicas han sabido arrancar de la más absoluta ignorancia y hacerles olvidar los vicios del alcohol y de la coca. En la Costa y la Montaña, su labor es igualmente encomiable, y por lo mismo creemos que tienen derecho, si no a la protección del Estado, por lo menos, a su gratitud y al otorgamiento de todas las garantías que les permitan ejercitar sus libertades de expresión, de reunión y de conciencia. Estas consideraciones nos obligan a

solicitar que, con acuerdo del Senado, se reitere oficio al señor Ministro de Gobierno a fin de que dicte las medidas más enérgicas para impedir que las autoridades subalternas continúen cometiendo abusos en contra de los evangelistas y para que dote a éstos de todas las garantías necesarias para la libre ejecución de sus actos religiosos; y al señor Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, a efecto de que imparta instrucciones para que los pasaportes de las personas que deseen venir al Perú, sean visados por los Cónsules sin tomar en consideración el credo religioso que profesen." (Firman cinco senadores).

En la votación esta protesta fué apoyada por todos los miembros del Senado peruano, menos dos.

Comentando esta "cruzada" dice *El Callao*, de fecha 13 de octubre de 1943:

"Hace más de treinta años que existe en el Perú, felizmente, la libertad de cultos. Fué una conquista que costó mucho trabajo alcanzar y que no se debe perder tan fácilmente. La vieja Constitución de 1860, que rigió hasta 1919, disponía en su artículo 4º que "El estado profesa la religión católica, apostólica y romana y no permite el ejercicio de ninguna otra". La última parte fué suprimida por los legisladores en 1913, si mal no recordamos; y desde entonces el Perú formó parte de los países que permiten el ejercicio de todas las religiones; y que, aun protegiendo a una, la católica, que es la que profesa la gran mayoría del país, tiene el deber de adoptar frente a las demás una posición neutral y de garantía...

"La iglesia católica, con sobrada razón y contando en su protesta con la simpatía de todo el mundo, ha denunciado, más de una vez, los casos de persecución que sus sacerdotes y prelados han sufrido en Alemania. No es posible que un reducido grupo de católicos peruanos imite y emule las persecuciones religiosas y adopte la misma condenable actitud tan condenada frente a ideas o credos religiosos."

En otro suelto y con el título: "Hay que cruzar esta cruzada", el mismo diario informa que los "cruzados eucarísticos" habían asaltado un local evangélico en plena ciudad de Lima, sacando un ejemplar de la Biblia a mitad de la calle para realizar un "auto de fe" quemándolo en la calzada. Protesta *El Callao* contra lo que llama "un formidable salto atrás... ni más ni menos que si estuviéramos en los días de la santa inquisición" y luego dice:

"Además, debe tenerse presente que los evangelistas —cuyo credo religioso no defendemos ni atacamos— realizan, principalmente en nuestras serranías y muy especialmente en Puno, una obra social muy apreciable al combatir el analfabetismo de nuestros indígenas. Establecen y sostienen escuelas en las que enseñándoles normas de vida civilizada, desarraigándolos del vicio, los transforman en elementos útiles para el país y para la sociedad.

"Esta actitud en vez de encolerizar a los "cruzados" debería servirles de estímulo para imitarlos. Una estupenda "cruzada" que podrían realizar sería la de conseguir que nuestros curas no sólo imitaran, sino superaran a los evangelistas en esa obra de bien social, como la muy meritoria que realizan nuestros misioneros católicos en las regiones selváticas. Esa sería una cruzada patriótica y culturizadora. Que cada cura, en su pueblo, se convirtiera en un maestro de escuela y de enseñanzas útiles para la vida de su grey. Esa es la mejor forma de desplazar a los evangelistas, y no procediendo a la inversa como suele ocurrir."

V

¿SOMOS TIERRA DE MISION?

Los obispos argentinos, firmantes de la reciente pastoral (26 de enero de 1945) se quejan de que las iglesias protestantes consideran a la Argentina "tierra de misión". Y Mons. Franceschi, en la revista *Criterio* de la cual es director, fulmina contra "los propagandistas (evangélicos, es claro) que quieren redimirnos de nuestro *paganismo* —esa es la palabra frecuentemente empleada— consiguen sobre todo colaborar a una nueva paganización".

Yo creo que hay que hacer frente a estas sutiles insinuaciones de orgullo farisaico con que se trata de desprestigiar a los misioneros evangélicos, contestando con toda sinceridad y coraje. No vacilemos en decir: Sí; hay mucha obra que realizar, tanto en la Argentina como en el Uruguay, en Chile, México y los Estados Unidos. De ninguno de estos países se puede decir todavía: Es un país cristiano. Hay mucha influencia cristiana en todos ellos. Pero hay también mucho desenfreno pagano. Claro, no es el paganismo de los negros semidesnudos del Africa ni el de los tibetanos. Es un paganismo "de levita", mucho más satisfecho de sí mismo, más "civilizado" e infinitamente más difícil de convertir al cristianismo. Y si no cree el lector que haya mucho paganismo en estas repúblicas,

que vaya el domingo próximo a cualquier iglesia parroquial y oirá cómo, en su sermón, el sacerdote arremete contra el paganismo en la sociedad, en el cine y el teatro, en la escuela pública, en la prensa y en la familia. En ocasión del último terremoto de San Juan no faltaron algunos de ellos que dijeran, desde el púlpito, que ese terrible cataclismo era un castigo de Dios sobre un pueblo que se había olvidado de él, un pueblo pagano.

Además, se trata de representar a los Estados Unidos como una nación en que una escasa minoría profesa una fe religiosa. En hora y a deshora se repite: ¿Por qué no se quedan los misioneros norteamericanos en su propia patria donde hay un cuarenta por ciento de la población sin religión? Comentan los obispos del Ecuador: "Cosa por cierto admirable y muy digna de reparo, es que estos celosos misioneros protestantes, dejando su país natal donde hay muy cerca de setenta millones de personas que carecen de religión... vengan al Ecuador, país desde la cuna eminentemente católico..."

Esta es una argumentación que, sin duda, logra impresionar a los que ignoran los hechos... y las estadísticas. Es necesario tener en cuenta el método distinto que siguen católicos y protestantes, para calcular el número de fieles que pertenecen a una parroquia. Los católicos dicen tener veintidós millones de miembros en los Estados Unidos. Todas las denominaciones o confesiones evangélicas, unos cuarenta millones. Pero el católico cuenta a todo el que haya sido bautizado aunque desde aquel día en que se le aplicara el agua del sacramento no haya entrado más en un templo católico. Se incluyen familias enteras aunque quizá sólo comulgue la madre. No así los evangélicos. Cada iglesia protestante lleva un registro de sus miembros y nadie es considerado miembro a menos que asista a los servicios religiosos con cierta regularidad y que contribuya en la medida de sus fuerzas al sostén financiero de la iglesia. La estadística

de los evangélicos que forman parte de las iglesias en los Estados Unidos, es una estadística de miembros "vivos" y "activos". Muchas personas, cuyos nombres no figuran en los registros de las iglesias, contestarían la pregunta del censo declarándose protestantes. Por ejemplo: los metodistas informan que en sus registros tienen ocho millones de miembros. Pero en uno de los censos nacionales veinticinco millones de personas se anotaron como metodistas. Lo eran nominalmente. Asistían quizá a los cultos religiosos de cuando en cuando. Contribuían a cualquier pedido especial que se les hacía. Pero como los evangélicos no buscan número sino sinceridad y vitalidad en la feligresía, cuentan aquellos amigos como "adherentes" y no como miembros. Pocas son las personas que han estado en los Estados Unidos que no hayan recibido la impresión de que es un pueblo profundamente religioso. Además, se sorprenden al ver la gran concurrencia que hay todos los domingos en las iglesias. El cristianismo es una influencia mucho más efectiva en la gran república del Norte que en cualquiera de nuestras repúblicas hispanoamericanas. Oigamos lo que dice al respecto un católico chileno, don Benjamín Subercaseaux:

"Es preciso recordar, y no olvidarlo en ningún momento, que el término medio de nuestra moral popular en Sudamérica es deficiente si lo comparamos con la norteamericana, donde los sólidos principios religiosos siguen actuando *hasta en aquellos individuos que no tienen religión.* Nuestras mezclas raciales aborígenes, herederas de un paganismo amoral y de un cristianismo inquisitorial, nos llevaron a un bajo standard de vida interior y a una difícil convivencia humana, con todo el séquito de desconfianzas, amarguras y temores que derivan de la ausencia de una personalidad responsable." [24]

---

[24] Véase su libro *Retorno de U.S.A.*, Zig-Zag, Santiago de Chile.

¿Que los evangélicos son impulsados por un espíritu de conquista, conquista de las almas? ¿Qué hay de malo en eso?

"El principio apostólico básico", dice el padre Hurtado, asesor nacional de la juventud católica de Chile, "es que la fe que no irradia, y no busca nuevas conquistas es una fe muerta... la fe para mantenerse viva en un alma necesita de la acción apostólica. El deber principal del cristiano es predicar el evangelio, y por tanto cada evangélico es un propagandista agresivo en favor de su causa. La abnegación es absolutamente necesaria para el servicio, y en algunas sectas la practican en forma heroica. Con sus propios recursos mantienen la secta, privándose de golosinas y cigarros, para difundir el evangelio. Es la abnegación una virtud cristiana predicada por Jesucristo, heredada de la iglesia católica, patrimonio de los santos de todos los tiempos, incluso de los actuales, pero que es necesario recordar a tantos católicos tibios de nuestros días." [25]

¿Sienten los iberoamericanos resentimiento por la presencia en sus países de los representantes de las iglesias evangélicas?

El clero, naturalmente, expresa a veces en forma desmedida, su desaprobación.

Veamos algunos párrafos de una reciente pastoral (18 de diciembre de 1943) expedida por los obispos del Perú:

"Debemos poneros hoy sobre aviso contra un peligro común y grave que amenaza seriamente la pureza y la unidad de nuestra fe religiosa. El aprisco ha sido ya asaltado con osadía y el lobo pretende seguir sacrificando a mansalva nuestro querido rebaño, anhelando ampararse bajo las garantías de una tutela oficial. Os prevenimos una vez más contra la legión de pastores mercenarios, que han invadido nuestro suelo nacional... Pues los tales no sirven a Cristo Señor Nuestro, sino a su propia sensualidad; y con palabras melosas y con adulacio-

[25] *¿Es Chile un país católico?* Editorial Splendor, Santiago de Chile, pág. 115.

nes, seducen los corazones de los sencillos. Ya habréis comprendido nos referimos a la propaganda protestante.

"Hace años que el protestantismo se infiltró en nuestra Nación... Pero los primeros grupos actuaron tan sólo en la sombra, porque el artículo 4º de nuestra Constitución establecía que la Religión del Estado era la Católica, Apostólica Romana, con exclusión de todo otro culto. Las sectas protestantes, empero, de la mano con las sociedades acatólicas, no se dieron tregua hasta recabar de nuestras cámaras, bajo especiosos pretextos, primero la mutilación, y luego la abrogación de ese artículo, baluarte sagrado de nuestras creencias religiosas y poderoso freno contra las audacias sectaristas.

"Apenas roto ese dique y sancionada la libertad de cultos, se desbordaron las mal contenidas vehemencias de las sectas por emprender sus campañas doctrinarias; y cual si fueran ya dueñas de nuestro suelo, abusando de la hospitalidad que liberalmente les otorgara, se creyeron autorizadas para demoler el edificio secular de nuestro Catolicismo, aplicándole la tea incendiaria de sus heréticas blasfemias, para convertir la patria de Santa Rosa en feudo de la Reforma protestante.

"Los vemos convertirse, con irritante cinismo, en maestros de religión, volcando sobre la plebe ignorante desde sus improvisadas tribunas por calles, plazas y parques, todo el contenido de sus falsedades, desfigurando lastimosamente hasta los fundamentos del dogma y de la moral, disfrazando la palabra de Dios y falseando con mala fe la verdad histórica. Para el ejercicio de su religión y mejor éxito de su propaganda, organizan sus cultos en recintos o locales donde se concentran sus adeptos y simpatizantes, y a donde son astutamente atraídos los curiosos y desprevenidos."

Todo esto lleva las firmas del arzobispo de Lima, primado del Perú, de otros tres arzobispos, seis obispos y dos vicarios apostólicos. Estos últimos son representantes directos del Papa

y las firmas de ellos nos hacen creer que este documento está en completo acuerdo con la política del Vaticano.

Este y otros virulentos ataques de la jerarquía católica contra los protestantes recibieron amplia publicidad y se les dió enorme circulación en la prensa evangélica y liberal de los Estados Unidos. Se quiso que el pueblo tolerante y liberal de aquella nación conociera el tono cáustico y la actitud violenta de los jefes del catolicismo latinoamericano. Y como bien dijera *The Christian Century:* "Nadie tiene el derecho de desentenderse del asunto alegando que eso sucedió en el Perú. El antisemitismo tanto en casa como fuera de casa, es una repugnante enfermedad moral... nadie se atrevería a decir que la propagación de esta peligrosa enfermedad en Alemania no interesaba a los Estados Unidos. He ahí el más peligroso aislacionismo".

Luego señala este editorial que en igual forma las actitudes intolerantes entre protestantes y católicos, por más que se desarrollen en algún lejano país, no podrían ser una cuestión indiferente para el pueblo de los Estados Unidos.

Pero no todos los testimonios del clero católico acerca de la obra de los evangélicos son adversos u hostiles. Refiriéndome nuevamente al libro del Padre Hurtado, *¿Es Chile un país católico?*, hallamos estos interesantes conceptos sobre el protestantismo de Chile:

"Lo más notable en esta campaña protestante es el fervor de que están animados algunos de sus pastores y adherentes. Por lo menos, en el estado actual de las sectas no es efectivo que el movimiento protestante sea antes que todo una campaña de dinero extranjero. La mayor parte del dinero que se gasta en Chile es de los chilenos. Los pentecostales o canutos, secta nacional, no cuentan con un solo pastor extranjero y cubren todos sus gastos con los diezmos y ofrendas recogidas entre sus fieles." (Pág. 108).

"Un mecánico que se adhirió a los bautistas en Talca convirtió a su primera mujer; muerta ésta, a su segunda, y paga de su bolsillo 100 pesos mensuales en un local que arrienda en Valparaíso para predicar el Evangelio. Al abrir su local en Recreo, este modesto trabajador amuebló la casa y tenía la paciencia de invitar una a una a las personas que quería atraer. Al principio, tenía que esperar varias horas con su local vacío, mientras la gente iba al teatro, pero a fuerza de tenacidad, ha logrado reunir un grupo. Todo su tiempo libre lo emplea "en salvar almas", dice él. ¡Qué vergüenza para muchos católicos que se resisten a dar su tiempo y hasta su dinero para salvar realmente las almas!" (Pág. 109).

"Una pobre mujer adventista hacía semanalmente el viaje de Quilpué a Viña del Mar para conquistar a una pareja que vivía mal y casarla por lo civil. Un electricista, trabaja rudamente cinco días de la semana, y el sábado y domingo "trabaja en la obra del Señor": lleva a sus compañeros a recorrer las poblaciones vecinas, celebrando reuniones, repartiendo literatura. Una hermana adventista, en un primer ensayo de apostolado, repartió tratados bíblicos casa por casa preguntando si se interesarían por estudiar la Biblia. Logró, en poco tiempo, reunir ocho personas."

"Una empleada de casa, pentecostal, al ser invitada por la señora a ir a misa, dejó la casa porque no quería exponer su fe. Un pastor protestante de Santiago, a quien conocimos personalmente, ayunó cuarenta días para lograr entrar libremente a las cárceles. Un pastor presbiteriano resolvió predicar el evangelio en cada una de las calles de Chillán, y lo cumplió, tardando varios meses en realizar su cometido." (Pág. 109).

"Lo que lleva a nuestro pueblo a los protestantes es principalmente su hambre de vida religiosa, que no la encuentran muchas veces por falta de cultivo. Un "chauffeur" nos decía: "Me hice evangélico porque quería vida interior". Otro "chauffeur" conocemos que viaja continuamente con la Biblia en el auto. Pobres hay que, después de misa, se van a oír la predica-

ción del Evangelio a la secta protestante; y alguna pobre católica, mientras estaba en el hospital, "hizo la manda de hacerse evangélica."

"Es la sed de Cristo que tiene nuestra pobre gente la que las detiene en esa fuente de agua turbia, pero de agua al fin donde encuentran al menos el nombre y la doctrina de Jesús y su vida en el Evangelio. La falta de sacerdotes, que en Chile es inmensa y deja sin cultivo espiritual, y sin la posibilidad de tenerlo, a las tres cuartas partes de la población, hace que estas pobres gentes se adhieran a los protestantes." (Pág. 111).

"Al poco tiempo algunas personas del pueblo, que no saben leer ni escribir adquieren conocimientos bastantes extensos de la Biblia." (Pág. 114). "Mucho ponderan algunos la transformación de las almas en contacto con el protestantismo: quitan la bebida a ebrios consuetudinarios, hacen hombres de oración a otros. Y es cierto, que en muchos casos lo consiguen a fuerza de trabajo y perseverancia, de un celo incansable y contagioso, del contacto con la palabra de Dios y porque despiertan en el hombre el sentido de su responsabilidad." (Pág. 120).

"Más que campañas contra los protestantes, lo que necesitamos es una campaña positiva de cristianismo; ir al pueblo, darle a conocer nuestra santa religión, hacérsela gustar y amar para que la viva intensamente." (Pág. 127).

Tres ex presidente chilenos tuvieron la gentileza de expresarme su opinión acerca de la influencia del protestantismo en Chile. Había pensado que quizás lo que podría yo esperar de tan destacadas personalidades sería la firma de un testimonio colectivo. Pero ellos comprendieron los valores que estaban en juego en el asunto de la libertad religiosa, y por propia iniciativa se tomaron la molestia y dedicaron el tiempo necesario para redactar y suscribir declaraciones personales. Daremos sólo algunos extractos de estas cartas. El ex presidente Alessandri en carta fechada el 10 de noviembre de 1943 dice en parte:

"No tengo ningún inconveniente en declararle que, como resultado de una observación continuada y atenta de la obra que ustedes realizan en mi país, debo aplaudirla y reconocer, generosamente, que su campaña ha sido siempre encaminada al progreso y adelanto de la República y a la moralización de nuestro pueblo. Sus colegios, sus obras de beneficencia o asistencia social, su propaganda, sus enseñanzas han sido inspiradas siempre en los más altos principios del cristianismo y en sus doctrinas morales de amor y paz entre los hombres.

"He servido durante toda mi vida un apostolado de tolerancia religiosa; exijo sólo sinceridad y honradez en los principios que se sustentan a nombre de cualquiera religión y absoluta moralidad, normas de las cuales ustedes nunca se han apartado, por cuya razón, no es comprensible que se les pretenda, injustificadamente, hacer aparecer como contrarios al país o con sus fraternales y estrechas relaciones de armonía y afecto con los demás pueblos de la tierra."

El ex presidente Juan Esteban Montero escribe con fecha 17 de noviembre de 1943:

"Me pide usted mi opinión sobre el valor de algunas publicaciones aparecidas en la prensa de los EE. UU. en las cuales se sostendría que la presencia entre nosotros de misioneros evangélicos norteamericanos ha entorpecido las relaciones internacionales y constituye el obstáculo mayor a la política de la "buena vecindad".

"No conozco esas publicaciones; ignoro, por consiguiente, qué fundamentos se aduzcan en apoyo de tal concepto; pero encuentro por demás extraño que pueda sustentarse una idea semejante, que, a primera vista, aparece en contradicción con la índole misma de esas misiones."

"Las cordiales relaciones entre dos países y la política de "buena vecindad" no pueden sufrir desmedro sino, al contrario, ser fortalecidas por todo esfuerzo que tienda a elevar el nivel moral de los individuos.

"Vivimos en tiempos de un adelanto material casi fantástico; pero que forma señalado contraste con el escaso progreso que ha realizado la humanidad en la práctica de los dictados de la moral. En relación con ella se ha avanzado por cierto, dentro del orden teórico de las ideas y de los principios; no existe hoy, en nuestra civilización cristiana, ni filósofo ni menos legislación que puedan aceptar, como antiguamente, la legitimidad de la esclavitud, ni habrá quien no reconozca que la fraternidad evangélica es norma obligatoria de la vida. Pero ¡cuánta distancia media entre formular el concepto y darle aplicación! La conducta de los humanos, para mal suyo, sigue justificando el dictado de "homo homine lupus", y seguirá siendo así mientras no se logre asentar en el alma real y efectivamente, y no solamente en forma verbal, el íntimo sentido de la moral cristiana que tiene en sí la verdadera solución para todas las dificultades que conturban a la sociedad actual.

"Las misiones evangélicas, con sus colegios, con sus hospitales, con sus centros de servicios social y con su predicación, constituyen un aporte de importancia para la realización de ese elevado ideal, y *ajenas, como siempre se han mantenido, a las luchas y diferencias de la política nacional*, contribuyen muy eficazmente al buen entendimiento internacional y prestan verdadera cooperación a la política de "buena vecindad."

El ex presidente Carlos Ibáñez dice, en su carta del 25 de octubre de 1943:

"Cumplo con el grato deber de manifestarle que, en cuanto a Chile se refiere, no hay base ni justificación para tan injusta acusación, pues los métodos protestantes no tienen nada que ofenda el sentimiento nacional o la cultura de nuestro pueblo.

"Por el contrario, la obra que realiza la Iglesia Protestante, es la expresión de una religión práctica y desinteresada que sólo una mente sectaria puede dejar de reconocer.

"Ahí están como muestra, su campaña en contra del alcoholismo y su acción en favor de los desheredados, con sus clínicas,

orfanatorios, hogares para desamparados y actividades recreativas como la Y.M.C.A.

"Y finalmente, con el profundo interés que tengo por el problema educacional, no puedo dejar de rendir mi expresión más calurosa en favor de colegios como el Santiago College, el Instituto Inglés y las escuelas evangélicas de Temuco, que, inspirados o patrocinados por la Iglesia Protestante, forman un valioso aporte en favor de nuestra cultura.

"Expreso el sincero deseo de que estas líneas sirvan para incitar a su institución a trabajar con mayor fuerza y vigor en favor de nuestro pueblo."

El doctor Antonio Sagarna, miembro de la Corte Suprema de la República Argentina, es una de las magnas personalidades de aquel país. Ha ocupado el cargo de ministro de Instrucción Pública y fué embajador argentino en el Perú. Le consulté sobre el problema que nos ocupa en este libro y me hizo las siguientes declaraciones:

"La presencia de misioneros evangélicos no es, no puede ser una ofensa para el pueblo argentino que tiene consagradas en su historia, en sus instituciones y en su vida normal la libertad de conciencia y de cultos y ello, gracias al esfuerzo de eminentes católicos.

"El protestantismo o Reformación ha contribuído con valores morales indiscutibles a la vida espiritual de nuestra América. Seríamos más pobres hoy si no hubiesen venido a nuestras playas los representantes de las iglesias evangélicas británicas, suizas, francesas, holandesas, norteamericanas, etc. En esto, la competencia reaviva y purifica.

"Años ha, cuando fuí Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el gobierno del Perú, por consejo de esclarecidos peruanos —no protestantes— coloqué a mis dos hijos varones en el Colegio Anglo-Peruano de Lima que dirigía el gran cristiano, sabio y amoroso hispanista y peruanista, ex alumno y doctor de la Universidad Mayor de San Marcos,

doctor Juan A. Mackay, desde entonces mi muy querido amigo. Mis hijos hallaron en esa escuela, que funcionaba en una modesta casa, sin iglesia, ni capilla, las influencias cristianas que moldearon su carácter y plasmaron su personalidad sin sectarismos ni intolerancias. El doctor Mackay gozaba de la más alta consideración y viva simpatía de conspicuos peruanos católicos como Javier Prado y Ugarteche, Víctor Andrés Belaunde, José Matías Manzanilla, Carlos Ledgard, Luis Fernán Cisneros, Cristóbal Lozada y Puga y muchos otros similares. Mi hija, en cambio, estudió en un colegio católico de Chorrillos.

"La Gran Bretaña ha enviado muchas y excelentes cosas y personas e instituciones a la República Argentina, pero su mejor dádiva en los últimos cincuenta años fué la personalidad apostólica de William C. Morris, el extranjero más argentino, más abnegado y más fecundo de que yo tenga conocimiento en ese tiempo.

"Conocí, admiré y amé al hombre y su obra a través de católicos como Tancredo, Enrique y Humberto Pietranera, Lucio Correa Morales, Federico Pinedo (padre), Angel Gallardo, etc.; como no tenía otra cosa que ofrecerle en horas para mí de pobreza máxima, le ofrecí dar clases gratuitas de Historia e Instrucción Cívica Argentina, primer ensayo docente que ejercí durante tres años, del que me siento orgulloso y que me ligó a "la obra" hasta hoy, vale decir durante más de cuarenta y cuatro años.

"Los Estados Unidos han sido para nosotros modelo de atención y cuidado de la niñez. No hay país en el mundo que haya imbuído a su legislación y a todos sus esfuerzos de un espíritu más sinceramente tutelar, de más cristiana preocupación por la vida y salud física y moral de la niñez que la patria de Washington, Lincoln y Horacio Mann. Allí encontramos el espejo, el camino y el estímulo.

"La mejor institución que existe en la Argentina y en la América Ibera, para la rehabilitación, elevación y eficiencia del niño y del adolescente abandonado material y moralmente es la

Colonia Hogar "Ricardo Gutiérrez", de Marcos Paz, transformada de prisión, asilo o encerradero en lo que su nombre indica, gracias a la inteligencia, al corazón, a la voluntad de un cristiano ex alumno de "Míster Morris", especializado en el estudio de esos problemas en Estados Unidos y entregado con pasión y desinterés apostólicos a la obra redentora en la Patria; se llama José Amatuzzo y nadie pudo imputarle espíritu tendencioso, ni siquiera displicente en cuanto a enseñanza religiosa. En Colonia Olivera renovó el ensayo con abandono de sus intereses y en menos de nueve meses refloreció el espíritu de Cristo en un erial lamentable.

"He visitado y estimulado la obra salesiana en gran parte del país y, especialmente, en las alejadas regiones del Sur Patagónico y los valerosos discípulos de Don Bosco no han encontrado dificultad ni perturbación derivada de pastores, misioneros o prédica evangelista." [26]

Sumamente interesante resultó mi conversación con un caracterizado miembro de la redacción de *La Prensa* de Buenos Aires. Le pregunté si creía que la presencia de misioneros protestantes era un agravio al pueblo argentino y un obstáculo para las buenas relaciones interamericanas. Me contestó que era ridícula semejante suposición.

"Yo soy católico", me dijo, "y estoy muy preocupado por el hecho que los propagandistas del nazismo y del fascismo en este país (Argentina) son todos católicos romanos. Son malos católicos. No es contra el catolicismo que protesto, sino contra aquellos que se escudan detrás de la iglesia para que prevalezcan sus ideas totalitarias. Ahora que la influencia del clero va en aumento con el gobierno, algunos individuos que antes eran unos verdaderos tragacuras, han sufrido una repentina metamorfosis y se han hecho más católicos y más fanáticos que un obispo".

---

[26] Véase la declaración completa en el Apéndice E.

Luego hizo esta interesante observación:

"Hay una muy evidente diferencia religiosa entre los Estados Unidos y la América del Sur. He estado en la república del norte en tres ocasiones. A pesar de estar dividida en diversas denominaciones y sectas, tiene la religión en ese país un contenido ético que falta con harta frecuencia en las manifestaciones de la religiosidad sudamericana. Para muchas personas en nuestro país la religión es un rito, una liturgia, o un convencionalismo social. El catolicismo es una religión de promesas..."

"¿Qué quiere decir usted con eso, doctor?", le pregunté: "El catolicismo es una religión de promesas". "Promete mucho para ultratumba", me contestó. "La religión que muchos profesan no tiene ninguna relación con su proceder político o social, o con los métodos que han de seguir en sus actividades comerciales".

Unos días después, en la ciudad de Rosario, República Argentina, tuve el honor de ser recibido por otro importante periodista, el señor Julio Zeballos, administrador del decano de los diarios argentinos, *La Capital.* El señor Zeballos es también presidente del "Círculo de la Prensa" de la ciudad de Rosario. Expresó su sorpresa de que hubiera alguien que creyera que los argentinos pudieran sentirse ofendidos por la presencia de los representantes de otros credos. La educación, dijo, había alejado de la iglesia a grandes números de personas. "El elemento necesario en todo país", dijo, "es el de proporcionar libremente a todos la oportunidad de expresar toda sana idea, política, social o religiosa. Como resultado de este libre movimiento, lo mejor prevalecerá a la larga".

Al distinguido escritor y educador, doctor Alberto Casal Castel, que en tan alta estima es tenido por las verdaderas fuerzas espirituales de la Argentina, y a quien ya he citado, le pregunté si él compartía la opinión de que la presencia en la

América Latina de misioneros evangélicos era un obstáculo para la política de buena vecindad entre las Américas.

"No", me contestó. "Sostengo que es una forma —la más efectiva de esa misma política. Yo diría que es en lo espiritual una de las formas de la solidaridad. ¡Un panamericanismo práctico! Pues dentro de América no deben existir recelos, ni distingos, ni divergencias, ni omisiones. El día en que América haya borrado las últimas fronteras —fronteras físicas, barreras económicas y "aduanas espirituales"— habremos respondido al sueño de un nuevo mundo. Y a la esperanza que el viejo mundo ha puesto en esos sueños". [27]

El doctor Helio Lobo es miembro de la Academia de Letras y del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil. Fué cónsul general del Brasil en Londres y Nueva York y sirvió de secretario general de la delegación brasileña a la Conferencia de Paz, en Versailles. Fué ministro plenipotenciario en el Uruguay y en Holanda y estuvo relacionado con la Liga de las Naciones en Ginebra.

"¿Cree usted", le pregunté, "que la presencia de misioneros y educadores norteamericanos en el Brasil, constituye un obstáculo al cultivo de una política de Buena Vecindad entre las Américas?".

"En manera alguna", me contestó este distinguido representante de la cultura brasileña. "Esos misioneros sólo podrían ayudar a la política de Buena Vecindad, como efectivamente están haciéndolo. Predican el evangelio en el cual la nota dominantes es la de la fraternidad entre todos los hombres. Es absurdo suponer que no colaboran en una política cuya base también es la fraternidad entre los hombres de todo el continente americano".

---

[27] Véase la declaración completa en el Apéndice D.

"¿Qué opina usted", le pregunté luego, "de la obra e influencia del protestantismo en el Brasil?".

"La obra misionera protestante en el Brasil" contestó, "sólo puede merecer loor y estímulo, por lo mucho que ha hecho en favor de la educación, la salud y el bienestar, sobre todo de los humildes. No la desconocen los propios católicos... Quien viaja por el interior de nuestro país admira la dedicación, el desprendimiento, los fines humanitarios de los misioneros protestantes, que fundan escuelas, levantan hospitales, diseminando sus enseñanzas evangélicas por medio de un trabajo anónimo, paciente e ingrato. Es una pena que esa obra no sea más conocida".

Reúne en su exquisita persona, el doctor Manuel Carlos Ferraz, la dignidad de un hidalgo y la urbanidad y cortesía de un espíritu altamente refinado. Ocupa el responsable cargo de presidente de la Corte de Apelaciones del estado de San Pablo, Brasil. A mi pregunta sobre la fuerza del catolicismo en su país, respondió: [28]

"Contestaré con las palabras de un capellán del Rey Alberto de Bélgica que visitó el Brasil en el año 1922 y que fueron publicadas por la prensa. Un porcentaje apreciable de la población es fiel a la iglesia y practica el catolicismo", dijo aquel capellán. "Hay, sin embargo, un gran número de indiferentes y supersticiosos. Para la enseñanza e instrucción doctrinaria del pueblo faltan sacerdotes. Los que existen no son suficientes para atender a las necesidades religiosas de un país de tan amplias dimensiones como el Brasil".

A mi segunda pregunta, si los misioneros y educadores norteamericanos en el Brasil eran un obstáculo para el desarrollo de la política de Buena Vecindad, contestó el doctor Ferraz:

---

[28] Véase la declaración completa en el Apéndice J.

"En manera alguna. Yo considero que los misioneros son un elemento favorable para el desarrollo moral y cultural de nuestro país. Facilitan el conocimiento de los Estados Unidos e interpretan a la América Latina aspectos importantes de la vida espiritual en aquel país."

"¿Debieran cerrarse las puertas del Brasil para la entrada de misioneros de otros credos religiosos?", le pregunté, y me contestó:

"El protestantismo ha sido un estímulo para la iglesia católica en este país. Es un aviso a aquella iglesia de que debe despertarse del sueño en que ha caído como consecuencia de haber estado aislada de otras corrientes del pensamiento cristiano. Cuando la iglesia católica era la iglesia del estado y estaban prohibidas otras religiones, el catolicismo entró en un período de decadencia. La libertad que se concedió luego a otras religiones para que entrasen al país y la separación de la iglesia del estado, han sido de beneficio para la iglesia católica. La han obligado a abrir más escuelas, a establecer más diócesis y a levantar más iglesias".

Cuando le pregunté qué opinaba del protestantismo en el Brasil, dijo:

"El protestantismo ha dado hombres probos y útiles al país. Ha cultivado en sus adeptos un sentido de responsabilidad y de integridad. El protestantismo ha sabido crear un carácter íntegro en su pueblo. Ha despertado un anhelo de conocimientos, y ha cultivado el gusto por el estudio y por la lectura de los libros. Uno de los mayores gramáticos del Brasil fué protestante. (Aquí el doctor Ferraz enumeró una larga lista de nombres de evangéligos que habían tenido una destacada actuación en la vida cultural del Brasil). La cultura del Brasil, concluyó diciendo este distinguido jurisconsulto, ha sido enriquecida por el protestantismo".

Don Carlos Duarte Costa es obispo de Maura y residente de Río de Janeiro. Es director de la revista religiosa *Mensageiro de N. S. Menina.* Cuando apareció la traducción al portugués del libro *Poder Soviético* por el deán de Canterbury, traía un prefacio por el obispo Duarte Costa, ¡un libro favorable sobre Rusia, que trae un prefacio por un obispo católico recomendándolo! Tuvo la gentileza de corresponder a nuestra consulta el referido obispo, enviándonos la siguiente declaración:

"No veo en qué la venida de misioneros protestantes perjudique la obra del panamericanismo y de buena vecindad, ya que nuestro clero no está nacionalizado. Es siempre odioso el trato desigual para las iglesias en los países en que el estado es laico.

"Para mantener la unidad nacional nunca fué imprescindible la existencia de la unidad religiosa, desde que el clero que aquí llega no viene para hacer obra de espionaje o de política contraria a los intereses del Brasil. Nunca me ha constado que algún misionero americano haya ido preso como espía. Lo que sí sé por informaciones fidedignas es que su obra educativa es muy estimada en nuestro país.

"Por estos motivos soy de opinión que no existe ningún mal en la venida de tales misioneros".

Estos y tantos otros testimonios que podríamos presentar, sirven para indicar que si existe resentimiento contra la obra de los representantes de otros credos, se encontrará esa oposición sólo en esos reducidos grupos de reaccionarios clericales que existen en ambas Américas. Abunda la evidencia de que los pueblos de la América hispana reciben con cordialidad a los representantes del protestantismo, brindándoles su sincera amistad y generoso apoyo. Estiman en todo su valor los servicios que rinden los evangélicos en sus hospitales y escuelas. Colocan a sus hijos bajo el cuidado de maestros evangélicos.

Muchos de ellos reconocen que la existencia de la obra protestante ejerce una influencia sana y constituye un saludable estímulo al pensamiento y obra católicas. Cuenta la obra evangélica en la América Latina, indiscutiblemente con muchísimos amigos. ¿Por qué? Dejaremos que en el próximo capítulo los mismos latinoamericanos nos den la respuesta a esta pregunta.

Hace algunos años, tuve que detenerme en la estación de bombeo de las aguas corrientes de Montevideo, situada sobre el río Santa Lucía, a varios kilómetros de la ciudad. Desde allí tenía que ir al pueblo de Santa Lucía para celebrar un servicio en nuestra capilla evangélica. La ruta ordinaria exigía un largo trayecto, primero en coche y luego por ferrocarril. "Yo le daré un caballo", me dijo el ingeniero encargado de la importante planta, "y podrá acortar el camino, tomando a campo traviesa".

—"Pero, yo no conozco el camino", le dije.

—"Le daré un guía".

Cuando vi a mi guía junto a los caballos, me detuve. Era un individuo de aspecto peligroso, casi un indio puro, de tez obscura y larga melena, con el rostro desfigurado por una profunda cicatriz. Cuando mi amigo vió mi vacilación, se echó a reír.

"Le contaré la historia de este hombre", me dijo. "Era el *cuatrero* (ladrón de ganado) más peligroso de toda esta región. Una vez el gobierno mandó toda una compañía de soldados en su persecución, pero no pudieron prenderlo".

"Bueno, hermano", le dije, "¿y qué he hecho yo para que me confíe usted a semejante hombre?"

"No se aflija", me respondió; "ahora es el mejor de nuestros capataces, y también es diácono de la iglesia a donde usted tiene que ir esta noche".

¡Eso era sorprendente! ¡Ex ladrón de ganado y ahora el mejor capataz y diácono de la iglesia! ¿Cómo podía ser? Eso tenía que ver con otra historia; la historia de un ex marinero danés, que recorría el campo en un sulky vendiendo Biblias; un día entró en la choza de barro de un gaucho, sobre la orilla del Santa Lucía, y le leyó a él y a su esposa un capítulo de la Biblia y luego se arrodilló para orar. El gaucho quería romperle la crisma al "gringo", pero había algo en la bondadosa expresión de Jorge Petersen que detuvo su mano airada. Petersen repitió sus visitas, y un día, mientras estaba de rodillas, la mujer también se hincó. Finalmente llegó el gran día en que el "cuatrero" también cayó de rodillas sobre el suelo de tierra, y algo comenzó a obrar en su vida.

Y aquella noche estaba allí, junto con su esposa, en uno de los primeros asientos. Ahora era don Juan Daré —¡tenía un nombre honrado! Al día siguiente fuí a visitarlo; quería conocer al ladrón regenerado en la intimidad. Y me pregunto si aquel ingeniero de las aguas corrientes de Montevideo se sentirá molesto por la presencia de pastores y misioneros protestantes, y si no quedan todavía muchos otros "paganos", tanto en la América del Sur como en Chicago y Nueva York, que deben ser alcanzados por la vieja Biblia y tocados por una oración cristiana y por el aspecto bondadoso de un hombre de Dios.

VI

HABLAN LOS LATINOAMERICANOS

Los estudiantes de la Universidad de San Pablo, Brasil, estaban en huelga. La policía había interrumpido una de sus asambleas, y se negaban a volver a sus clases mientras no fuera dado de baja el oficial responsable del ataque. Era interesante ver esa protesta estudiantil desarrollándose frente a una dictadura. La tensión política no impidió que nos recibiera el erudito y progresista rector de la universidad, doctor Jorge Americano. Es católico romano, abogado distinguido, y dueño de una biblioteca que causaría envidia a cualquier amante de los libros. El mencionó varios hechos que son importantes para el análisis de nuestro problema.

"Los misioneros no ocasionan ninguna dificultad", dijo. "Hay una minoría de nuestra población que es activa y conscientemente católica. El resto, la gran masa del pueblo, son ignorantes de la esencia espiritual del cristianismo. *La fricción entre los Estados Unidos y los pueblos de la América del Sur se debe en gran parte a un sentimiento de superioridad de parte de los norteamericanos.* No tiene nada que ver con que se sea o no protestante. Dondequiera haya soldados, marinos o funcionarios norteamericanos, allí se encuentran todos los elementos necesarios para causar molestia. Los norteamericanos reciben mejores

sueldos que los demás, gastan pródigamente, pagan mejores precios por todo y así elevan el costo de la vida; dan más propina y consiguen mejor servicio. ¿Es de extrañarse que a veces los brasileños se resientan?"

Hay una constante tensión entre la América del Norte y la del Sur. No se ganaría nada con negarlo. Los americanos latinos y sajones no han conseguido todavía ajustar armoniosamente sus relaciones. Y, por supuesto, cada cual quiere tener la razón. Los representantes del Vaticano en los Estados Unidos y la América Latina, profundamente preocupados por la indiferencia religiosa de los pueblos de las repúblicas del Sur, con su habitual astucia, no tardaron en descubrir la ventaja que la fricción interamericana les daba en su ataque a las misiones protestantes. Difundieron, pues, la versión de que la causa del resentimiento era la presencia de misioneros protestantes. Aseguraron a los comerciantes norteamericanos que el comercio entre ambos continentes mejoraría tan pronto como fuesen retirados los misioneros. Dejaron caer en los círculos diplomáticos norteamericanos la sugestión de que la política del Buen Vecino no prosperaría mientras continuara la actividad misionera protestante. Y muchos tragaron no solamente la carnada sino también el anzuelo, con la línea y la plomada. Pero al fin los mismos latinoamericanos empiezan a decirnos sin ambages, a pesar de su cortesía tradicional, cuál es la verdadera causa de la fricción.

El doctor Americano, a quien acabamos de citar, dice que las tensiones entre americanos del Norte y del Sur son originadas por una actitud y sentimiento de superioridad de parte de los primeros. Ellos gastan con prodigalidad, dice; exigen una atención especial, y pueden pagarla. Los norteamericanos son, sin duda alguna, irreprimibles. Los europeos son más circunspectos. Los ingleses por lo general cuidan de no cometer

incorrecciones. Pero a los norteamericanos muy a menudo les importa poco la corrección o incorrección. Los latinoamericanos no pueden entender la turbulencia de los norteamericanos, especialmente en los lugares públicos. No hay fuerza que pueda contener la efervescencia del espíritu juvenil norteamericano. *¡Tienen* que hacer barullo! Y, por supuesto, tienen por qué alborotar. ¿Acaso no vienen "del propio país de Dios"?

Mientras escribo esto, el doctor Hernane Tavares, un educador brasileño que fué consejero especial del Coordinador de Asuntos Interamericanos en Washington, está recibiendo considerable publicidad debido a ciertas declaraciones que hizo en la Asamblea Internacional de Educación celebrada en Frederick, Md., Estados Unidos, en junio de 1944. Afirmó dicho caballero que las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos están empeorando. Atribuyó esta condición a tres razones principales: políticas, económicas y "conducta personal". Nótese que no menciona a las misiones protestantes como un elemento perturbador de las relaciones interamericanas.

El doctor Tavares explica lo que entiende por "conducta personal". Según parece, dijo que el gobierno norteamericano está "desparramando funcionarios a millares en los países latinoamericanos, con los resultados más desastrosos", y "la conducta de esos funcionarios es con demasiada frecuencia inortodoxa y grosera". Agregó que "gastan demasiado dinero" y que su conducta los indispone con los brasileños.

Hay muchos norteamericanos formales, que han vivido en la América del Sur, y que reconocen que, aunque puede haber algo de exageración en las manifestaciones de estos distinguidos latinoamericanos, hay gran parte de razón en sus quejas. Un ex ministro de los Estados Unidos en el Uruguay, el señor U. Grant Smith, en una carta a *The New York Times*, el 11 de enero de 1937, sostenía la tesis principal de estas quejas. Dice:

"Quedan dos causas principales de fricción por las cuales somos directamente responsables. Ellas son, en pocas palabras, el poco tacto con que algunos departamentos de nuestro gobierno, a veces sin atender los consejos del Departamento de Estado —aunque este mismo no está enteramente desprovisto de culpa— han tomado determinaciones que con demasiada frecuencia han tenido un efecto directo sobre los países del sur y, segundo, el descuido antieconómico del cultivo de contactos con el exterior por parte de los miembros de las llamadas colectividades norteamericanas en aquellos países, que puede decirse son los puntos focales de infección en nuestras relaciones con los pueblos latinoamericanos... Es increíble que los jefes de las casas centrales en este país no se hubieran dado cuenta, hasta no hace mucho, del hecho de que muchos de sus representantes en la América Latina, aunque técnicamente eficientes, estaban actuando como irritantes en vez de intentar cultivar amistades como medio de propaganda comercial. Sus aires de superioridad serían ridículos si no fueran de resultados tan graves. Deseamos ardientemente aumentar nuestro comercio con aquellos países. Queremos también que estén con nosotros en política. Sin embargo, no pasamos de expresiones oficiales de mutua estimación, mientras los norteamericanos y sus esposas se niegan a aprender el idioma y a mezclarse con la sociedad de los lugares a los que sus empleadores los han enviado."

Notaréis de nuevo que no se menciona a los misioneros como saboteadores de la política del Buen Vecino. Los misioneros protestantes aprenden el idioma y cultivan la amistad de la gente de los pueblos en que viven. Establecen sus hogares en esos países y pasan su vida en sus patrias adoptivas a las que aprenden a amar.

José A. Alfonso, o "Don José", como se le llama afectuosamente, acaba de jubilarse como secretario del tribunal y profesor de la escuela de Derecho de Chile. Es el más apreciado y

eminente publicista chileno y presidente de la junta de educación primaria. Sus artículos sobre educación y bienestar público han recibido siempre la más amplia publicidad. Quizá no sería exagerado aclamarlo como el "Gran Viejo" de Chile. He aquí algunos párrafos de su larga carta:

"Experimento, mi distinguido amigo, una verdadera satisfacción al manifestarle lo que pienso sobre la obra de los misioneros evangélicos norteamericanos, a que Ud. se ha servido aludir.

"En general y desde luego, puedo adelantarle que mi opinión al respecto no sólo es de adhesión completa a esa obra, sino también de admiración ilimitada, y por la muy sencilla razón de que Uds. hacen una obra moralizadora de primer orden en el seno del pueblo, profundamente cristiana, tan cristiana, tan moralizadora y tan útil como la que efectúa la Iglesia Católica en el seno de ese mismo pueblo, puesto que ambas obras tienen a Cristo como altísimo punto de mira, como enseña y como guía, y, por lo mismo, sus propagadores en ambos sectores —siempre lo he pensado— deberían marchar concordes, sin atacarse, en esta obra. Tal ha sido, repito, la opinión de toda mi vida, y la que, como publicista, he manifestado cuantas veces la ocasión se me ha presentado.

"Yo coloqué a uno de mis hijos en el Instituto Inglés [29], en aquella época en que Don Santiago McLean, era su dignísimo rector y profesor, y a ello me impulsó tanto los beneficios de la educación inglesa cuanto la enseñanza moral del establecimiento que, aunque de tendencia evangélica, no dañó en lo más mínimo al ambiente católico, que era el de mi niño, antes bien, le reafirmó dentro de su espíritu esencialmente religioso.

"Y en especial, la obra personal del director, Dr. McLean, ha sido espléndida y aprovechadísima para mi país. ¡Ojalá se

[29] Una escuela misionera presbiteriana para varones en Santiago.

multiplicaran los educadores de su temple moral, de su conciencia recta y de su espíritu profundamente cristiano!"

Marcial Martínez de Ferrari dedicóse por entero a la diplomacia después de estudiar jurisprudencia. Fué secretario de la embajada chilena en Londres durante varios años, y recibió un merecido título de Maestro en Leyes de la Universidad de Londres. Más tarde fué ministro chileno en Uruguay y Paraguay. Su último nombramiento fué el de embajador en el Brasil. He aquí varios párrafos de su declaración:

"Placentero para mi espíritu y mi sentir, es dar testimonio personal de los sanos y elevados beneficios de orden social, cultural, democrático, eugenésico, deportivo, y recreativo, exentos de toda procedencia dogmática o ideológica, que aseguran los principios y métodos educativos y moralizantes aplicados en América y todo el mundo civilizado por los misioneros y pedagogos anglo-sajones y americanos.

"Es éste un hecho que he comprobado invariablemente en Chile, los Estados Unidos, Inglaterra, Suiza y así mismo en el Uruguay, Brasil y otros países latino-americanos donde he residido, por largos períodos, en el curso ya bien dilatado de mi edad adulta.

"Las instituciones y organismos de origen americano, canadiense y británico que me ha cabido conocer de cerca, entre ellos la Asociación Cristiana de Jóvenes, el Ejército de Salvación, el movimiento Rotario, la Cruz Roja, las Asociaciones de Temperancia, universitarias y de cultura en general y otras de análogas finalidades éticas y civilizadoras, disponen, entre sus dirigentes y colaboradores, de ilustrados y caballerosos misioneros y de animosos y abnegados pedagogos laicos, cuya acción e influencia seria y perseverante, matizadas de un optimismo liberal, alegre, ocurrente, prudente y bondadoso buen sentido práctico, no puede menos de merecer los elogios y la gratitud de todo corazón bien puesto. Esa acción y esa influencia infun-

den confianza, lejos de los límites estrechos o preconcebidos de un oscuro horizonte. Son influencias y acción pragmáticas a la vez que idealistas.

"Conocido Chile por la ecuanimidad de su juicio, y la excelencia de sus instituciones libres e independientes, acogerá en su seno, complacido y sin reservas mentales, el aporte colaborador educativo de los misioneros evangélicos y pedagogos laicos de la referida procedencia, en todas las esferas conscientes de nuestra sociabilidad exenta de incomprensiones, prejuicios anacrónicos e intolerancias."

El dinámico y progresista presidente de la Universidad Nacional de Chile, doctor Juvenal Hernández, escribió:

"Chile es un país en donde no existe la intolerancia religiosa y en donde ha imperado siempre un profundo respeto por la libertad de conciencia. Hemos visto con agrado que vengan a laborar entre nosotros, misioneros de diversas denominaciones. A todos ellos, cuando han predicado con lealtad, honradez y respeto por el país, la sociedad les ha brindado su bienvenida.

"La obra de evangelización en algunos grupos obreros, los ha convertido en personas más ordenados en sus relaciones familiares y más eficientes para el trabajo.

"Cuando los colegios auspiciados por las misiones protestantes no se han aislado, sino que se han puesto en comunicación con las necesidades culturales del ambiente, han realizado una labor digna de todo aplauso, porque a la vez que han enseñado a la juventud, le han inculcado sentimientos de confraternidad y de verdadero panamericanismo."

Las mujeres chilenas se cuentan entre las más progresistas y emancipadas de la América Latina. Disfrutan del voto en asuntos municipales, y varias de ellas han ocupado el puesto de alcalde. De las dos mujeres latinoamericanas que están en el servicio diplomático, una es chilena, Gabriela Mistral. Una de las principales educadoras y escritoras chilenas es la señora

Amanda Labarca, esposa del ministro de educación y bien conocida en los Estados Unidos donde se ha presentado frecuentemente como conferenciante en las universidades. Pertenece al cuerpo docente de la Universidad Nacional y es miembro de su consejo directivo.

En su declaración me escribe: [30]

"He sido testigo de la obra de adoctrinamiento espiritual y de elevación moral que las misiones protestantes han desarrollado en algunos estratos populares chilenos. Conozco, asimismo la forma en que los colegios auspiciados por esas misiones, han laborado, sin ofender el sentimiento católico ni los principios tradicionales de las familias de los educandos.

"La permanencia en Chile de aquellos misioneros que han comprendido a la vez el espíritu chileno y las necesidades del ambiente, ha incrementado, sin duda, el entendimiento recíproco y el afecto entre el pueblo norteamericano de donde proceden y el nuestro.

"Por estos considerandos, entre varios otros que podría detallar, estimo que su presencia en Chile ha sido altamente beneficiosa para el país y para sus relaciones con los Estados Unidos."

El movimiento rotariano se ha extendido por toda la América del Sur, pero en ninguna parte se ha desarrollado tan rápidamente como en Chile. El presidente del Rotary Club de Santiago, uno de los principales del Rotary Internacional, don Luis Fontecilla, hace la siguiente declaración:

"Tengo el agrado de expresarle que durante muchos años trabajé con personal de obreros evangélicos, los cuales por su moralidad, sobriedad y honradez, son una positiva ayuda, tanto para la agricultura como para las industrias chilenas."

El nombre de Adolfo Ibáñez, de Valparaíso, Chile, es sinónimo de cualidades genuinas. Es presidente de la Cámara de

---

[30] Véase la declaración completa en el Apéndice H.

Comercio Chilena, y bien conocido en todas las repúblicas sudamericanas como un hábil hombre de negocios. Se hallaba ausente de Chile cuando yo visité el país, pero me escribió después, con fecha 30 de noviembre de 1943:

"Al regresar de mi viaje a Brasil, he tenido la dolorosa sorpresa de saber que se han producido inexplicables ataques a la obra desinteresada y utilísima que los misioneros norteamericanos desarrollan en nuestro país.

"Habituado ya, en cierto modo, a oír en nuestra tierra los ecos de tantas desatadas y torpes violencias —lo que me hace pensar en el desarrollo de una especie de infección mental— puedo decirle que nunca se me habría ocurrido que alguno de esos ruines golpes pretendiera llegar hasta la obra tan profundamente cristiana y humana que Ud. y sus compañeros desarrollan. Me apresuro a enviarle estas rápidas líneas, mientras tengo oportunidad de conversar con Ud., para pedirle que mantengan su convencimiento de que la obra de Uds. continúa siendo debidamente considerada y agradecida por los chilenos de todos los sectores, que no nos dejamos influenciar por fanatismos ni prejuicios y que, afortunadamente somos más numerosos de lo que parece. El inconveniente está siempre en el hecho desgraciado de que cinco malcontentos o iracundos que gritan, hacen mucho más ruido que cinco mil satisfechos o agradecidos que se callan.

"Hubiera querido escribirle con un poco más de profundidad y tal vez de extensión; desgraciadamente los trabajos que encuentro acumulados a mi regreso no me permiten mandarle sino estas ligeras líneas."

El doctor Fernández Artucio, distinguido escritor y miembro de la Legislatura uruguaya, dijo lo siguiente sobre las misiones protestantes cuando lo entrevisté: [31]

---

[31] Véase la declaración completa en el Apéndice C.

"En manera alguna constituyen las misiones evangélicas un obstáculo para la política de buena vecindad. Difícilmente podría una misión católica hacer la obra espiritual y verdaderamente democrática que realizan los pastores y misioneros protestantes. El Uruguay es un país laico donde existe amplia libertad religiosa. La constitución de 1917 abolió los viejos privilegios de que gozaba la iglesia católica en detrimento de otras religiones y desde entonces la tesis oficial de nuestra Constitución establece que el estado no tiene ninguna religión pero que las protege a todas.

"El pensamiento filosófico de este país es liberal. Se puede declarar categóricamente que éste es un país en el cual se hace un culto del respeto a todas las religiones aunque no se las practique. En las escuelas la enseñanza es laica porque el estado es laico.

"La presencia de misioneros protestantes en el Uruguay ha sido de beneficio para el mejor conocimiento de los Estados Unidos y para el mejor entendimiento entre aquel país y el Uruguay. ¿Por qué? Porque esos misioneros entendían mejor que los misioneros católicos qué principios podrían convenir al espíritu fundamentalmente democrático del pueblo uruguayo. Los misioneros evangélicos tienen un profundo sentido de las enseñanzas éticas y sociales del Nuevo Testamento. Adoptan una actitud de mucha más simpatía frente a los oprimidos. Éste es un país dominado por la idea de la justicia social. Consideramos como colaboradores ingénitos a aquellos que hacen de la prédica de la justicia social una parte importante de su obra religiosa.

"No se destruirá la unidad nacional con la entrada al país de filosofías o credos distintos a los de la iglesia católica. No hay que confundir la unidad con la uniformidad.

"Los representantes católicos que podrían venir de los Estados Unidos difícilmente podrían representar a los Estados Unidos que el Uruguay respeta y ama. Porque esos misioneros del clero católico norteamericano representarían una organización

religiosa de carácter totalitario. El catolicismo que nosotros conocemos ha negado siempre la libertad religiosa tal como la proclama el mismo Roosevelt, libertad que supone no sólo el privilegio de adorar a Dios según la conciencia individual, sino libertad también de hacer propaganda en favor de las convicciones que cada cual profesa."

El doctor Américo Ghioldi, periodista de Buenos Aires y miembro del Congreso Argentino, me dió la siguiente declaración: [32]

"No deja de causarme asombro le pregunta de si la obra de la Iglesia Evangélica en América Latina es un obstáculo a la política de "buena vecindad". ¿Puede ser una traba para la cooperación espiritual interamericana el intercambio de libros, la intensificada acción de la radiotelefonía, los viajes de médicos, profesores y escritores, la presencia de catedráticos y maestros en las universidades de otros países de América?

"¿Las "misiones" culturales serían ahora un obstáculo para la sana convivencia que debe fructificar con la política de "buena vecindad"? ¿Esto no suena a un absurdo?...

"La obra cumplida por los evangelistas ingleses o norteamericanos no produjo inconvenientes ni suscitó incidencias. La variedad de la misma —predicación, ayuda social, recreación noble, solidaridad con el prójimo— es mirada con simpatía por cuantos en la religión queremos ver ante todo la tendencia social a realigar a los hombres. Como educador no puedo olvidar la contribución que un evagelista prestó al desarrollo de la instrucción de mi país, al introducir el método lancasteriano de enseñanza.

"Por otra parte la cuestión que se promueve es sencillamente anacrónica. ¿No está el mundo luchando también por la libertad religiosa? ¿No se ha horrorizado el mundo por las consecuencias del totalitarismo religioso?

---

[32] Véase la declaración completa en el Apéndice B.

"El mundo de hoy y el de mañana reclaman tolerancia y libertad de conciencia. Esto es un ideal moral y una necesidad práctica, porque ¿qué doctrina puede considerarse poseedora única y exclusiva de la infinita variedad de las almas?

"La unidad en la variedad fundamental, presidida por la libertad, es el anhelo de la democracia de la humanidad, que es para ésta algo así como el metabolismo basal para el individuo físico.

"¡Que la variedad de los suelos humanos fructifiquen según la naturaleza de sus creencias!

"Los celos de capilla no pueden oscurecer la visión del camino.

"Es de desear que la comprensión del desarrollo social de América ayude, a los demasiados celosos, a comprender también que una común raíz vincula a los católicos y evangelistas: la Biblia. Acaso por allí los celos y las tendencias absolutistas encuentren un límite y su morigeración."

Manuel Seoane, el escritor y periodista peruano, que también es católico romano, contestó respecto a la obra y la influencia del protestantismo en la América hispana: [33]

"Las misiones protestantes han cumplido y cumplen en América Latina un silencioso y tenaz esfuerzo de progreso social que obliga nuestra gratitud. Viajando una vez por las serranías de Puno, en Perú, donde los indios viven en chozas de paja, en miserables condiciones de promiscuidad y pobreza, encontré un pequeño grupo de modestas casitas pintadas de blanco, con amplias ventanas y conveniente distribución interior. Eran fruto del trabajo de ayllus indígenas, enseñados y conducidos por misioneros metodistas que se acercaron a ellos para cumplir el cristiano propósito de ayudar al semejante. En Santiago de Chile y Buenos Aires he visto la acción tenaz del Ejército de Salvación, que sustrae a las clases más modestas de

[33] Véase la declaración completa en el Apéndice A.

la perniciosa influencia alcohólica y se preocupa de dar albergue al menesteroso.

"Por eso se cometería un error inexcusable reviviéndose la Inquisición a través de los permisos de viaje. Sería, entre otras cosas, causar un perjuicio a la Iglesia Católica, concediéndole un monopolio contrario a la naturaleza de las cosas, a la fisonomía religiosa latinoamericana".

"¿Cree usted que las iglesias protestantes tienen una misión que cumplir en la América Latina?", fué mi próxima pregunta.

"Paradojalmente", me contestó, "podemos decir que no sólo necesitamos que vengan sacerdotes católicos norteamericanos sino también pastores protestantes. Ello permite el afinamiento de la acción religiosa, la necesaria comparación que conoció San Agustín antes de elegir su camino. Al fin y al cabo, nuestra demanda es por una obra de espíritu, por una realización democrática y justa, por una posición moral, libre de intrasigencias y rutinas, humanamente religiosa, que coopere con nosotros en la lucha contra el sensualismo y la ignorancia, el egoísmo y la maldad. Es decir, que contribuya a vivificar las fuerzas creadoras del cristianismo."

Se pueden reunir muchos otros testimonios como el del doctor Seoane sobre el efecto de la obra misionera entre los indios de la América Latina. En México, cuando llegó al poder el jefe revolucionario Benito Juárez, un indio zapoteca, en 1857, dijo al asumir la presidencia, que el protestantismo, debido al lugar central que daba a la Biblia, era "una religión que obligaría a los indios a leer". No hace mucho, el Congreso peruano rindió tributo a esta obra entre los indios. Uno de sus miembros, el doctor Efraím Trelles, dijo:

"Debo recordar la labor que realiza la religión protestante. La labor de las misiones protestantes en los departamentos de Puno y Cuzco es una labor altamente encomiástica y para mí

es hoy un honor en el Parlamento del Perú hacer justicia a esa labor desconocido que es en mi concepto la más alta, la mejor, la que llega más al indígena en todos los órdenes y en especial de mejoramiento espiritual.

"He tenido la satisfacción —continúa el Dr. Trelles— de ver en el indio que conocía las normas fundamentales de la higiene y medicina; y además que esos indios tienen esto que los demás indios que no han sido educados con estos métodos: un concepto de su personalidad, de elevación espiritual que no da el catolicismo que simplemente va al indio para explotarlo". (Aplausos). (Diario de los Debates del Congreso Constituyente de 1931).

Visité al jefe del Partido Socialista uruguayo, doctor José Pedro Cardoso, que es el principal especialista en enfermedades nerviosas del país. Le pregunté hasta dónde era católico romano el Uruguay.

"Existe una tradición liberal y anticlerical en el Uruguay, que no da señales de debilitarse", fué su respuesta. "El partido político *battlista* que es el más fuerte del Uruguay, ha tenido un programa social sumamente radical y una fuerte tendencia anticatólica. En el curso de los últimos años ha modificado sus principios sociales extremadamente radicales; pero su fervor anticatólico es tan fuerte como siempre".

Le pregunté si creía que la presencia de misioneros protestantes en el Uruguay era una ofensa para el pueblo de ese país.

Se rió de semejante idea. "Al contrario", dijo, "sentimos que el protestantismo democrático está, después de todo, luchando por las mismas cosas que luchamos nosotros. Estamos realmente alarmados por la influencia política que la iglesia católica romana está ejerciendo en los Estados Unidos."

José Pedro Varela es rector de la Universidad Nacional de Montevideo. Su nombre está cargado de una gran tradición

cultural. Es nieto del primer José Pedro Varela, famoso poeta y escritor, el padre de la educación pública en el Uruguay.

"Yo soy liberal", me dijo. "Es lamentable que, hasta hace poco, el liberalismo en el Uruguay haya sido identificado con una enconada oposición, no sólo al clericalismo sino a la religión misma. Fué una reacción, natural pero infortunada, al largo período de dominación católica, en las primeras décadas de nuestra independencia. Yo soy contrario al clericalismo, pero no a la religión. Trato de ser justo e imparcial. Uno de mis profesores, un joven brillante, es católico romano; pero se negó a formar parte de la *Unión Cívica* (el partido católico) y reprochó públicamente a sus correligionarios católicos el intervenir en política como cuerpo religioso."

Le pregunté al doctor Varela si creía que los misioneros fueran un obstáculo a la política de Buena Vecindad.

"No lo son", me contestó, y señaló el hecho de que esos representantes de la vida religiosa norteamericana han contribuído mucho a destruir la leyenda de que los Estados Unidos son enteramente materialistas. "Además", agregó, "nosotros estamos orgullosos de que nuestra Constitución establece la libertad religiosa, y nos indigna cualquier esfuerzo para anular esa actitud liberal."

Mucho me interesó su declaración final:

"Cuando yo era estudiante universitario", dijo, "se podían contar con los dedos de las manos los estudiantes que confesaban ser católicos romanos. Hoy estoy descubriendo un gran cambio en este asunto. El elemento católico aumenta entre los estudiantes y hoy existe un gran grupo que es declaradamente católico y está organizado como tal. Estos estudiantes han utilizado ocasionalmente nuestra sala de asambleas para conferencias bajo sus auspicios."

Hace treinta años largos, un grupo de brillantes y osados universitarios se organizaron en el Uruguay con el propósito de

llevar a su país hacia las ideas liberales que venían de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. A aquellos estudiantes, que luego se convirtieron en poetas, periodistas y estadistas, debe el Uruguay gran parte del notable progreso que lo ha colocado a la cabeza de las naciones latinoamericanas, en el sentido cultural. A aquel grupo creador pertenece el doctor Manuel Núñez Regueiro, actualmente cónsul uruguayo en la importante ciudad argentina de Rosario. Es el decano del cuerpo consular de esa ciudad y profesor de filosofía en la Universidad Nacional del Litoral; miembro honorario del Instituto de Historia Antigua y Medieval de la Universidad de Buenos Aires; miembro correspondiente del Instituto Portugués de Coimbra, y presidente de la Sociedad de Altos Estudios de Rosario. Todas estas actividades y sus tareas consulares no han logrado que su pluma se mantuviera ociosa, y ha publicado una notable serie de libros.[34]

"¿Le permite su experiencia valorar la influencia del protestantismo en los países de ambas orillas del Plata?", fué una de las primeras preguntas que le hice.

"La experiencia de toda mi vida me ha puesto en contacto, desde muy niño, con el protestantismo", me contestó. "En Montevideo, donde nací, he podido apreciar esa saludable influencia como uno de los más preciosos tesoros espirituales proyectándose magníficamente en la vida de la juventud. De las Escuelas Dominicales egresaron hombres cuyo sólo recuerdo nos conmueve, e ilustraron una época floreciente tanto moral como espiritualmente. El conocimiento de la Biblia desde los primeros años ha penetrado profundamente el corazón de los jóvenes que se alistaron en el ejército invisible de Cristo, y de

---

[34] *Suma contra una nueva Edad Media; Conocimiento y creencia; La Honda inquietud; Fundamentos de la anterosofía; Anterosofía racional; De nuevo habló Jesús; Filosofía integral*, etc., Editorial y Librería Ruiz, Córdoba 1281, Rosario, Argentina.

entre ellos se reclutaron algunos de los varones cuya vida ejemplar es hoy recordada entre los mejores ciudadanos que pusieron su espíritu al servicio de la patria y de la humanidad. El mismo fenómeno he constatado en la Argentina. La levadura del Evangelio transforma el carácter en el más favorable sentido y es la mejor garantía o recomendación de la vida moral de un ciudadano. Estos pueblos del Plata, abandonados a sí mismos, a la sola influencia o propaganda de la acción católica, se habían educado en el dogmatismo de la autoridad condenando la razón a la impotencia, con la consiguiente intolerancia que niega con su fanatismo perturbador las formas liberales de la convivencia, y proclama la servidumbre de la inteligencia cada vez que lo que se ve blanco se lo define negro la iglesia jerárquica. De estos peligros nos ha librado el protestantismo con su prédica liberal fundada en el testimonio viviente de la ley del Evangelio que hace libre a los hombres. Algunos defensores de la ortodoxia de la Iglesia, que condenan a Descartes por haber proclamado el derecho de pensar libremente contra la autoridad de Aristóteles, sostienen todavía con Santo Tomás de Aquino, que el Estado no debe permitir ciertas confesiones religiosas y que a los herejes obstinados se les castigue. De este temor nos ha librado también el protestantismo en tierras de América, y alabado sea Dios por ello."

"¿Cuál es la diferencia fundamental que usted ha observado entre el protestantismo y el catolicismo, con respecto a su influencia en los países sudamericanos?", pregunté luego al doctor Núñez Regueiro.

"El protestantismo, gracias a su afán de leer y meditar constantemente sobre las enseñanzas de la Biblia, que es un libro familiar al alcance de los niños, es una religión que vive; es una vida, y no una fórmula. El catolicismo es más frecuentemente una fórmula, no una vida; es una religión cuyo seco formulismo sin alma, está pegado al rito, a la vida exterior, sin verdadero contenido vital y que permite frecuentemente la

confusión lamentable entre "clero" y religión, entre libertad moral (obedecer primero a Dios que a los hombres) y sumisión al principio de obediencia a la autoridad eclesiástica. La juventud protestante sabe y sostiene que "más obediencia se debe a Dios que a los hombres"; y por salvar este artículo de su fe, es capaz de sufrir toda adversidad con tal de agradar a Dios. La influencia sana y altísima de esta conducta, se manifiesta en nuestros países del Plata, toda vez que el protestantismo se hace presente en la vida ciudadana, pública y privada. Si la religión es una efectiva "unión del alma con Dios", ella para manifestarse en sus mejores efectos encuentra siempre, sin duda alguna, ambiente más libre y propicio dentro del protestantismo que del catolicismo puramente formulista y dogmático, que aconseja el diezmo y las primicias de la Iglesia, y niega la salvación a todos aquellos que están fuera de la Iglesia de Roma. El católico vive más en armonía con la Iglesia *visible;* el protestante, más de acuerdo con la Iglesia *invisible* del Cuerpo invisible de Jesucristo, en la cual todos pueden salvarse, católicos, protestantes, judíos, mahometanos, budistas, bárbaros y escitas, con tal de que hagan la "voluntad de Dios".

La doctora Ángela Santa Cruz es una destacada educadora argentina. Durante muchos años fué directora de la única escuela secundaria para señoritas en Buenos Aires. Ahora está retirada de la enseñanza activa y dedica su tiempo a la obra religiosa en la Asociación Cristiana Femenina local. Me recibió en su hogar, y pronto nuestra conversación llegó al tema religioso. Ella había sentido ansias de hallar una expresión de la fe religiosa que fuera intelectualmente respetable. La experiencia de esta mujer culta es típica de la de muchas almas de la América Latina, que sienten profunda inquietud por los problemas espirituales. Ella no había confesado ni comulgado desde los días de su adolescencia.

He aquí la historia de su peregrinación espiritual, tal como ella me la relató: [35]

"Nací en el seno de una familia católica que me hizo cumplir los preceptos religiosos de la iglesia que me correspondía. Y seguí a ella adherida, en parte por tradición y razones de sentimiento, en parte por la necesidad, que todos tenemos, de algún alimento espiritual.

"Mis estudios posteriores (filosofía, historia, literatura, etc.), mis lecturas, el conocimiento de la vida y de las gentes, me trajeron lo que yo considero una gran amplitud en aquel orden de cosas. Continúo considerándome vinculada a la iglesia católica, la que frecuento de vez en cuando, y oigo y juzgo con criterio propio sus voces más autorizadas, sobre todo cuando tratan de materia de orden social, porque creo que en esta época, la doctrina de Cristo aplicada a la vida individual y colectiva será la única fuerza salvadora de la humanidad.

"El contacto con hombres y mujeres de otras ramas del cristianismo me ha dado oportunidad de apreciar la valiosa influencia de su obra en la cultura del espíritu.

"He concurrido como oyente a congresos americanos de mujeres metodistas; he oído muchas veces la palabra de los pastores; mantengo estrecha amistad con la diaconisa del templo evangélico de mi pueblo natal; he asistido, con mis amigas católicas a más de un retiro espiritual organizado por elementos de otras iglesias. En uno de ellos oí la voz inspirada de Susana de Dietrich; conozco la obra filantrópica realizada, con admiración de todos, por el gran Mr. Morris; sé de muchas escuelas y centros de cultura que hacen verdadera obra constructiva de carácter cristiano, lo que me permite afirmar, con toda conciencia, que desarrollan una fuerza moral y espiritual de gran importancia para el desenvolvimiento de nuestro país.

---

[35] Véase la declaración completa en el Apéndice I.

"Millares de católicos hemos oído con fervoroso respeto el mensaje de bien y de verdad que nos han traído hombres como Mr. John R. Mott y el Dr. Jorge P. Howard. Opino que es un privilegio para nosotros la visita de estos misioneros que nos llevan a pensar con elevación, a considerar problemas de trascendental valor, y que nos ayudan a caminar hacia la perfectibilidad, por el sendero que elija o que ha elegido ya nuestra propia conciencia."

El escritor chileno doctor Benjamín Subercaseaux, miembro de una de las principales familias católicas de Chile, realizó un viaje a los Estados Unidos, en 1943, como invitado de honor del gobierno de Washington. En esa oportunidad, comentando la campaña de la jerarquía católica norteamericana contra las misiones protestantes en la América Latina, dijo lo siguiente:

"Creo que se está dando demasiada importancia a la protesta contra las actividades de los protestantes en nuestros países. Nosotros en la América Latina apreciamos y reconocemos debidamente el valor de su obra, particularmente en los asuntos sociales, y en ningún caso han puesto en peligro la estabilidad de nuestra fe católica. Por el contrario, ellos han aliviado las necesidades físicas y espirituales de las masas y han contribuído a dar ímpetu y fuerza a las actividades algo débiles de algunos grupos católicos. Además de éste, las Constituciones de nuestros países, siendo ampliamente democráticas, nunca han ejercido presión oficialmente para coartar la libre acción de los protestantes en la América del Sur. Cualquier inclinación de nuestros gobiernos a limitar la libertad de alguna secta religiosa sería desfavorablemente considerada y levantaría una tempestad de protestas."

A su regreso a Chile, consignó el señor Subercaseaux sus impresiones de los Estados Unidos en su obra más reciente:

Retorno de U.S.A.[36] Refiriéndose a las relaciones entre los Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas, llega a la conclusión de que "*los verdaderos obstáculos e incomprensiones que se alzan entre nuestros pueblos se deben principalmente a factores morales debidos a nuestro tipo inicial de educación.*"

En los países latinoamericanos estos factores dependen de la educación religiosa, dice. Esta es, naturalmente, católica. "Nuestro clero sudamericano, siendo excelente en su mayor parte, adolece de ciertas modalidades heredadas de España. Sabemos que la educación española es más bien dogmática, coercitiva, exterior; *tres condiciones que no favorecen la comprensión latino-sajona.*"

Señala luego el señor Subercaseaux la diferencia entre el catolicismo norteamericano y el sudamericano. Aquél "ha conseguido un temple moral y un sentido de convivencia humana más democrático y fraternal que el nuestro."

"*Es ahora el tiempo para que un mismo tipo de educación católica y moral nos haga hermanos en este gran concepto democrático y cristiano a que aspiran las Américas. En este sentido la Iglesia Católica norteamericana tiene un vasto campo religioso y educacional que será precioso para la política de Buen Vecino y de gran utilidad para nosotros mismos.*

"Porque es preciso recordar, y no olvidarlo en ningún momento, que el término medio de nuestra moral popular en Sud América es deficiente si lo comparamos con la norteamericana, donde los sólidos principios religiosos siguen actuando *hasta en aquellos individuos que no tienen religión.*

---

[36] *Retorno de U. S. A.*, por Benjamín Subercaseaux, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1943. Véase también una declaración completa del Dr. Subercaseaux sobre este asunto publicada en marzo de 1943, en "Las misiones protestantes en la América del Sur", en *The Pan American*, junio de 1944.

"Y no sólo el catolicismo; las iglesias evangélicas norteamericanas, que tanto horror causan a los sectarios y a los que desconocen su verdadera labor en las bajas clases populares, tienen también un papel importante en aquellos ambientes donde la predicación católica no alcanza a llegar, sea por lo extenso de su misión, sea porque debe haber (y, naturalmente, los hay) quienes, estando preparados para recibir el Evangelio, no lo desean ni lo sienten en la forma dogmática y jerarquizada de la Iglesia Católica. Yo, como católico practicante, preferiría por mucho que todos fueran católicos; pero no tengo el derecho de negarme a comprender que hay innumerables personas que no desean serlo, y para quienes, según mi criterio, el conocimiento de Cristo, aun en una religión disidente, es mil veces preferible a la ignorancia completa de todo espíritu cristiano.

"Por esto, no atino a comprender cómo la buena fe del *State Department*, y su deseo de sernos grato, haya llegado hasta el extremo de entorpecer la venida de las misiones protestantes a la América del Sur. Hay para éstas, aquí, un vasto campo también en que podrían ser realmente útiles, desde el punto de vista espiritual. Esto lo digo sin atenerme a dogma alguno (lo que no es muy ortodoxo), sino partiendo *de la realidad práctica en el mejoramiento evangélico de la conducta humana* (lo que me parece suficientemente cristiano).

"Por otra parte —y esta vez ateniéndome no ya a lo propiamente religioso, sino a la libertad de pensamiento, conquista democrática por excelencia—, me parece intolerable que, bajo ningún pretexto, se establezca un *cierre de fronteras* espiritual, una aduana del pensamiento, con el mero pretexto de mantenernos gratos."

La leyenda del resentimiento de los sudamericanos contra las misiones protestantes subsiste todavía. Pero a sus defensores les resulta cada vez más difícil justificarla. Son los mismos latinoamericanos quienes se encargan de destruirla. Son los éxitos del protestantismo en el servicio social y educativo lo

que movió al doctor Elio, hasta hace poco ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, a manifestar a Allen Haden, corresponsal latinoamericano de *The Chicago Daily News:* "Bienvenidas las misiones cristianas —no sólo las católicas— que vienen a colonizar a nuestros indios, a quienes nosotros hemos descuidado."

Los misioneros protestantes en la América Latina fueron exponentes de la política del Buen Vecino mucho antes que fuera concebida en Washington. No fué el fanatismo, ni ningún espíritu de agresión o imperialismo lo que los impulsó, sino ese mismo espíritu de servicio desinteresado que elogió Madame Chiang Kai-shek cuando dijo: "Durante los últimos doscientos años habéis enviado a la China toda clase de gente y organizaciones. Pero una sola vino sin la intención de obtener algo de la China, y esa fué la iglesia cristiana."

VII

EL PROTESTANTISMO COMBINA LA LIBERTAD CON LA UNIDAD

¿Por qué hay tantas diferentes denominaciones o agrupaciones dentro del protestantismo? ¿Por qué no una sola iglesia?

Hemos oído con frecuencia esta pregunta. Es indudable que si las iglesias evangélicas estuviesen dominadas por la ambición de mando y el anhelo de monopolio, humanamente hablando serían más fuertes si todas estuviesen unidas bajo una sola autoridad externa. Dirían ellas que ya están unidas en lo *espiritual*, que es lo más importante, y que la autoridad suprema a la cual se sujetan es Cristo.

Pero hay otro lado de este asunto. La razón por que existen tantas distintas agrupaciones evangélicas estriba en la apasionada devoción que profesan los protestantes por la libertad. Si la unidad tiene su importancia espiritual, no hay que olvidar que la libertad también la tiene.

Las principales denominaciones surgieron para expresar alguna nueva verdad o subrayar algún olvidado aspecto de la verdad. Los fundadores de esos grupos abrigaban la intensa convicción de que era necesario dar testimonio de aquellos aspectos de la verdad que su discernimiento percibía. La vida en los pueblos evangélicos, como los Estados Unidos e Ingla-

terra, es vastamente más rica, cultural y espiritualmente, como resultado de esta devoción protestante por la libertad. El norteamericano, al pasar lista de las fuerzas espirituales que han abonado el suelo de su nacionalidad, recordaría a los puritanos, cuya principal razón para emigrar a las inhospitalarias costas de la Nueva Inglaterra era la pasión que tenían por adorar a Dios según los dictados de sus conciencias. Luego recordaría a los bautistas del estado de Rhode Island, quienes fueron los más acérrimos defensores de la libertad religiosa y que dieron a la nación americana el modelo de una iglesia libre dentro de un estado libre. Luego los anglicanos en Virginia, con su fuerte sentido de dignidad y reverencia en la celebración del ritual de culto. No faltaron los luteranos en el estado de Delaware, caracterizados por una inflexible lealtad a la Biblia. También los católicos en Maryland, hicieron su aporte, herederos de una larga tradición poblada de santos y mártires. Los presbiterianos y la iglesia reformada de Holanda hicieron su valiosa contribución espiritual en los estados de Nueva York y Nueva Jersey. Traían un genio especial para el gobierno constitucional y contribuyeron eficazmente al desarrollo del principio representativo en el gobierno de la Unión. Ocupan un lugar de honor en este cuadro de factores religiosos, los cuáqueros, ejemplificando una extrema sencillez de vida y la firme resolución de vivir en paz con todos los pueblos. Un poco más tarde, a medida que iban extendiéndose las fronteras nacionales hacia el Oeste, llegaron los metodistas, cuyo celo misionero y espíritu de empresa establecieron la iglesia y la escuela cristiana en las más lejanas fronteras de la joven y creciente nación americana.

Cuando en su reciente pastoral los obispos católicos de la Argentina dicen que el principio del libre examen en materia religiosa "ha hecho de cada protestante consciente un protestante distinto", ignoran la realidad o infieren un agravio gra-

tuito a los evangélicos. El solo hecho de que, como en su réplica dijera la Confederación de iglesias evangélicas del Río de la Plata, "cada protestante pronuncie desde su niñez y más tarde confirme con su experiencia interior el "Padre nuestro que estás en los cielos... venga a nos tu reino... hágase tu voluntad", destruye la anterior afirmación y certifica que todo protestante, todo evangélico, proclama la soberanía de Dios y gozosamente disfruta de su paternidad".

La unidad en que creen los protestantes no puede ser impuesta por una autoridad externa. Ni tampoco podría ser la que se redujera a una rígida *uniformidad* de práctica. Semejante unidad sería contraria al genio íntimo del protestantismo. Hay en cambio, otra unidad que se consigue por medio de la cooperación voluntaria, y que está en consonancia con la libertad. Esta es la que existe hoy entre los distintos grupos evangélicos. Se basa en el principio de que las cosas en que las iglesias están unidas, por razón de tener un mismo Señor y Salvador Jesucristo, son de mucha más importancia que aquellos detalles en que se diferencian.

Si la tendencia entre los evangélicos fué en un tiempo centrífuga, hoy en cambio se acentúa cada vez más la tendencia hacia la consolidación. En el Canadá los metodistas, presbiterianos y bautistas se unieron, hará ya más de quince años, para la formación de la Iglesia Unida del Canadá. En los Estados Unidos tres grupos metodistas, separados hace ochenta años por la guerra civil entre el Norte y el Sud, han unido sus fuerzas y hoy forman un grupo compacto de ocho millones de almas. Estos son sólo dos ejemplos de decenas de otros casos que podríamos enumerar.

La unidad que las iglesias evangélicas buscan, no radica tanto en la fórmula conceptual, en el credo, en la organización eclesiástica o forma de cultos, —valores éstos sin duda muy

importantes— como en la experiencia personal de un Cristo viviente actuando en cada creyente.

La unidad de las diversas iglesias evangélicas radica en su actitud de humildad y de absoluta dependencia frente a Dios y de leal correspondencia frente a los hombres.

Y si cada corazón creyente ha llegado a gozar de la experiencia íntima del perdón, de la gracia regeneradora, de la potencia que guía y fortalece, ¿no es esa unión en la experiencia interior mucho más valiosa y permanente que la simple unidad exterior que puede brindar un credo que tradicionalmente se acepta o una institución político-eclesiástica en la cual formalmente se milita?

La diversidad que existe dentro de esta cristiandad tiene una función religiosa que llenar. Pero es una función de variedad, no de rivalidad. Reconociendo esta verdad, Cristóbal Dawson, el bien conocido escritor católico inglés, dice: "Está bien que los paisanos italianos y los dependientes de tienda ingleses expresen sus sentimientos en diferente forma; lo que está mal es que deban adorar a diferentes dioses o considerarse mutuamente separados de la mente de Cristo y del cuerpo de la iglesia porque hablan distintos idiomas y responden a estímulos emocionales diferentes. En otras palabras: la diferencia de ritos no debiera implicar diferencia de fe." [37]

Defendiendo el principio de diversidad, el señor Dawson agrega: "Si hubiera sido posible mantener la vida en un nivel de monótona uniformidad, en el cual los ingleses y los españoles, los franceses y los alemanes fueran todos iguales, las condiciones podrían ser más favorables a la unidad religiosa, pero la civilización europea hubiera sido inmensamente más pobre y menos vital, y su vida religiosa probablemente se hubiera em-

---

[37] *The Judgment of the Nations*, pág. 174. Sheed & Ward, 1942.

pobrecido y desvitalizado también... Si condenamos el principio de diversidad o polaridad en la historia, y exigimos una civilización abstracta, uniforme, que evite los riesgos de guerras y cismas religiosos, pecamos contra la vida tanto como si condenáramos la diferencia de sexos —como en efecto lo han hecho algunos herejes— porque lleva a la inmoralidad... Estados pequeños, como Suiza y Bélgica, donde ni aun se habla un idioma uniforme, pueden poseer, sin embargo, un fuerte carácter nacional y tradiciones históricas que no pueden ser negadas en aras de ninguna teoría racial o ideología partidaria." [38]

[38] *Ibid.*, págs. 175, 210.

VIII

UNIFORMIDAD RELIGIOSA Y UNIDAD NACIONAL

Veinte años ha, se trataba de desprestigiar al protestantismo con el argumento de que era el agente o la cuña por medio del cual se infiltraría el imperialismo americano. Hoy esa acusación caería sobre oídos indiferentes. De modo que ha sido necesario seguir otra línea de ataque. La jerarquía católica romana esgrime hoy otro argumento; emplea habilidosamente la tesis de que la unidad nacional no es posible si no impera la unidad religiosa. Es decir, que para que un país iberoamericano sea fuerte, todos sus habitantes debieran pertenecer a la misma iglesia. Claro está, cuando el clero católico habla de "unidad religiosa" quiere decir "uniformidad religiosa", que no es la misma cosa.

Este nuevo argumento se oye hoy con mucha frecuencia. En la pastoral del año 1943 de los obispos peruanos se dice: "No hay aglutinante tan vigoroso como la religión para estrechar voluntades y unir corazones... pero tampoco hay disolvente más corrosivo que la diversidad de credos para desunir a los miembros de una comunidad."

Esta es la teoría medieval de que la solidaridad religiosa es esencial para la estabilidad de la comunidad civil. En la forma en que la jerarquía la utiliza constituye una sutil apelación al

sentimiento de *hispanidad* que quiere entregarnos otra vez, mansos y sumisos, en manos del absolutismo de la Edad Media. Con frecuencia lo hemos oído expresar en esta forma: que para ser un buen brasileño, argentino o mexicano era necesario ser católico romano. Que el protestantismo es la religión de los anglosajones, y que todo latino tiene el deber de no traicionar a su raza siendo otra cosa que católico romano. ¿Qué opinan los latinoamericanos de esta propaganda? Escuchemos, primero, lo que piensa el doctor Manuel Núñez Regueiro, a quien ya hemos citado en este libro:

"La verdadera unidad nacional no está en la letra sino en el espíritu santamente patriótico con que se alimenta; y este espíritu es de amor, comprensión, libertad, respeto a la ley y tolerancia. Todo aquel que profesa la ley de oro y la realiza hasta donde le sea posible, de "amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo", es el que con su acción y ejemplo trabaja a favor de la auténtica y verdadera unidad nacional. Sin Dios no se va a ninguna parte. La idea religiosa, el valor sumo de santidad, no son exclusivos bienes de una determinada iglesia o religión. Nada más odioso que la intolerancia religiosa cuyos funestos frutos todos conocemos en América. El conocimiento de la verdad no quiere ser exclusivo bien de la iglesia católica, protestante, judía, etc. «A la luz de la razón» —dice E. S. Brightman— «ninguna nación, raza o lengua, ninguna filosofía o religión puede proclamar el monopolio de la verdad o de los valores.» La unidad nacional será siempre tanto más fuerte, cuanto más propicio sea el ambiente de las ideas libremente expresadas, sin traba alguna dogmática, con verdadera libertad de opinión, de pensamiento y de credo religioso. Es el ambiente de paz, de fraternidad, y de tolerancia lo que servirá para construir sólidamente la verdadera unidad nacional. La intolerancia católica que proscribe o impide el culto de las otras religiones, es contraria al ideal de liberación humana, y sus efectos

de tres siglos de historia de la América hispana, nos han enseñado suficientemente como para prevenirnos de nuevas amenazas. De la otra política, la que «tuvo la libertad por norma», la realizada por nuestros amigos protestantes de la gran nación del norte, también conocemos los excelentes frutos. Frente a los enemigos de la libertad, o los que desean sofocarla, hay que armarse muy fuertemente a fin de que no se repita la historia de la noche medioeval en el Nuevo Mundo."

El doctor Helio Lobo, distinguido diplomático brasileño y miembro de la Academia de Letras de su país, cuando se le preguntó qué opinaba sobre el argumento de que la estabilidad nacional estribaba en la uniformidad religiosa, contestó:

"Es un absurdo argumentar de tal manera. La unidad de un país está en la diversidad de su vida económica, cultural y aun religiosa. Por lo que he podido observar en el extranjero, la religión católica intensifica su actividad cuando tiene al protestantismo como estímulo. La prédica protestante es siempre en favor de la libertad y contribuye así una inmensa fuerza a la vida nacional. No hay países de mayor unidad, de celo cívico más intenso, que, por ejemplo, Suiza, Holanda, el Canadá o los Estados Unidos de Norte América, países en que las creencias religiosas están divididas."

En este mismo tren de ejemplos de pueblos que gozan una envidiable unidad nacional, podríamos muy bien recordar el magnífico ejemplo de unidad que nos proporciona hoy el Imperio Británico. Se extiende por todo el mundo y sus partes integrantes están separadas por anchos océanos. Cuando estalló la guerra ni la madre patria ni ninguno de los dominios estaban listos para la terrible crisis que habían de afrontar. Cada uno de los dominios podía haberse negado a ir a la guerra, mientras no se le atacara. Pero en todo el imperio únicamente Irlanda católica tomó esa decisión. La juventud británica abandonó el

hogar, los negocios o la universidad, y por segunda vez en una generación y desde los más apartados rincones del vasto imperio, presentóse para defender la libertad y el derecho. He ahí la unidad que desearíamos para los pueblos de nuestra América. Y la hemos encontrado floreciendo precisamente ahí donde no se pretende imponer la uniformidad ideológica y donde católicos, protestantes y judíos gozan de igual libertad para practicar y propagar sus ideas religiosas.

Una valiosísima opinión sobre este asunto es la que nos proporcionó el doctor Manuel Carlos Ferraz, presidente de la Corte de Apelaciones del estado de San Pablo, Brasil:

"No atribuyo ninguna importancia al temor de que la propaganda protestante pueda perjudicar la unidad política del país", nos dijo: "Mi opinión se funda en que existen países de solidísima unidad nacional cuyos habitantes profesan diferentes credos, tales como Suiza, Holanda, Canadá, Prusia y la misma Francia. En cambio, hay muchos países católicos cuya unidad nacional es muy débil, como ser España, dilacerada por discordias internas; Italia, donde la falta de cohesión nacional explica, en gran parte, sus infortunios; la América Central, católica y desmembrada en pequeñas repúblicas. Parece que no existe, como se ve, relación necesaria entre la cohesión nacional y la creencia religiosa de la mayoría. Y si acaso existiera, los hechos revelarían una mejor y más perfecta cohesión política en los países protestantes. Mientras tanto, no hay duda que, en la presente guerra mundial, los países católicos manifiestan una notable flaqueza de espíritu de resistencia y combatividad, resultante de las divergencias internas. No es necesario consignar ejemplos, tan evidente es el hecho.

"Acredito, pues, que el espíritu de la Reforma podría moverse libremente en el Brasil sin daño para la unidad política de nuestro país, siendo aun posible, a juzgar por lo que aconte-

ce en otros países, que resultara ello beneficioso para nuestra unidad."

El doctor Francisco Venancio Filho es uno de los más destacados educadores del Brasil. Es ex presidente de la Asociación Brasileña de Educación y profesor universitario. Contestó nuestra consulta declarando que le parecía absurda la sugestión de que la América del Sur fuese declarada un continente cerrado para toda fe religiosa que no fuese la católica romana.

"Sería", dijo, "una prueba de intolerancia incompatible con el grado de civilización que hemos alcanzado. Luego, sería un retroceso que nos llevaría a una situación anterior a la Constitución de 1824... En un país libre la libertad religiosa ha de ser una cuestión de honor social. En el mutuo respeto por las convicciones de cada cual, basado en la sinceridad con que cada uno profesa su fe, está la gran enseñanza cristiana en su expresión de fraternidad universal. No creo que la unidad nacional se consiga por medios coercitivos. Juzgo que nuestros lazos de unidad nacional son bastante fuertes para que no sea necesaria una medida de odiosa intolerancia. Si es cierto que en el período colonial la iglesia católica fué un factor de unidad brasileña por circunstancias históricas, de ningún modo se sigue que en nuestro tiempo sea necesario robustecer esa unidad por medio de un procedimiento que limite la libertad con que han de obrar otros credos religiosos."

Mientras su consultorio iba llenándose de público que acudía a hacerse atender, pudimos celebrar una breve entrevista con el doctor Moacyr E. Alvaro, de San Pablo, el más conocido oculista del Brasil. Es miembro de la Academia Americana de Oftalmología y Otolaringología; repetidas veces ha sido delegado del Brasil a las conferencias científicas de los Estados Unidos. Joven, de mentalidad brillante, cultísimo, posee a la

vez un dominio perfecto del idioma inglés. Doy a continuación unas frases extractadas de mis apuntes sobre las respuestas que dió a mis preguntas:

"Los misioneros norteamericanos son bienvenidos en el Brasil. Antes que preguntar si los extranjeros que llegan al Brasil son católicos o protestantes, debiéramos interesarnos más bien en saber si son cristianos. La moralidad cristiana es la base tanto del catolicismo como del protestantismo. La unidad nacional existe en Suiza y los Estados Unidos donde hay una diversidad de credos religiosos. El catolicismo domina en España con la casi completa exclusión de toda otra fe religiosa; sin embargo, ese país es el más dividido del mundo, social y políticamente. Los católicos en los Estados Unidos constituyen una minoría, y las minorías generalmente se caracterizan por una susceptibilidad excesiva. La influencia moral que el protestantismo ejerce entre las clases obreras del Brasil es notable; he visto despertarse un sentimiento de dignidad entre los indios y la gente de color de mi país como efecto de la influencia del evangelio. La cultura protestante tiene una valiosa contribución que hacer al Brasil, lo que no significa que yo quiera que el Brasil sea todo protestante. A medida que vaya elevándose el nivel de educación de nuestro pueblo, los métodos que utiliza la iglesia católica tendrán que modificarse."

Colombia siente legítimo orgullo por su nuevo y magnífico edificio en que ha sido instalada en la ciudad de Bogotá, la Biblioteca Nacional. Como director de esta prestigiosa institución cultural está el doctor Enrique Uribe White, brillante intelectualidad colombiana. Nos recibió con la gentileza que le caracteriza y a nuestra pregunta sobre el problema del monopolio religioso y la uniformidad de credos que pretende la iglesia católica, contestó: [39]

---

[39] Véase la declaración completa en el Apéndice K.

"No me parece que los gobiernos de estas repúblicas deban dar aquiescencia a la presión de las jerarquías católicas para obtener ellas un monopolio de hecho sobre los espíritus. Esto de convertir a latinoamérica en un «closed-shop» religioso no haría sino revivir en el siglo de los bombardeos el viejo fanatismo de los Torquemadas, los Calvinos y los puritanos. Tampoco lo creo conveniente desde un punto de vista cultural, pues toda predicación de nueva doctrina, toda nueva interpretación de dogmas o creencias es un movimiento de inquietud que conduce al examen libre, a la lectura y al despertar del espíritu. Y me parece que una de las mercancías de más urgente importación a estos territorios es la de las ideas, en cualquier forma que vengan empacadas. No me hallo dispuesto a ponerme de acuerdo con Zweig cuando cree que uno de los factores de la grandeza del Brasil reside en la unidad religiosa que le dieron los primeros jesuítas; en primer lugar, porque el mismo Zweig viene después, en el mismo libro, a darle gran importancia a los protestantes holandeses. Es natural que los usufructuarios de lo que Mencken llama un buen negocio, procuren conservar sus características de buen negocio procurando la no entrada de los competidores. Y no estoy dispuesto a considerar beneficioso para mi gente y mi tierra, la continuación del monopolio de hecho que la jerarquía romana ejerce sobre conciencias y bolsas. Ya es tiempo de que los aires de la Reforma, que tantos siglos han tardado en cruzar el Atlántico, lleguen a soplar por estos vericuetos, en los que aún huele a la chamusquina del siglo XVI."

Cuando Colombia organizó su sistema educativo, libertándolo del dominio del clero, parte del sistema lo constituía una nueva universidad nacional. Se ha adquirido una hermosa propiedad en las afueras de Bogotá y se ha trazado un plan que, una vez llevado a su pleno desarrollo, dotará a aquel país de uno de los establecimientos universitarios más notables de toda la América Latina, con su hermoso predio y sus imponentes

edificios. Ya algunos han sido construídos y en ellos funcionan ya las clases.

El rector, doctor Julio Carrizosa Valenzuela, recibió al autor con la invariable cortesía que distingue a los colombianos.

"Nunca he oído que la presencia de misioneros en nuestro país creara alguna dificultad en las relaciones interamericanas", me dijo. "En nuestro país hallará usted dos clases de catolicismo. Está el tipo de catolicismo simple, más bien fanatismo, del pueblo común, y están los católicos educados a quienes hallará usted afables y liberales. Yo soy católico. Mi familia data de la época colonial y siempre ha sido sólidamente católica romana. Yo practico mi religión y la estimo profundamente. Pero no veo por qué haya de ofendernos el hecho de que vengan a nuestro país representantes de otras religiones. Por supuesto, el clero siempre se sentirá molesto por la presencia de otras religiones; pero no puedo ver que tenga razón para ello. Después de todo, esos misioneros protestantes no vienen a predicar el ateísmo o a practicar inmoralidades. Lo importante es la conducta moral de esos misioneros. Ellos vienen predicando una religión de virtud y dominio propio. Y eso es sólo para bien. Los mismos sacerdotes debieran sentirse agradecidos por el ejemplo de virtud y corrección de vida que los protestantes están dando al país. Yo no puedo imaginar por qué la presencia de misioneros protestantes en Colombia haya de perjudicar en alguna forma las relaciones entre los dos países. Por lo menos, la actividad misionera de los Estados Unidos debiera ser para el pueblo de este país una demostración de que, lejos de ser el país del «dólar todopoderoso», los Estados Unidos son una nación profundamente religiosa."

Le di las gracias al distinguido educador y al disculparme por haber distraído tanto de su tiempo, dijo, mientras me acompañaba hasta la puerta: "Me ha producido un gran placer su

visita; hemos hablado de asuntos religiosos, —un tema que rara vez se toca en nuestro país. Vuelva otra vez."

La unidad nacional nunca se podrá conseguir por la fuerza ni por decreto oficial. La diversidad de opiniones no excluye la unidad. El choque de los juicios es necesario para encontrar la verdad. No habrá democracia a menos que haya libertad para hacer oposición y criticar ampliamente. Además, no podemos aceptar que se nos considere menores de edad, en el sentido de que todos estaríamos obligados a aceptar una religión determinada. Sabemos que ni Dios ejerce esta autoridad en forma violenta. Sin libertad no hay elección ni responsabilidad del individuo, dos condiciones ineludibles para que exista una verdadera vida moral.

Por otra parte, como se podrá leer en la declaración de la Confederación de Iglesias Evangélicas del Río de la Plata que se consigna en el apéndice de este libro [40], "no siempre la unidad está en la uniformidad. Dos hombres piensan lo mismo, pero no precisamente se aman. Y frente a éstos, otros dos que lucen distintos credos políticos sociales o religiosos, están profundamente unidos e identificados en una acción intensa de bien común."

La unidad nacional, además, peligra cuando una organización religiosa asume el carácter de un movimiento político. En la América del Sur la iglesia católica romana ha tenido tres siglos de oportunidad sin trabas de ninguna clase para crear un continente de pueblos unidos. Pero ¿cuáles son los hechos? La solidaridad continental entre nosotros es un sueño que todavía tardará mucho en realizarse.

Comentando la falta de unidad entre los pueblos hispanoamericanos, el escritor y publicista peruano, Luis Alberto Sánchez, dice: [41]

---

[40] Véase Apéndice M.
[41] Véase Apéndice F.

"Uno de los argumentos más empleados, en este campo, es el de preservar y fortalecer «la unidad espiritual latinoamericana», basada en su unidad religiosa. El vigor del argumento es sólo de forma. Ocurre con él lo que cuando se menciona la «unidad tradicional» de nuestro mundo. Los que así hablan pretenden que nuestra «unidad de tradición» se caracteriza por todos aquellos signos propios del régimen colonial bajo Felipe II: oligarquía, absolutismo, intolerancia, racismo, —sin pensar que gran parte de la historia colonial se explica mediante la lucha del cabildo contra el gobierno, de las insurrecciones lugareñas y raciales—, y que casi toda nuestra historia republicana se desenvuelve bajo el signo del «libre pensamiento», patente en todos los próceres políticos de la independencia y en la mayoría de nuestros mentores intelectuales.

"Precisamente, si algo nos falta es unidad espiritual *afirmativa.* Creados en un ambiente dogmático, de afirmaciones y negaciones cerradas, carecemos de ese fuego interior que se llama fe. Nunca han sido sinónimos *fe* y *dogma.* Aquélla es la vida misma; ésta es su cristalización. Se realiza entre ambos términos la historia del tiempo y el reloj; aquél, incesante, creador; y, éste, jactancioso detentador de un dinamismo que es sólo estatismo. Nosotros tenemos unidad en el *escepticismo* y en la *negación,* porque siempre hemos vivido bajo régimen de *monopolio*: comercial, durante el coloniaje, político bajo la primera parte de la República, financiero más tarde, clerical en mucho tiempo. Nuestros católicos, que son la inmensa mayoría del continente, son malos practicantes, porque carecen de fuego interior, y carecen de este fuego porque les falta fe sincera y honda, y no tienen esta fe porque jamás discuten sus problemas espirituales, porque reciben *consignas* y no elaboran creencias. El contacto con otros credos sirve de estímulo. ¿Por qué los católicos norteamericanos tienen un sentido constructivo y vertical de su religión y de la vida? Porque, frente a ellos, se yergue una Iglesia poderosa y vigilante, la Reformista o Protestante. ¿Por qué los protestantes de América Latina

son gente casi siempre ejemplar? Porque tienen al frente a la Iglesia católica, poderosa."

Nos da luego este profundo pensador sus razones por qué no desea que la América Latina se aísle espiritualmente del resto del mundo:

"Nuestra unidad espiritual, si es «latina», como se la define, no puede ser identificada con una estructura eminentemente africana. Nuestra unidad espiritual exige, para integrarse realmente, el contraste con pensamientos y actitudes diversos a los nuestros, poseídos de un poderoso ímpetu interior, capaces de discutir sin guerrear, de cotejar sin divorciar, de ahondar sin sepultar. Romper en nosotros la raíz del unilateralismo; cegar las fuentes del monopolio. Abrir las de la tolerancia y el libre examen."

Luis Alberto, como cariñosamente le llaman sus muchos admiradores, saca luego de su propia experiencia estas sabias observaciones:

"América Latina, fundamentalmente creyente, pero temporalmente escéptica y, por lo mismo, vacilante, necesita encontrar su camino verticalmente, compulsando derroteros, comparando caminos. Por propia experiencia sé que esa es la mejor ruta para descubrir esencias imperceptibles a fuerza de amontonar sobre ellas costras de rutina. Que vengan, pues a nuestro territorio gentes de todas partes, cada cual con su verdad, con su cultura, con su idioma, con su religión. Aquí se convertirán a lo nuestro, en la medida que lo nuestro se purifique y amplíe al contacto de lo ajeno. Nuestra gran enfermedad, repito, es vivir colonialmente y ser considerados colonos. No queremos libertadores cuya primera palabra sea repetir una consigna elaborada en oficinas extranjeras, por generosas y rectas que sean. Que la fe no venga vestida de monopolio, ni rubricada de privilegio imperial. Ella no se forma ni se fortalece desde afuera. Ella es un proceso íntimo, desgarrador, intransferible. Nace de

una necesidad irrefrenable y crece al aire libre, en contacto con las vidas ajenas, con las ideas ajenas, con la naturaleza que, siendo tan mía, es también tan ajena.

"No pretenda, pues, ninguna oficina imperial tomarnos bajo cautela, también en lo religioso. Déjennos, al menos, la libertad de decidir de nuestro destino metafísico, ya que se han adueñado del físico. Y crean que hay dominios de la vida individual y colectiva en que la peor receta... es receta. Y este es el caso."

Y, finalmente, ¿qué hemos de pensar de la calidad del carácter de un pueblo cuya unidad nacional fuera perturbada por la diversidad de fe religiosa? Muy atinada encontramos la observación del educador argentino y escritor católico, doctor Alberto Casal Castel:

"... si otros cultos pudieran constituir un peligro para nuestra personalidad, habría que reconocer por anticipado que esa unidad es muy débil en lo que respecta a la comunidad nacional y a la cohesión espiritual que, de ser sólidas y seguras, están en condiciones de mantenerse en pie contra el choque de otras corrientes. Aparte de que no creo que las diferentes ramas del cristianismo puedan considerarse "enemigas" dentro de un país católico, que por ser católico es *universalmente cristiano*."

La unidad nacional dentro de las naciones de la América Latina y la solidaridad entre ellas serán muy problemáticas mientras la iglesia católica romana persista en querer jugar el papel de una entidad política. Mientras su actitud siga siendo monopolista, autoritaria y, por consiguiente, antiliberal y antidemocrática, será más bien una fuerza divisiva.

IX

¿PODRIAN COLABORAR CATOLICOS Y PROTESTANTES?

"Necesitamos con urgencia un libro bien preparado que señale las creencias que en común profesan el catolicismo y el protestantismo", fué en síntesis la declaración que me hiciera recientemente en Río de Janeiro la distinguida poetisa chilena Gabriela Mistral.

Poco tiempo después en una entrevista con José Vasconcelos, en México, tuve ocasión de comentar la sugestión de tan distinguida escritora.

"Ya existe ese libro", fué la inmediata respuesta del pensador mexicano.

"¿Cuál es?", le pregunté.

"*Las llaves del reino,* por Cronin, el novelista escocés y católico", contestó Don José. "¿No recuerda usted cómo en la China el misionero católico y el misionero protestante fraternizaban y se ayudaban mutuamente en la difícil misión que cumplían?".

Creen estas dos destacadas intelectualidades de nuestra América que los que han tomado a Cristo como dechado, aunque anden por distintos caminos, no deben mirarse con desdén. Representan esa auténtica "catolicidad", cristiana y evangélica,

que el apóstol Pablo propugnaba cuando decía "por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, ora judíos o griegos, ora siervos o libres; y todos hemos bebido de un mismo Espíritu" (1ª Corintios 12:13).

Algunas de las diferencias que separan el catolicismo romano y el protestantismo son profundas y significativas. Pero hay también muchos puntos de concordancia entre estas dos magnas expresiones de la fe cristiana. Y buena parte de las diferencias, no son necesariamente irreconciliables. Nos separamos en ciertas prácticas y profesiones doctrinales que sin ser fundamentales, fuerza es decirlo, a menudo, sin embargo, invalidan la eficiencia de las enseñanzas fundamentales. En el fondo ambas iglesias representan el cristianismo, y éste es el hecho más significativo con respecto a cada una de ellas.

Podría ser provechoso, pues, recordar al lector los puntos de armonía doctrinal entre el catolicismo romano y el protestantismo. Ambos creen en Dios, en Jesucristo y en el Espíritu Santo. La Biblia católica y la protestante se diferencia en pequeños detalles que no afectan la fe del creyente. Católicos y protestantes creen en la iglesia cristiana, en la oración, en un orden de ministros consagrados a la misión de dirigir al pueblo en lo espiritual.

Ambas iglesias creen en la presencia real de Cristo. Los católicos creen hallarla en la hostia; los evangélicos anhelan tenerla en el corazón, recordando la exhortación del apóstol Pablo: "Presentad vuestros cuerpos como hostia viva". (Precisamente, una de las antiguas versiones usa el término "hostia").

Ambas iglesias creen en la vida de perfección: tanto el protestantismo como el catolicismo tienen sus santos y profetas. Aquél no los canoniza ni los eleva a la categoría de intermediarios entre Dios y el hombre, aunque sí los distingue como ejemplos que deben ser imitados porque estimulan en el camino de

la perfección. Porque si ellos, siendo humanos, con sus problemas y limitaciones, pudieron alcanzar tal altura espiritual en Cristo ¿por qué no nosotros?

Católicos y protestantes tuvieron mil quinientos años de común historia. Las figuras apostólicas: Pedro, Juan, Santiago, Pablo de Tarso, etc., pertenecen a todos los cristianos. Los padres de la iglesia: Ireneo, Justino Mártir, Crisóstomo, Agustín, Tertuliano, como también el santo de Asís —cuya conversión, experiencia cristiana y preocupación por predicar el evangelio al pueblo, en su propio lenguaje, tanta similitud tiene con la conversión, renunciamiento y obra de Pedro Valdo, anterior a él—, Teresa de Jesús, Fray Luis de León hoy son una inspiración tanto para protestantes como para católicos.

Signo fundamental de las doctrinas que nos son comunes es la profesión del Credo Niceno y muchos inspiradores himnos, algunos de los cuales heredamos, por igual, de la iglesia primitiva.

Al concurrir últimamente a un templo evangélico, encontré este "credo de los evangélicos". Léalo el católico sincero y vea en qué tendría que discrepar de la fe de su hermano evangélico:

"Los evangélicos creemos:

—En un solo Dios, creador de todas las cosas.

—En el Señor Jesucristo, Hijo de Dios, único Salvador de los hombres.

—En el Espíritu Santo, que inspiró a los escritores sagrados y que guía e ilumina a los creyentes.

—En la iglesia universal formada por los que aceptan al Señor Jesucristo como a un Salvador personal.

—Que la bienaventurada Virgen María, madre de Jesús, fué bendita entre las mujeres por haber sido elegida para dar al Hijo de Dios forma humana: aunque no le rendimos culto, ni la adoramos.

—Que hay un solo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (Timoteo 2:5).

—En el bautismo como testimonio de fe y en la resurrección de los muertos, y finalmente:

—Que las Sagradas Escrituras (La Biblia) son la única regla de fe y práctica para el cristiano, y que todo ser humano tiene el derecho y el deber de estudiarlas por sí mismo."

¿Dónde están, pues, las diferencias irreconciliables, si es que existen, entre las dos ramas del cristianismo? ¿Con qué derecho, pues, alega la jerarquía romana que nuestra prédica es negativa y que corrompe la fe y las costumbres, y mina los cimientos de la nacionalidad?

La pastoral de los obispos argentinos del 26 de enero de 1945, habla de "las religiones separadas de ella (del catolicismo) por la negación formal de la verdad y que... son como jirones de la túnica de Cristo". Acusa al protestantismo de ser "la negación y la mutilación de la verdad de Cristo... En vano titúlanse algunos con el nombre de evangelistas, para significar que fundan su fe y vida religiosa en las fuentes puras del evangelio". Comentando esta declaración, un diario católico de Buenos Aires agrega en letras de molde: "La propaganda protestante siembra el error y aparta las almas de la verdad religiosa" (*El Pueblo*, 26 de enero de 1945).

"Es... obra de destrucción la que vienen a realizar en nuestra patria los protestantes", dice la pastoral colectiva que firman el arzobispo primado de Bogotá, Colombia, y todos los obispos colombianos.

"Os prevenimos una vez más —dice la carta pastoral del episcopado peruano del 18 de diciembre de 1943— "contra la legión de pastores mercenarios que han invadido nuestro suelo nacional... Pues los tales no sirven a Cristo Señor Nuestro, sino a su propia sensualidad."

Lástima que los que así hieren la sensibilidad de cristianos argentinos, uruguayos, chilenos, peruanos, etc., no puedan asistir a un culto religioso evangélico. Se les tendría que recibir en locales o capillas harto modestos. Pero oirían leer los evangelios en idioma nacional; escucharían las oraciones, también en el idioma del pueblo y oirían cantar quizás los mismos himnos evangélicos que entonaron los señores Roosevelt y Churchill sobre la cubierta de un barco de guerra cuando, previo un servicio religioso "herético" se dió al mundo la Carta del Atlántico.

El protestantismo, en su espíritu y esencia, proclama el evangelio puro y sencillo de Cristo, el "evangelio reconquistado". Por la gracia de Dios, manifestada a través de preclaros varones, el evangelio que se hubiera creído perdido, muerto, volvió a la vida rica, lozana y victoriosa.

El protestantismo fué dentro de la iglesia como la voz profética de Isaías y de Amós, un llamado al abandono de los elaborados rituales que encubrían las manos manchadas en sangre, para que corrieran impetuosos los ríos de justicia y de libertad.

El protestantismo propugna el evangelio de la experiencia personal, íntima, profunda y directa con Dios; el evangelio de la dependencia espontánea, absoluta y gozosa frente a un Padre de amor que cuida de todos y cada uno de sus hijos.

El protestantismo predica el evangelio libertado de la teología abstrusa, de la sofística habilidosa, del misterio alucinante, para volver como en los tiempos apostólicos a la adoración de Dios en espíritu y en verdad, al evangelio que es "poder de salvación para todo aquel que cree".

El protestantismo no buscó ni quiso la división de la iglesia; pero la oposición de la iglesia católica romana a la eliminación de los abusos reinantes hizo inevitable la formación de otras

comunidades cristianas. Más que protesta, es afirmación: si bien se levanta firme y valiente en contra de toda adulteración de la verdad, de desórdenes y de simonías, de venta de favores espirituales y autocracias con pretendidos orígenes divinos, es sobre todo el testimonio ardiente del espíritu, el canto jubiloso de la vida, que se regocija al vivir en comunión con Dios y colocarse incondicionalmente en sus manos sabias, potentes y paternales para bendición del mundo.

El protestantismo respeta y ama la tradición histórica de la iglesia en todo aquello que tiene de sano y constructivo, pero busca la inspiración y fortaleza del Espíritu viviente que conduce a toda verdad y que es fuente de vida eterna.

"Nosotros los católicos podemos trabajar en unión de los no católicos para afianzar, para sostener y difundir esos principios fundamentales del orden social verdadero: la creencia en Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto a la persona humana, la existencia de una ley moral internacional... el respeto a las minorías, postulados de la convivencia humana", dice *Orden Cristiano* (Nº 74, 1º de octubre de 1944).

Ya en su mensaje de navidad de 1941 el actual Papa abordó este mismo asunto. En ese mensaje, después de describir los desastres de la guerra pronunció significativas palabras de invitación a todos los hombres que creen en Dios y en la ley natural a fin de que todos aúnen sus esfuerzos en la implantación de los principios morales, como normas de gobierno. "Nada puede apartarnos de hacer un llamamiento repetido hacia la observancia del precepto del amor a aquellos que son hijos de la iglesia de Cristo, a aquellos que, por su fe en el Divino Salvador, o al menos en nuestro Padre, que está en los cielos, se encuentran muy cerca de nosotros".

Estas exhortaciones las ha repetido el jefe de la iglesia católica romana en varias otras ocasiones. Según éllas, quiere que

todos los hombres de buena voluntad, todos cuantos admiten la existencia de Dios y la obligatoriedad de la ley natural y el precepto del amor, trabajen en mutua prestación de fuerzas para que en la organización del mundo de postguerra prevalezcan los principios y las normas de una civilización verdaderamente humana.

"Por lo pronto", ha dicho Gabriela Mistral, "habría que pensar en subir siquiera un poco los grados de la suave tolerancia que nos tenemos, católicos y protestantes, en la América Ibera. Mientras nos crucemos por nuestras ciudades saludándonos; mientras no vivamos en ghettos ni ustedes ni nosotros, sino que nos movamos libres dentro de nuestras patrias; mientras tengamos trato y nos miremos a los ojos, el santo tejido cristiano estará roto pero no perdido. Lo desgarraríamos entero en recomenzando la beligerancia."

En la novela de Cronin sucede que una de las monjas del colegio católico en la China se enferma. El único médico en muchos kilómetros a la redonda era el misionero protestante. Mejorada la hermana, confiesa su preocupación a su padre confesor.

"—Le recé a Dios, dijo, y...

—¡Fué el misionero protestante que os curó!

—Sí.

—Hija mía, no se turbe vuestra fe. Dios contestó vuestras oraciones. Todos somos instrumentos en sus amorosas manos."

Lamentamos, pues, que en estos momentos tan difíciles por los cuales atraviesa el mundo, incluso esta nación, cuando celosamente debemos luchar en contra de toda fuerza que desconozca o limite la libertad y el alto destino del ser humano, surjan entre los cristianos recelos y agravios que contradicen la oración del Divino Maestro: "Que todos sean uno, para que el mundo crea".

X

LA AMERICA LATINA NECESITA UNA REVOLUCION RELIGIOSA

Entre la religión y la vida, en la América Latina, se abre un abismo casi insondable. Hasta hace poco, nadie que perteneciera a alguna iglesia podía ser miembro del poderoso partido socialista de la Argentina. Hace algunos años, una distinguida dirigente de ese partido fué expulsada de la organización por haberse atrevido, en un discurso público, a referirse a Jesucristo, sugiriendo que sus principios eran de suprema importancia para la construcción de la sociedad. Las clases obreras de la América Latina se han apartado de una religión que se les presenta exclusivamente como asunto de dogmas y ceremonias, una religión en la cual domina la idea de que si se reza la oración correspondiente, al dios correspondiente, él se encarga de resolver todas las dificultades.

No sólo las clases trabajadoras, sino también los intelectuales necesitan ser salvados del diletantismo, de la superficialidad y del cinismo. Los jóvenes de la América del Sur envejecen demasiado pronto. El idealismo es difícil de alcanzar, difícil de mantener y fácil de perder. Las clases instruídas necesitan una fe.

La América del Sur es un continente necesitado de una ética. Necesita aprender que el hombre religioso debe ser un hombre bueno; que, como dice el profesor Coe, "el verdadero significado de la iglesia es más justicia en la comunidad, y su significado introverso es más iglesia". Es un continente necesitado de una fe —no esa fe que es mera aquiescencia mental, sino adherencia personal; fe definida como la tradición protestante comúnmente la interpreta: como consagración a la manera cristiana de vivir y entrega personal a su Fundador, Jesucristo.

La corrupción de lo mejor es lo peor. No hay cristianismo "bastante bueno" para ningún pueblo, si no es el cristianismo de Jesucristo. Un cristianismo corrompido o espurio, en cualquier pueblo, es la mayor de todas las amenazas. Ningún ateo o herético puede causar tanto daño como un cristiano falso. A menudo lo bueno es enemigo de lo mejor. El cristianismo tradicional de la América del Sur ha producido sus santos. Hay una *élite* que ha alcanzado un alto nivel espiritual. Pero en las masas, cuando la indiferencia no las ha alejado por completo de la iglesia católica romana, lo que se descubre es un asentimiento mecánico, externo, a las enseñanzas del clero, pero muy poco de lealtad o amor a la religión que profesan.

El doctor Julio Navarro Monzó, el conocido escritor argentino, definió alguna vez la religión como "un sentimiento profundo, una experiencia íntima, una realidad en sí, que hace que un Francisco Javier vaya serenamente a morir en Asia, un Livingstone a evangelizar el corazón del Africa, una Florencia Nightingale a socorrer a los heridos en los campos de batalla de Crimea."

Admirable definición; pero si eso es religión, hay muy poco de ello en el continente austral —quizá no más que en el continente del Norte...

En la última noche de una conferencia internacional de estudiantes celebrada en el Uruguay bajo los auspicios de la Asociación Cristiana de Jóvenes, un estudiante de derecho expresó los sentimientos de muchos al decir:

"Amigos, tengo que hacer una confesión. Cuando mis compañeros me solicitaron que los representara en este campamento, rehusé, indignado porque pudieran creerme dispuesto a asistir a una reunión celebrada bajo auspicios religiosos. Tuvieron que insistir por tercera vez antes de que aceptara. Mi padre y mi madre siempre han combatido la religión, y yo he considerado un deber patriótico el hacer todo lo que estuviese a mi alcance contra la religión en mi país. Pero debo confesar que nunca había oído hablar de religión como vosotros la interpretáis, algo interno del hombre, que lo hace feliz y útil. Esto me ha abierto un nuevo mundo."

He aquí un joven sudamericano que ha descubierto la diferencia entre la religión como algo mágico y la religión como poder moral.

El protestantismo ha traído un hálito de nueva vida espiritual a la América Latina. Está interpretando el cristianismo en una nueva forma a gentes que consideraban "un deber patriótico hacer todo lo que estuviera a su alcance contra la religión."

"Ya es tiempo que los aires de la Reforma, que tantos siglos han tardado en cruzar el Atlántico, lleguen a soplar por estos vericuetos, en los que aún huele a chamusquina del siglo XVI", dijo el doctor Enrique Uribe White, director de la Biblioteca Nacional de Bogotá, Colombia, en mi entrevista con él ya mencionada.

¿Por qué no han llegado hasta nuestras orillas los vientos de la Reforma? ¿Por qué los pueblos latinoamericanos están luchando todavía por vencer su profundo atraso religioso?

Aunque la lucha de un siglo para fundar y construir una verdadera democracia ha sido el gran problema de la América Latina, su tragedia aun mayor es el hecho de que los dirigentes de estos pueblos nunca han comprendido el aspecto moral y religioso de la empresa.

¿Es para los latinos la democracia? Charles Maurras cree que no. ¿Estáis seguros, nos preguntaría él, de que la democracia no es exclusivamente un producto de la mentalidad anglosajona, y por consiguiente incompatible con el carácter latino? ¿Podemos probar que alguna vez la democracia y el buen gobierno han marchado de la mano en los países latinos? Maurras piensa que tal cosa es imposible. Su ideal sería el retorno a esa creación del Renacimiento: la monarquía absoluta.

Hay que reconocer que en los países latinos de Europa y América, las instituciones políticas son en gran parte una copia servil de modelos anglosajones. Una monarquía constitucional en España o Italia, la república en Francia o Portugal, el gobierno federal en Brasil o Argentina, sólo son pobres imitaciones de las constituciones de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Al contemplar la historia de los gobiernos de estos países, es difícil no ser pesimistas acerca de la capacidad de los latinos para el gobierno de tipo democrático. Este sentimiento explicaría, en parte, la ola de reacción antidemocrática que recientemente se ha expandido sobre la América Latina.

Pero se equivoca cuando cree ver en la monarquía absoluta el punto culminante en la historia de los pueblos latinos. La verdad es que hubo expresiones del espíritu democrático entre los pueblos latinos, tan antiguas como cualquiera que pudiéramos encontrar entre los anglosajones.

Las más tempranas expresiones de democracia aparecen en España e Italia durante la Edad Media. Ya en el siglo VII en España, el *Fuero Juzgo* establecía el principio de que "los pue-

blos no estaban hechos para los reyes, sino los reyes para los pueblos, ni los reyes creaban los pueblos, sino que los pueblos hacían los reyes." Mientras en Inglaterra los barones presentaban sus demandas que formaron la base de la Carta Magna de las libertades anglosajonas, los nobles y la burguesía de Aragón, reunidos en Tarragona, se enfrentaban con Pedro III, invocando la antigua tradición de privilegios y libertades que se remontaba hasta la época de los godos. Así fueron garantizados los célebres privilegios que el monarca siguiente, Alfonso III, el liberal, se vió obligado a sancionar en 1287. Los españoles recuerdan con justificado orgullo la fórmula con que los representantes de Aragón juraron fidelidad al nuevo rey: "Nosotros, que valemos tanto como tú, te hacemos nuestro rey y señor, con tal que respetes nuestros derechos y libertades, y si no, no."

Siendo esto cierto, el hecho de que los pueblos hispanoamericanos copien servilmente las instituciones anglosajonas no prueba que no estén maduros para las instituciones democráticas, sino que significa simplemente que los anglosajones pudieron llevar adelante y desarrollar un movimiento que los latinos no pudieron continuar por razones que quizá valga la pena analizar.

¿Por qué los pueblos anglosajones pudieron continuar fortaleciendo sus libertades hasta que la democracia quedó definitivamente establecida en su mundo?

Latinos y anglosajones han seguido dos tradiciones distintas, cuya síntesis no se ha logrado todavía. Una es la tradición clásica grecorromana. La otra, que ha sido la madre prolífica de todos los movimientos románticos que el mundo ha visto, es la tradición hebreo-cristiana. Los latinos se han mantenido más cerca de la grecorromana, mientras los anglosajones han seguido la tradición hebreo-cristiana.

Las democracias de la Edad Media, como toda verdadera democracia, fueron productos del cristianismo. Nada le debieron a la tradición clásica. En las repúblicas griegas no existía democracia alguna. Eran aristocracias u oligarquías, compuestas por una minoría que ejercía autoridad sobre una gran masa de esclavos de cuyo trabajo vivía aquel puñado de ciudadanos. Aun menos democracia se puede hallar en la tradición imperial de Roma.

La democracia ha existido, y puede existir, solamente entre hombres que creen en un solo Dios, padre común de todo el género humano, y que creen, por consiguiente, en la igualdad y la fraternidad humanas. Hasta ahora no ha aparecido una democracia política fuera de los límites de la cristiandad, ni podría prosperar donde es desconocida la "religión personal".

La simiente del cristianismo cayó entre los pueblos latinos de Europa y, con el desarrollo de esa nueva levadura espiritual, comenzó un movimiento hacia la democracia. Luego vino el Renacimiento con la potente resurrección del interés por la cultura y los ideales paganos grecorromanos. Los aspectos paganos del Renacimiento nunca llegaron con mucho vigor hasta los pueblos del Norte de Europa. Pero la Europa meridional cayó bajo el encanto de la nueva cultura. Debe tenerse presente que este antiguo paganismo nunca desapareció del todo en los países latinos. Allí encontró poetas que le cantaron loas y escultores que lo glorificaron en el mármol. No sucedió lo mismo en los países septentrionales, donde no se manifestó igual entusiasmo por los aspectos paganos del Renacimiento, por lo cual nunca echó raíces tan profundas. *El Renacimiento tuvo el trágico efecto de ahogar en los países latinos el incipiente movimiento hacia la democracia que el cristianismo había iniciado.*

La influencia del Renacimiento fué política a la vez que moral. Con el descubrimiento de las *Pandectas* en Amalfi, se

despertó un profundo interés por el estudio de la legislación romana. En esa época estaba intensificándose la lucha entre el rey y los señores feudales. Podemos comprender con qué disposición de ánimo aquél habrá acogido el viejo principio romano de que "*lo que agrada al príncipe, debe tener fuerza de ley*". La doctrina del derecho divino de los reyes empezó a ocupar el primer plano. Se fundaron universidades con el propósito de enseñar los principios recién descubiertos. Así algunas de las antiguas universidades de España se convirtieron en baluartes del absolutismo. Y la organización política, cristiana y democrática en sus principios y orígenes, empezó a ceder a la influencia del cesarismo.

En los países del Norte, donde no habían conquistado tanta simpatía los aspectos paganos del Renacimiento, el cristianismo pudo continuar su obra tranquilamente. Así apareció la Reforma, y no debemos olvidar que, así como el Renacimiento significó la vuelta a la vida del viejo paganismo, parte de la profunda significación de la Reforma protestante obedece al hecho de que fué una vigorosa protesta contra los elementos paganos que estaban leudando tan poderosamente la vida de los países de la Europa meridional.

Como una reacción contra esa tendencia pagana de sus días, aparecieron en los países latinos algunas grandes personalidades espirituales. En España, Santa Teresa y San Juan de la Cruz representan la tradición mística que trató de realizar en el Sur lo que la Reforma protestante estaba logrando en el Norte. Más tarde esa tradición espiritual fué continuada en Francia por algunos grandes predicadores, como Fenelón y Pascal.

Lo malo para la América Latina ha sido que ni la influencia salvadora de los grandes místicos latinos, ni las vigorizantes brisas de la Reforma llegaron jamás a sus playas. Sólo el espi-

ritu del Renacimiento, el materialismo y la vanidad de una cultura superficial, llegó a la América del Sur. En el fondo oscuro del cuadro brillan, es verdad, algunas personalidades preclaras: Bartolomé de las Casas, Francisco Solano y otros que vinieron a América con verdadera devoción apostólica. Pero la gran mayoría de los que arribaron al continente austral estaban dominados por la influencia sensual, pagana, del Renacimiento.

La colonización de América siguió pautas diametralmente opuestas en el Norte y en el Sur. Un editorial aparecido en el gran diario de Buenos Aires, *La Prensa*, estando yo en esa ciudad, en octubre de 1943, resume e interpreta esas dos tendencias históricas divergentes:

"Recalquemos que mientras en el norte la inmigración de los blancos se produjo en gran parte espontáneamente, en las tierras pertenecientes a la corona de España el proceso de la colonización ofreció otras características. Allá se dirigieron núcleos de hombres que por propia iniciativa llegaban en busca de libertad, sobre todo de la libertad de conciencia. Puritanos, católicos, presbiterianos, independientes, perseguidos por los anglicanos, o disidentes de Roma perseguidos por los católicos, emigraban de su país porque la intolerancia reinante proscribía el culto de su religión. Para todos había, además, libertad de trabajo y de conciencia, plenitud e igualdad de derechos individuales. Y aquellas colonias, que en conjunto y a consecuencia de sucesivos tratados y convenciones internacionales formaron hasta 1776 parte integrante del Imperio Británico, fueron prósperas, arraigaron una conciencia democrática en el ejercicio de la administración autónoma y, plenas de vitalidad, se emanciparon de la soberanía que hasta entonces reconocían, para constituir la república federativa organizada por la convención de Filadelfia.

"Aquí, en cambio, fué otro el sistema, y distintos, asimismo, los efectos de tres siglos transcurridos bajo la autoridad metropolitana. Absolutismo en el gobierno, ejercido por intermedio de los representantes directos del monarca sólo en aquello que la distancia obligaba a delegar, y reservado en lo fundamental a la voluntad del soberano asesorado por los Consejos de la Corona. Limitadas las corrientes pobladoras a la nacionalidad hispánica y a la religión no sólo dominante en la península, sino excluyente de toda otra... Prácticamente abandonada por el gobierno la función de la enseñanza, a principios del siglo XIX era todavía escasísimo el número de las personas siquiera alfabetas.

"La influencia de tantos factores adversos, gravita en la lenta y penosa evolución social y económica, que no consigue pasar de las manifestaciones rudimentarias, y así llegamos a las vísperas de la Revolución de Mayo en la situación precaria a que nos hemos referido hace muy pocos días: ¡con un inmenso territorio habitado apenas por un hombre cada nueve kilómetros cuadrados! En la misma época la población de los Estados Unidos sobrepasaba a los siete millones de habitantes, y su gravitación mundial se hacía sentir ya por el poderío y por la cultura, a punto de ejercer decisiva influencia en los debates internacionales.

"He aquí los resultados patentes de dos políticas: la que tuvo a la libertad por norma y la que mostró su mayor celo en el empeño de sofocar sus más elementales manifestaciones."

Tenemos aquí, condensado, un análisis magistral del problema de la América Latina. Es el problema de un mal comienzo, política, económica y moralmente. He transcripto parte de este editorial porque deseo, en este libro, dejar que los latinoamericanos expresen sus propias opiniones y convicciones.

Otra declaración latinoamericana de la disparidad entre el Norte y el Sur, que subraya la diferencia religiosa, me fué señalada por un amigo en Montevideo. Está tomada de un

ejemplar de *América*, una revista liberal que se publica en Habana, Cuba.[42] Dice en parte:

"El pasado histórico americano es la lámpara a cuya luz debe planearse nuestro porvenir. En la formación de todo pueblo intervienen ciertos principios y factores de índole moral, que, actuando como impulso y respaldo de los hechos humanos, son los que al cabo determinan sus condiciones de vida y su progreso. ¿Y qué factor moral más preponderante que la religión en toda elaboración sociológica? Tal, pues, debe ser nuestro principal guía siempre que queramos explicarnos las circunstancias actuales, y atisbar y prever las posibilidades y rumbos que ha de ofrecernos el futuro.

"Así como la historia de América es doble, doble es la faceta que en ella presenta el cristianismo. Angloamérica es hija de la Reforma; Latinoamérica es producto del cincel católico. En ambas partes del Nuevo Mundo se estableció el sistema democrático de gobierno, y claramente se nota en uno y otro caso la marcada y diferente huella de una y otra forma religiosa.

"Las Trece Colonias —núcleo generador de los Estados Unidos— fueron fundadas por peregrinos que huían de la intolerancia religiosa y política, y llegaron a América con el ánimo de establecer una sociedad nueva sobre una base de libertad y respeto al hombre. Sus primeros gobiernos fueron democracias puras, y detalle harto significativo y simbólico es que las primeras asambleas en que aquellos sencillos y austeros colonos acordaban los asuntos concernientes a su gobierno, se celebraban en el local mismo de los templos cristianos! Tal la relación estrecha entre su fe y sus ideas sociales y políticas.

"Latinoamérica es el reverso de la medalla. Aquí el catolicismo ha sido siempre incompatible con la democracia. En la Conquista y en el período colonial, la religión oficial desempeñó el papel de ablandadora de conciencias, para que estos pueblos

[42] "El peligro de la intolerancia", por Mario Clerena Rodríguez, en *América*, mayo de 1943.

tolerasen el despotismo y fueran dúctiles a la opresión. La España absolutista y clerical empleó la fuerza física de sus soldados y la influencia moral de sus curas, en perfecto consorcio, para aherrojar a los pueblos en embrión y explotarlos cómodamente. La democracia surgió en nuestros suelos por un instinto de la agonía popular, y por el reflejo de la democracia anglosajona y el impulso emocional de la Revolución Francesa. *En el Norte la democracia nació al calor de la religión; aquí, a pesar de ella.*

"Ya en los tiempos republicanos, podemos ver cómo en Angloamérica la religión resulta garantía de los derechos individuales e influencia protectora en el normal funcionamiento del régimen democrático. Mientras que en Latinoamérica el clero permanece vigilante, esperando la oportunidad de la restauración, o ligándose al poder y a los elementos más conservadores y reaccionarios de la sociedad."

La religión que amamantó a la democracia en el Norte era una forma de vida. Obedecía a las mismas concepciones espirituales de la religión que eran compartidas por los místicos del siglo XIV: Taulero, Suso y Kempis. Infortunadamente, durante el mismo período se desarrollaba en España un concepto muy distinto de la religión. Los ocho siglos de lucha con los moros crearon en los españoles la idea de que la religión significa lealtad a un jefe guerrero, a una bandera, a un grupo, a una organización. Durante esos ochocientos años lucharon contra aquellos que eran no sólo enemigos del estado, sino también del cristianismo. De modo que el cristiano se convertía en guerrero, y todo guerrero, *ipso facto* se convertía en cristiano. Guerra y religión eran casi una y la misma cosa. El deber de los cristianos era la lucha. La bravura cubría todos los pecados. Dice Luis Alberto Sánchez:

"La iglesia española se hizo agresiva, combatidora e intolerante, como cuadraba a quien debía guerrear contra Mahoma, intransigente y belicoso. Esa iglesia se trasplantó a América

en donde casi no tuvo luchas que librar, sino contra el fetichismo indígena. De todos modos, no perdió sus perfiles de cruzada antimusulmana. Cuando uno compara a la iglesia española, incluyendo la actual, con la francesa, la italiana, la sajona o la germana, se da cuenta de que posee rasgos distintos. La misma actividad de la orden de los jesuítas, tan largamente combatidos en América Latina, a través de la historia colonial y republicana, quizá se explique en gran parte porque fué concebida por un varón que reunía dos caracteres definidores: soldado y español."

Esa cualidad belicosa e intolerante de la iglesia española domina todavía hoy en el catolicismo romano de la América Latina.

Los capitanes y soldados que habían arrojado de España a los moros, volvieron sus miradas a los millones de infieles que podían ser dominados, saqueados y convertidos al cristianismo. Tan emocionantes aventuras se les ofrecían en el Nuevo Mundo, tan ilimitadas riquezas, que los españoles perdieron la cabeza, y la rapiña, la codicia y la crueldad caracterizaron la invasión hispánica de América. "Ellos eran en su propio concepto un pueblo elegido", dice Hume, "que bajo la sombra de la cruz no podía cometer ningún mal; la Inquisición había santificado la crueldad puesta al servicio de Cristo. La confiscación y la muerte habían sido la suerte de sus propios compatriotas de ortodoxia dudosa; en nombre de la fe habían saqueado y expulsado a sus propios parientes moros ante la mirada angelical de su santa reina... Si era bien visto a los ojos de Dios el quemar y despojar de sus bienes a los españoles cuyas creencias eran discutibles, ¿cuánto más agradable no le sería la sangre de infieles que no tenían creencia alguna?"[43] Fué un procedi-

[43] Hume, Martín A. S., *The Spanish People*. William Heinemann, Londres, 1901.

miento despiadado. Pero los conquistadores eran sinceros, a pesar de los métodos equivocados que empleaban y de la naturaleza supersticiosa e idolátrica de la fe que profesaban. No era culpa suya si habían sido instruídos en una religión que no determinaba una vida ajustada a los principios de la ética y un carácter moral. La espada y la cruz, se afirmaba, debían avanzar juntas; pero por lo general la cruz quedaba rezagada. La América Latina tuvo un mal comienzo.

El doctor Enrique Molina, rector de la Universidad de Concepción, Chile, ha publicado recientemente un estudio comparativo del desarrollo histórico-cultural de los pueblos anglo e hispanoamericanos.[44] En él procura descubrir los motivos para el desarrollo superior de los Estados Unidos de la América del Norte en comparación con los que han sido llamados los estados "desunidos" de la América del Sur. Los colonos ingleses abandonaron su patria con el firme propósito de mantener la religión que profesaban. En su nueva patria su fe religiosa les ayudó a conservar la vigorosa unidad vital en que habían sido educados y que tan admirablemente los había capacitado para la conquista de una tierra generosa.

Este eminente educador sudamericano señala la circunstancia de que los sudamericanos han tenido que cargar con una herencia no del todo afortunada o feliz. Menciona su menosprecio del trabajo manual, la falta de iniciativa privada, la desproporción entre lo poco que producen y lo mucho que consumen. "Somos civilizados para consumir", dice el doctor Molina, "y primitivos para producir". Y agrega que los pueblos hispanoamericanos no están unidos por el vínculo de una religión vital. Y termina: "La religiosidad de los católicos de Hispanoamérica no tuvo por lo general esa entraña medular y

---

[44] *Llamado de Superación a la América Hispana*, 1943.

dinámica que acabamos de ver (en los norteamericanos), y frecuentemente se ha deshecho en un indiferentismo delicuescente que nada con vitalidad moral ha sabido reemplazar."

Pregúntese a un latinoamericano que piense: "¿Cuál es el problema más serio de la América Hispana?", y la respuesta será: "El problema espiritual", o, como lo expresó el doctor Alfredo L. Palacios: "Necesitamos en nuestra América la levadura de la moral cristiana".

El doctor Palacios ha sido durante muchos años miembro del Senado argentino, y cuando lo entrevistamos acababa de renunciar a la presidencia de la Universidad de La Plata, con sus doce mil estudiantes. Habiéndole sido ordenado por el gobierno militar de la Argentina que destituyera a todos los profesores firmantes de un manifiesto solicitando el restablecimiento de las libertades y derechos constitucionales del pueblo argentino, el doctor Palacios se negó a cumplir la orden y presentó su renuncia. Es el ídolo de los estudiantes universitarios, no sólo en la Argentina sino en toda la América del Sur. El día anterior a nuestra entrevista se difundió el rumor de que había sido arrestado. Llamé a su casa y fué un alivio oír su propia voz diciéndome: "Aquí estoy todavía y lo espero mañana a las cuatro".

Se decía que él había manifestado que los misioneros eran los agentes avanzados del imperialismo extranjero. Se comprenderá, pues, por qué yo ansiaba tener una entrevista con él.

El gran cuarto de estudio en que fuí introducido era casi tan interesante como el pintoresco personaje de grandes mostachos a quien iba a entrevistar. En las paredes colgaban floretes y pistolas. Documentos encuadrados certificaban su condición de miembro de organizaciones culturales de Colombia y Bolivia. Había un pergamino de una colonia china. Sendos diplomas lo consagraban miembro honorario del cuerpo docente de

las universidades de Río de Janeiro y México. A su derecha, sobre un escritorio cubierto con una increíble balumba de libros, había un pesado reloj antiguo de oro; a su izquierda, un revólver cargado.

Lo felicité por el espléndido mensaje que había entregado pocos días antes a los estudiantes de su universidad. "Los próceres que surgieron de la Asociación de Mayo", había dicho en su mensaje, "prepararon al país para rechazar toda ideología que pretendiera mutilar la eminente dignidad humana, el concepto de la autonomía individual, el valor inestimable de la personalidad y de la solidaridad que afirmó para siempre el cristianismo".

"Yo soy cristiano", me dijo; "pero no de acuerdo con los ritos de la iglesia romana. Creo que estoy más cerca del cristianismo que muchos católicos que conozco".

"¿Son los misioneros estadounidenses un elemento perturbador en la Argentina?", le pregunté.

"¡Eso es ridículo!", exclamó; y continuó: "Por otra parte, necesitamos ser perturbados en este continente. El catolicismo entre nosotros ha perdido su espiritualidad. Se ha vuelto muy materialista. Necesitamos en nuestra América la levadura de la moral cristiana".

Los latinoamericanos ven en el protestantismo muchos de los elementos que desean para su propia vida religiosa. El doctor Ferraz, el influyente jurista brasileño y presidente de la Corte de Apelaciones, a quien ya he citado, subraya que:

"La diferencia fundamental entre estas dos grandes ramas del cristianismo está en el carácter político. El protestantismo es democrático-federativo. El mundo cristiano protestante es una vasta federación de iglesias, gobernadas democráticamente, en conformidad con el régimen de las primeras iglesias cristianas. La vida local es intensa y favorable a la incorporación de la

doctrina evangélica en la vida del pueblo. *Tiende a la formación de un pueblo de sacerdotes y reyes. El pueblo mismo ejerce el ministerio del altar.*

"El catolicismo romano, en cambio, es una monarquía absoluta, con acentuadas actividades políticas. Ahora bien: en el terreno político, los hombres siempre han de dividirse. La doctrina de Cristo, en cambio, es una fuerza de unión."

Los latinoamericanos que piensan no vacilan en reconocer que sus pueblos necesitan urgentemente una fe religiosa que, más que un simple formalismo, sea una fuente de fortaleza de carácter y moralidad. Los "ácidos del modernismo" han provocado en ellos una profunda reacción contra una religión de superstición.

El doctor Plinio Barreto es uno de los más destacados abogados de San Pablo, Brasil. En ocasión de la visita del señor Herbert Hoover al Brasil, era director del diario de más circulación en el estado de San Pablo. En esa oportunidad produjo una gran impresión en los brasileños el hecho de que el señor Hoover, como lo habían hecho antes Teodoro Roosevelt y Bryan, declinara todo compromiso oficial que pudiera impedirle asistir a la iglesia evangélica el domingo por la mañana. Plinio Barreto comentó esa actitud en un editorial en que reconocía la íntima relación entre una verdadera experiencia religiosa y un carácter moral íntegro. Citamos algunos párrafos:

"Nada reveló a Mr. Hoover tan bien... como el cuidado con que el domingo asistió a un servicio religioso... Este acto revela a un hombre habituado al culto de las cosas espirituales, y que tiene el valor de sus convicciones... El sentimiento religioso, cuando es puro y verdadero, es la indicación más cierta de una moral elevada. El hipócrita, el fanático, el hombre de prácticas supersticiosas es simplemente una variedad del fraude.

Es tan impermeable a la influencia moral como a la verdadera luz de la religión.

"La religión del hombre supersticioso, como la del hipócrita, no es religión. Es una forma de inmoralidad. No eleva, degrada. No inspira confianza, lo pone a uno en guardia; no revela nobleza de alma, trasunta o bien villanía o estulticia. Es una máscara, no una armadura; una trampa, no una fortaleza. La religión de Hoover, porque es simple, porque es real, es la única clase de religión fructífera y respetable."

La América Latina merece, en el sentido religioso, un "new deal". Una enorme multitud, tanto de indios como de los que no lo son, nunca han tenido oportunidad de conocer a Cristo como un Salvador personal y un poder transformador. La forma de cristianismo que ha predominado en este continente no ha sido capaz de interpretar a las masas el Cristo vivo de los evangelios ni desarrollar un tipo de vida predominantemente ética, salvo en una minoría selecta. Difícilmente podrá florecer la democracia en una atmósfera de autocracia religiosa. Una religión personal y una experiencia espiritual lograda "con temor y temblor", son las bases necesarias para el éxito de la democracia política y económica. Sin la profunda influencia ética del verdadero cristianismo, las naciones sudamericanas presentarán el trágico espectáculo de pueblos que han granjeado el mundo material, pero han perdido sus almas. La América del Sur sin la influencia del Cristo vivo será en lo futuro la santabárbara del mundo. Tendrá el esplendor del moderno paganismo, sin el dominio interior de las convicciones religiosas. Con su potencial humano no afectado por la actual guerra y sus vastos recursos naturales apenas explorados, está frente a su vecino del Norte como un amigo y colaborador en potencia, si una experiencia espiritual puede unir a los dos continentes, o como un posible enemigo, si las fuerzas irresponsables del egoís-

mo y la explotación dominan las vidas de estos jóvenes gigantes que justamente ahora están ocupando su lugar en la comunidad de las naciones.

XI

EL DERECHO DE HEREJIA

"Donde no se reconoce el derecho de herejía no hay democracia; porque sin herejía no hay progreso, como que todos los grandes movimientos del espíritu humano han sido en sus inicios herejías ante los órdenes establecidos que trastornaron", así escribe el prestigioso escritor mexicano Alberto Rembao, en un reciente editorial de *La Nueva Democracia*, revista de la cual es director:

"La democracia consiste en concebir que ella misma admita superación. Democracia es esfuerzo más bien que logro acabado. Democracia es avance y modo de pie puesto apenas en el umbral de lo futuro desconocido. Democracia es experimento del espíritu joven y audaz —aventura de gente moza que no sabe de miedo y se echa con toda el alma al mar sin fondo de esa inmensidad que se le designa con el nombre de mañana. Empero, la audacia democrática de los libres es promoción disciplinada... porque lo que hace es acto de fe en eso que se llama *el pueblo*, y porque cree en lo que se dice el *bienestar común*, la felicidad de los muchos como superior y más deseable que la de unos cuantos. El derecho de herejía es, así, derecho de salida a la frontera de lo conocible. El hereje es salidor que reclama la libertad de disentir, la prerrogativa de

abandonar los límites antiguos y aceptados... en busca de nuevas demarcaciones."

San Agustín en su *Civita Dei* reconoce lo que, con toda justicia, podríamos llamar el aspecto protestante del cristianismo. Señala que hay un "leit motif" que se repite en la sacra historia de la ciudad de Dios. Cada importante acto en el drama divino se inicia con algunos individuos o pequeños grupos que son "llamados fuera" de su medio mundano y que luego siguen viviendo como peregrinos y advenedizos mientras esperan "ciudad con fundamentos el artífice y hacedor de la cual es Dios" (Epístola a los Hebreos, cap. 11, vers. 10). Así los discípulos de Cristo, en todas las épocas, viven no por la fuerza y gracia del medio que les rodea, sino por medio de un poder venido de lo alto que les libra de la dominación del medio terreno en que viven para convertirlos en ciudadanos de un mundo supermaterial.

Siempre que la humanidad ha llegado a lo que parecía un callejón sin salida, no ha faltado un "protestante" o un "hereje" que señale el camino de salida hacia la tierra de promisión a través de las aguas de un mar Rojo o por la senda de un Gólgota o la instrumentalidad de una cruz.

Si el cisma es siempre un pecado, como algunos católicos quieren hacernos creer, entonces pecó Abraham al salir de Harán y Cristo al condenar el templo, y los primitivos cristianos al separarse de las sinagogas. Tales escisiones son siempre dolorosas, pero no pecaminosas, a menos que vayan acompañadas de orgullo y desprecio por los demás.

No son los que "salen", sino más bien los que se "quedan" los que más daño hacen al cuerpo de Cristo que es la Iglesia, los que siguen soñolientos e indiferentes en presencia de un sistema eclesiástico que ya ha caducado. El sanedrín judío con-

denó a Jesucristo logrando así conservar cierta unidad católica, y no quiso romper con las rancias tradiciones y optó por quebrantar en un cruel madero el cuerpo inocente del Galileo. ¡Unidad falsa y precaria!

"Por el fruto se conoce el árbol, y si el protestantismo nos ha dado naciones como la liberalísima nación de Norteamérica, donde el catolicismo constituye una minoría, ¿por qué no hemos de admitir sus benéficas influencias sobre los destinos del Brasil?", pregunta el escritor, periodista y catedrático brasileño doctor Raimundo Nogueira de Faria en la declaración escrita que me diera.

"No sería posible negar jamás esta verdad", sigue diciendo, "comprobada por la historia: los países donde la formación del espíritu popular sufre la tutela del clero católico, permanecen estacionarios. Italia se hace notable por su culto a las bellas artes; Portugal por la audacia sin par de sus famosos navegantes, así también como España debe la fase áurea de su historia a la intrepidez y el coraje leonino de sus conquistadores. Mas es innegable que Holanda e Inglaterra deben su grandeza al espíritu de disciplina que el protestantismo les inspiró... no tenemos, pues, recelo alguno, sino que más bien nos felicitamos por la colaboración que el protestantismo pueda prestar a la grandeza del Brasil."

El arquitecto ingeniero que hoy dirige la construcción del edificio más alto de la ciudad de México me dijo que lo que más necesitaba la América Latina es una revolución que sería el resultado de la aplicación de los principios cristianos a la solución de todos nuestros problemas. El catolicismo y el protestantismo deben unir sus fuerzas, cree este arquitecto-filósofo, contra el enemigo común que es el materialismo.

"¿Deberían los católicos norteamericanos enviar misioneros a México?", le pregunté:

"Quizás eso nos ayudaría un poco", me contestó. "Mucho dependería de qué clase de misioneros enviaran. Yo preferiría un misionero protestante que viniera con espíritu cristiano a obligarnos a pensar, a diez misioneros católicos que no hiciesen nada para estimular nuestras mentes."

En un artículo que aparece en *Criterio* (Nº 883, 1º de febrero de 1945), Mons. Gustavo J. Franceschi hace un estudio del protestantismo en la Argentina. Dice:

"... los hombres de ascendencia latina... difícilmente nos incorporamos a una *confesión* protestante, sobre todo cuando tiene un carácter tan marcadamente anglosajón como lo lleva todo cuanto nos está viniendo del norte."

A lo cual habría que contestar recordándole nuevamente al autor de este artículo que el 90 % de los evangélicos en la América del Sur son "hombres y mujeres nacidos en esta tierra americana, a cuyo suelo están enraizados por la sangre y la tradición." Cristo no pertenece a determinado pueblo o raza. Y el evangelio que las iglesias evangélicas ofrecen a los pueblos de este continente no viene de la América del Norte ni de Roma. Viene de Dios por medio de la revelación y enseñanza de Jesucristo.

Se queja, además, Mons. Franceschi de que los protestantes no "*hacen* miembros fehacientes de esta o aquella confesión", pero "*deshacen católicos*..." En mi entrevista con el doctor Manuel Núñez Regueiro, intelectual uruguayo a quien ya he mencionado, le pregunté: ¿Es la obra evangélica en estos países latinos negativa, y será verdad que sólo priva de su fe al católico, dejándolo en la incredulidad?

"Esa afirmación es una de las tesis más absurdas defendidas por el absolutismo excluyente de la prédica ultramontana", contestó el erudito autor de *Suma contra una nueva edad media.* "De acuerdo al dictado de mi misma experiencia personal, yo

diría que la casi totalidad de los actuales convertidos al protestantismo, son de filiación original católica. Ellos y sus padres eran católicos en su mayoría, o indiferentes a toda religión. El católico, "se hace protestante" precisamente porque encuentra en la fe evangelista una nueva fe que antes no tenía, una fe que tiene contenido y sentido, que sabe lo que quiere y adonde va. La fe del católico, si era fe de Cristo, gana en profundidad y se alimenta de nuevos elementos espirituales antes desconocidos, que vienen por conocimiento directo de la sabiduría de la Biblia, el libro siempre sagrado para el protestante. Mi padre, hijo de un médico español, de familia de curas y obispos católicos, que fué monaguillo en España y estudiaba latín con el párroco de su pueblo, se convirtió al Evangelio (oyendo predicarlo en una iglesia metodista) en momento de absoluto abandono de su antigua religión paterna, de verdadero ateísmo. Y vivió santificando su vida, y murió cantando himnos, en esa fe. Yo, escuchando desde muy niño la lectura del Nuevo Testamento, salí de la Escuela Dominical de la Iglesia Metodista, con un tesoro de tan alto precio que espero no me abandonará durante toda mi vida y deseo ardientemente sea la herencia mejor que deje a mis hijos a quienes yo también instruyo en la misma enseñanza. Luego, los protestantes, en cuanto se refiere a este testimonio mío personal y al de tantos muchos otros de católicos convertidos al Evangelio, no sólo no han perdido su fe, si alguna tenían, sino que se ha avivado profundamente con un conocimiento más claro e íntimo de la ley y del amor de Cristo; y ninguno que yo conozca, verdaderamente influenciado por el protestantismo, ha caído en la noche de la incredulidad. Todos ellos, confiesan que eran antes "ciegos" y ahora "ven", según el sentido del Evangelio."

El conocido abogado argentino y hombre de letras, doctor Enrique Jorge, tuvo la bondad de concederme una entrevista. Es un destacado miembro de la asociación de abogados, ex director de la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales,* miembro

corresponsal del "Instituto de abogados brasileños" y autor de varios libros sobre cuestiones de jurisprudencia.

"Soy cristiano", declaró el doctor Jorge, "a pesar de no estar afiliado a ninguna iglesia. Creo en la iglesia, en lo que es divino en la iglesia, en lo que es realmente espiritual. Acostumbro hacer un distingo entre religión e iglesia. No siempre son una misma cosa. No creo en la iglesia como organización política."

"¿Deberían los misioneros protestantes retirarse de un país donde no se les mira con aprobación?", le pregunté.

"En manera alguna", contestó el doctor Jorge; "el misionero debe ir allí donde se le necesite y no sólo donde se le recibe con cariño. Había algunos lugares donde no se le quería recibir a Jesús. En ciertas localidades lo apedrearon; sin embargo, prosiguió con su misión. Hay un importante campo de acción para el protestantismo en este país (Argentina). Hay muchos católicos que están hondamente preocupados por la condición náda satisfactoria de la espiritualidad de la iglesia. Otros son anticlericales a pesar de ser leales a la iglesia. Estos pueblos latinos se caracterizan por una profunda sensibilidad espiritual. No gustan andar a la deriva espiritual o culturalmente. Es, pues, fuerte en ellos la tendencia a preservar una relación externa o nominal con la iglesia, aunque desde hace mucho tiempo hayan renunciado desesperadamente a toda creencia en sus dogmas. La religión ha venido a ser para ellos una función social, un aspecto decorativo de la vida."

Como acertadamente nos lo recuerda Luis Alberto Sánchez, gran parte de nuestra historia colonial se explica mediante la lucha del cabildo contra el gobierno y casi toda nuestra historia republicana se desenvuelve bajo el signo del libre pensamiento, "patente en todos los próceres políticos de la independencia y en la mayoría de nuestros mentores intelectuales." Y el futuro de nuestra América está con los sucesores y continuadores legí-

timos de esta tradición liberal y no con los grupos reaccionarios y conservadores que quieren que volvamos a "vivir colonialmente y ser considerados colonos."

No se extrañen, pues, nuestros amigos norteamericanos, si la vasta mayoría de los pueblos latinoamericanos creen que los que aclaman al generalísimo Franco, considerándolo como héroe cristiano, tienen un extraño concepto del cristianismo. Que el apoyo que el Vaticano diera a Franco ha comprometido el buen nombre de la iglesia católica romana, y que la relación que la iglesia ha sostenido con el fascismo y las dictaduras hace dudar de que ella pueda estar sinceramente de parte de las cuatro libertades que la Carta del Atlántico ofrece a la humanidad.

XII

¿DE LUTERO A HITLER?

En ciertos círculos ha predominado la peregrina teoría de que el nazismo es el resultado final de una evolución que comenzó con la Reforma luterana. El error de colocar a Lutero al principio de un proceso que finalmente colocó a Hitler en el centro del escenario alemán, es a veces el resultado de una ignorancia casi imperdonable, pero en la mayor parte de los casos es un arma que la mala fe esgrime contra el protestantismo.

Comentando esta grosera relación que se quiere establecer entre la Reforma y el nazismo, el escritor suizo Denis de Rougemont, dice:

"El autor de un libro reciente sobre Alemania, escribe que la nación educada por Lutero estaba dispuesta a entregarse a cualquier déspota, con tal que fuera alemán y protestante. Ahora bien: el déspota llegó; era austríaco y católico."

"¿Es o no Niemoller un luterano? ¿Es o no el Führer católico de nacimiento? ¿Es cierto o no que éste ha hecho encarcelar a aquél? ¿Fué o no gobernada por Brüning, jefe del partido católico del centro, la Alemania pre-hitlerista? ¿Fué o no obra de von Papen, católico, la entronización de Hitler? ¿Tenía o no Alemania, desde hace siglos, un 38 por ciento de católicos (hoy 50 por ciento)?"

Estas son algunas de las preguntas que luego formula Rougemont:

Si el luteranismo hubiese producido el nazismo en Alemania, cabría preguntar por qué los países escandinavos, donde más ha triunfado el luteranismo, son dechados de libertad democrática.

El nazismo es la negación de la conciencia individual. ¿Qué relación entonces, podría haber entre Hitler y Lutero el valiente fraile agustino que osó enfrentarse al emperador y al Papa, y que no se amilanó ante el peligro de la hoguera por cumplir con Dios y su conciencia?

Otro "canard" que se oye en algunos círculos católicos es el que afirma que "*los protestantes tienen como fundador a un rey malo y perjuro, y a un fraile traidor*". El "rey malo", es Enrique VIII y el "fraile traidor", Martín Lutero. Veamos.

El título de *Defensor de la fe*, que ostentan los monarcas británicos, fué conferido por el Papa a Enrique VIII por su libro *contra Lutero*. ¿Cómo pudo entonces Enrique haber sido uno de los fundadores del protestantismo? Este rey proclamó los seis artículos que había que creer so pena de muerte: la transubstanciación, la comunión en una sola especie, el celibato del clero, la perpetuidad de los votos de castidad, el valor de las misas privadas y la confesión auricular, doctrinas que los protestantes rechazan. Tan excelentes fueron los servicios que Enrique prestó al catolicismo en Inglaterra que el Papa reconoció en él un verdadero "defensor de la fe." Enrique VIII no dejó de ser católico romano en ningún momento, y en su testamento legó propiedades que redituaban 600 libras esterlinas al año para que a perpetuidad se celebrasen misas por su alma. Tuvo, es verdad, una desavenencia con el Papa, quien por temor a Carlos V, no quiso confirmar la invalidez del matrimonio de Enrique con Catalina de Aragón, viuda de su hermano.

En la reciente pastoral del episcopado argentino se dice: "El protestantismo procedió de la crítica de los abusos. Debió ayudar a corregirlos dentro de la unidad..." ¿De modo, pues, que el deber de los que sinceramente deseaban una reforma era trabajar dentro del antiguo sistema? Pero eso es lo que se había intentado muchas veces. La personalidad religiosa más potente del siglo XV entre los frailes fué Savonarola, y fué ahorcado y quemado. Tan antigua como la formación de la jerarquía eclesiástica han sido las tentativas para reformarla.

Durante mucho tiempo se había podido apreciar que la iglesia occidental estaba moralmente en decadencia. Aquellos que, entre el clero y los laicos, deseaban el bien de la iglesia y de la sociedad cristiana, se expresaban habitualmente llenos de alarma o desesperación. Las más vehementes invectivas de Lutero, Calvino, Tyndale y Knox no fueron más severas que las lanzadas contra la iglesia papal por hombres cuya ortodoxia medieval nadie discute.

Dionisio el Cartujo, fué un monje de la diócesis de Lieja, que murió en 1471. Pertenecía a una orden que gozaba de una reputación de singular piedad entre las numerosas organizaciones monásticas. Entre sus muchos escritos hay un libro titulado: *De la vida del Clero.* En dicha obra fustiga a los obispos por la mundanalidad de su conducta, reconociendo sólo unas pocas excepciones. Dice que eran hombres dados a todos los pecados: bravucones, aduladores, lujuriosos, disolutos y avaros, y que comerciaban con los destinos eclesiásticos. En el concilio de Basilea, el obispo de Lübeck propuso la abolición de la regla del celibato. Otro cartujo —Jacobo de Jüterbock, profesor en Erfurt— escribió un tratado titulado: *Sobre la negligencia de los prelados* (1449). Jacobo no abriga casi esperanza alguna. Las cosas han de ir de mal en peor hasta que Dios se digne intervenir. Es casi imposible esperar una reforma. El Papa debería some-

terse a la decisión de un concilio reformador. Quiere Jacobo revivir el conciliarismo de la generación anterior. Si el mismo San Pedro hubo de ser reprobado, ¿por qué no su sucesor?

En Inglaterra, Tomás Gascoigne, canciller de la Universidad de Oxford escribió, alrededor de 1450, *El libro de las verdades* en el cual, en medio de frecuentes expresiones de pena e impaciencia, da muchos ejemplos de la asombrosa venalidad y descuido de sus deberes por parte de los papas de Roma, los cardenales y el clero, y los obispos y abades ingleses.

Escribiendo en 1485, cuando Lutero todavía era niño, Juan Frithemins, abad de Spannheim, dice que el clero es reclutado entre hombres que no tienen ni conocimientos ni conciencia... adictos a la bebida y al juego, y desprovistos de todo temor de Dios.

"Cuando pienso en los sacerdotes", declara Savonarola, "me dan ganas de llorar... Un terrible castigo les aguarda." Hilaire Belloc, escritor inglés y católico, que acostumbra disimular las faltas y exaltar las virtudes de otros papas, dice de Alejandro VI (1492-503) que su conducta "sacudió el edificio del prestigio papal" y que sus once años de pontificado "fueron de efectos lamentables y permanentes."

Los reformistas trataron de curar estos males por medio de la celebración de concilios. El Concilio de Constanza (1414-18) fué una de las grandes reuniones parlamentarias de la iglesia. Querían francamente los miembros de este y otros concilios reducir la monarquía absoluta del papa a una monarquía limitada. La autoridad suprema habría de investirla un concilio general representativo (que es la forma en que hoy se gobiernan las iglesias evangélicas). Pero los papas y el clero italiano en general se opusieron siempre a estas tentativas de reforma. El Concilio Lateranense sesionó durante cinco años sin realizar ninguna

reforma seria. Pocos meses después de su clausura, en 1517, Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en Wittenberg.

El movimiento protestante revivió en gran parte las antiguas concepciones de los conciliaristas. En el año siguiente a la clausura del inútil V Concilio Lateranense, Martín Lutero, empleando el mismo lenguaje del de Constanta, convocó un Concilio cristiano libre. Repitió su apelación en 1520, y él y sus seguidores reiteraron muchas veces la apelación en años subsiguientes. El protestantismo tomó en todas partes una forma de organización conciliar en oposición a la monarquía. Todos estos hechos significan que los reformadores trabajan "dentro" de aquella parte de la iglesia que respondió a sus afanes reformistas. Congregaron bajo sus banderas las fuerzas vitales de la tradición.

¿Era necesaria la Reforma? Es innegable. "La llaga era demasiado profunda", dice el historiador del papado, Ludovico Pastor.

"La vuelta a la seriedad moral en el papado", dice el profesor Juan McNeill [45], comenzó con Pablo III y su comisión de nuevos cardenales, nombrada para informar sobre la situación reinante y proponer reformas. El informe que presentaron (*Sugestiones para la reforma de la iglesia*, 1537) indica claramente que no se había hecho aún nada substancial para terminar con los abusos. Algunos defensores modernos del papado han adoptado lo que en esencia es el cínico argumento del personaje judío de Bocaccio. El papado, dicen, debe haber tenido el apoyo divino; de otro modo, hubiera sucumbido por sus abominaciones. Pero si fué de Dios que recibió un nuevo hálito de vida, seguramente

[45] Véase un excelente estudio por el doctor McNeill sobre el tema *¿Era necesaria la Reforma?* en el libro *Espíritu y mensaje del protestantismo* que acaba de publicar la editorial La Aurora, Corrientes 728, Buenos Aires. Algunos de los datos arriba consignados han sido tomados de ese estudio.

para su restauración se empleó una agencia secundaria. No cabe duda de que el nuevo espíritu de gravedad y responsabilidad que hizo posible la contrarreforma, fué, al menos en gran parte, una respuesta a la Reforma. Tiene razón Burckhardt: "La salvación moral del papado se debió a sus enemigos mortales".

Los países en que la democracia ha llegado a ser algo más que un lejano ideal, son los países protestantes. Estos son los que desafiaron y finalmente destruyeron los movimientos políticos totalitarios. ¿Es verdad o no que en las repúblicas latinoamericanas el clero ha estado generalmente de parte de las dictaduras? En cambio los protestantes han favorecido siempre a los gobiernos populares o constitucionales. En México, Colombia, Perú, el Uruguay como en las demás repúblicas, los evangélicos se han inclinado hacia un "izquierdismo con Dios." *Orden Cristiano*, órgano católico publicado en Buenos Aires y *Tribuna Católica*, órgano oficial de la Acción Católica en el Uruguay, se han quejado con justicia de la inveterada costumbre de la iglesia católica de ponerse de parte de las derechas conservadoras. Dice esta última revista: "Se siente ya vivamente que la solidaridad con las derechas ha sido demasiado pesada. Que éstas han monopolizado el estandarte religioso, y le han confundido por demás con propósitos y fines políticos, frente a los cuales, la doctrina social de la iglesia y las tradiciones cristianas de defensa de los derechos oprimidos, tienen reparos esenciales que oponer" (septiembre de 1942).

Nadie jamás ha sentido la necesidad de hacer un llamamiento a los protestantes para que se pongan de parte de las tendencias liberales. En todas las manifestaciones de su religiosidad se mantienen demasiado cerca del Carpintero de Nazaret como para apostatar de una filosofía cristiana que, como dice *Tribuna Católica*, ha defendido siempre los derechos de los opri-

midos. En realidad, en algunos círculos sociales se les reprocha a los protestantes el ser revolucionarios. No creo que podamos negar el carácter revolucionario de la Reforma. Los que iniciaron ese movimiento lo consideraban como una revolución contra un régimen intolerable. En la historia de los estados llegan momentos en que una revolución es la única forma de conseguir un gobierno decente, la única manera de asegurar la salvación política de un pueblo. En tales casos a los revolucionarios no se les tilda de traidores, sino de patriotas.

El conocido escritor e historiador inglés, H. G. Wells, acaba de publicar un libro [46], en que fustiga la tendencia antidemocrática de la jerarquía católica romana considerándola un factor de peligro en el mundo actual. Dice este prestigioso pensador en uno de sus párrafos:

"A medida que la actual guerra va desarrollándose, y aun si se estableciera temporariamente una especie de paz a medias antes de que degenere en una maraña de guerras menores, será cada vez más evidente que ya no es más esta titánica lucha una guerra de gobiernos, naciones, y pueblos determinada por factores geográficos, sino una lucha de extensión mundial de nuestra especie humana para librarse del estrangulante pulpo del cristianismo católico. En todas partes la iglesia extiende sus tentáculos y pelea por prolongar el martirio del hombre... Como un pólipo, carece de impulso creador y le mueve sólo el instinto de conservación. En Irlanda, España, Italia, en la parte de Francia que es reaccionaria, en Norte y Sud América, en el Japón, y dondequiera pueda extender uno de sus tentáculos, busca aliados entre todo elemento por más vil que sea socialmente, que pudiera ayudarla a continuar su lucha contra el liberalismo

---

[46] *Crux Ansata*, Agora Publishing Co., 229 West. 49th Street, Nueva York.

incipiente de las democracias unidas, como llenos de esperanza, tenemos la costumbre de llamarlas."

¿Existe en realidad esa grave amenaza o estará Wells arremetiendo contra molinos de viento?

XIII

LAS MISIONES PROTESTANTES EN LA AMERICA LATINA DEBEN CONTINUAR

En el curso de mi reciente viaje por la América Latina consideré importante ponerme en contacto con los representantes del Departamento de Estado de los Estados Unidos y de la Oficina del Coordinador. Especialmente interesante fué la conversación que sostuve con uno de los agregados culturales.

Al ser introducido en su oficina, abrí la conversación refiriéndole mi interés por la controversia católico-protestante sobre la América Latina.

"Es un problema muy serio", me dijo él. "No sé qué va a suceder con la venida de grupos protestantes fanáticos y extremistas."

"Pero, ¿cómo puede usted impedirles que vengan?", le pregunté. "¿No es ese uno de los inevitables riesgos de la democracia? La supresión o represión de esos grupos disidentes nos llevaría al fascismo o al totalitarismo."

"Son un descrédito para los Estados Unidos", insistió.

"Pero, ¿no ha habido muchos malos comerciantes que también han desacreditado a los Estados Unidos?", le pregunté. "¿Sostendría usted que, por lo tanto, ningún comerciante norteamericano debería entrar en la América Latina?"

"No le veo mucha fuerza a ese argumento", me replicó. "El hecho de que hayan venido a estos países comerciantes indignos, no es motivo para que debamos amparar la entrada de estos perturbadores religiosos. Reconozco la espléndida labor de las escuelas presbiterianas en este país. ¿Quién podría negar que el aumento de tales establecimientos educativos significaría mucho para el despertamiento y el progreso del mismo?"

"Pero", le dije, "los católicos no hacen esa distinción entre protestantes serios e insensatos. Aquí, lo mismo que en los Estados Unidos, están constantemente diciendo que esas escuelas existen con el único propósito de hacer obra proselitista."

"Usted ve la difícil posición en que se encuentra el gobierno de Washington", me contestó. "Allá está siendo presionado por los protestantes; aquí, por los católicos."

Yo tuve que negar la primera parte de esta afirmación. "En Washington no hay ninguna presión organizada de los protestantes, y el Departamento de Estado lo sabe perfectamente", le dije. "Pero sí existe en los Estados Unidos una campaña bien definida y persistente, desarrollada por la jerarquía católica romana, para desacreditar la obra protestante en la América del Sur, y se ha presionado al Departamento de Estado para lograr que se negaran pasaportes a misioneros protestantes. Los secretarios de distintas juntas de misiones han tratado de descubrir por qué se hacía esa diferencia, cuando a sacerdotes y monjas se les facilitaba en toda forma el viaje a la América del Sur. ¿Usted no diría que eso es hacer presión, verdad? Personalmente, no me molesta que esos distinguidos sacerdotes y hermanas norteamericanos hayan venido a la América del Sur. Moral e intelectualmente son superiores a la mayoría de sus colegas de este continente."

"Allí está, precisamente, el problema", me contestó. "¿Compararía usted la preparación y las condiciones intelectuales de esos católicos con la mentalidad de los Testigos de Jehová?"

"Pero", le objeté, "¿es justo que compare usted a algunos de los protestantes más ignorantes con los mejores de entre los católicos?"

En algún punto de la conversación mi interlocutor emitió este tributo involuntario al valor de las misiones protestantes: "Yo conozco el catolicismo hispano. Está en un polo, y el catolicismo norteamericano está en el polo opuesto. La iglesia española no ha tenido competencia y ha degenerado. No desconozco el valor de la competencia aun en el terreno de la religión."

"Un resultado de las entrevistas y conversaciones con los dirigentes del pensamiento latino americano", le dije, "es que hace abrigar la esperanza de que las relaciones entre católicos y protestantes en la América Latina se arreglarán gradualmente si los miembros de la jerarquía católica de los Estados Unidos no se entrometen. Los protestantes sabrán entendérselas con sus vecinos católicos en estos países si el problema de la libertad religiosa no se agrava por la intromisión de influencias procedentes de los Estados Unidos." Además, recordé al diplomático que los protestantes ya llevan algo más de cien años de existencia en la América Latina. "Las misiones protestantes no son nada nuevo en este continente", continué. "Tienen detrás de sí una larga y honrosa tradición. Si los católicos de los Estados Unidos dejaran de tratar de convertir un problema religioso en un problema político, llegaríamos a tener mejores católicos y mejores protestantes en la América del Sur, como resultado de nuestra rivalidad espiritual."

"Creo que lo mejor sería silenciar todo este asunto...", dijo mi amigo.

"Bueno, ¿quién comenzó?", le pregunté. "Fué la jerarquía católica norteamericana, con un fuerte sentido de su poderío político en Washington, que comenzó una campaña por medio de artículos en periódicos, charlas radiotelefónicas, proclamas episcopales y otros métodos agresivos. Muchas de sus declaraciones, cuando no enteramente falsas, han sido sólo medias verdades. Ha sido una campaña manifiestamente desleal."

"¿No sería mejor no decir nada? ¿volver la otra mejilla?"

"Eso es lo que hemos estado haciendo, con la esperanza de que disminuyera su agresividad. Pero ha llegado el tiempo de hablar en interés de la justicia y las sanas e inteligentes relaciones entre las dos Américas."

Al despedirme, le dije: "Doctor, me disgustan tanto como a usted esos protestantes fanáticos, ¡y tampoco ellos me quieren! Pero cuando me siento tentado a ponerme de parte de aquellos que quisieran impedirles la entrada en la América del Sur, recuerdo los hogares que algunas de esas personas han establecido en las ciudades y pueblos de la América Latina; hermosos hogares americanos. No hermosos por su moblaje o equipo, pues no muchos de ellos tienen refrigeradores eléctricos o colchones de muelles elásticos, sino hermosos porque conservan el ideal americano de la vida hogareña. Porque esos misioneros protestantes salen, los casados cada uno con su esposa y por lo general con hijos, y en tales hogares se ve el respeto por la mujer; se demuestra la crianza cristiana de los hijos; el cuidado del hogar, la preparación de los alimentos, la abstención del uso de narcóticos, son todas contribuciones positivas a la elevación de la vida latinoamericana. Al recordar todo esto, uno no puede menos que admitir que aun los subproductos de las actividades de los más estrechos sectarios pueden contarse a veces entre las contribuciones más valiosas de las misiones protestantes."

Hasta aquí mi entrevista con aquel diplomático.

Todo esfuerzo para llevar una determinada filosofía o evangelio a otros, encierra un gran riesgo. ¡No es una vocación sencilla y segura! No se puede predecir nunca lo que va a suceder.

"Aquellos que intentan conducir a la humanidad a su propia manera específica de ver a Dios incurrirán siempre en el reproche de los de mente amplia por su estrechez, en el ridículo de los sabios según el mundo por su falta de humor, y en la ira de los estadistas perturbados para quienes son, cuando mucho, intrusos molestos." Así dice el profesor William E. Hocking, de la Universidad de Harvard.[47] Y termina: "Sin embargo, la obra que ellos han realizado es lo más aproximado a la pura y desinteresada buena voluntad que el mundo haya visto; y sus frutos, directos e incidentales, han dejado marcas en la historia que la humanidad considerará siempre con reverencia y gratitud, y que no hubieran sido posibles por ningún otro motivo concebible."

El protestantismo no ha de disculparse por su interés en las misiones, ni se dejará impresionar por los argumentos que se esgrimen en favor de una moratoria de tales actividades durante este período de guerra. "La religión cristiana ha comenzado algunos de sus más significativos avances en medio de lo que los contemporáneos consideraban como desastrosos y aplastantes reveses", dice el profesor Kenneth S. Latourette, de la Universidad de Yale, Estados Unidos; "...en épocas de aparente desastre, en formas que el observador casual hubiera eludido... han surgido del cristianismo nuevos movimientos que han llevado a la fe a nuevas conquistas",[48]. El profesor Latourette señala luego el hecho de que el movimiento misionero moderno empezó

---

[47] En un folleto, *Evangelism.*

[48] "Las misiones y las guerras", en *The International Review of Missions*, octubre, 1942.

en días de gran conmoción mundial y cuando la Revolución Francesa estaba en la cúspide de su violencia. "En 1795, cuando las luchas de la Revolución Francesa estaban bien adelantadas, se organizó la Sociedad Misionera de Londres", dice. "En 1797, a pesar de la ocupación francesa de Holanda, se organizó la Sociedad Misionera Holandesa."

En los días turbulentos de 1812, justamente antes de la segunda guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y cuando los ingleses estaban secuestrando los barcos americanos, un grupo de misioneros se atrevió a romper el bloqueo y zarparon para el Oriente. A pesar de las enormes dificultades para el transporte, Roberto Morrison llegó a la China. En aquella época, esa empresa de difusión del evangelio puede haber parecido inoportuna en un mundo en guerra. Pero con la perspectiva que nosotros tenemos podemos ver que los acontecimientos verdaderamente significativos de aquellos tormentosos días no fueron las grandes victorias o derrotas de los ejércitos en lucha, sino aquellas empresas misioneras que se inauguraron y que han producido una abundante cosecha de aliados cristianos en el Oriente. El generalísimo Chiang Kai-shek y su esposa se cuentan entre las valiosas ganancias de aquel esfuerzo misionero.

¿Cuál es la actitud de los protestantes hacia el problema que nos preocupa en este libro? Dice una reciente declaración publicada en Buenos Aires:

"Refirmamos, en estos días de sombra y regresión, la necesidad de sustentar el espíritu de lucha por la redención integral del ser humano frente a los intentos de menoscabar la libertad de pensamiento y fomentar la intolerancia religiosa que amenaza intensificarse más en nuestros países.

"Somos hijos de América Latina. Más del 90 % de nuestra feligresía está constituída por hombres y mujeres nacidos en

esta tierra americana, a cuyo suelo estamos enraizados por la sangre y la tradición hogareña y patriótica; a cuya historia estamos entroncados como fuerza propulsora de una cultura integral basada en el evangelio de Cristo y a cuyo porvenir nos debemos y nos damos en renovado holocausto de amor santo y fe imperecedera en el triunfo de la verdad y de la justicia que surgen de Dios.

"Como latinoamericanos amamos nuestra tradición, nuestra cultura, nuestras Cartas Magnas y todos aquellos valores positivos que nos legaron nuestros mayores y que constituyen el acervo espiritual que nos ayudará a vivir y colaborar en la construcción de nuevas y mejores generaciones.

"La lucha por la libertad que ahora se desarrolla en el mundo entero, nos lleva a pensar de nuestro patrimonio americano. Nuestros mayores, al fundar las repúblicas hispanoamericanas, buscaron la libertad en el mundo occidental, y se la legaron a sus descendientes como prenda de inestimable valor. Desde muy temprano en la historia de estos países, se les concedió a todos los grupos religiosos, libertad de entrar al territorio nacional y de practicar y propagar su fe. De acuerdo con esta doctrina de libertad de conciencia, inherente al cristianismo y asociada históricamente con la expresión protestante de la religión cristiana, se han respetado con diligencia los derechos de las minorías religiosas tanto cristianas como no cristianas.

"Nuestra experiencia ha sido al efecto de que la libre acción mutua de las creencias religiosas, y el esfuerzo de cada una de ellas de expresar la verdad y la bondad que mantienen, han sido un factor importante en el desarrollo cultural de la humanidad. Pues, en las cosas del espíritu, de igual modo que en las cosas materiales, el principio del monopolio ha tenido, y seguirá teniendo, resultados nefastos en extremo.

"En ejercicio de esta libertad, y movidos por el solo impulso de su fe religiosa, los cristianos protestantes hemos sido emisarios de buena voluntad en todas las regiones del globo. Mediante la circulación de la Biblia impresa en mil idiomas, y mediante la proclamación de las verdades en ella contenidas, por el establecimiento de escuelas y hospitales, por el esfuerzo industrial y agrícola en los distritos rurales, los representantes del protestantismo le han dado expresión práctica a las implicaciones del Evangelio cristiano. De igual suerte, hemos cooperado con grupos nacionales en numerosas regiones del globo, y con los representantes de todos los credos religiosos, con el fin de fomentar el bienestar público en todas sus fases.

"Es, pues, con profunda ansiedad que contemplamos un esfuerzo por circunscribir la libertad religiosa de los cristianos protestantes en la proclamación de su fe. No nos podemos imaginar otra política que de manera más cierta que ésta proyecte en el nuevo mundo la intolerancia perniciosa que actualmente está produciendo consecuencias tan trágicas en la vida contemporánea de Europa. Por tanto, sentimos que es de nuestra incumbencia hacer las siguientes afirmaciones lisas y llanas:

"Considerando que toda verdad emana de Dios, creemos que en el terreno de la verdad religiosa, y la experiencia espiritual, debe existir la misma libertad que impera en el mundo de la verdad cintífica o en el laboratorio de la experiencia humana. Si la química, la física, la astronomía y la biología hubiesen sido entorpecidas por la fiscalización de un grupo de hombres que se perpetuara a sí mismo a través del tiempo, y que insistiera en la supresión de toda idea nueva, ¿acaso esas ciencias hubiesen alcanzado el alto plano de desarrollo que ocupan hoy? Creemos, pues, que debe existir la más absoluta libertad de examen, de estudio y experimentación en el reino de lo espiritual como existe en el terreno de los fenómenos materiales."

De esto surgen los dos principios básicos del movimiento evangélico:

Primero: Sostenemos la primitiva doctrina del Cristianismo del sacerdocio universal de todos los creyentes. Creemos que el cristiano por sí, individualmente, y a su manera, puede dirigirse en oración a Dios, Padre Celestial de los hombres, y que debe tener acceso libre a la Biblia para estudiar y formar sus propias conclusiones acerca del significado y valor de las Sagradas Escrituras. Creemos que movido por un verdadero arrepentimiento, puede el hombre acudir directamente a Dios, sin intermediarios humanos, para recibir perdón y gracia de lo alto.

El segundo principio básico del movimiento cristiano evangélico se desprende, por consiguiente, del primero y es: el derecho que le asiste al individuo de formar opinión propia y de juzgar con criterio personal todo lo que atañe a la religión al igual que se hace en las demás experiencias de la vida. Esto no quiere decir que el protestantismo desprecie la autoridad y el discernimiento de sabios doctores y peritos en la interpretación de la Biblia y la comprensión de la experiencia religiosa. Pero sí quiere decir que se ha negado a conceder a sus ministros, eruditos y santos el carácter de infalibles. Las iglesias protestantes consideran que la vida religiosa debe tener ante todo el carácter de una experiencia íntima y personal. Defienden esas iglesias el derecho inalienable, concedido al hombre por Dios mismo, de ocuparse personalmente de los asuntos del espíritu, cumpliendo el mandato del apóstol San Pablo: "Ocupaos de vuestra propia salvación con temor y temblor." No negamos que esta sagrada libertad haya sido a veces abusada y que haya resultado en la formación de una variedad de organizaciones e iglesias cristianas. Pero no se debe olvidar que, a pesar de las divisiones del protestantismo, existe una unidad

moral y espiritual. Si bien existen diferencias en detalles de interpretación doctrinal o prácticas litúrgicas, las iglesias evangélicas están unidas en su concepto acerca de la conducta moral y la vida espiritual de la persona cristiana.

Pueblos como los de Noruega, Suecia, Holanda, Suiza, Gran Bretaña, el Canadá, Australia, Nueva Zelandia y los Estados Unidos de Norte América, caracterizados todos por un vigoroso espíritu de religiosidad y un recio carácter moral, son pueblos formados en los principios de la Reforma y al calor de los ideales y las enseñanzas del protestantismo evangélico.

El protestantismo ha defendido siempre la libertad del pensamiento religioso, en el convencimiento de que la verdad y el progreso tienen mayor seguridad de sobrevivir en el goce de la libertad con sus riesgos y azares que cuando se los rodea de las vallas protectoras de una fiscalización por más elevada y santa que fuese. El verdadero evangélico se negará siempre a aceptar sin examen las ideas o experiencias religiosas que se le quieran imponer, como tampoco aceptaría así las convicciones que ha de profesar en el terreno de la acción política o social. Reiteramos que esto no implica que el pueblo evangélico rechace todo concepto de autoridad. Para nosotros la autoridad debe ser primero moral y espiritual. Aceptamos la experiencia y las enseñanzas de espíritus proféticos o santos varones cuyas vidas, por sus frutos, den pruebas de estar en relación especial con el Infinito. Pero nos negamos a asignar el carácter de infalible a ninguna humana autoridad.

La Reforma evangélica es mucho más que las ideas o enseñanzas de Lutero o Calvino, que no pueden menos que adolecer de algunas limitaciones impuestas por la época. El verdadero significado de la Reforma lo hallaremos en las ansias de realismo y la reacción en contra de un tradicionalismo esclavizante y una autoridad eclesiástica sin base moral. Así como el Renaci-

miento significaba un nuevo descubrimiento de la cultura y el arte clásicos de Roma y Grecia, la Reforma fué un movimiento del espíritu humano que ansiaba volver a la prístina pureza del evangelio de Jesucristo. Los reformadores descubrieron de nuevo la fuente de donde mana el agua de vida.

Somos iglesias que se presentan ante el mundo con un libro, la Biblia, y nos ha interesado siempre la instrucción y alfabetización de los pueblos. La escuela pública nació con la Reforma protestante. Por consiguiente, donde quiera que ha ido, el protestantismo ha fundado escuelas y ha tratado de despertar aun en el hombre más sencillo, el hábito del estudio y el anhelo de saber. Queremos cooperar con más vigor que nunca con los pueblos de la América Latina en el noble esfuerzo que realizan para desarraigar el analfabetismo que todavía pesa sobre nosotros.

No somos de ayer. Existíamos ya cuando Isaías, ochocientos años antes de Cristo, condenaba con rigor la falta de verdadera espiritualidad en las prácticas religiosas del Templo en Jerusalén (Isaías 1:11).

Estábamos con Jesucristo cuando limpió el templo de los mercaderes que lo profanaban. Estábamos a su lado cuando en la ciudad santa reprochó a los escribas y fariseos el culto sin fe que rendían a Dios: "Vosotros, fariseos, limpiáis el exterior de los vasos, pero el interior de vuestros corazones está lleno de rapiña y de maldad."

Marca así el Divino Maestro la diferencia entre el rito y la fe, entre el sentimiento religioso y las ceremonias eclesiásticas, entre la copa del rito externo y el cáliz vivo del corazón del hombre. "La letra mata, mas el espíritu da vida", declara el apóstol Pablo. Donde quiera que el espíritu lucha por imponerse a la letra, allí está la esencia del protestantismo.

Los movimientos monásticos de la Edad Media fueron protestas que surgieron del seno de la misma iglesia contra la secularización cada vez mayor de la religión. Un Claudio, sacerdote español, obispo de Turín, a principios del siglo IX; el Poverello Francisco de Asís, luego Wycliffe en Inglaterra, más tarde, Juan Hus en Bohemia, Savonarola en el esplendor del Renacimiento italiano y tantos más se esforzaron para avivar y conservar la pura llama del espíritu surgida del evangelio. Cuando los evangélicos, pues, proceden de acuerdo con la declaración del apóstol Pablo de que "la letra mata mas el espíritu da vida", están continuando, en estricta sucesión, la más honrada herencia espiritual apostólica. Dondequiera que el espíritu luche por imponerse a lo secular se pone de manifiesto la más pura esencia del cristianismo y tal es el origen de la acción del protestantismo.

A los Pueblos de América, pues, decimos en consecuencia: sean cuales fueren las circunstancias, seguiremos trabajando por la cultura espiritual de América y del mundo.

Nos esforzaremos para que los hombres sean menos ásperos y vayan sintiendo lo humano, lo fraterno y lo justo.

Lucharemos por la comprensión, la libertad y la tolerancia para que en esta hora trascendental, nuestra América despierte a la conciencia y sentir cristianos apropiándose del principio de Jesús de que sólo "la verdad nos hará libres."

Los protestantes creemos que el cristianismo sufrió un retroceso cuando permitió que la teología cayera en manos de los legistas eclesiásticos que concebían la iglesia como una institución necesitada de reglamentos al estilo del estado, concepto del cual hasta hoy ha sido incapaz de emanciparse la cristiandad latina.

El protestantismo no pide nada al estado, en ninguna parte, salvo la libertad e independencia de que ya disfruta en la mayoría de los países protestantes, y que, debido principalmente a la

influencia protestante, también la iglesia católica romana goza en los mismos países.

Pero todo esto coloca una gran responsabilidad sobre el protestantismo. Nosotros abogamos por la libertad y la democracia. ¿Pero somos todo lo conscientes que debiéramos ser de nuestras propias debilidades y de ciertas tendencias plenamente antiliberales que hay en nuestro seno?

Los protestantes, si somos fieles a nuestro evangelio, puede que tendamos siempre a ser perturbadores de la paz. Pero esto coloca sobre nosotros la responsabilidad de saber defender nuestra posición con prudencia y en forma positiva. Algunos protestantes cuyo celo excede a su sabiduría, harían bien en recordar las palabras de Shakespeare: "No calientes tanto el horno para tu enemigo, que tú mismo salgas chamuscado."

Además, la proliferación sectaria del protestantismo debiera llenarnos de vergüenza. Una y otra vez hemos visto a latinoamericanos apartarse llenos de perplejidad, de un protestantismo fragmentado. Bien se ha dicho que éste es nuestro gran pecado. En caso de conflicto entre su lealtad a la iglesia y sus convicciones individuales en materia de doctrina teológica, el protestante se ha sentido perfectamente en libertad para abandonar un cuerpo y formar otro.

Las ambiciones totalitarias de la iglesia católica romana en los Estados Unidos y en la América Latina en el campo del dominio eclesiástico, deben ser resistidas por todos los medios adecuados. Tales medios deben incluir aun la acción política de los ciudadanos que tienen sobre su corazón la causa de la libertad religiosa. Pero todos esos esfuerzos servirán de poco si el protestantismo no puede aprender a integrar y movilizar mejor sus propias fuerzas divididas. En las actuales condiciones no somos adversarios serios para la agresividad de un catolicismo unido, hábilmente dirigido por jefes astutos y habilidosos.

¿Y cuál será la actitud de los católicos romanos en el problema que hemos estado examinando? ¿Cómo piensan combinar el evangelio de las Cuatro Libertades (si es que aceptan ese evangelio) con la doctrina de un continente abierto sólo para los católicos romanos?

Es inútil tratar de ocultar las diferencias que hay entre nosotros. Tendremos que aprender que hay pocas posibilidades de construir un orden mundial basado en una cultura absolutamente común. Cualquiera sea la organización que tenga un mundo mejor, pondrá a prueba la capacidad del hombre para la tolerancia. Tendremos que aprender a vivir y trabajar con gentes que basan los ideales y normas de su vida en principios distintos de los nuestros. Por supuesto, deberá haber algún común denominador para el nuevo orden mundial. ¿No tienen, tanto los cristianos protestantes como católicos, en Cristo, ese seguro fundamento sobre el cual edificar?

¿Es demasiado esperar que podamos ganar la confianza y la ayuda de los católicos liberales americanos? Seguramente ellos ven los peligros, tanto para su iglesia como para la democracia, inherentes a la agresividad reaccionaria de esa arrogante minoría de su iglesia que ejerce presión sobre los funcionarios del estado, la prensa, el teatro y el cine, y no vacila en amenazar, ejercer coacción y boicotear.

A pesar de nuestras diferencias, es mucho lo que tenemos en común. San Francisco nos pertenece a ambos. Las soberbias catedrales construídas por hombres piadosos de la Edad Media son de inspiración católica romana, pero son también nuestras; los protestantes nos sentimos muy cómodos en ellas. Pero nos sentiríamos aun más cómodos en las basílicas que datan de fines del Imperio Romano. Y mientras más auténtico nuestro testimonio protestante, más cómodos nos sentiríamos en las catacumbas, en aquellos santuarios hogareños donde adoraban Aquila

y Priscila y donde se reunían las congregaciones de Filipos y Corinto y Antioquía. Pero para los protestantes, la suprema catedral de la fe ha de hallarse en el Aposento Alto donde los seguidores de nuestro común Maestro y Señor "estaban unánimes juntos."

La encíclica de Pío XI sobre la iglesia en Alemania declara que "el creyente tiene el derecho inalienable de profesar y practicar su fe en la forma que le parezca propia. Las leyes que suprimen o dificultan la profesión y práctica de esa fe son contrarias a la ley natural." [49] Esto está bien, y es una doctrina bien protestante.

El Papa actual, en su mensaje de Navidad de 1941, refiriéndose a la catástrofe de la guerra y a la posibilidad de una paz frustrada, dice: "Para evitar una calamidad tan grande, es menester que en la formulación de esa paz se asegure la cooperación, con sinceridad y buena voluntad, no sólo de este o aquel partido, de este o aquel pueblo, sino de todos los pueblos, de toda la humanidad. Es un cometido universal que requiere la colaboración de toda la cristiandad en los aspectos religiosos y morales del nuevo edificio que deberá ser construído."

Hay otras señales promisorias. Aun en algunas de las viejas tierras católico romanas se están levantando voces que instan a una política democrática y realmente cristiana hacia los fieles de otras religiones. En una reciente declaración emitida por católicos romanos europeos actualmente en exilio en los Estados Unidos hallamos estos nobles sentimientos:

"En la vida social es necesario afirmar con vigor lo que usualmente se designa con el término de *libertad de conciencia.* La adhesión a la religión es un acto de la conciencia que debe estar sometido a los dictados de la razón y a las luces divinas.

---

[49] *Mit brennender Sorge,* 34 y 35.

No toca al Estado ni dominar ni gobernar las conciencias. Las religiones que en el estado actual de división religiosa se reparten la adhesión de las almas, deben tener la libertad de establecer su culto, predicar su doctrina, formar a las almas, deben tener la libertad de su apostolado, sin que la autoridad civil tenga que inmiscuirse en el dominio que les es propio. Sabemos de sobra que, por sus enseñanzas acerca del acto de fe, don gratuito de Dios, aceptado libremente y que ninguna coerción podría producir en las almas, es el propio cristianismo el que pone las bases de la tolerancia civil en materia religiosa. *Reprobamos toda medida de distinción en perjuicio de cualquier grupo religioso o étnico.*"

Entre los firmantes de este documento se encuentran personalidades como Paul van Zeeland, Don Luigi Sturzo, J. A. de Aguirre, Jacques y Raissa Maritain, Sigrid Undset, Sir Philip Gibbs y el presbítero J. V. Ducattillon.

Gabriela Mistral, esa gran alma sudamericana, aboga por un mejor entendimiento entre las grandes ramas del cristianismo, en la notable declaración que me entregó:

"Yo soy una cristiana que hace 20 años conoció el apetito de unidad que trabajaba el alma del Cardenal Mercier. Ignoro quién haya recogido en Europa el dolor y la esperanza de aquel santo varón. No creo que ese apostolado, el más trascendente que se pueda dar, el de la búsqueda de aproximaciones dentro de la familia cristiana, haya quedado vacante. La Iglesia no puede renunciar ni creo que haya renunciado nunca a la reconciliación de los pueblos cristianos, y menos hoy, después de esta guerra apocalíptica. Ella siempre fué enemiga del caos y es muy probable que el caos, patrón del mundo actual, arranque del siglo infeliz en que se consumó el gran cisma, el peor de todos los divorcios vistos en la triste historia humana. Negarse a la aceptación definitiva de esta desventura sobrenatural, rehusarse a considerarla buena, útil o inevitable, aunque muchos

hechos y documentos nos hagan considerar el daño como rematado y sin remedio; esperar heróicamente en una superación de los hechos, me parece, amigo mío, una operación heroica del alma cristiana a la cual estamos obligados. Y cuando veo que algún hombre o alguna mujer dan el divorcio de la cristiandad por acontecimiento sellado y archivado, siento una extrañeza y una repulsa grandes. Porque me espanta la eternidad del mal, que es el infierno mismo. Prefiero soportar en mis potencias la idea de este largo Purgatorio en la Secesión que vivimos.

"Purgatorio me parece el vivir una comunidad cristiana tajada por cuchillada tremenda; y creo que deberíamos padecerlo como una humillación infinita y darlo como la mayor de nuestras demencias, pero no como una especie de fatalidad geológica que ha de durar por una eternidad.

"Usted comprenderá así el que yo no desee, ni en mi beneficio de creyente, que la división sea agravada y que se la vuelva contumaz en cualquier forma. Dejarnos nuestra casa (la América Latina) rasa de misiones protestantes, sería una liberación que llevaría como predicado... cierta Inquisición no inventada por nosotros y con cuyo sambenito nosotros cargaríamos...

"¿En qué funda usted su esperanza de la reconciliación?", le pregunté.

"Las "esperanzas que llaman desesperadas" suelen ser aquellas que no dicen "mañana", ni llevan consigo una prisa fea (la prisa del orgullo).

"El escándalo mayúsculo de la Cristiandad es el de que vivamos, comamos y durmamos encima de la guerrilla religiosa sin sentir vergüenza de ello, sin tristeza del odio contra natura y hasta con una vaga alegría de él... El escándalo, nombrado así, como en un texto bíblico, es el de que veamos con los anchos ojos del alma; y con los de la carne también, esta segunda crucifixión de Nuestro Señor que no es obra ni de centu-

riones romanos ni de la plebe judía, sino de nosotros mismos, los cristianos.

"No hallo palabra en mi lengua ni en las otras que sé para nombrar esta culpa sombría de pertinacia, cuyos frutos de muerte, de disolución pura, están a la vista, se balancean en el aire de Europa, de Asia, de América, en todo el aire terrestre, como unas manzanas llenas de tóxico o de ceniza."

"Pero siendo el cisma de la Cristiandad tan serio en su origen", dije, "¿qué medios ve usted de deshacer lo consumado o a lo menos de no enconar más las viejas heridas?"

"Las mujeres no creamos grandes ideas, y no hacemos salvaciones. Pero logramos a veces redondear el anillo de una maravillosa convivialidad y atajamos en mucha parte las "guerras civiles de toda índole.

"Por lo pronto, habría que pensar en subir siquiera un poco los grados de la suave tolerancia que nos tenemos, católicos y protestantes, en la América Ibera. Mientras nos crucemos por nuestras ciudades saludándonos; mientras no vivamos en ghettos ni ustedes ni nosotros, sino que nos movamos libres dentro de nuestras patrias; mientras tengamos trato y nos miremos a los ojos, el santo tejido cristiano estará roto pero no perdido. Lo desgarraríamos entero en recomenzando la beligerancia.

"He visto algunos hechos conmovedores que se cumplen sin ruido aquí y allá. En vuestras grandes obras sociales (escuelas agrícolas, dispensarios, sociedades de cultura) cooperan a veces protestantes y católicos, guardando cada uno su confesión propia, es decir, su decoro entero. Aunque ello no sea sino un mero convivio cortés —y hasta mundano— no hay que malograr estas migajas de aproximación. Nada está perdido cuando las gentes mantienen la hebra de la relación, y en las vibraciones de ella se sienten el corazón vivo.

"Sacan provecho de vuestras obras sociales no sólo las colonias vuestras sino un crecido grupo de pueblo criollo, de obre-

ros que no son protestantes sino indiferentes o ateos. La beneficencia norteamericana rebosa hacia ellos sus servicios.

"Conozco la eficacia de varias obras vuestras de índole cultural, médica y agraria. Tengo a varias por empresas magistrales. Y me parecen precisamente ellas unas fuentes o manaderos parecidos a las italianas y a las orientales, que a través de tres edades son el sitio donde se juntan tirios y troyanos sin darse cita y como si se la diesen . . .

"La fuente de la Samaritana fué una de estas mismas, y el encuentro que sabemos vale por un tercio de Evangelio.

"En tales obras pueden tocarse nuestras manos y podemos mirarnos sin soslayo, hasta que nos sepamos *los mismos.* La gran reconciliación puede venir de estos acónitos o arenillas de fraternidad. Será ya bastante el no creernos Ormuz y Arhiman, el trocar saludo, consejo y ayuda.

"Por lo pronto, no romper las fuentes que digo. Esto es un mínimo de la hidalguía que hemos de guardarnos los unos a los otros.

"En otra ocasión hablaré del abrevadero mayor, que hemos desperdiciado como punto mágico para la coincidencia: de la lectura bíblica hablaremos un día, amigo mío."

Las misiones protestantes en la América Latina deben continuar. ¿Por qué? Porque Jesús dijo: "Dadles vosotros de comer." El hambre física, la miseria entre los peones y los indios de la América Latina, constituyen un desafío al protestantismo. Pero el hombre no vive sólo de pan. Hay en estas tierras del Sur un hambre espiritual que solamente el evangelio cristiano puede satisfacer. De ahí que el protestantismo reclame el privilegio de colocar la Biblia abierta en las manos de esas gentes.

Jesús dijo: "Id, y enseñad." La enseñanza cristiana es básica para el desarrollo de una ética cristiana y un carácter cristiano. El protestantismo debería seguir en esto a su Maestro y continuar siendo una iglesia docente.

El ministerio de sanidad de Jesús todavía es un reto a la iglesia cristiana. El cristianismo es una religión no sólo de ultratumba, sino de aplicación práctica en la vida presente. Siguiendo el ejemplo de su divino fundador, siente viva simpatía por los enfermos. El protestantismo no puede sino seguir el ejemplo de su Señor y, por medio de sus médicos y enfermeras, ministrar al mundo herido y golpeado.

El protestantismo debe continuar sus actividades misioneras si quiere hacer que Cristo reine, no sólo en la vida de otros, sino también en la suya propia.

APENDICE A

Varias personas me han escrito preguntándome por qué, en las páginas de mi libro *El Gran Vecino* (Ed. Orbe, Santiago, Chile 1943), empleo el siguiente giro, indefinido e irreverente: "el Dios católico norteamericano es más okey, más benévolo y comprensivo, y se me ocurre que también está en mangas de camisa" (pág. 126).

En mis lejanos años escolares me enseñaron que sólo hay un Dios verdadero, y aunque en los conflictos internacionales cada quien reclama para sí la alianza y protección de Dios, no se han conmovido aquellas distantes enseñanzas. La frase transcrita, un tanto desparpajada, esconde una implícita comparación con el catolicismo en América Latina, y es epílogo de largo párrafo que me permito copiar en parte: "La Iglesia Católica en Estados Unidos ofrece una fisonomía distinta a la de Amédica del Sur. La necesidad de luchar con otras iglesias, en una atmósfera de limpia competencia, ha afinado sus métodos. Sus religiosos llevan una vida ejemplar, adaptada a la psicología norteamericana. En el Colegio del Sagrado Corazón de Grand Coteau hay alumnas protestantes a las que no se obliga a cambiar de religión. Clérigos católicos son amigos de pastores protestantes y respetan mutuamente sus convicciones. Hay menos formulismos y más sentido religioso vital."

He vivido más de veinte años en Perú, diez en Argentina, seis en Chile y breves lapsos en Uruguay, Bolivia, Paraguay, Colombia, Panamá, Ecuador, Brasil y Cuba. Puedo afirmar que, con la honrosa excepción de su minoría auténticamente cató-

lica, la mayoría de los católicos latinoamericanos tiende a sobreponer el aspecto paramental del culto al íntimo mensaje religioso. Esta característica se acentúa entre los millones de indígenas que pueblan las sierras de Perú, Ecuador y Bolivia. Ellos han reemplazado su antiguo panteísmo ornamental con la esplendorosa liturgia católica. A su vez millones de mestizos de las provincias latinoamericanas, donde la Iglesia Católica actuó sin contrapeso durante siglos, han caído en formas religiosas anquilosadas por la rutina, desprovistas del viviente contenido doctrinario que es raíz y razón de ser del catolicismo verdadero.

Creo que debo decir estas verdades en mi condición de católico. Como yo, hay muchos millones de hombres y mujeres católicos, preocupados del problema. Algunas decenas de miles han formado asociaciones y movimientos que han penetrado en el campo de la cultura y aún de la política exhibiendo esta actitud remozada y vital. Debo mencionar como ejemplos el movimiento juvenil católico peruano y la acción refrescante de la Falange Nacional en Chile, entidad esta última que nada tiene que ver con el falangismo español. Así se explica que mis más íntimas vocaciones encontraran satisfacción al conocer de cerca algunos aspectos del catolicismo norteamericano. Desde luego me impresionaron profundamente los conceptos pedagógicos modernos de las monjas del Sagrado Corazón, tan plásticos y próximos al alma infantil. En su Convento de Grand Coteau (Lousiana)[50] pasé unos maravillosos días de paz, alojado en "pieza para huéspedes", único varón en una vasta área exclusivamente poblada por mujeres. Este hecho es sencillamente inconcebible en América Latina. Además ví a sus pequeñas alumnas hacer gimnasia al aire libre con pantalones cortos, y no pude menos que recordar las quejas de algunas parientes mías, internas de ciertos establecimientos católicos latinoamericanos, a

[50] Este es el colegio donde está una hermana monja del Sr. Seoane.

quienes sólo se permitía la ducha interdiarias, tomándola con una larga camisa de dormir sobre el cuerpo.

De ahí que es interesante que vengan a América Latina representantes del catolicismo norteamericano, llenos de fuerza juvenil, de liberalismo comprensivo, permeables y porosos al entendimiento de la debilidad humana. Pero a actuar en el campo que estrictamente les compete. Porque ahora ocurre que una "política religiosa dirigida" exije que la abundosa emigración de funcionarios norteamericanos de todos los oficios y pelajes reúna el preferente requisito previo de su condición católica.

Los latinoamericanos somos suspicaces. Y nos damos a pensar por qué un país predominantemente protestante nos envía delegaciones predominantemente católicas. ¿Por qué esconde su protestantismo? Esta manía ha llegado a dificultar el viaje de pastores protestantes. Y esto es grave. Entre nosotros la libertad de cultos está consagrada por las Constituciones, y nos desagrada pensar que exista cualquier inquisición que instalada en una sección de pasaportes controle nuestro hospedaje. Queremos que vengan los mejores norteamericanos, sean católicos o protestantes, a condición de ser auténticos buenos vecinos, deseosos de un progresivo entendimiento y amistad entre ambas porciones del Continente de Colón.

Por otra parte, reconozco que las misiones protestantes han cumplido y cumplen en América Latina un silencioso y tenaz esfuerzo de progreso social que obliga nuestra gratitud. Viajando una vez por las serranías de Puno, en Perú, donde los indios viven en chozas de paja, en miserables condiciones de promiscuidad y pobreza, encontré un pequeño grupo de modestas casitas pintadas de blanco, con amplias ventanas y conveniente distribución interior. Eran fruto del trabajo de "ayllus" indígenas, enseñados y conducidos por misioneros metodistas que se acercaron a ellos para cumplir el cristiano propósito de ayudar al semejante. En Santiago de Chile y Buenos Aires he visto la acción tenaz del Ejército de Salvación, que sustrae a las clases más modestas de la perniciosa influencia alcohólica y

se preocupa de dar albergue al menesteroso. Estos esfuerzos, beneficiosos en sí mismos, han repercutido además como factor estimulante sobre los medios católicos, despertándolos de su marasmo, y empujándolos a una plausible acción similar.

Por eso se cometería un error inexcusable reviviéndose la Inquisición a través de los permisos de viaje. Sería, entre otras cosas, causar un perjuicio a la Iglesia Católica, concediéndole un monopolio contrario a la naturaleza de las cosas, a la fisonomía religiosa latinoamericana, y que la empujaría lentamente a aquel poder sin contrapeso que la condujo al automatismo paramental.

Además, y hablando con una franqueza que me ha costado cuatro destierros y veinte años de exilio, gran parte del clero católico ha tomado parte activa en la política, sirviendo de sostén y defensor de los gobiernos oligárquicos y antidemocráticos de América Latina. Su acción ha sido predominantemente contraria a las corrientes evolucionistas que caracterizan las primeras cuatro décadas de este siglo. En vano sus representativos más ilustres han reiterado la prescindencia en materias políticas y en vano jóvenes minorías han tomado una posición comprensiva y colaborante con los grandes movimientos populares. De ahí que los partidos políticos afrontaran el problema. El pasado siglo se caracterizó por la lucha entre liberales y conservadores. Cierta poderosa clerecía, invariablemente, tomó partido por los últimos. La consecuencia es que estos movimientos políticos, liberales, radicales, socialistas, han llegado al poder en casi todas partes, manteniendo prejuicios anticlericales.

Ahora, ellos, que son la base democrática del poder, y autores de la lucha antinazi, temen que se vigorice a un adversario político vencido, devolviéndole energías para imponer sus ideas antidemocráticas y reaccionarias.

El reciente movimiento obrero, poderosamente organizado tiene también una viva sensibilidad al respecto. De ahí que causara sensación cuando los delegados obreros norteamericanos,

enviados al último Congreso de la Confederación Obrera de Chile —que controla 500,000 sindicados— dieran su última conferencia en una pequeña y desconocida sociedad obrera católica, controlada por las peores fuerzas de la reacción política, y afirmaran allí que "los obreros católicos deben aprestarse a tomar la dirección del movimiento obrero." Esta proclama llenó de alarma y desconfianza a los dirigentes comunistas y socialistas de la Confederación chilena que nunca aceptarían darle carácter religioso a su organización.

Desde otro ángulo, se hizo una grave denuncia en el último Congreso de Estudiantes, realizado en Santiago de Chile, al que concurrieron representantes de nueve países latinoamericanos, entre ellos más de treinta delegados católicos. Allí se aprobó, por unanimidad, una moción afirmando que muchos curas católicos hacen propaganda a los países del Eje y que constituyen un serio peligro. La verdad es que una importante cantidad de párrocos españoles, hijos espirituales de la España intransigente, pertenecen a la misma extraña clase de prelados que en la España franquista saludan con el brazo extendido, no obstante las claras encíclicas papales y la dura forma en que Pío XII censura la doctrina totalitaria. Ellos han sido y son propagandistas del Eje. Ahora, cuando la derrota ensombrece las posibilidades nazis, refugian su trabajo de zapa en una tenaz propaganda falangista. Son antialiados, antisoviéticos y desde luego antidemocráticos. Reforzarlos, privándolos de la competencia vigilante, es dejar vivas las fuentes del fascismo de mañana.

Paradojalmente, podemos decir que no sólo necesitamos que vengan sacerdotes católicos norteamericanos sino también pastores protestantes. Ello permite el afinamiento de la acción religiosa, la necesaria comparación que conoció San Agustín antes de elegir su camino. Al fin y al cabo, nuestra demanda es por una obra de espíritu, por una realización democrática y justa, por una posición moral, libre de intransigencias y rutinas, humanamente religiosa, que coopere con nosotros en la lucha contra el sensualismo y la ignorancia, el egoísmo y la maldad.

Es decir, que contribuya a vivificar las fuerzas creadoras del cristianismo. — MANUEL SEOANE, *escritor y abogado peruano; católico romano y director de la revista "Ercilla", de Santiago de Chile.*

APENDICE B

No deja de causarme asombro la pregunta de si la obra de la Iglesia Evangélica en América Latina es un obstáculo a la política de "buena vecindad". ¿Puede ser una traba para la cooperación espiritual interamericana el intercambio de libros, la intensificada acción de la radiotelefonía, los viajes de médicos, profesores y escritores, la presencia de catedráticos y maestros en las universidades de otros países de América? ¿Las "misiones" culturales serían ahora un obstáculo para la sana convivencia que debe fructificar con la política de "buena vecindad"? ¿Esto no suena a un absurdo?

Como argentino puedo contestar la cuestión que se me plantea recurriendo a la experiencia histórica de mi país. Cuando en 1853 se reunió la Asamblea Constituyente a fin de dictar la Constitución que nos rige, se promovió una cuestión fundamental, a saber, si debía sancionarse una Carta Fundamental con la finalidad de asegurar, mantener y perpetuar la uniformidad espiritual de la población, aunque el país quedara cuantitativamente empequeñecido, o si se debía luchar contra la pobreza, el atraso y la anarquía, adoptando una política de puertas abiertas que permitiera al acceso de hombres, cosas e ideas. Y la Constitución se sancionó bajo la más amplia y noble de las invocaciones:... "asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino." Al amparo de esta filosofía y de esta política llegaron al país hombres de todas las nacionalidades y todos los credos para quienes se sancionó una política liberal fundada en la libertad religiosa y en

los sentimientos de tolerancia y bien entendida convivencia civil.

Desde muy antes los argentinos hemos comprendido cuánto significaba para nuestro progreso material y mental la libertad religiosa. Ya la Carta de Mayo de 1825 fundó el gran principio de nuestra evolución histórica. Y en tratado de amistad con Gran Bretaña, de esos mismos años, se reconoció la libertad religiosa para los ingleses.

Para los argentinos entonces, la libertad religiosa es un pensamiento vivo de nuestra historia, y la expresión de una necesidad fundamental de nuestro desarrollo integral. Es, en síntesis, un bien histórico y un bien de civilización.

La obra cumplida por los evangelistas ingleses o norteamericanos no produjo inconvenientes ni suscitó incidencias. La variedad de la misma predicación, ayuda social, recreación noble, solidaridad con el prójimo —es mirada con simpatía por cuantos en la religión queremos ver ante todo la tendencia social a religar a los hombres. Como educador no puedo olvidar la contribución que un evangelista prestó al desarrollo de la instrucción de mi país, al introducir el método lancasteriano de enseñanza.

Por otra parte, la cuestión que se promueve es sencillamente anacrónica. ¿No está el mundo luchando también por la libertad religiosa? ¿No se ha horrorizado el mundo por las consecuencias del totalitarismo religioso?

El mundo de hoy y el de mañana reclaman tolerancia y libertad de conciencia. Esto es un ideal moral y una necesidad práctica, porque ¿qué doctrina puede considerarse poseedora única y exclusiva de la infinita variedad de las almas?

La unidad en la variedad fundamental, presidida por la libertad, es el anhelo de la democracia de la Humanidad, que es para ésta algo así como el metabolismo basal para el individuo físico.

¡Que la variedad de los suelos humanos fructifique según la naturaleza de sus creencias!

Los celos de capilla no pueden oscurecer la visión del camino.

Es de desear que la comprensión del desarrollo social de América ayude, a los demasiados celosos, a comprender también que una común raíz vincula a los católicos y evangelistas: la Biblia. Acaso por allí los celos y las tendencias absolutistas encuentren un límite y su morigeración.

Digo algo más. Para muchos sudamericanos alarma la actitud de los Estados Unidos consistente en reforzar el poderío político de la iglesia católica en Sud América, sobre todo en aquellos países en los que aquella iglesia adhiere a los gobiernos autocráticos, porque en definitiva el resultado mensurable es un refuerzo para las dictaduras criollas del Continente.

No tengo hostilidad hacia el catolicismo. Pero es necesario subrayar que en América Latina predomina el clero educado en la tradición hispánica y romana cuyo espíritu difiere tan fundamentalmente del catolicismo militante de otras partes.

La opinión pública norteamericana debe comprender que la "buena vecindad" significa concretamente que la Carta del Atlántico debe tener vigencia también en estas partes del mundo, donde mucho se habla oficialmente de democracia y libertad para los pueblos sojuzgados. — AMÉRICO GHIOLDI, *educador, periodista y miembro del Congreso argentino.*

APENDICE C

"En manera alguna constituyen las misiones evangélicas un obstáculo para la política de "buena vecindad". Difícilmente podría una misión católica hacer la obra espiritual y verdaderamente democrática que realizan los pastores y misioneros protestantes. El Uruguay es un país laico donde existe amplia libertad religiosa. La Constitución de 1917 abolió los viejos privilegios de que gozaba la iglesia católica en detrimento de otras religiones y desde entonces la tesis oficial de nuestra Constitución

establece que el Estado no tiene ninguna religión pero que las protege a todas.

El pensamiento filosófico de este país es liberal. Se puede declarar categóricamente que éste es un país en el cual se hace un culto del respeto a todas las religiones aunque no se las practique.

En las escuelas la enseñanza es laica porque el Estado es laico.

La presencia de misioneros protestantes en el Uruguay ha sido de beneficio para el mejor conocimiento de los Estados Unidos y para el mejor entendimiento entre el Uruguay y aquel país. ¿Por qué? Porque entendían mejor que los misioneros católicos qué principios podrían convenir al espíritu fundamentalmente democrático del pueblo uruguayo. Los misioneros evangélicos tienen un profundo sentido de las enseñanzas éticas y sociales del Nuevo Testamento. Adoptan una actitud de mucha más simpatía frente a los oprimidos. Este es un país dominado por la idea de la justicia social. Sentimos como colaboradores ingénitos a aquellos que hacen de la prédica de la justicia social una parte importante de su obra religiosa.

No se destruirá la unidad nacional con la entrada al país de filosofías o credos distintos a los de la Iglesia Católica. No hay que confundir la *unidad* con la *uniformidad.*

Los representantes católicos que podrían venir de los EE. UU. difícilmente podrían representar a los EE. UU. que el Uruguay respeta y ama. Porque esos misioneros del clero católico norteamericano representarían una organización religiosa de carácter totalitario. El catolicismo que nosotros conocemos ha negado siempre la libertad religiosa, tal como la proclama el mismo presidente Roosevelt, libertad que supone no sólo el privilegio de adorar a Dios según la conciencia individual pero libertad también de hacer propaganda en favor de las convicciones que uno profesa.

La intolerancia católica reflejada en la política exterior de los EE. UU. es tomada en este país por las personas de espíritu liberal como un peligroso síntoma de inclinación totalitaria de los EE. UU. Hay, pues, en los sectores liberales de la opinión pública uruguaya un sentido de resentimiento por estos insólitos aspectos de la política americana. El problema es mundial.

El Mariscal Petain, influenciado por los peores elementos católicos de Francia, repudia los principios democráticos de la revolución francesa. El Almirante Leahey y luego el Sr. Murphy, parecían acomodarse muy fácilmente a esta actitud que significaba a la vez un repudio del "Bill of Rights" de la República americana. Esta política antiamericana que los representantes de los EE. UU. contemplaban con indiferencia, si no con aprobación, afecta los fundamentos morales de las relaciones interamericanas. La influencia del embajador Hayes (católico) en España se ha inclinado siempre en el sentido de favorecer al totalitarismo de Franco. El representante especial ante el Vaticano, Sr. Taylor, se cree ha contribuído a determinar toda la política a seguirse en el norte de África y en Italia. Ejemplos similares podrían citarse respecto a Checoeslovaquia, Hungría, etc.

He vivido dos años en los EE. UU. y quiero entrañablemente a ese pueblo. Las bases de la democracia en ese país es la pequeña comunidad de tradición puritana. *Hay evidentemente una revolución clerical en marcha para destruir* lo que hasta ahora se había ganado en favor de la democracia. Esto es particularmente grave en U. S. A. He oído quejas de que tantas veces las personas que el gobierno de los EE. UU. envía a estas repúblicas son católicas y que favorecen en todo a lo que es católico realizando así obra sectaria y creando de nuevo entre nosotros un problema que habríamos pensado resuelto para siempre por lo que concierne al Uruguay cuando menos. — HUGO FERNÁNDEZ ARTUCIO, *abogado, escritor, profesor universitario y miembro de la Legislatura uruguaya.*

APENDICE D

1. — *¿Cree usted que el momento actual sea oportuno para la introducción de lucha o disensión entre las diversas ramas del cristianismo?*

—No. Ni ahora, ni nunca. Demasiado expuesto está el mundo a las grandes divergencias en que agota lo mejor de sus energías espirituales y materiales, para que tengamos que añadir nuevos motivos polémicos. La lucha actual, por otra parte, no es una guerra del tipo mundial circunscripto a la sola esfera política; es una revolución mundial que tiene como "substratum" la lucha religiosa. Hay por ahí místicas del tipo temporal que han sabido organizar a su lado peligrosas ortodoxias. Lo sostiene Ducattillon. Lo afirma Grenier en su notable libro "Essai sur l'espirit d'Ortodoxie". La historia atestigua, por otra parte, el peligro de desembocar en las guerras religiosas. Inglaterra y Alemania lo saben bien. Y los conflictos futuros habrán de plantearse en este mismo terreno, pues el nazismo —forma peligrosa del nacionalismo fuerte—, y el comunismo —la incuestionablemente más grave tendencia política en la actualidad— se valen de las creencias, exigen una fe religiosa —aunque en otro sentido—, y se organizan como religiones temporales. De ahí que sea posible decir, sin exagerar la nota, que en el mundo occidental se observa, en los actuales momentos, una fuerte tendencia de enlace, de entendimiento y pacto tácito entre las distintas confesiones para salvar al mundo, restaurando su esencia cristiana: la esencia cristiana de la libertad, de la igualdad, de una moralidad que gobierne lo mismo la conducta de las naciones que la del individuo.

2. — *Como argentino y católico, ¿qué importancia da usted a la tolerancia en materia de religión?*

—He nacido en un país que profesa la libertad de cultos, porque es un país inmigratorista. Me he nutrido de las ideas liberales que con Juan Bautista Alberdi pasaron a los capítulos

de nuestra constitución política, para "llamar a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino." En consecuencia no puedo estar sino en favor de la tolerancia religiosa. Por otra parte necesitamos un hombre organizado moralmente por un cierto tipo de fe y con una moral que tenga en ella sus fuentes. Esto es para mí mucho más importante que cualquier otra consecuencia y, desde luego, al injerto aluvional de individuos sin creencia ninguna, porque ellos no nos ofrecen garantía ninguna de moralidad.

3. — *¿Consiste la libertad religiosa sólo en libertad de culto a Dios según la conciencia del individuo o incluye también el derecho de propaganda en favor del credo que profesa el que así rinde culto a Dios?*, le pregunté.

—La libertad debe entenderse de la manera más amplia, como autonomía de la conciencia y como derecho de difusión de las confesiones. Pero dicho de un modo claro lo que acabo de decir, conviene agregar que la libertad no es un accidente en la vida del cristiano; es una condición esencial, *sine qua non*, del cristianismo. Sin ella no existe posibilidad alguna de poder vivir nuestra doctrina, de entenderla siquiera. Y puesto que sostengo que la libertad es fundamental, quiero decir también, que lo es, aun para los que no estén dentro de una forma especial de culto. No podemos prohibir a los otros, lo que no deseamos que se nos prohiba. En el reconocimiento de la libertad ajena, latamente comprendida, radica el respeto que deseamos para nuestra propia libertad.

4. — *¿Considera usted que la unidad nacional y espiritual haga necesaria la exclusión de nuestro país de los representantes de otras religiones que no sean la católica?*

—No. Pues si otros cultos pudieran constituir un peligro para nuestra personalidad habría que reconocer por anticipado que esa unidad es muy débil en lo que respecta a la comunidad nacional y a la cohesión espiritual que, de ser sólidas y seguras,

están en condiciones de mantenerse en pie contra el choque de otras corrientes. Aparte de que no creo que las diferentes ramas del cristianismo puedan considerarse "enemigas" dentro de un país católico, que por ser católico es *universalmente cristiano.*

5. — *¿Opina usted que la presencia en estos países de maestros y misioneros evangélicos es un obstáculo para la política de "buena vecindad" que cultiva el gobierno de los Estados Unidos?*

—Tampoco. Sostengo que es una forma —la más efectiva— de esa misma política. Yo diría que es en lo espiritual una de las formas de la solidaridad. ¡Un panamericanismo práctico! Pues dentro de América no deben existir recelos, ni distingos, ni divergencias, ni omisiones. El día en que América haya borrado las últimas fronteras —fronteras físicas, barreras económicas y "aduanas espirituales"— habremos respondido al sueño de un nuevo mundo. Y a la esperanza que el viejo mundo ha puesto en esos sueños. — ALBERTO CASAL CASTEL, *educador argentino y profesor universitario; distinguido autor y periodista católico.*

APENDICE E

La presencia de misioneros evangélicos no es, no puede ser una ofensa para el pueblo argentino que tiene consagradas en su historia, en sus instituciones y en su vida normal la libertad de conciencia y de cultos y ello, gracias al esfuerzo de eminentes católicos.

El protestantismo o Reformación ha contribuído con valores morales indiscutibles a la vida espiritual de nuestra América. Seríamos más pobres hoy si no hubiesen venido a nuestras playas los representantes de las iglesias evangélicas británicas, suizas, francesas, holandesas, norteamericanas, etc. En esto, como en todo, la competencia reaviva y purifica.

Años ha, cuando fuí Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el gobierno del Perú, por consejo de esclarecidos peruanos —no protestantes— coloqué a mis dos hijos varones en el Colegio Anglo-Peruano de Lima que dirigía el gran cristiano, sabio y amoroso hispanista y peruanista ex alumno y Doctor de la Universidad Mayor de San Marcos, Dr. Juan A. Mackay, desde entonces mi muy querido amigo. Mis hijos hallaron en esa escuela, que funcionaba en una modesta casa, sin iglesia, ni capilla, las influencias cristianas que moldearon su carácter y plasmaron su personalidad sin sectarismos ni intolerancias. El Dr. Mackay gozaba de la más alta consideración y viva simpatía de conspicuos peruanos católicos como Javier Prado y Ugarteche, Víctor Andrés Belaunde, José Matías Manzanilla, Carlos Ledgard, Luis Fernán Cisneros, Cristóbal Lozada y Puga y muchos otros similares. Mi hija, en cambio, estudió en un Colegio Católico de Chorrillos.

La Gran Bretaña ha enviado muchas y excelentes cosas y personas e instituciones a la República Argentina, pero su mejor dádiva en los últimos cincuenta años fué la personalidad apostólica de William C. Morris, el extranjero más argentino, más abnegado y más fecundo de que yo tenga conocimiento en ese tiempo.

Conocí, admiré y amé al hombre y su obra a través de católicos como Tancredo, Enrique y Humberto Pietranera, Lucio Correa Morales, Federico Pinedo (padre), Angel Gallardo, etc.; como no tenía otra cosa que ofrecerle en horas para mí de pobreza máxima, le ofrecí dar clases gratuitas de Historia e Instrucción Cívica Argentina, primer ensayo docente que ejercí durante tres años, del que me siento orgulloso y que me ligó a "la obra" hasta hoy, vale decir durante más de cuarenta y cuatro años.

Los Estados Unidos han sido para nosotros modelo de atención y cuidado de la niñez. No hay país en el mundo que haya imbuído a su legislación y a todos sus esfuerzos de un espíritu más sinceramente tutelar, de más cristiana preocupación por

la vida y salud física y moral de la niñez que la patria de Washington, Lincoln y Horacio Mann. Allí encontramos el espejo, el camino y el estímulo.

La mejor institución que existe en la Argentina y en la América Ibera, para la rehabilitación, elevación y eficiencia del niño y del adolescente abandonado material y moralmente es la Colonia Hogar Ricardo Gutiérrez, de Marcos Paz, transformada de prisión, asilo o encerradero en lo que su nombre indica, gracias a la inteligencia, al corazón, a la voluntad de un cristiano ex alumno de Míster "Morris", especializado en el estudio de esos problemas en Estados Unidos y entregado con pasión y desinterés apostólicos a la obra redentora en la patria: se llama José Amatuzzo y nadie pudo imputarle espíritu tendencioso, ni siquiera displicente en cuanto a enseñanza religiosa. En Colonia Olivera renovó el ensayo con abandono de sus intereses y en menos de nueve meses refloreció el espíritu de Cristo en un erial lamentable.

Desgraciadamente la burocracia y los intereses creados malograron ese esfuerzo.

He visitado y estimulado la obra salesiana en gran parte del país, y especialmente, en las alejadas regiones del sur patagónico, y los valerosos discípulos de Don Bosco no han encontrado dificultad ni perturbación derivada de pastores misioneros o prédica evangelista. — ANTONIO SAGARNA, *jurisconsulto argentino; miembro de la Corte de Justicia; ex Ministro de Justicia e Instrucción Pública.*

APENDICE F

Síntoma de que en el mundo están produciéndose serios trastornos, es que se ha recomenzado a considerar el problema religioso. Durante los últimos años del siglo pasado y los treinta primeros de éste, al menos en América Latina, ningún hombre laico, que se respetara, habría encarado esta cuestión. Se habría

avergonzado de hacerlo, como si fuese un síntoma de inferioridad. Hoy no. El impacto del fanatismo como arma de combate sobre la jactanciosa credulidad en sólo el "homo æconomicus" ha despertado la atención de todos los hombres capaces de sacudirse de sus viejos prejuicios. Los Estados no han perdido el tiempo. Comprendiendo que la religión es capaz de recuperar sus fueros se han lanzado sobre ella, para utilizarla a su antojo y provecho. De eso es indispensable hablar ahora, aún a tiempo, a fin de que, cuando llegue el reajuste, no se nos presente un error más, que acarrearía tremendo fracaso para la espiritualidad, para la ávida espiritualidad americana.

La primera cuestión se refiere a la forma cómo se está encarando tan grave asunto. Prescindiremos, de momento, de sus apariencias internas. Miremos la forma en que lo consideran quienes no pertenecen a la América Latina. En los Estados Unidos se está llevando a cabo una política de captación "temporal", al amparo de los "eternos" intereses de la Iglesia. Quienes así proceden, cometen un doble delito; primero, el de simonía, pecado contra el espíritu de la Iglesia y contra el alma del hombre; segundo, el de falso maquiavelismo o espejismo mefistofélico, pecado contra sus propios fines y su propia naturaleza.

Es simonía pretender afianzar ganancias terrenas a costa de doctrinas eternas. Simonía de parte de quienes voluntariamente se prestan a ello. Simonía de parte de quienes así pretenden prostituir a la Iglesia. Para ser más claros; las oficinas norteamericanas que discuten sobre la influencia de las misiones protestantes o católicas, sobre las coveniencias de debilitar aquellas y robustecer a éstas, sólo porque así *conviene* a sus supuestos intereses *políticos*, caen en la más grosera de las corrupciones y en el más absurdo de los errores. Los misioneros o agencias eclesiásticas que se presentan a secundar, desde su punto de vista *eterno*, los fines *temporales* de las oficinas gubernativas, ponen a la religión a las órdenes de la política y la hacen correr los riesgos de ésta. Por tanto, traicionan su misión, su mandato y su juramento. Son perjuros y simoníacos.

Es falso maquiavelismo, porque los latinoamericanos sospecharemos siempre de quienes vienen investidos de poderes y facilidades extraordinarios, delatando así propósitos bien definidos. Ningún latinoamericano aceptará con sinceridad a misiones provistas de regimentadas "priorities" del State Department. Para la suspicacia criolla, factor con que no cuentan los estrategas políticos de Washington D. C., todo misionero "made in U. S. A." adquiere los mismos caracteres que un agente de seguros, un colocador de empréstitos, un empleado del Coordinador de Relaciones Interamericanas, un miembro del Servicio de Inteligencia. Si lo que buscan los funcionarios de Washington es desacreditar la religión *per se*, algo han avanzado en sus planes. Como definición, todo cuanto venga con sello oficial, *made in USA* trasciende a intencionado e interesado. Implícitamente, se vincula con un signo monetario de $. "Vale tanto", es objeto de transacción. Tiene *valor de uso*. Yo sé que hay muchas cosas —e ideas— en los Estados Unidos, que poseen valor *per se*. Pero no se puede pedir que participen de esta creencia a quienes no ven ni sienten otra manifestación de los Estados Unidos que su poderío avasallador. Ayer, en la paz; bajo la forma de empresas capitalistas con régimen propio, ajenas a la nación en donde están. Hoy, con la guerra, bajo la forma de oficinas de intercambio, afanadas en ganar la mejor parte. La propaganda religiosa regimentada desde Washington conducirá a un relajamiento de los vínculos religiosos y a considerar, tarde o temprano, esta función como aliada de la penetración imperial. De tal suerte, el cristianismo acabará pareciendo una de las manifestaciones del imperialismo. Por el bien de todos, conviene que no se haga tal confusión. Los días venideros nos reservan muchos dolores. El hombre debe contar con un muro contra el cual apoyar su cabeza agobiada y sudorosa. Ese muro tiene que ser cristiano.

Además, nada hay tan erróneo, tan antifraternal como el considerarnos todavía en el mismo nivel que los africanos y asiáticos, respecto al cristianismo. Es decir, como "infieles". Como

infieles, en el más peyorativo sentido del vocablo. Olvidan que, en materia de cristianismo, no necesitamos colonizadores: podemos colonizar. Resulta lesivo para nuestra conciencia religiosa y para nuestro amor propio de civilizados, que se nos pretenda enseñar, como a los mozambiques o los tibetanos, en qué consiste la religión cristiana, y, más señaladamente, el catolicismo. Doctores tenemos que pueden ir a sentar cátedras de ello, en los Estados Unidos. La organización de una sistemática cruzada católica de Estados Unidos sobre América Latina equivale a que nosotros lanzáramos una cruzada de protestantismo sobre los Estados Unidos. Esto, en el fondo de la cuestión. En cuanto a la forma, una misión de *propaganda fide*, subvencionada o favorecida por una entidad gubernativa cuyos fines fraternos no están muy claros, y cuyo pasado de dominio y hegemonía son demasiado visibles, resulta del todo contraproducente. Lleva en sí gérmenes suicidas. Y, lo que es peor, puede alterar, sin ninguna ventaja, los rudimentos populares de la fe, a cambio de ganar algunas victorias en las altas esferas. Esto mismo sería una pérdida más para la religión. Robustecer a la Iglesia en sus altas cimas, con detrimento de la fe del hombre vulgar, socava uno de los pilares del cristianismo.

Cierto que, dadas las diferencias entre el espíritu católico norteamericano y el hispanoamericano, podrían inducirse de ahí conclusiones favorables a un activo intercambio; pero, "activo" no significa "oficial", y hoy, durante la guerra, sabemos de sobra que todo tráfico es *oficial* o con simpatía oficial. Por tanto, el desplazamiento oficial u oficioso de mesnadas de propagandistas de la fe católica desde un país predominantemente capitalista y protestante hacia países típicamente semicoloniales y católicos, adquiere la apariencia de una amenaza y dista mucho del *fair play*. Se advierte en ello una dolosa intención, apenas encubierta.

Uno de los argumentos más empleados, en este campo, es el de preservar y fortalecer "la unidad espiritual latinoamericana", basada en su unidad religiosa. El vigor del argumento es

sólo de forma. Ocurre con él lo que cuando se menciona la "unidad tradicional" de nuestro mundo. Los que así hablan pretenden que nuestra "unidad en la tradición" se caracteriza por todos aquellos signos propios del régimen colonial bajo Felipe II; oligarquía, absolutismo, intolerancia, racismo, —sin pensar que gran parte de la historia colonial se explica mediante la lucha del cabildo contra el gobierno, de las insurrecciones lugareñas y raciales—, y que casi toda nuestra historia republicana se desenvuelve bajo el signo del "libre pensamiento", patente en todos los próceres políticos de la independencia y en la mayoría de nuestros mentores intelectuales.

Precisamente, si algo nos falta es unidad espiritual *afirmativa.* Creados en un ambiente dogmático, de afirmaciones y negaciones cerradas, carecemos de ese fuego interior que se llama fe. Nunca han sido sinónimos *fe* y *dogma.* Aquélla es la vida misma; ésta es su cristalización. Se realiza entre ambos términos la historia del tiempo y el reloj: aquél, incesante, creador; y éste, jactancioso detentador de un dinamismo que es sólo estatismo. Nosotros tenemos unidad en el *escepticismo* y en la *negación*, porque siempre hemos vivido bajo régimen de *monopolio:* comercial, durante el coloniaje, político bajo la primera parte de la República, financiero más tarde, clerical en mucho tiempo. Nuestros católicos, que son la inmensa mayoría del continente, son malos practicantes, porque carecen de fuego interior, y carecen de este fuego porque les falta fe sincera y honda, y no tienen esta fe porque jamás discuten sus problemas espirituales, porque reciben *consignas* y no elaboran creencias. El contacto con otros credos sirve de estímulo. ¿Por qué los católicos norteamericanos tienen un sentido constructivo y vertical de su religión y de la vida? Porque, frente a ellos, se yergue una Iglesia poderosa y vigilante, la Reformista o Protestante. ¿Por qué los protestantes de América Latina son gente casi siempre ejemplar? Porque tienen al frente a la Iglesia católica, poderosa. Yo sé que, dentro del concepto filosófico y religioso, la Verdad es sólo una, y quien cree poseerla, no

admite que nadie pueda poseer otra partícula de ella. Pero, esta certeza, imaginándola realizable, no riñe con la tolerancia de suponer sinceridad en el prójimo que, abrazando otro credo, tiene la seguridad de poseer, él también y *solo él*, la Verdad. No admitir rectas intenciones sino en los correligionarios, representa un espíritu sectario, reñido con la maravillosa fraternidad y tolerancia que enseña el Nazareno. Lo grave es que ahí reside una de las debilidades del espíritu religioso latinoamericano.

El catolicismo en España se desarrolló bajo condiciones diversas a las de otros países, incluyendo aun a Francia e Inglaterra. La lucha contra el musulmán duró ochocientos años y fué a sangre y fuego. Al cabo, como en todo prolongado debate o contubernio, cada uno de los contrincantes adoptó rasgos mutuos. La Iglesia española se hizo agresiva, combatidora e intolerante, como cuadraba a quien debía guerrear contra Mahoma, intransigente y belicoso. Esa Iglesia se trasplantó a América, en donde casi no tuvo luchas que librar, sino contra el fetichismo indígena. De todos modos, no perdió sus perfiles de cruzada antimusulmana. Cuando uno compara a la Iglesia española, incluyendo a la actual, con la francesa, la italiana, la sajona o la germana, se da cuenta de que posee rasgos distintos. La misma actividad de la orden de los jesuítas, tan largamente combatidos en América Latina, a través de la historia colonial y republicana, quizá se explique en gran parte porque fué concebida por un varón que reunía dos caracteres definidores: soldado y español. Pero, nosotros poseemos, en primer lugar, una mentalidad mestiza, de indios e ibéricos; y una cultura predominantemente escéptica y mediterránea, de franceses e italianos. Nuestra unidad espiritual, si es "latina", como se la define, no puede ser identificada con una estructura eminentemente africana. Nuestra unidad espiritual exige, para integrarse realmente, el contraste con pensamientos y actitudes diversos a los nuestros, poseídos de un poderoso ímpetu interior, capaces de discutir sin guerrear, de cotejar sin divorciar, de ahondar sin

sepultar. Romper en nosotros la raíz del unilateralismo; segar las fuentes del monopolio. Abrir las de la tolerancia y el libre examen.

Se dijo muchas veces que la inmigración acabaría con la esencia de América. Hoy sabemos que, al contrario, la acendró. Se argumentó entonces que España era un injerto retrógrado. Hoy sabemos que se mezcla bien con nuestra sangre. Se proscribió lo indio, como heraldo de barbarie, y tenemos pruebas de que ayuda al hallazgo de la propia personalidad. Lo mismo pasa con los ingredientes culturales, con las ideas religiosas. Estamos urgidos de horizontes, no de cárceles. América Latina, fundamentalmente creyente, pero temporalmente escéptica y, por lo mismo, vacilante, necesita encontrar su camino verticalmente, compulsando derroteros, comparando caminos. Por propia experiencia sé que esa es la mejor ruta para descubrir esencias imperceptibles a fuerza de amontonar sobre ellas costras de rutina. Que vengan, pues a nuestro territorio gentes de todas partes, cada cual con su verdad, con su cultura, con su idioma, con su religión. Aquí se convertirán a lo nuestro, en la medida que lo nuestro se purifique y amplíe al contacto de lo ajeno. Nuestra gran enfermedad, repito, es vivir colonialmente y ser considerados colonos. No queremos libertadores cuya primera palabra sea repetir una consigna elaborada en oficinas extranjeras, por generosas y rectas que sean. Que la fe no venga vestida de monopolio, ni rubricada de privilegio imperial. Ella no se forma ni se fortalece desde afuera. Ella es un proceso íntimo, desgarrador, intransferible. Nace de una necesidad irrefrenable y crece al aire libre, en contacto con las vidas ajenas, con las ideas ajenas, con la naturaleza que, siendo tan mía, es también tan ajena.

No pretenda, pues, ninguna oficina imperial tomarnos bajo cautela, también en lo religioso. Déjennos, al menos, la libertad de decidir de nuestro destino metafísico, ya que se han adueñado del físico. Y crean que hay dominios de la vida indivi-

dual y colectiva en que la peor receta... es receta. Y este es el caso. — LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *abogado, escritor y conferenciante peruano.*

APENDICE G

¿Cuál es su opinión sobre el catolicismo en España y en la Argentina?

Tendré que expresarme con cierta amplitud. Pero debo empezar diciéndole que en ninguna respuesta mía habrá nada que a la teología se refiera. Yo no soy teólogo ni sé nada sobre la materia. Respeto íntegramente el dogma católico con independencia de preocupaciones personales. Soy un apasionado enamorado de la moral de Cristo. No me atrevo nunca a meterme en cuestiones dogmáticas, para las cuales mi preparación no es suficiente. Acato las opiniones de la iglesia católica y procuro circunscribir la expresión de la mía a aquellos puntos que se me presentan con diáfana claridad y que iluminan por entero mi conciencia. Téngase todo esto presente para comprender la situación de mi ánimo y para explicarse el porqué suelo tratar estas cuestiones desde puntos de vista sociales, que son los que puedo reputar más a mi alcance.

En el pueblo español, la situación de los católicos es ésta:

Una pequeña minoría mística, iluminada, convencida, profesa el catolicismo con absoluta limpieza, con fe ciega y merece el más entero respeto porque, sean o no sean las gentes de claro entendimiento, son sin duda alguna, sanas de corazón; otra parte más grande ama y sigue las doctrinas de Cristo sin pensar para nada en el catolicismo ni en el evangelio, pues lo que la seduce es la maravillosa norma moral que viene del Calvario; otra parte mucho más grande es la de los vividores de la religión, que la invocan y dicen servirla, para proteger sus intereses, su vanidad y sus comodidades; y la inmensa mayoría del pueblo español, particularmente en las clases humildes, que es total-

mente indiferente, no quiere tener nada que ver con Dios ni con sus creaciones y no profesa ninguna religión positiva. Esto parecerá un poco duro pero recuerde usted que son sabios prelados y sacerdotes los que han hablado de la apostasía de las masas. Luego las masas son apóstatas según esa definición. Esto es una realidad y de ella hay un ejemplo recientísimo. Los llamados católicos son los que hicieron la guerra de España. Se titulan patriotas y hacen invadir su país por ejércitos extranjeros. Se apellidan creyentes de la ley de Dios y fusilan fríamente a sus hermanos durante cinco años después de la victoria, encerrando en cárceles a otros cientos de miles. Se denominan continuadores de la historia de España y todo lo que hacen es la más viva contradicción de las honradas tradiciones españolas. El clero ha prodigado ataques contra el régimen legítimo del país, si se exceptúan los curas vascos, el Cardenal Vidal y Barraquer, el Obispo Mújica, algunos sacerdotes aislados y los cincuenta y tantos que se hicieron retratar presos en la cárcel de Carmona, rodeando al seglar Julián Besteiro, socialista incrédulo pero lleno de bondades y virtudes.

Siendo así las cosas, reconocerá usted que en España el catolicismo está atravesando una fuerte crisis cuyo resultado nadie puede predecir. Si los católicos fueran humildes, virtuosos, pobres, justicieros y contribuyeran con un inteligente esfuerzo a la reforma social, en España el catolicismo alcanzaría una culminación gloriosa. Como son todo lo contrario, el catolicismo español está hoy caído y pulverizado.

En cuanto al catolicismo en la Argentina, no tengo elementos bastantes para juzgarle y además mi situación de huésped agradecidísimo a una benévola acogida, me dificulta un tanto la expresión. Pero temo que aquí las cosas sean bastante parecidas a España. El hecho de que todos los fascistas de por acá sean católicos y persigan la libertad y la democracia ya nos indica claramente que son más bien defensores de un interés que prosélitos de un dogma. Añada usted a esto la riqueza desconcertante del culto, los tesoros de las imágenes, el boato

de los obispos, vestidos con oro, terciopelo, seda, zafiros, amatistas y brillantes, el lujo de que se rodean, la gran acogida que a la religión prestan los ricos y comprenderá el desvío de las masas trabajadoras y menesterosas. Conste que no atribuyo esos defectos únicamente a España y la Argentina sino a todos los demás países en que los católicos actúan de la misma manera. En una palabra, si el catolicismo vuelve a Cristo, plenamente a Cristo, alcanzará una revivificación gloriosa, pero si persiste en apartarse de Cristo, quedará condenado a la ruina.

¿Qué concepto tiene usted de los evangélicos?

Perdóneme usted que le hable con entera franqueza. Nacido en la Iglesia católica y habiendo pasado toda mi larga vida en su ambiente, a los evangélicos les conozco mal y aun pudiera decir mejor, que no los conozco. De sus afirmaciones, unas me inspiran serias dudas y otras las encuentro totalmente equivocadas. Compartir, no comparto ninguna. Unas porque no me convencen y otras porque corresponden al campo teológico en el cual ya he dicho que me abstengo de entrar. Pero de esta serena actitud, a la enconada aversión de los católicos, hay una distancia inmensa que yo no recorreré porque ello me parecería contrario a la caridad cristiana. Lo que haré será decirle a usted cuatro observaciones concretas mías sobre el mundo evangélico.

Primera: En España no nos damos cuenta de que haya protestantes. Hay algunas capillas que tradicionalmente fueron perseguidas por los gobiernos. Hace unos años se inauguró un bonito templo en el barrio de Salamanca de Madrid, templo que yo veía siempre cerrado y al cual no acudía nadie, salvo una vez que hubo un solemne funeral no sé por qué monarca europeo.

En Alicante hubo un alcalde muy distinguido que era evangélico.

Estos son detalles aislados, pero masa de la Iglesia reformada, gentío que abultara y se conociera, yo no vi jamás

ninguno. Diríase que en España no hay evangélicos. Mas una vez en los Cuatro Caminos, que es una de las barriadas más pobladas y humildes de Madrid, se elevó un gran edificio con templo y escuela protestantes. Y aquello se llenó de chicos de un modo desbordante hasta el punto de que los católicos tuvieron que edificar al lado otra iglesia y otra escuela. Con esto me quedé desconcertado. ¿Qué pasaba allí? ¿Es que había una multitud protestante que estábamos lejos de sospechar o es que los chicos necesitados de escuela iban a la protestante como habrían ido a cualquiera otra? Quede en suspenso la averiguación.

Segunda: Fuí yo Gobernador civil de Barcelona, en los años 1907, 1908 y 1909. Había en aquella provincia una ciudad llamada Vich con sede episcopal y seminario. Un día de feria fué allí un vendedor de Biblias protestantes y se instaló en el lugar adecuado con su mercancía. Los seminaristas se indignaron y, haciendo presión sobre el alcalde, que era, por cierto, un abogado muy buena persona, le obligaron a quitar al vendedor todas las Biblias y sus documentos personales y enviarle detenido a mi disposición, conducido por una pareja de la Guardia Civil. Excuso decir a usted cómo me quedé cuando me lo presentaron en mi despacho. Inmediatamente le di toda clase de satisfacciones, le devolví sus papeles y libros e impuse al alcalde una corrección que le obligó a dimitir. El episodio revela cuánta era la intransigencia de aquellos católicos y cómo envenenaban un problema insignificante, porque es seguro que en Vich no se hubiera vendido ni una sola Biblia. El caso fué para mí aleccionador. Y que yo acerté en mi decisión lo revelan dos hechos: uno, que aquella misma noche había formulado la Embajada inglesa una protesta ante el gobierno de Madrid, que éste pudo atajar explicando que ya había yo enmendado el desafuero; y otro, que a los pocos días coincidí en la inauguración de una fábrica con el obispo de Vich, que era uno de los obispos más virtuosos y sabios que yo he conocido —el doctor Torras y Bages— y llevándome a un rincón me

pidió que le explicara lo sucedido. Se lo referí punto por punto y el buen prelado me dijo estas palabras, que no he olvidado nunca: "Yo lamento mucho que haya quien tenga el mal acuerdo de venir a perturbar a mi rebaño, pero usted como autoridad civil, tenía que velar por la libertad de todos y ha obrado usted perfectamente, como corresponde en derecho". Si en España fueran los católicos como ese obispo, no veríamos nada de lo que vemos.

Tercera: Siendo yo Embajador en París, era presa de la más viva aflicción por la conducta de los católicos con la República legítima, honrada y gloriosa, ya que al gobierno republicano no se le puede atribuir ni uno solo de los desmanes que las masas anónimas e incoercibles cometieron en los primeros tiempos. Nos habían calumniado y tiroteado desde los templos españoles. Me había visto insultar por el clero en los púlpitos de Ginebra, de Bruselas, de París. El catolicismo padecía un furor vesánico contra nosotros. Los curas buenos fueron fusilados o presos. A algunos fugitivos podrá usted oír todavía en la Argentina. Pues bien, en esta situación, se me presentó en la Embajada un pastor protestante pidiéndome autorización y documentos para ir a España. Era un señor ponderado, correctísimo, que se llamaba M. Jézéquel. Fué a mi patria, recorrió las ciudades y los campos de batalla y volvió a Francia enteramente persuadido de nuestra razón y se dedicó a publicar folletos y a dar conferencias en nuestro abono. Fácilmente comprenderá usted la impresión que hizo en mi ánimo la conducta de aquel evangélico, comparada con la de nuestros católicos.

Cuarto y último caso: Cuando cesé en la Embajada de Buenos Aires me invitaron a dar una conferencia en una Iglesia metodista de la que era pastor el señor Balloch. Agradecí la invitación y hablé sobre "La tolerancia". La sala era grandísima y estaba abarrotada, con las gentes de pie porque no había asientos bastantes. Aquel numeroso público me sorprendió y entonces me volví a preguntar, como en el caso de la escuela

de Madrid, si es que aquí habrá más metodistas de los que sospechamos.

Estos son los cuatro episodios de mi vida que me han proporcionado una relación directa con los evangélicos. Usted sacará las enseñanzas que le parezcan mejores.

¿Cree usted que las iglesias protestantes tengan alguna misión que cumplir en España y en la América Latina?

En este punto tenemos que discurrir usted y yo de manera opuesta. Como yo respeto íntegramente el dogma y la organización católica, me parece que los protestantes no tienen nada que hacer ni aquí ni en ninguna parte. Pero como usted es evangélico, tiene el derecho de pensar que debe predicar sus doctrinas en todos lados. Es decir, que, religiosamente, las posturas son inconciliables, pero civilmente, yo que soy un sincero liberal, tengo que respetar la libertad de cultos, la de predicación y la de propaganda. Naturalmente, yo debo desear que fracase usted en su empresa, pero legalmente no debo consentir que nadie se la impida.

¿Tiene usted la impresión de que los evangélicos intervienen en política?

La respuesta es clarísima: los hombres evangélicos, sí, pero las iglesias evangélicas, no. Este es un punto capital de diferencia entre la iglesia católica y la evangélica. La iglesia católica ha hecho política siempre. Los papas han tenido poder temporal, han celebrado alianzas y tratados, han hecho guerras, han sufrido por este motivo enormes depresiones que los historiadores han explicado, y los obispos tratan con los gobiernos, intervienen en las elecciones, presentan candidatos propios, etc. Sólo le diré a usted que cuando en España se hicieron las elecciones de febrero del 36, en que triunfó el Frente Popular, el obispo de Barcelona puso de manifiesto en los templos el Santísimo Sacramento para que ganaran la elección las derechas. ¿Concibe usted locura semejante? Así las gentes se troncharon

de risa cuando ganaron las izquierdas, diciendo que el Santísimo Sacramento había perdido las elecciones.

Esto de que la iglesia haga una política determinada, me parece una de sus más profundas equivocaciones. Cada católico puede y debe hacer la política que le parezca y afrontar sus resultados, pero la iglesia como tal iglesia, no tiene por qué mezclarse en estas luchas de los hombres. Debe dar al César lo que es del César. Los evangélicos han tenido el acierto de practicar todo lo contrario. Sus hombres hacen la política que quieren, pero sus iglesias no intervienen en la política absolutamente para nada. Si todos tuvieran presente la parábola de la moneda, el catolicismo se habría evitado muchos equívocos, muchos peligros y muchas quiebras. Si ustedes quieren conservar para sus iglesias una entera dignidad, deben seguir practicando lo que ahora vienen haciendo. Permítame usted establecer una distinción: la iglesia puede tener un *pensamiento* político en las cuestiones que se relacionen con Dios, pero lo que no puede tener de ninguna manera es una acción política.

¿Considera usted que la América Latina sea tan completamente católica o cristiana que no necesite de la influencia evangélica?

Negaré el supuesto de la pregunta. Todos los países de América y de Europa explotan el catolicismo pero no son católicos. De cada cien personas que van a la iglesia, probablemente no hay ni una que cumpla los mandamientos de la ley de Dios. De manera que lo primero que yo necesitaría para contestar a usted sería que América fuese ciertamente, íntegramente católica. Como no lo es, me parece que la pregunta huelga. Además, la obra de ustedes tropieza con una gravísima dificultad, cual es la multiplicidad de sus sectas, capillas, criterios y bandos. La gran fuerza de la iglesia católica (y uno de los elementos que hacen creer más en su origen divino) está en su unidad. Proviene de ahí una firmeza, una seguridad en la marcha, un ordenamiento riguroso que no puede existir allí donde las iglesias

son varias. Con este terrible obstáculo habrán ustedes de luchar siempre y ello depende de algunos de los fundamentos de su doctrina que me parecen enteramente equivocados. Pero no hay que entrar en esto porque ello me llevaría al terreno de que quiero huir.

¿Considera usted que la presencia de misioneros protestantes sea un obstáculo para las relaciones armoniosas entre Norte y Sud América?

¡Qué disparate! Esas relaciones han de ser económicas, políticas, civiles. Y son otros factores, no los religiosos, aquellos que tienen influencia para esas relaciones. Los evangélicos, no quitan ni ponen absolutamente nada en la materia. Mucho más numerosos que los evangélicos son los judíos y nadie incurrirá en la insensatez de decir que los núcleos judíos constituyen un obstáculo entre dos civilizaciones. Que las relaciones sean buenas o malas depende de otros conceptos y de otras materias. Ahora mismo hay una evidente tirantez de relaciones entre Estados Unidos y la Argentina por motivos respetables que cada cual aprecia de distinta manera. Mas nadie dirá que si vienen aquí muchos protestantes, las cosas se pondrán mejor o peor ni que ocurrirá otro tanto si se marchan los que hay. Los legisladores que en ambos países establecieron la libertad de cultos supieron perfectamente lo que hacían. Así, pues, ni los católicos estorban en el Norte, donde es protestante la inmensa mayoría, ni los protestantes estorban en el Sur, donde esa mayoría es católica. — ANGEL OSSORIO Y GALLARDO, *jurisconsulto y escritor español; católico romano, ex presidente de la Asociación de Abogados de España y embajador de España en la Argentina.*

APENDICE H

—¿Cree usted que la política de buen vecino deba sacrificar como en una especie de tributo la obra de las misiones protestantes en la América Española?

—No creo que esa política deba alterar, ni aun por alarde de generosidad o por rectificación de la vieja política, ningún principio humano esencial en nuestros pueblos.

La libertad de credos es una de las honras republicanas de la América del Sur. Las leyes que la defienden son garantías en primer lugar de los católicos, luego de los protestantes y después de griegos ortodoxos, de judíos, etc., Remecer esta plataforma de bronce, que es la libertad de cultos, lograda después de una dura forja, o mutilarla en sus raíces adventicias me parece una aventura y tengo miedo siempre de las aventuras en los pueblos nuevos. Ellas desatan primero la fantasía, después las pasiones y los malos instintos finalmente.

Como es natural, yo tengo muy presente la categoría del catolicismo en la América Ibera. Sin duda alguna el rango de la iglesia es el mayor en la plana de nuestras instituciones morales; aun en las estadísticas brutas la cifra de su anchura es aplastante y a su lado las otras son cañas flacas o arbolillos de dos años. Muy señoras y dueñas, es decir, muy bien asentadas en sus anchos territorios morales, los catolicismos del Sur, el chileno entre los primeros, se dieron el lujo de la *generosidad*, que siempre es una especie de elegancia, y aceptaron convivir con los dmás credos y aun con las sectas. Las leyes de separación, aceptadas por la *sagesse* de un Príncipe de la Iglesia y de la inteligencia chilena, Monseñor Errázuriz, no significan la entrega ni el alquiler de la conciencia católica al Estado. Algunos creemos que significa lo contrario de eso: una cierta liberación para su mayor holgura. Casi todos los estados ahogan las personas espirituales y las empequeñecen con una protección que suele aparecer como "toma y daca".

Por otra parte, y volviendo a su pregunta, pudiese resultarnos un presente griego esa proposición de que nos sean sacrificados el protestantismo centro y sudamericano. Desde luego, tal cosa no ha sido solicitada, que yo sepa, por sus beneficiarios, los católicos iberoamericanos.

Supongamos que la eliminación de las obras sociales y de las misiones protestantes se hiciese rápida o paulatinamente. Me temo que poco a poco se crearía un clima de resentimiento y a la postre de odio hacia el catolicismo.

Me asombra un poco y me da algún miedo esta perspectiva de una dominación católica a base de eliminaciones o de restricciones reteñidas de privilegio. Los credos, lo mismo que los regímenes poderosos, no necesitan del privilegio y si lo buscan o lo aceptan, caen en una gran tentación.

Hablo aquí por mi pura conciencia personal. Los ausentes no podemos opinar sino de una manera angostamente personal, puesto que no vivimos dentro del taller patrio donde todo se hace y se produce, desde la agricultura y la minería hasta la religión y la ciencia.

—¿Conoce usted algo de nuestra obra misionera en los pueblos latinos?

—Algo sí y tal vez lo mejor. Yo soy una cristiana que hace 20 años conoció el apetito de unidad que trabajaba el alma del Cardenal Mercier. Ignoro quién haya recogido en Europa el dolor y la esperanza de aquel santo varón. No creo que ese apostolado, el más transcendente que se puede dar, el de la búsqueda de aproximaciones dentro de la familia cristiana, haya quedado vacante. La Iglesia no puede renunciar ni creo que haya renunciado nunca a la reconciliación de los pueblos cristianos, y menos hoy, después de esta guerra apocalíptica. Ella siempre fué enemiga del caos y es muy probable que el caos, patrón del mundo actual, arranque del siglo infeliz en que se consumó el gran cisma, el peor de todos los divorcios vistos en la triste historia humana. Negarse a la aceptación definitiva de esta desventura sobrenatural, rehusarse a considerarla buena, útil o inevitable, aunque muchos hechos y documentos nos hagan considerar el daño como rematado y sin remedio; esperar heroicamente en una superación de los hechos, me parece, amigo mío, *una operación* heroica del alma cristiana a la cual

estamos obligados. Y cuando veo que algún hombre o alguna mujer dan el divorcio de la cristiandad por acontecimiento sellado y archivado, siento una extrañeza y una repulsa grande, porque me espanta la eternidad del mal, que es el infierno mismo. Prefiero soportar en mis potencias la idea de este largo purgatorio en la secesión que vivimos. Purgatorio me parece el vivir una comunidad cristiana tajada por cuchillada tremenda; y creo que deberíamos padecerlo como una humillación infinita y darlo como la mayor de nuestras demencias, *pero no como una especie de fatalidad geológica que ha de durar por una eternidad.*

Usted comprenderá así el que yo no desee, ni en mi beneficio de creyente, que la división sea agravada y que se la vuelva contumaz en cualquier forma. Dejarnos nuestra casa (la América Latina) rasa de misiones protestantes, sería una liberación que llevaría como predicado... cierta Inquisición no inventada por nosotros y con cuyo sambenito nosotros cargaríamos...

¿En qué funda usted su esperanza de la reconciliación?

—Las "esperanzas que llaman desesperadas" suelen ser aquellas que no dicen "mañana", ni llevan consigo una prisa fea (la prisa del orgullo).

El escándalo mayúsculo de la cristiandad es el de que vivamos, comamos y durmamos encima de la guerrilla religiosa sin sentir vergüenza de ello, sin tristeza del odio contra natura y hasta con una vaga alegría de él... El escándalo, nombrado así, como en un texto bíblico, es el de que no *veamos* con los anchos ojos del alma; y con los de la carne también, esta segunda crucifixión de Nuestro Señor que no es obra ni de centuriones romanos ni de la plebe judía, sino de nosotros mismos, los cristianos.

No hallo palabra en mi lengua ni en las otras que sé para nombrar esta culpa sombría de pertinacia, cuyos frutos de muerte, la disolución pura, están a la vista, se balancean en el

aire de Europa, de Asia, de América, en todo el aire terrestre, como unas manzanas llenas de tóxico o de cenizas.

—Pero siendo el cisma de la Cristiandad tan serio en su origen, ¿qué medios ve usted de deshacer lo consumado o a lo menos de no enconar más las viejas heridas?

Las mujeres, no creamos grandes ideas, *y no hacemos salvaciones.* Pero logramos a veces redondear el anillo de una maravillosa convivialidad y atajamos en mucha parte las "guerras civiles de toda índole".

Por lo pronto, habría que pensar en subir siquiera un poco los grados de la suave tolerancia que nos tenemos, católicos y protestantes, en la América Ibera. Mientras nos crucemos por nuestras ciudades saludándonos; mientras no vivamos en ghettos ni ustedes ni nosotros, sino que nos movamos libres dentro de nuestras patrias; mientras tengamos trato y nos miremos a los ojos, el santo tejido cristiano estará roto pero no perdido. Lo desgarraríamos entero en recomenzando la beligerancia.

He visto algunos hechos conmovedores que se cumplen sin ruido aquí y allá. En vuestras grandes obras sociales (escuelas agrícolas, dispensarios, sociedades de cultura) cooperan a veces protestantes y católicos, guardando cada uno su confesión propia, es decir su decoro entero. Aunque ello no sea sino un mero convivio cortés y hasta humano, no hay que malograr estas migajas de aproximación. Nada está perdido cuando las gentes mantienen la hebra de la relación, y en las vibraciones de ella sienten el corazón vivo.

—¿Qué otras razones alega usted para que las obras protestantes se continúen en la América Ibera?

—La razón primaria que debí decir antes es de que esas actividades caen dentro de lo que la Sociedad de las Naciones llamaba "derechos de las minorías". Un buen censo de los anglosajones protestantes establecidos en nuestros pueblos, saldría bastante subido. Suprimirles o debilitarles sus instituciones sería

de una ilegalidad odiosa. Su disgusto iría subiendo a irritación y después a estallido. *Es muy cierto que sólo la libertad sosiega, desaltera, aplaca.*

Debemos darnos cuenta, nosotros, los católicos iberos, de que las agrupaciones evangélicas necesitan de sus templos, de su culto y de su prensa tanto como del perímetro de suelo en que levantan sus casas, sus fábricas y sus campos de juego. Ellos consumen por igual los alimentos de nuestro suelo y la doctrina que les llega en libros religiosos y en la boca de sus misioneros. Este consumo espiritual suele parecerme más imperioso en ellos que en nosotros: no he visto a mis gentes viajar con su Evangelio en el equipaje mínimo del avión; a los vuestros sí los he visto... La vida del americano en estos pueblos, para ser dichosa, precisa ser completa y ningún cristiano da por cabal una vida en la cual se desnutra lentamente de la sal de la propia ciencia. Tengan, pues, ustedes su ración de adoctrinamiento como la tienen de maíz y piñas criollas.

Sacan provecho de vuestras obras sociales no sólo las colonias vuestras sino un crecido grupo de pueblo criollo, de obreros que no son protestantes sino indiferentes y ateos. La beneficencia norteamericana rebosa hacia ellos sus servicios.

Conozco la eficacia de varias obras vuestras de índole cultural, médica y agraria. Tengo a varias por empresas magistrales. Y me parecen precisamente ellas unas fuentes o manaderos parecidos a las italianas y a las orientales, que a través de tres edades son el sitio donde se juntan tirios y troyanos sin darse cita y como si se la diesen...

La fuente de la Samaritana fué una de estas mismas, y el encuentro que sabemos vale por un tercio del Evangelio.

En tales obras pueden tocarse nuestras manos y podemos mirarnos sin soslayo, hasta que nos sepamos *los mismos.* La gran reconciliación puede venir de estos acónitos o arenillas de fraternidad. Será ya bastante el no creernos Ormuz y Arhimán, el trocar saludo, consejo y ayuda.

Por lo pronto, no romper las fuentes que digo. Esto es un mínimo de la hidalguía que hemos de guardarnos los unos a los otros.

En otra ocasión hablaré del abrevadero mayor, que hemos desperdiciado como punto mágico para la coincidencia: de la lectura bíblica hablaremos un día, amigo mío. — GABRIELA MISTRAL, *escritora y poetisa chilena.*

APENDICE I

Nací en el seno de una familia católica que me hizo cumplir los preceptos religiosos de la iglesia que me correspondía. Y seguí a ella adherida, en parte por tradición y razones de sentimiento, en parte por la necesidad, que todos tenemos, de algún alimento espiritual.

Mis estudios posteriores (filosofía, historia, literatura, etc.), mis lecturas, el conocimiento de la vida y de las gentes, me trajeron, lo que yo considero, una gran amplitud en aquel orden de cosas. Continúo considerándome vinculada a la iglesia católica, la que frecuento de vez en cuando, y oigo y juzgo con criterio propio sus voces más autorizadas, sobre todo cuando tratan materia de orden social, porque creo que en esta época, la doctrina de Cristo aplicada a la vida individual y colectiva será la única fuerza salvadora de la humanidad.

El contacto con hombres y mujeres de otras ramas del cristianismo me ha dado oportunidad de apreciar la valiosa influencia de su obra en la cultura del espíritu.

He concurrido como oyente a congresos americanos de mujeres metodistas; he oído muchas veces la palabra de los pastores; mantengo estrecha amistad con la diaconisa del templo evangélico de mi pueblo natal; he asistido con mis amigas católicas a más de un retiro espiritual, organizado por elementos de otras iglesias. En uno de ellos oí la voz inspirada de Susana de Dietrich; conozco la obra filantrópica realizada, con admira-

ción de todos, por el gran Mr. Morris; sé de muchas escuelas y centros de cultura que hacen verdadera obra constructiva de carácter cristiano, lo que me permite afirmar, con toda conciencia, que desarrollan una fuerza moral y espiritual de gran importancia para el desenvolvimiento de nuestro país.

Millares de católicos hemos oído con fervoroso respeto el mensaje de bien y de verdad que nos han traído hombres como Mr. John R. Mott y el doctor Jorge P. Howard. Opino que es un privilegio para nosotros la visita de estos misioneros que nos llevan a pensar con elevación, a considerar problemas de trascendental valor y que nos ayudan a caminar hacia la perfectibilidad, por el sendero que elija o que ha elegido ya nuestra propia conciencia. — ANGELA SANTA CRUZ, *prestigiosa educadora argentina.*

APENDICE J

A la pregunta de si el Brasil es un 100 % católico romano, contestaré con las palabras de un capellán del rey alberto de Bélgica que visitó este país en 1922, palabras publicadas por la prensa: "Un porcentaje apreciable de la población es fiel a la iglesia y practica el catolicismo. Hay, sin embargo, un gran número de indiferentes y supersticiosos. Para la enseñanza e indoctrinación del pueblo faltan sacerdotes. Los que existen no son suficientes para atender a las necesidades religiosas de un país de tan amplias dimensiones como el Brasil."

Los misioneros norteamericanos que vienen al Brasil no son de ninguna manera un obstáculo para el desarrollo de la política de buena vecindad. Yo los considero un elemento favorable para el desarrollo moral y cultural de nuestro país. Facilitan el conocimiento de los Estados Unidos e interpretan a la América latina aspectos importantes de la vida de aquel país.

El protestantismo ha sido un estímulo para la iglesia católica en este país. Es un aviso a aquella iglesia de que debe

despertarse del sueño en que ha caído como consecuencia de haber estado aislada de otras corrientes del pensamiento cristiano. Cuando la iglesia católica era iglesia del estado y otras religiones eran prohibidas, el catolicismo cayó en un período de decadencia. La libertad que se concedió luego a otras religiones para que entrasen al país y la separación de la iglesia del estado, han sido de beneficio para la iglesia católica. La han obligado a abrir más escuelas, a establecer más diócesis y a levantar más iglesias.

El protestantismo ha dado hombres probos y útiles al país. Ha cultivado en sus adeptos un sentido de responsabilidad y de integridad. El protestantismo ha sabido crear un carácter íntegro en su pueblo. Ha despertado un anhelo de conocimientos y ha cultivado el gusto por el estudio y por la lectura de los libros. Uno de los mayores gramáticos del Brasil fué protestante. La cultura del Brasil ha sido enriquecida por el protestantismo.

No atribuyo ninguna importancia al temor de que la propaganda protestante pueda perjudicar la unidad política del país. Mi opinión se funda en que existen países de solidísima unidad nacional cuyos habitantes profesan diferentes credos, tales como Suiza, Holanda, Canadá, Prusia y la misma Francia. En cambio, hay muchos países católicos cuya unidad nacional es muy débil, como ser España, dilacerada por discordias internas; Italia, donde la falta de cohesión nacional explica, en gran parte, sus infortunios; la América Central, católica y desmembrada en pequeñas repúblicas. Parece que no existe, como se ve, relación necesaria entre la cohesión nacional y la creencia religiosa de la mayoría. Y si acaso existiera, los hechos revelarían una mejor y más perfecta cohesión política en los países protestantes. Mientras tanto, no hay duda que, en la presente guerra mundial, los países católicos manifiestan una notable flaqueza de espíritu de resistencia y combatividad, resultante de las divergencias internas. No es necesario consignar ejemplos, tan evidente es el hecho.

"Acredito, pues, que el espíritu de la reforma podría moverse libremente en el Brasil sin daño para la unidad política de nuestro país, siendo aun posible, a juzgar por lo que acontece en otros países, que resultara ello beneficioso para nuestra unidad."

"En lo religioso la iglesia católica cuando es fiel a su carácter religioso, y la protestante tienden a buscar el mismo fin: salvar al hombre, fortalecer su espiritualidad y hacerle un miembro responsable de la familia humana. La diferencia fundamental entre estas dos grandes ramas del cristianismo está en el carácter político.

"El protestantismo es democrático-federativo. El mundo cristiano protestante es una vasta federación de iglesias, gobernadas democráticamente, de conformidad con el régimen de las primeras iglesias cristianas. La vida local es intensa y favorable a la incorporación de la doctrina evangélica en la vida del pueblo. *El protestantismo tiende a la formación de un pueblo de sacerdotes y reyes. El pueblo ejerce el ministerio del altar.*

"El catolicismo romano, en cambio, es una monarquía absoluta, con actividades políticas acentuadas. Ahora bien: en el terreno político, los hombres siempre han de dividirse. La doctrina de Cristo, en cambio, es una fuerza de unión." — MANUEL CARLOS FERRAZ, *escritor y jurisconsulto; presidente del Tribunal de Apelaciones, San Pablo, Brasil.*

APENDICE K

—¿Cree usted que la presencia de los misioneros, pastores o educadores evangélicos norteamericanos en este país (Colombia), constituyen un obstáculo para el cultivo de la política de Buena Vecindad entre las Américas?

—Esto de la *Buena Vecindad* tiene el siguiente aspecto para considerarse, aspecto no muy frecuentemente mencionado. La verdad que exista en la comprensión de esta política se oculta bajo capas de un sentimentalismo meloso que puede dar al

traste con lo bueno que esa política entraña para las futuras relaciones de América. Dos verdades se quieren ocultar con el verbosismo sentimental; y son: los latino (o ibero, o indo) americanos esperan camuflar la esperanza que ellos abrigan de que los Estados Unidos contribuyan generosamente, y en dinero contante, a sus necesidades o caprichos urgentes; y los estadounidenses procuran atenuar el conocimiento del cambio de la política del "big stick" por una infiltración cultural planeadamente despaciosa y efectivamente inflexible. Que la política del Buen Vecino puede llegar a concretarse en algo útil para el crecimiento de una América de conjunto, no es de poner en duda, si los malentendimientos causados por la sensiblera hipocresía se dejan a un lado y se miran los hechos a la cara y con franqueza. Uno de esos hechos es el de que la democracia norteamericana es, en su gran mayoría, protestante, y que, por consiguiente, no podemos esperar los latinoamericanos que los representantes, en cualquier orden de la cultura, del pensamiento o del negocio, que los Estados Unidos envíen hasta nosotros, sean cuidadosamente escogidos entre la minoría católica de ese país. Entre esos agentes de la Buena Vecindad se cuentan los muy preparados, muy educados, misioneros evangélicos que tienen tanto derecho como los misioneros industriales, vendedores, a veces, de productos que se manufacturan en estas tierras, a intentar colocar su propia mercancía. No entiendo que se pueda ser buen vecino de alguien empezando por negarle el saludo y cerrarle la puerta de la casa cuando viene, con buenas maneras, a mostrarnos las baratijas o las joyas que carga en su estuche. Máxime cuando el vecino es una estimable persona que vive en la casa grande al lado de la nuestra.

—¿Opina usted que será conveniente cerrar las fronteras nacionales a representantes de religiones no católicas?

—No me parece que los gobiernos de estas repúblicas deban dar aquiescencia a la presión de las jerarquías católicas para

obtener ellas un monopolio de hecho sobre los espíritus. Esto de convertir a Latinoamérica en un "closed-shop" religioso no haría sino revivir en el siglo de los bombardeos el viejo fanatismo de los Torquemadas, los Calvinos y los puritanos. Tampoco lo creo conveniente desde un punto de vista cultural, pues toda predicación de nueva doctrina, toda nueva interpretación de dogmas o creencias es un movimiento de inquietud que conduce al examen libre, a la lectura y al despertar del espíritu. Y me parece que una de las mercancías de más urgente importación a estos territorios es la de las ideas, en cualquier forma que vengan empacadas. No me hallo dispuesto a ponerme de acuerdo con Zweig cuando cree que uno de los factores de la grandeza del Brasil reside en la unidad religiosa que le dieron los primeros jesuítas; en primer lugar, porque el mismo Zweig viene después, en el mismo libro, a darle gran importancia a los protestantes holandeses. Es natural que los usufructuarios de lo que Mencken llama un buen negocio, procuren conservar sus características de buen negocio, procurando la no entrada de los competidores. Y no estoy dispuesto a considerar beneficioso para mi gente y mi tierra, la continuación del monopolio de hecho que la jerarquía romana ejerce sobre conciencias y bolsas. Ya es tiempo de que los aires de la Reforma, que tantos siglos han tardado en cruzar el Atlántico, lleguen a soplar por estos vericuetos, en los que aún huele a la chamusquina del siglo XVI.

—¿Opina usted que la iglesia católica interviene en política?

—Quien viva en Colombia por muy pocos días se dará cuenta perfecta de que en lo nacional, la ingerencia de la jerarquía es considerable. Sin embargo, como la cuestión es considerada tabú, muy pocos dirigentes se acuerdan de aquella fábula en la que un animal grande, en una cueva, pisaba a un conejillo, en la oscuridad. Y el conejillo, ahuecando la voz, decía: ¿Quién me pisa un dedo? Me parece que las protestas efectivas de la masa de la población colombiana ante una acción que significara

libertarla un poco del mencionado monopolio, no serían tan grandes como muchos lo temen. — ENRIQUE URIBE WHITE, *intelectual colombiano, director de la Biblioteca Nacional de Bogotá, Colombia.*

APENDICE L

1. — Yo creo que la presencia en Bolivia de misioneros, pastores y educadores protestantes constituye un acto de buena voluntad, de cooperación espiritual, de ayuda moral no sólo útiles para Bolivia sino indispensables.

La prueba de este aserto es que numerosos elementos educados en los colegios protestantes de Bolivia desempeñan actualmente elevados cargos en el gobierno, la universidad, el comercio, la industria, el periodismo, ramas técnicas, etc.

Algo más, estos elementos protestantes llevan una vida tan pura y correcta que sirven de ejemplo permanente a la juventud en especial y al pueblo en general.

2. — Es un error decir desde un punto ortodoxo que Bolivia es un país católico, 100 por 100. Largo sería analizar este aserto, pero brevemente puede decirse lo siguiente:

1. — Hay muchas tribus de indígenas en Bolivia que no han recibido influencia religiosa alguna de nadie. Ni el gobierno conoce el número de estos indígenas salvajes, hasta los cuales no ha llegado ningún indicio de la civilización, (muchos de ellos son caníbales). ¿Quién podría decir cuántos son los indígenas idólatras? Nadie. Sólo se pueden hacer cálculos y decir que son muchos miles, tal vez 500.000 ó más.

2. — Los hombres en Bolivia, en general, son indiferentes a la religión. Muchos que se dicen católicos no profesan los principales ritos o no cumplen con los esenciales dogmas del catolicismo: confesión, comunión, ayuno, etc.

La mujer es muy católica, pero no es intolerante en general. De ahí por ejemplo que familias muy católicas envíen

a sus hijos a colegios protestantes. Mi caso puede ser citado como un ejemplo. Mi abuela y mi madre eran muy católicas. Sin embargo no hicieron objeción alguna cuando mi padre me inscribió en un colegio protestante, cuando yo tenía 10 años. Ellas se mostraron complacidas por la educación que recibí en colegios protestantes.

3. — Bolivia debe abrir sus puertas a los representantes de todas las religiones; sólo viviendo un régimen de absoluta libertad religiosa pueden prosperar la tolerancia, la justicia, el respeto a las ideas ajenas, etc., y finalmente sólo en este régimen de libertad pueden progresar las mismas religiones, puede mejorar el mismo catolicismo, como ocurre por ejemplo en los Estados Unidos.

4. — La iglesia católica desea llevar su influencia al campo político e internacional; más al primero que al segundo. (Cuando se produjo la guerra civil de España los sacerdotes católicos ejercieron presión sobre el gobierno para que sus simpatías se inclinaran hacia los monarquistas).

El resultado de la presión de la iglesia católica en el campo político no ha sido feliz para sus intereses, como lo ha sido en el campo social.

Los partidos políticos no tienen vinculación alguna con la iglesia y todos los resultados de ésta para ejercer alguna influencia han sido infructuosos, absolutamente infructuosos.

En vista de esto la iglesia trata de robustecer aún más su influencia en el campo social y sobre todo sobre la mujer.

En lo internacional actualmente la iglesia no tiene influencia.

5. — *El protestantismo ha resultado beneficioso para Bolivia.* Juzgo que han sido muy pocos los jóvenes de la clase alta o de la clase media educados en colegios protestantes que han cambiado su religión católica por alguna protestante. Es en la clase baja (cholos) y en la clase indígena donde estas conversiones se producen en proporción creciente. Repito que en las principales clases los jóvenes ya por timidez o por indiferencia

se muestran reacios a cambiar de religión por mucho que buena parte de ellos tengan una gran admiración por la religión protestante. En cambio *el protestantismo ha liberalizado al país*, lo ha hecho más tolerante, ha abierto surcos de opinión, ha ensanchado el conocimiento del pueblo. Hace unos 35 años se perseguía a los protestantes como alimañas; hoy nadie osaría hacerlo no diremos contra los protestantes sino contra los sintoístas, judíos, islamistas, etc. En Bolivia hay tolerancia de cultos y la iglesia protestante ha contribuído más que ninguna otra a sembrar ideas más liberales y más avanzadas. Es éste a mi juicio el gran éxito de la iglesia protestante. Es curioso notar en Bolivia que ni aún los más fanáticos católicos no puedan echar reproche alguno a la iglesia protestante ni a los educadores, misioneros o pastores protestantes a excepción de los de índole ortodoxa. Esto se debe a que los profesores, misioneros y pastores protestantes que han venido a Bolivia han llevado una vida pura, muy honorable; se han caracterizado por su veracidad, corrección, espíritu de trabajo y porque viven de acuerdo a sus principios religiosos. Un católico en Bolivia puede reprochar a un protestante de que no sea católico, pero admira la vida que llevan los educadores misioneros y pastores protestantes.

De donde afirmo que se haría el daño más grande al país si las iglesias protestantes resolvieran retirarse de Bolivia; ellas son un instrumento de progreso, de cultura y de liberalización. Ellas son no sólo necesarias sino indispensables. — LUIS VICENTE ZAVALA, *escritor, educador y periodista boliviano.*

APÉNDICE M

¿ES UNA AMENAZA EL PROTESTANTISMO?

La Confederación de Iglesias Evangélicas responde a la pastoral del episcopado católico romano

La Confederación de Iglesias Evangélicas del Río de la Plata, entidad representativa de diez distintas denominaciones

evangélicas que tienen sus iglesias e instituciones educativas y benéficas en Argentina desde hace más de un siglo, con tristeza pero sin temor y firme en su fe se ha visto sorprendida por la carta pastoral dirigida por el cardenal primado y los arzobispos y obispos de la Iglesia católica romana a todos sus fieles en el país.

Lamentamos que en estos momentos tan difíciles por los cuales atraviesa el mundo, incluso esta nación, cuando celosamente debemos luchar en contra de toda fuerza que desconozca o limite la libertad y el alto destino del ser humano, surjan entre los cristianos recelos y agravios que contradicen la oración del Divino Maestro: "Que todos sean uno, para que el mundo crea." [1]

La mencionada carta pastoral pretende desvirtuar nuestro espíritu y nuestra acción, desconociendo el fruto preciado de nuestra influencia moral, cultural y religiosa. Más aún, nos atribuye propósitos inconfesables de minar la religión cristiana, de abusar y burlar las disposiciones de la Constitución argentina, de atentar contra la integridad de la familia y hasta de conspirar contra la soberanía del país y sus buenas relaciones con los demás pueblos. Por ello nos vemos obligados a expresar cuál es nuestro pensamiento, cuál es nuestra fe, y cuáles los anhelos que como cristianos evangélicos llevamos como móvil de nuestra acción.

Nuestro fundamento

Nuestro fundamento, la principal piedra del ángulo, es Jesucristo mismo [2], "porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" [3], y ante quien solamente "se dobla toda rodilla y toda lengua confiesa que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre" [4].

---

[1] Juan XVII, 21.
[2] Efesios II, 20.
[3] I Corintios III, 11.
[4] Filipenses II, 10, 11.

La iglesia

"La Iglesia es el cuerpo de Cristo." Es el conjunto de corazones purificados y regenerados por la gracia del Señor. No se es salvo por pertenecer a la Iglesia sino que se pertenece a la Iglesia por ser salvo.

La Iglesia, por tanto, no es una simple institución humana, organizada mediante el establecimiento de una jerarquía, la aprobación de un credo, la adopción de un conjunto de ritos y ceremonias, sino la hermandad espiritual constituída por los corazones que limpios y renovados por el poder del amor, se identifican con el espíritu del Señor. En tal sentido se pertenece a la iglesia no por confesar un credo o participar de una organización, sino por llevar a Cristo en el alma. Pertenece a la iglesia el que vive en Dios, pero no siempre vive en Dios el que pertenece a una institución religiosa.

La Iglesia, "cuerpo de Cristo", conjunto de vidas redimidas, medita, ora, trabaja y confía, segura de que el espíritu que la sustenta, la conducirá al triunfo final, no como institución que se impondrá sobre los poderosos de la tierra, sino como instrumento de bendición, hasta dar su vida en rescate por muchos.

Lo que es el protestantismo

El protestantismo, en su espíritu y esencia, proclama el evangelio puro y sencillo de Cristo, el "evangelio reconquistado." Por la gracia de Dios, manifestada a través de preclaros varones, el evangelio que se hubiera creído perdido, muerto, volvió a la vida rica, lozana y victoriosa.

El protestantismo fué dentro de la Iglesia como la voz profética de Isaías y de Amós, un llamado al abandono de los elaborados rituales que encubrían las manos manchadas de sangre, para que corrieran impetuosos los ríos de justicia y de libertad.

El protestantismo propugna el evangelio de la experiencia personal, íntima, profunda y directa con Dios; el evangelio de

la dependencia espontánea, absoluta y gozosa frente a un Padre de amor que cuida de todos y cada uno de sus hijos.

El protestantismo predica el evangelio libertado de la teología abstrusa, de la sofística habilidosa, del misterio alucinante, para volver como en los tiempos apostólicos a la adoración de Dios en espíritu y en verdad, al evangelio que es "poder de salvación para todo aquel que cree".

El protestantismo no buscó ni quiso la división de la iglesia; pero la oposición de la iglesia católica romana a la eliminación de los abusos reinantes hizo inevitable la formación de otras comunidades cristianas. Más que protesta, es afirmación: si bien se levanta firme y valiente en contra de toda adulteración de la verdad, de desórdenes y de simonías, de venta de favores espirituales y autocracias con pretendidos orígenes divinos, es sobre todo el testimonio ardiente del espíritu, el canto jubiloso de la vida, que se regocija al vivir en comunión con Dios y colocarse incondicionalmente en sus manos sabias, potentes y paternales para bendición del mundo.

El protestantismo respeta y ama la tradición histórica de la iglesia en todo aquello que tiene de sano y constructivo, pero busca la inspiración y fortaleza del espíritu viviente que conduce a toda verdad y que es fuente de vida eterna.

Nuestra prédica

La referida pastoral expresa que nuestra prédica es negativa, que corrompe la fe y las costumbres, y mina los cimientos de la nacionalidad. Como cristianos evangélicos, creemos y predicamos a un Dios Creador, Padre de todos los seres humanos, que no hace acepción alguna de personas; a Cristo, su Divino Hijo, nuestro único y perfecto Salvador; al Espíritu Santo, Revelador de toda verdad y Consolador eterno.

Creemos en la Virgen María, "bendita entre todas las mujeres", vaso escogido por Dios para crear en su seno mediante la gracia del Espíritu Santo, la humanidad de Cristo Jesús.

Modelo de esposa, madre y creyente, es objeto de nuestra más alta y respetuosa admiración.

Creemos en los santos apóstoles, hombres escogidos para llevar el evangelio, y quienes por sus vidas consagradas constituyen para nosotros preciosos ejemplos.

Creemos en la Biblia como única y suficiente norma de fe.

Creemos en la oración como medio de comunión íntima y personal con Dios.

Creemos en la vida eterna, en creciente y gozosa identificación con el Padre.

Creemos en el triunfo final del bien, de la verdad, de la justicia; en el establecimiento del reino de Dios en el corazón de los hombres y en los pueblos.

La autoridad y el libre examen

Se ignora o gratuitamente se agravia, cuando se afirma que por razón del libre examen cada protestante rechaza toda autoridad, constituyendo así tantos protestantismos como protestantes existen. El solo hecho de que cada protestante pronuncie desde su niñez y más tarde confirme con su experiencia interior el "Padre nuestro que estás en los cielos... venga a nos tu reino... hágase tu voluntad", destruye la anterior afirmación y certifica que todo protestante, todo evangélico, proclama la soberanía de Dios y gozosamente disfruta de su paternidad.

El protestantismo reconoce a la Biblia como la memoria de la revelación gradual de la voluntad divina y norma única y suficiente de fe. Pero comprende que, a la vez, esa autoridad que acepta, no es por simple convencimiento, sino porque la afirmación de la Divina Palabra ha sido corroborada en el hombre interior, por el testimonio del Espíritu Santo. Dios por su Palabra nos orienta, y Dios por su Espíritu nos confirma. En tal forma el creyente no supedita su redención a dogmas, credos, ritos, tradiciones, hombres o instituciones, por respetables que ellos sean, sino a la acción del Espíritu de Dios en su propia conciencia, que certifica así la revelación de las Sagradas Escri-

turas. Es el testimonio vivo, espiritual, consciente, del que, porque vive en Dios, en Dios crece y en Dios fructifica.

El protestantismo y la vida nacional

El protestantismo, constituído por las iglesias evangélicas, actúa en todas las naciones del mundo, en cumplimiento del divino mandato: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura" [5]. No es una religión exótica ni extraña; es un exponente del evangelio universal y eterno de Cristo. Acata toda autoridad constituída y cumple debidamente las leyes de cada nación, siempre que ellas no contradigan a la voluntad de Dios expresada en el Evangelio de Jesucristo.

Todo evangélico ama a su hogar, a su pueblo, a su país, pero con la finalidad suprema de que pronto llegue el día en que todos los hombres, sin menoscabo de razas, naciones, lenguas, ni credos, formen una sola hermandad en el amor de Cristo.

La gran mayoría de las iglesias evangélicas no están ligadas a ningún estado; "iglesia libre en estado libre". No reciben ni admiten sostén de poderes públicos. No cobran por las ceremonias o actos con los cuales sirven. "De gracia recibisteis, dad de gracia". Se sostienen con las ofrendas voluntarias que como expresión de gratitud y anhelo de servir, presentan sus miembros, sin que la cuantía o periodicidad de las mismas signifiquen ventajas o privilegios de especie alguna.

Como hermandad mundial, hay entre sus diversos núcleos mutua ayuda y reciprocidad, pero con el máximo respeto a las condiciones y características de cada pueblo o congregación.

La unidad religiosa

La unidad que las iglesias evangélicas buscan, no radica tanto en la fórmula conceptual, en el credo, en la organización eclesiástica o forma de cultos —valores éstos sin duda muy

---

[5] Marcos XVI, 15.

importantes— como en la experiencia personal de un Cristo viviente actuando en cada creyente.

La unidad de las diversas iglesias evangélicas radica en su actitud de humildad y de absoluta dependencia frente a Dios y de leal correspondencia frente a los hombres.

Y si cada corazón creyente ha llegado a gozar de la experiencia íntima del perdón, de la gracia regeneradora, de la potencia que guía y fortalece, ¿no es esa unión en la experiencia interior mucho más valiosa y permanente que la simple unidad exterior que puede brindar un credo que tradicionalmente se acepta o una institución político-eclesiástica en la cual formalmente se milita?

Por otra parte, no siempre la unidad está en la uniformidad. Dos hombres piensan lo mismo, pero no precisamente se aman. Y frente a éstos, otros dos que lucen distintos credos políticos, sociales o religiosos, están profundamente unidos e identificados en una acción intensa de bien común. En España existe la casi completa uniformidad religiosa, y sin embargo, sería difícil encontrar un país en que estuviera en mayor crisis la unidad nacional. Suiza tiene tres idiomas oficiales y está dividida religiosamente; pero goza de sólida unidad nacional y firmes tradiciones cívicas y culturales. En el Canadá, Estados Unidos de Norte América, Gran Bretaña y Francia hay fuertes minorías religiosas; sin embargo, gozan estas naciones de una envidiable unidad nacional.

Libertad religiosa

La libertad no es gracia que concede un poder determinado, sea civil o eclesiástico; es dádiva del amor de Dios para todos los seres humano. La libertad es el ambiente imprescindible para que se desarrolle y florezca la vida. Y cumple a los poderes constituídos velar para que ese derecho natural del hombre no sea desconocido ni cercenado.

Pero al decir libertad no nos referimos únicamente al simple derecho de reunión para práctica de un culto determinado,

sino a la difusión de ideas y experiencias; para el testimonio en privado y en público, en forma hablada y escrita, de lo que Dios ha obrado en el corazón humano. "No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído", decía el apóstol Pedro [6]; "¡Ay de mí, si no predico el evangelio!", era la exclamación enfática del apóstol Pablo [7].

La carta pastoral de la jerarquía católica niega a las iglesias evangélicas el derecho de predicar públicamente en países llamados católicos. Olvida que es en los países protestantes donde el clero romano es más respetuosamente tratado, y que son hijos de dos países protestantes los que en los momentos actuales están cuidando la vida del supremo jefe y los tesoros más cuantiosos del catolicismo. Considera la prédica evangélica como un ataque a la unidad nacional. A tan temeraria afirmación respondemos:

Predicamos el evangelio en nuestro país, Argentina, —ya que el noventa por ciento de los evangélicos de Argentina son hijos de este suelo—,

a) Por la misma razón por la cual la iglesia católica romana hace sus esfuerzos de evangelización y sus misiones y obra de extensión, por ciudades, pueblos y demás lugares del interior.

b) Por la misma razón por la cual la iglesia católica romana hace obra de proselitismo en países protestantes, es decir, que ya son cristianos.

c) Por la misma razón que tanto evangélicos como católicos llevan sus respectivos mensajes a Grecia, Japón, China, Turquía, etc., países donde predominan otras religiones, sin que por eso ni católicos ni protestantes lleven la intención de provocar la desintegración moral ni política o social de esos países.

Conclusión

Hemos expresado con toda sinceridad nuestro pensar y sentir frente al injustificado ataque de la jerarquía católica ro-

---

[6] Hechos de los Apóstoles, IV, 20.

[7] I Corintios IX, 16.

mana. No hemos provocado, ni deseamos restablecer las luchas religiosas que tan tristes resultados han dado. Pero sí expresamos que, sin cálculos ni temores, permaneceremos firmes en defensa de la libertad de conciencia, libertad para nosotros y para los que no piensan como nosotros; única manera de propender al próximo advenimiento de una hermandad más justa, más digna y más feliz.

ÍNDICE

PÁG.

Por qué he escrito este libro 5
I. La Iglesia Católica crea un problema 11
II. La cuestión de la libertad religiosa 28
III. ¿Hasta dónde es católica la América del Sur? 43
IV. La Acción Católica declara la guerra 66
V. ¿Somos tierra de misión? 79
VI. Hablan los latinoamericanos 99
VII. El protestantismo combina la libertad con la unidad 122
VIII. Uniformidad religiosa y unidad nacional 127
IX. ¿Podrían colaborar católicos y protestantes? 139
X. La América Latina necesita una revolución religiosa 146
XI. El derecho de herejía 164
XII. ¿De Lutero a Hitler? 171
XIII. Las misiones protestantes en la América Latina deben continuar 179
Apéndice A 199
„ B 204
„ C 206
„ D 209
„ E 211
„ F 213
„ G 220
„ H 227
„ I 233
„ J 234
„ K 236
„ L 239
„ M 241

Se terminó de imprimir en la Imprenta Metodista,
Fragata Sarmiento 1685, Buenos Aires,
el 29 de Agosto de 1946.

BW4473 .R38H84
?Libertad religiosa en la America
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00017 4088